LAYLA HAGEN

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR



Desafiando AL CEO

Desafiando al CEO
Maddox & Cami ~ Los Hermanos Whitley
Libro 6
Layla Hagen

Desafiando al CEO
Copyright ©2025 Layla Hagen
Portada: Uplifting Designs
Foto de portada: Wander Aguiar
Traducido por HANA FOX LITERARY BOUTIQUE
Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito y expreso del autor, excepto para el uso de citas breves en evaluaciones del libro. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia.

Tabla de Contenido

Derechos de Autor

Capítulo Uno | Maddox

Cami

Capítulo Dos | Cami

Capítulo Tres | Maddox

Capítulo Cuatro | Maddox

Capítulo Cinco | Cami

Capítulo Seis | Maddox

Capítulo Siete | Maddox

Capítulo Ocho | Cami

Capítulo Nueve | Maddox

Capítulo Diez | Maddox

Capítulo Once | Cami

Capítulo Doce | Maddox

Capítulo Trece | Cami

Capítulo Catorce | Cami

Capítulo Quince | Maddox

Capítulo Dieciséis | Maddox

Capítulo Diecisiete | Cami

Capítulo Dieciocho | Cami

Capítulo Diecinueve | Maddox

Capítulo Veinte | Maddox

Capítulo Veintiuno | Cami

Capítulo Veintidós | Cami

Capítulo Veintitrés | Cami

Capítulo Veinticuatro | Cami

Capítulo Veinticinco | Cami

Capítulo Veintiséis | Maddox

Capítulo Veintisiete | Cami

Capítulo Veintiocho | Cami

Capítulo Veintinueve | Maddox

Capítulo Treinta | Cami

Capítulo Treinta y Uno | Maddox

Capítulo Treinta y Dos | Cami

Epílogo | Cami

Capítulo Uno

Maddox

—¡Por el nuevo emprendimiento de la familia Whitley! —exclamó Gabe, y todos los hermanos levantamos las copas para brindar.

Nos habíamos reunido en mi casa para celebrar que Gabe y yo íbamos a construir un hotel juntos. Era un día muy importante, puesto que el arquitecto había terminado los planos del edificio.

Con respecto a cómo habíamos adquirido el terreno... era una larga historia.

—Con todo el trabajo que ya tenéis, me da mucha curiosidad ver cómo lidiaréis con esto —dijo Jake.

Puse los ojos en blanco:

—Mira quién habla... un adicto al trabajo rehabilitado.

—En rehabilitación —respondió Jake, entre risas.

Jake tenía razón: estábamos todos a tope al mando de nuestras propias empresas dentro del grupo *Whitley Industries.* Pero me entusiasmaba mucho el proyecto del hotel, y construir algo nuevo que no estuviera mancillado por el pasado de nuestro padre.

Gabe, que era propietario de un bar y una destilería en Boston, quería ampliar su negocio. Así que se decidió por montar otra destilería cerca de Essex, una pequeña ciudad a cuarenta minutos. Una cosa llevó a la otra y al final se le ocurrió abrir un hotel allí. Bromas aparte, como mi hermano no podía hacer frente a semejante emprendimiento él solo, me ofrecí para ser su socio. Todo iba sobre ruedas hasta que nos topamos con un pequeño obstáculo, pero estaba seguro de que pronto lo solucionaríamos.

—Solo nos falta convencer a Samuel Hughes de que nos venda su propiedad —comentó Gabe.

—Eso es pan comido —dije.

—No estoy tan seguro —respondió Gabe, encogiéndose de hombros.

—¿Cómo puede ser que aún no lo hayas convencido? —replicó Colton, el mayor de mis hermanastros.

Éramos ocho en total. Nick y Leo eran mis hermanos de padre y madre. Jake, Colton, Cade, Spencer y Gabe eran mis medio hermanos, aunque Gabe y yo estábamos tan unidos que parecía que habíamos crecido juntos. Con Spencer y Cade también me llevaba genial. Pese a que con Colton y Jake teníamos una relación más distante, y aún persistían ciertas asperezas, las cosas habían empezado a cambiar recientemente. La historia era compleja: durante años, nuestro padre mantuvo una doble vida. Tenía una familia en Boston, y otra en Maine, pero nadie sabía de la existencia de unos y otros... hasta que todo salió a la luz.

—¿Necesitáis a alguien para convencerlo? —dijo Leo—. Con mi encanto arrollador, me ofrezco de voluntario.

Lo miré con una expresión de fastidio:

—Ya te he dicho que ese es mi trabajo. El problema es que aún no me he reunido con él en persona.

—No es al padre al que tengo que convencer —cortó Gabe. Había sido el único que había tratado con el señor Hughes por el momento.

Samuel Hughes era el dueño del parque de aventuras que colindaba con nuestro terreno. Lo miré en Internet para ver qué era exactamente: tenía escalada en árboles, tirolinas, y actividades de ese estilo. Y aunque parecía un negocio próspero, le estábamos ofreciendo un dineral. Tanto, que no lograba entender cómo alguien podía rechazar una oferta así.

—El problema es Cami, su hija —continuó Gabe—, que no quiere vender por nada del mundo.

¡Bingo! De eso me ocupo yo. Le di una palmada en el hombro a Gabe:

—Escúchame, hermano. Tú ya lo has intentado y nada, así que ahora me toca a mí. Me la ganaré con mi irresistible encanto.

Todo el mundo se echó a reír.

Lo había sugerido en broma una vez, pero Gabe insistió en que él se ocuparía. Estaba claro que no lo logró.

—Esa actitud prepotente no te servirá en este tipo de negociaciones —dijo Gabe.

Le guiñé un ojo:

—Sé lo que hago, tú no te preocupes. —Le miré directamente—. ¿Cuándo volverás a hablar con Samuel?

—La próxima semana me reuniré con él y con Cami.

—Yo iré por ti —me ofrecí.

Hubo un coro de silbidos, y Gabe se echó a reír:

—¿Sabes qué? Como quieras.

—Me he cansado de que nos mareen —dije—. Quiero cerrar el trato y avanzar con el proyecto.

—Ese rollo de "tipo duro" no funcionará con Cami. Te lo digo en serio —me advirtió Gabe.

—Tú espera sentado... verás cómo lo consigo —respondí con un guiño.

Mi hermano soltó un fuerte resoplido y dijo:

—Permíteme dudarlo.

Dejando las bromas de lado, tenía un plan. Le enviaría a Samuel un correo electrónico de antemano. Sospechaba que Cami se estaba haciendo la dura porque quería más dinero, algo muy común a la hora de entablar un acuerdo. Yo era mucho más implacable y despiadado que mi hermano con respecto a los negocios. Incluso hasta con mi padre.

Llevábamos años sin saber nada de él, hasta que el año pasado se puso en contacto conmigo para pedirme pasta. Entre todos los hermanos, decidimos comprarle la pequeña parte de acciones que conservaba de *Whitley Industries*, con la idea de que así desapareciera de nuestras vidas para siempre.

Pero nos equivocamos. Le estuve siguiendo la pista y, unos meses atrás, descubrimos que pretendía volver a Boston y abrir un hotel... en Essex. Gabe y yo le arrebatamos el terreno delante de sus narices. Mis hermanos y Gabe eran los únicos que lo sabían, y no queríamos que nadie más se enterara, especialmente nuestros abuelos. Los ocho éramos muy protectores con ellos.

Después de todo lo vivido, no me importaba pasar por Essex y reunirme con Samuel y Cami. Si no querían vender, era hora de

cambiar de estrategia. Ya nos habían hecho perder suficiente tiempo, y no iba a permitir que nadie jugara con nosotros.

Cami Hughes nos lo estaba poniendo difícil, pero yo sabía negociar mejor que nadie.

***

Cami

—Mmm... Me ha quedado mejor que nunca —comenté tras probar el delicioso banana bread que había horneado.

Era el dulce favorito de mi padre, y lo acompañamos con café descafeinado para merendar. Ambos necesitábamos un descanso y llenar el estómago. El parque de aventuras nos requería mucha energía, pero adoraba *Essex Adventures* con toda mi alma, y no me importaba partirme el lomo y sudar la gota gorda bajo el sol. Por ese mismo motivo, no me entraba en la cabeza que mi padre quisiera vender el negocio familiar. Los hermanos Whitley ofrecían mucho dinero, sí, pero el parque de aventuras era nuestra vida... y había sido la de mi madre.

—Te ha quedado mejor que el de cualquier pastelería —dijo mi padre.

Por dentro estaba que me salía de orgullo, pero por fuera me hice la indiferente y me encogí de hombros:

—Seguí la receta del libro de mamá.

A mi padre le brillaron los ojos. Las recetas eran mis posesiones más preciadas. A mi madre le encantaba cocinar y tenía cinco cuadernos de recetas escritas a mano, todas en lápiz, para poder borrar y corregir lo que hiciera falta. Esos cuadernos eran como oro en paño. Me gustaba hornear y ofrecer mis bizcochos a los clientes. A todo el mundo le encantaba, y los halagos me hacían sentir orgullosa. Era una forma de seguir honrando el legado de mi madre.

Habitualmente dejaba un plato con dulces en la recepción, para que los clientes se sirvieran antes o después de la actividad. Cuando veía que alguien cogía algo al llegar *y* al salir, sentía que había hecho bien mi trabajo.

—Me espera un grupo grande. ¿Tú has terminado por hoy? —le pregunté a mi padre.

—Sí. Pero más tarde he quedado con Whitley.

Me enderecé mientras un escalofrío me recorría la espalda. *¡Maldita sea!* Se suponía que nos reuniríamos la próxima semana, y

quería volver a tratar el tema con mi padre antes de entonces. Quería haber preparado una deliciosa cena en algún momento de la semana, antes de la reunión, para poder conversar largo y tendido.

Siempre lo hacía cuando necesitaba tener una charla seria con él.

Resoplé con indignación:

—¿Por qué no me lo has dicho? ¿Cuándo es? ¿Tengo tiempo para prepararme?

—La reunión no es con Gabe, sino con su hermano, Maddox, que me envió un correo. A él también le gustaría conocerte, pero no tienes que venir si no quieres. La verdad es que me interesa oír más detalles de su oferta.

Se me hizo un nudo en el estómago.

Mi padre es el dueño del negocio, y no me corresponde decirle lo que debe o no debe hacer. Pero aún así...

—Papá... no lo entiendo... tú siempre has dicho que no querías jubilarte.

Además, me había contado que los Whitley tenían previsto talar algunos árboles para construir su enorme hotel. Era un área verde preciosa, y no quería que destruyeran la naturaleza.

Me sonrió:

—No sabía que alguien podría ofrecernos tanto dinero. La única oferta que recibí una vez, fue de la familia de Bill, y la cantidad era casi una falta de respeto.

La familia de Bill trabajaba en el sector inmobiliario, y su padre había sido alcalde. Me estremecí al recordar aquella proposición. La ofertaron justo después de la muerte de mi madre, pensando que mi padre la vendería por desesperación.

Me mordí el interior de la mejilla izquierda:

—Iré contigo a conocer a Maddox.

—Estupendo. Así comprobarás por ti misma que la propuesta es inmejorable.

Sus palabras fueron como un puñetazo en el estómago. No podía imaginarme un futuro sin pisar el parque todos los días. Crecí viendo a mis padres volcados en el negocio, y cada tarde volvía corriendo del colegio con ganas de ayudar en lo que hiciera falta. Solía

acompañar a mi padre cuando guiaba a los grupos, y observaba a mi madre con atención mientras cocinaba.

Ese lugar era mi vida. Mi lugar feliz.

—No conozco a Maddox, pero si se parece a Gabe, seguro te caerá bien —añadió mi padre.

—¿Dónde os vais a reunir?

—En el *Griswold Inn*.

Era el típico restaurante de Essex que llevaba abierto toda la vida. Me alegré de que eligieran un lugar que ya conocía.

—¿A qué hora habéis quedado?

—A las siete —respondió.

—En cuanto termine con este grupo, iré a casa a cambiarme, y me reuniré contigo allí.

—Excelente —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Vale. Te quiero, papá —me despedí, sonriéndole.

Me devolvió esa sonrisa que siempre me había encantado: se le subían tanto las comisuras que casi le tocaban las orejas. Mi madre solía bromear diciendo que parecía un payaso... pero uno adorable. A pesar de que ya hacía más de doce años que había fallecido, no había un solo día en que no la echara de menos.

Por aquel entonces, acababa de graduarme en la universidad, y mi padre no encontraba la forma de salir adelante. Aquello me rompió el corazón. No salió de casa durante un mes después de su muerte, y yo tomé las riendas de la empresa. Era nuestra fuente de ingresos; no podía dejar que se hundiera. Necesitábamos el dinero y no podíamos plantearnos cerrar el negocio, ni siquiera para llorar a mi madre.

Pero, por extraño que parezca, gestionar el parque me ayudó a superar el dolor. Pude canalizar la tristeza para hacer algo constructivo.

Había estudiado inglés, francés e italiano en la universidad y tenía planeado viajar por el mundo y enseñar, pero tuve que cambiar de rumbo tras su muerte. Y no lo lamentaba: era inmensamente feliz en Essex, donde había pasado mi infancia y donde trabajaba, felizmente, en un precioso bosque de cuatro hectáreas que me llenaba por completo.

En verano ofrecíamos tirolina, escalada con cuerda y carreras de obstáculos. También había una zona de minigolf de la que disfrutaban niños y adultos. En invierno teníamos espacio suficiente para montar una pista de patinaje sobre hielo. En las temporadas de mucha nieve, convertíamos la pista de obstáculos en una zona para hacer *snow tubing*.

Se situaba justo en las afueras de Essex, y colindaba con la propiedad que habían adquirido los Whitley, donde pretendían construir una destilería y un hotel. La verdad era que no tenía ni idea de por qué estaban interesados en nuestra propiedad también.

Un rato más tarde, cuando el grupo terminó su aventura de tirolina, los acompañé a la recepción.

—Qué buena pinta —comentó uno de los turistas, señalando el plato con el *banana bread*—. ¿Puedo coger un trozo?

—¡Claro! Es para los clientes.

Entre las cinco personas que conformaban el grupo se devoraron prácticamente el bizcocho.

Después de dejar a todo el equipo en el vestuario, me despedí de ellos. Tras su partida, cerré el parque y me dirigí a mi cabaña. Quedaba a tan solo diez minutos andando, pero aún así había días en los que cogía el coche.

Mi padre vivía cerca del centro, pero yo me había comprado una cabaña en las afueras para estar cerca del parque, y además, porque los precios eran mucho más asequibles que en los alrededores de Main Street. Si necesitaba algo del pueblo, estaba a tan solo siete minutos en coche. A veces iba en bicicleta. Y octubre era una época especialmente bonita para montar en bici y admirar el cambiante follaje de los árboles.

Pero esa noche cogería el coche. Me puse un traje de negocios y unos tacones tan altos que sería imposible ir pedaleando. Quería causar buena impresión.

Capítulo Dos

Cami

Después de arreglarme, fui a recoger a mi padre en coche. Tenía que mirar el suelo con cuidado, no estaba acostumbrada a los tacones de aguja, y la acera era de adoquines. Llamé a la puerta varias veces, pero mi padre no contestó, así que me tomé la libertad de entrar. Él tampoco echaba el cerrojo si estaba en casa.

—¿Papá?

—Oh... hola, cariño —dijo, completamente sorprendido—: ¿Qué hora es?

—Tenemos que estar en el restaurante en diez minutos —respondí, con el ceño fruncido.

—Maldita sea. —Su voz me llegó desde la sala de estar.

Me apresuré para ver qué ocurría y lo encontré tumbado en el sofá con una bolsa de hielo en la frente.

—¿Te ha dado migraña? —pregunté con una sonrisa compasiva.

Asintió y contestó:

—Me ha venido de la nada.

Mi padre padecía de severos dolores de cabeza desde que era niño.

—Vaya. ¿Quieres que te prepare una manzanilla?

—No hay tiempo.

—Papá, no puedes salir de casa así —dije con firmeza—. Ya sabes que el dolor va a peor.

Mi padre dejó la bolsa a un lado y se incorporó. Luego sacudió la cabeza.

—Tienes razón, no me encuentro bien ¿Te importaría ir tú sola?

—Claro que no. Y no te preocupes por nada, ¿vale?

Mi padre señaló la mesita y añadió:

—Antes de que te vayas, me enviaron un boceto de lo que quieren hacer con el terreno... si se lo vendemos.

Abrí los ojos como platos:

—Tienen cojones.

Mi padre se rió. No tenía filtro con él.

—No podría haberlo expresado mejor.

Casi sin darme cuenta, me acerqué al portátil y me puse en cuclillas. Se me ensancharon las fosas nasales de la rabia. Mi padre había mencionado que talarían algunos árboles, pero por lo que figuraba en los planos, arrasarían con el noventa por ciento de la vegetación.

—¿Y para qué narices quieren el terreno si van a cargárselo todo? —pregunté, conteniendo la rabia.

—Ya sé que le tienes un cariño especial a esos árboles, pero hay mucha gente a la que la naturaleza le importa un pimiento.

Respiré hondo y leí el correo electrónico de Maddox Whitley.

Estimado Samuel,

Estoy deseando conocerlos a usted y a su hija. Pero antes de la reunión, me gustaría dejar claro algo que quizá resulte evidente: el importe ofrecido supera con creces el valor real del terreno, y no aumentaremos nuestra oferta bajo ninguna circunstancia.

Si eso es lo que su hija pretende, le pido por favor, que se lo aclare de antemano.

Me gustaría cerrar este acuerdo en nuestra reunión. Gracias por su consideración.

Atentamente,

Maddox Whitley

Estaba que ardía de ira.

¿Dejar claro algo que quizá resulte evidente? ¡Pero qué gilipollas!

—¿Se piensa que queremos más dinero? ¡Pero si son él y su hermano los que no *nos* dejan en paz a nosotros!

—Y es probable que crean que no queremos vender porque podemos sacarles más pasta.

Apreté la mandíbula. Yo no quería vender, pero no tenía tan claro que mi padre pensara lo mismo.

—Prométeme que te comportarás correctamente y escucharás lo que tenga que decir —me pidió mi padre—. Podrías hacer muchas cosas con el dinero de la venta. Ofrecen una buena cantidad, no

como Bill. —A ninguno nos caía bien, pero teníamos que tratarlo con amabilidad porque era la mano derecha del alcalde. Siendo sincera, nos caía mal desde que salí con él en el insti y tuvo la cara de tirarle los tejos a otra en mi cara—. Tendrías un buen colchón de ahorros.

Negué con la cabeza:

—Papá, el negocio es tuyo.

Yo había heredado la parte de mi madre tras su muerte, pero nunca la había considerado *mía*.

—Tonterías. La mitad del dinero de la venta te pertenece.

—No me importa nada de eso —respondí. *Essex Adventures* era lisa y llanamente mi casa. Nunca me había planteado un futuro sin ella.

Suspiré:

—Está bien, tengo que irme. ¿Quieres que me pase después de cenar y te cuente cómo ha ido?

—No, mejor nos ponemos al día mañana. Es probable que me acueste temprano.

—Puedo traerte la cena.

—Tengo algunas sobras en la nevera.

—¿Quieres que te caliente la comida? —pregunté.

—No tienes que consentirme, Cami.

—Claro que sí, tienes migraña.

—Siempre te preocupas por mí.

—Eres mi padre, ¿cómo no voy a estar pendiente de ti? —Miré la hora—. Pero no quiero llegar tarde. Llámame si necesitas algo, ¿vale?

—No creo que lo haga. Ahora vete y dale a Maddox una oportunidad.

—Vaaale —respondí, y tenía la intención de hacerlo. Pero, en el fondo, no conseguía visualizarme firmando esa venta.

***

Llegué al *Griswold Inn* dos minutos antes de la hora de la cita. Estaba nerviosa, tenía que admitirlo. Entré al restaurante, preguntándome si la reserva estaría a nombre de Whitley o Maddox,

o de algo totalmente distinto. ¿La habría hecho mi padre? *Debería habérselo preguntado*.

El local estaba lleno, como era habitual por las noches. Esperé en la zona cercana a la barra y al atril de recepción. El restaurante no tenía recepcionista, pero alguno de los camareros, o quien estuviera de turno, se encargaba de acompañar a los comensales hasta su mesa.

Busqué con la mirada a alguien que pudiese ser Maddox Whitley, pero parecía que no había llegado. Me detuve a observar a la gente: una mezcla entre lugareños y turistas, como de costumbre.

Mientras esperaba, no pude evitar escuchar las conversaciones que provenían de las mesas.

Una en particular llamó mi atención.

—¿Tiene intención de mudarse aquí? ¿Le gusta la zona? Yo nací y me crié en Essex... No me imagino viviendo en otro sitio —le comentaba Joel, el camarero, al hombre que estaba sentado en el asiento más cercano.

No era alguien del pueblo, de eso estaba segura. Nunca lo había visto antes, de lo contrario me acordaría. Era muy atractivo.

Apenas alcanzaba a ver su perfil, pero era casi perfecto. Pómulos altos, nariz recta y lo que parecían ser ojos marrones; era difícil saberlo desde mi perspectiva. Pude divisar unos brazos musculosos, aún por debajo de la camisa.

—No, la vida de pueblo no es lo mío —respondió—. Son sitios encantadores, pero muy aburridos. Por lo que veo, a Essex... le falta vida. —*Mmm, eso le acaba de restar puntos de atractivo*—. Estoy aquí por negocios; creo que al pueblo le vendría bien otro hotel.

Me quedé de piedra, y supe que se trataba del mismísimo Maddox Whitley, incluso antes de que el camarero le respondiera:

—Ya veo. Le deseo mucha suerte, señor Whitley. Siempre recibimos a los nuevos inversores con los brazos abiertos, aunque sean competencia.

Me acerqué a él sin poder evitarlo.

—Hola, Cami... No te había visto —saludó Joel.

Maddox fijó su mirada en mí de inmediato:

—Cami... ¿la hija de Samuel?

—Sí, mi padre está con migraña y ha tenido que quedarse en casa. He venido sola.

Puede que mi comentario sonase grosero, pero había menospreciado mi pueblo natal.

—Nuestra mesa está lista —dijo Maddox, señalando una al otro lado de la sala—. Estaba esperando aquí en la barra a que llegara.

Caminé delante de Maddox con mucho cuidado. Lo último que quería era perder el equilibrio o hacer el ridículo delante de él.

Apartó la silla para que me sentara, cosa que agradecí y acepté. *Puntos extra por los buenos modales*. Pero aun así, le faltaba mucho para compensar el ninguneo a los pueblos pequeños.

Tomó asiento frente a mí y dijo:

—Lamento que su padre no haya podido venir. Pero me alegro de reunirme con usted para avanzar en las negociaciones.

Pero qué pretende este tío.

Fruncí el ceño con desconfianza.:

—Tengo que preguntarle: ¿para qué quiere abrir un hotel aquí si cree que, y voy a citar sus propias palabras, "los pueblos pequeños son aburridos y carecen de vida"?

Maddox llevó los hombros hacia atrás. Estaba claro que no estaba acostumbrado a que le plantaran cara.

—No me di cuenta de que había oído ese comentario.

—Lo escuché desde lejos. De todas formas, sabía que el camarero es de Essex. ¿De verdad no se dio cuenta de que un comentario así podría ofenderle?

Maddox no dijo nada durante unos segundos, solo mantuvo la mirada fija en mí. Era desconcertante porque era extremadamente guapo, incluso más de lo que me había parecido a primera vista. Ahora que podía ver sus preciosos ojos de frente, pude confirmar que eran de un bonito tono marrón.

—El camarero me preguntó si me gustaba el pueblo, y no pude hacer otra cosa que ser sincero.

—Una respuesta honesta podría haber sido que los pueblos no son lo suyo o simplemente, que prefiere la vida en la gran ciudad. En cambio, ha insultado a nuestra ciudad natal.

Se acercó una camarera para dejarnos una botella de agua helada:

—¿Ya saben lo que quieren pedir?

—No —dijo Maddox secamente.

La camarera parpadeó y dio un pequeño paso atrás. Era muy joven, tal vez estudiante de instituto, y no tenía experiencia con hombres arrogantes.

—Necesitamos un par de minutos más —dije en un tono lo más amable posible.

Su actitud era claramente agresiva, y no me gustaba un pelo. Claro que también podía ser yo, que ya estaba a la defensiva por lo del terreno.

Cuando la camarera se marchó, me volví hacia Maddox:

—Está claro que su falta de modales es algo que lo caracteriza.

—¿Por qué ha venido aquí esta noche, señorita Hughes? ¿Para criticar todo lo que digo?

Bien, he logrado irritarle.

Pero le prometí a mi padre que le daría una oportunidad.

Respiré hondo. Mi padre no sabía que ese tipo era claramente un gilipollas. Lo sospeché por el tono de su correo electrónico, pero ahora lo estaba confirmando. De todos modos, estaba decidida a hacer un esfuerzo.

Así era el mundo de los negocios. De modo que crucé las manos sobre la mesa, y con tono educado, aclaré:

—No, he venido a oír lo que tiene que decir.

—Mi hermano y yo queremos comprar su propiedad —dijo sin perder un segundo, enderezándose en el asiento, lo que lo hacía parecer aún más alto.

Parecía que tenía los hombros rígidos. Era curioso pero esa postura le sentaba bien... estaba aún más atractivo de lo que ya era.

Eso no viene al caso.

—Ya lo sé —respondí—. Pero ¿por qué nuestro terreno específicamente? Hay campos al otro lado de la propiedad que han comprado. ¿Esos no les valen?

—Pertenecen al ayuntamiento, y ya tienen previsto construir invernaderos allí. No están disponibles.

—Tampoco nuestra tierra.

Maddox se inclinó ligeramente sobre la mesa:

—Mi experiencia me indica que todo tiene un precio.

Hice caso omiso de su comentario y volví a preguntarle:

—¿Pero por qué comprar nuestro terreno si su plan es tirar todo abajo? ¿Para qué invertir tanto dinero si hay varias parcelas en venta en otras partes del pueblo?

—Su propiedad tiene el tamaño y la ubicación que necesitamos, y se ajusta a nuestros propósitos.

Aunque era muy pragmático, sus argumentos sonaban vacíos. Me dolía imaginar que iban a acabar con todo lo que había significado tanto para mí. Descrucé las piernas bajo la mesa y respiré hondo. Maddox era un hombre guapo, y si lo hubiera conocido en otras circunstancias, hasta me habría interesado en él. Pero en ese preciso momento, ni siquiera quería estar ahí.

—¿Por qué se opone a la venta? —preguntó.

—Porque es una propiedad que ha pertenecido a mi familia desde hace muchos años —dije—. Significa mucho para mí y para mi padre.

Ladeó una ceja y negó con la cabeza:

—Podría hacer muchas cosas con el dinero que le ofrecemos. Es una suma considerable y justa. Podría comprar lo que quisiera, invertirlo en bolsa y complementar los ingresos con dividendos. Las posibilidades son infinitas. Le estamos ofreciendo mucho dinero, señorita Hughes. Pero no le ofreceremos ni un céntimo más.

—Eso ya lo ha dejado muy claro. Mi padre me enseñó su email.

Por la expresión de su cara percibí un atisbo de... ¿vergüenza?

—Quería dejar bien en claro mi punto.

¡No podría estar más en desacuerdo!

¿Por qué Maddox revertía las cosas? Si, para empezar, nosotros no teníamos el sitio en venta, y ellos fueron quienes se pusieron en contacto con nosotros.

—¿Usted cree que yo quiero más dinero?

Puso los codos sobre la mesa y bajó la mirada durante un breve segundo antes de volver a fijar sus ojos en mí.

—Según mi experiencia, es el principal motivo para negarse a vender.

—¿No se le ha ocurrido pensar que tal vez *no queremos* vender en absoluto?

—Que haya venido aquí esta noche, me hace pensar que *sí* quiere vender.

¡Dios mío! Me moría de ganas de contarle nuestra conversación a mi amiga Miriam. Era un disparate.

—Para ser sincera, le prometí a mi padre que le daría una oportunidad. Pero estoy segura de que él comprenderá que no hay entendimiento posible entre nosotros.

—El problema es que *usted* no para de atacarme.

Las comisuras de mis labios se elevaron. No podía dejar pasar esa oportunidad:

—No le estoy atacando. Me ha hecho una pregunta y no puedo hacer otra cosa que ser sincera —respondí, repitiendo sus propias palabras lo mejor que pude recordar.

Maddox se echó a reír:

—Ha sido muy perspicaz. Tengo que admitirlo.

Volví a cruzar las piernas. Sin querer, rocé las suyas por debajo de la mesa, y una corriente de calor me recorrió el cuerpo. Fue tan inesperado que apenas pude contener un grito ahogado.

Miré hacia la mesa y exhalé con fuerza. Maddox también estaba completamente perplejo y, unos segundos después, se inclinó hacia la mesa y sirvió agua en nuestros vasos de tubo.

—Cami... ¿puedo tutearte?

Levanté la vista. *¿Por qué de repente usa mi nombre de pila?* Me parecía demasiado personal... pero me gustaba.

—Hemos empezado con mal pie —continuó.

No dije nada, quería ver a dónde quería llegar. *¿Por qué mi cuerpo reacciona así por él?*

—Podemos dejar a un lado nuestras diferencias y discutir esto como adultos. No hay razón para que no podamos tener una cena agradable. Puedo ser bastante encantador cuando no estoy bajo ataque constante.

—Esa no era mi intención, te lo aseguro. —Había algo en ese hombre que despertaba instintos que ni sabía que tenía, y eso no era propio de mí.

—Te prometo que para cuando acabe la noche... te terminaré cayendo bien —dijo con la mirada fija en mis labios.

¿Se habrá dado cuenta de mi inexplicable reacción hacia él? Volví a respirar hondo y desvié la mirada, jugando con el tenedor sobre la mesa para calmar mis nervios.

—Y si quieres cuando terminemos de cenar, podemos ir a tomar algo. —Me dedicó una sonrisa, y me guiñó un ojo—. Se me da muy bien entretener a mis invitados, y quizá entonces estés más dispuesta a vender.

—¿Estás intentando ligar conmigo? —pregunté con el ceño fruncido.

Estaba *clarísimo* que Maddox se había dado cuenta de que me atraía. Pero, ¿por qué me ponía en un aprieto? Peor aún, ¿estaba coqueteando conmigo para conseguir que vendiera? Eso no me gustaba nada.

—¿Está funcionando? —preguntó, con una enorme sonrisa de satisfacción.

Eché la silla hacia atrás y me puse en pie:

—No, señor Whitley, para nada. Creo que esta conversación no va a ninguna parte.

—¿Qué? —preguntó y se levantó de la mesa.

Intenté mantener la calma y no montar una escena porque el restaurante estaba lleno de gente conocida.

—Buenas noches —dije, antes de salir rápidamente del local.

Ahí tiene, señor Whitley. Métase la negociación donde le quepa.

Capítulo Tres

Maddox

El sábado por la noche fui a cenar a casa de mis abuelos, en el barrio de Dorchester. La familia al completo estaba reunida allí.

Recordé la primera vez que vi a mis abuelos y mis medios hermanos, unos años después de que estallara el escándalo. Al principio, me resistía a conocer a la otra familia de mi padre, como la llamábamos, aunque de hecho, *nosotros* éramos "los otros". Pero mis abuelos nos recibieron con los brazos abiertos, y me sentía orgulloso de ser nieto de Abe y Jeannie.

Cuando entré en la casa, que olía de maravilla, había un gran bullicio.

Cade apareció en la puerta:

—¡Me alegro de que hayas llegado!

—¿Era el único que faltaba? —pregunté.

—No, aún falta Nick. La abuela ya nos está dando la lata porque pedimos demasiada comida.

Sonreí. Era un constante tira y afloja, pero cada vez ganábamos con más frecuencia.

Nuestros abuelos tenían noventa y dos años y no tenían tanta vitalidad como ellos creían. Ambos habían tenido problemas de salud, y hasta hace poco, la abuela se empeñaba en cocinar para un batallón cada vez que nos invitaba a cenar. Tras una breve internación por deshidratación, los nietos tuvimos que tomar cartas en el asunto. A veces pedíamos comida a domicilio y otras, contratábamos un *catering*. Pero cuando se organizaba una comida con poca antelación, no teníamos más remedio que recurrir a los *delivery*.

Entré en el salón y no podía creer lo que veían mis ojos. *La abuela tiene razón. Hemos pedido demasiada comida.* Aún así, éramos un grupo enorme. Todos mis medio hermanos tenían pareja. Jake estaba casado con Natalie, que trabajaba conmigo. Colton

estaba comprometido con Zoey; Cade y Meredith se habían conocido de niños y se habían reencontrado muchos años después; Spencer, que tenía a su hijo Ben en brazos, había tenido la suerte de conocer a Penny. Ella había sido su vecina, pero en la versión de la abuela, el mérito era suyo. Como sea, no podía imaginar una mujer mejor para Spencer.

Jamás en la vida me habría imaginado que Gabe se comprometería, pero resultó que sí. Diane me caía muy bien, de hecho todas las parejas de mis hermanos eran fantásticas. Aún así me preguntaba cómo era posible que los únicos solteros de mi familia fuéramos Nick, Leo y yo.

—De hambre no nos vamos a morir —comenté.

—Ya te digo —contestó Spencer, besando la cabeza de Ben—. No sé cómo se nos ha ido tanto la mano... Es el doble de lo que deberíamos haber pedido.

—¿Y qué problema hay? Pueden aprovechar las sobras el resto de la semana —dijo Colton, siempre práctico.

—Sí, y con tanta variedad, tienen para elegir lo que les apetezca —añadió Leo.

Gabe me miraba con curiosidad. No le di todos los detalles de mi encuentro con Cami, pero le informé de que no había hecho ningún progreso. Aunque eso era quedarse jodidamente corto.

Cuando nos sentamos todos a la mesa, la abuela pareció tranquilizarse.

—¿Eso es pollo frito? Hace tiempo que no lo pruebo —comentó.

Cade se mostraba especialmente satisfecho consigo mismo, y no era de extrañar: no cualquiera conseguía impresionar a Jeannie Whitley.

Intuía que mis hermanos esperaban que dijera algo. No dejaban de lanzarme miradas y mirarse entre ellos.

Finalmente, el abuelo pareció darse cuenta de la situación y preguntó:

—¿Qué os pasa, chicos? Estáis muy nerviosos.

Abe Whitley no había erigido un imperio por gracia divina. No se le escapaba nada, se daba cuenta de todo y elegía cuidadosamente sus batallas.

—Estamos esperando a que Maddox nos ponga al día —dijo Gabe con una sonrisa de suficiencia—. Se ha reunido con los dueños del parque de aventuras que colinda con nuestra propiedad.

—Ah, ¿es el terreno que queréis comprar? —preguntó la abuela.

—El mismo, abuela —respondió Gabe.

Incluso después de tantos años, me sorprendía que mis medio hermanos los llamaran "abuela" o "abuelo". Me resultaba muy formal, pero lo hacían desde que eran niños. Para Leo, Nick y para mí eran simplemente nuestros "abus".

—No he conseguido nada —dije.

—Eso ya me lo has dicho, pero necesito más detalles de tu fracaso.

—¿Por qué disfrutas tanto con esto?

—Quizá porque presumías de ser capaz de ganarte a cualquiera con tu... ¿qué era?

—Su irresistible encanto —apuntó Spencer.

Me lo merecía. Un mes atrás, cuando Gabe nos contó que la venta estaba atascada por Cami, me jacté de que sería capaz de convencerla.

—Me alegro de que os parezca divertido.

—Eso te pasa por hacerte el chulo —dijo Leo.

Me encogí de hombros:

—¿Qué queréis que os diga? Nunca antes me había fallado.

—Hasta ahora —dijo Gabe.

—Quizás su encanto alcance solo a mujeres jóvenes y sexys, y no surte efecto en señores mayores, ¿no? —preguntó Leo.

Esto va a ser más humillante de lo que pensaba, pero no tengo forma de eludirlo.

Me aclaré la garganta y respondí:

—A decir verdad, no me reuní con el señor Hughes. Cami se presentó sola a la reunión.

Gabe me clavó la mirada:

—Un momento, ¿te ha fallado el encanto con una mujer joven y sexy, tal como ha dicho Leo?

—Fracasé estrepitosamente —confesé con toda sinceridad—. No entiendo cómo pudo haber pasado.

Toda la mesa se echó a reír, incluido yo. Aunque en el fondo me sentía frustrado.

—Cuéntanoslo y quizá podamos ayudarte —dijo Gabe.

Vaya cabrón. Lo último que quería hacer era repetir lo sucedido con todo el mundo.

—¿Esta noche me ha tocado ser el blanco de todas las burlas o qué?

—Pues sí —dijo Nick. No le había oído llegar entre todo el jaleo —. ¡Acabo de llegar y solo he pillado el final, pero suena interesante! ¡Hola a todos! Madre mía, ¡menuda cantidad de comida!

Cade resopló:

—Por favor, no saques el tema.

—Vale, vale —respondió Nick, que se sentó entre la abuela y Natalie—. Bueno, cuéntanos para ver en qué has fallado.

Enarqué una ceja. Quizá no fuera tan mala idea después de todo.

—Bien —dije, mientras todos ponían comida en sus platos. Me serví mucho pollo porque la abuela tenía razón, tenía muy buena pinta—. El primer problema fue que el propio Samuel Hughes no pudo acudir a la cena. De modo que solo estuvimos su hija y yo.

—¿Qué edad tiene la chica? —preguntó la abuela.

Qué pregunta más sospechosa.

—No lo sé... Puede que tenga mi edad, tal vez un poco más joven. No se lo pregunté.

—Menos mal —dijo.

La miré fijamente. *¿De verdad piensa que sería capaz de preguntar algo así?*

—Para resumir: la chica está empeñada en no vender.

—¡Te lo he dicho! —soltó Gabe, exasperado.

—Lo sé tío, pero no esperaba que se cerrara en banda. Le recordé que le estábamos ofreciendo mucho más de su valor en el mercado, y todo lo que podría hacer con ese dineral.

—Ahora entiendo que haya salido mal —comentó Nick.

—Eres consciente que no se le debe decir a la gente lo que tiene que hacer, ¿verdad? —preguntó Leo.

Jake y Colton hicieron una mueca de disgusto.

—Leo tiene razón —respondió Cade.

—No ha sido como vosotros pensáis —empecé—. Solo pretendía que lo tuviese en cuenta... —Me detuve un momento a pensar, y al final tuve que reconocerlo—. Maldita sea, tenéis razón.

—¿Ves? Que lo reconozcas ya es un gran avance —dijo Natalie.

—Pero eso no es lo peor de todo... —continué.

Tenía que ser completamente sincero y contarles todo lo sucedido. Era una negociación, había fracasado, y Gabe tendría que hacerse cargo a partir de ahora.

—¿Qué puede ser peor? —preguntó Jake, con la voz tensa.

—Intenté ligar con ella.

Se oyó un grito ahogado de Penny, y todos los demás estallaron en carcajadas.

—Definitivamente eso es peor —dijo Jake.

—¿Cómo no lo intuí? —murmuró Gabe—. Debería haber ido contigo.

Spencer y Penny me clavaron la mirada:

—La potencial vendedora ya te tenía entre ceja y ceja... —comenzó Spencer.

Penny le siguió el juego:

—¿Y para coronarte te has puesto a ligar con ella?

Tal como ellos lo contaban, me hacían quedar como un idiota. Pero no me había parecido tan así aquella noche.

Me sentí atraído por Cami desde el momento en que la vi. Era un mujerón despampanante. Y entonces sentí una chispa... y actué en consecuencia. Cuando nuestras piernas se rozaron de forma accidental, vi cómo su cuerpo respondió sin que ella pudiera evitarlo, me quedé tan pillado que mi mente quedó en blanco. No podía explicarlo. Pero iba a omitir ese detalle, no era relevante para la conversación que estábamos teniendo.

—Apuesto a que te mandó a tomar por culo —dijo Spencer.

—¡Spencer! —le reprendió la abuela.

—No exactamente, pero podría haberlo hecho —contesté. A Gabe no le hizo ninguna gracia, y me dirigí a él—: Lo sé, he metido la pata. Pero quiero arreglarlo.

—Más te vale —respondió con dureza.

Gabe era una persona relajada, como yo, pero el asunto del terreno era importante.

—Porque si lo que ha ocurrido hace cambiar de opinión a su padre...

—No dejaré que eso pase —le interrumpí, negando con la cabeza.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Echarle la caña otra vez? —preguntó Cade con sarcasmo.

—Chicos, ¿qué os pasa esta noche? —preguntó la abuela.

Agaché la cabeza:

—Me lo merezco, de verdad.

—Siento que la negociación no haya salido como pensabas —dijo la abuela, con empatía.

—No importa —dije—. Me gustan los retos.

—Pero sabes que no debes mezclar negocios con placer, Maddox. Tu abuelo y yo te enseñamos a hacer las cosas bien —replicó.

—Es verdad... no sé qué me pasó. —En ese momento sentí mucha vergüenza, lo cual era lógico, y decidí concentrarme en mi comida.

La abuela entrecerró los ojos y preguntó:

—¿Te gustaría enseñarme el parque de aventuras un día de estos?

Gabe se volvió hacia ella, enarcando una ceja:

—¿Para qué?

—Me gustaría verlo. Creo que la propiedad que comprasteis es lo suficientemente grande para lo que queréis hacer, pero me encantaría ver qué tiene de especial el parque. Me parece genial que queráis expandir el legado de *Whitley Industries*. Estamos muy orgullosos de vosotros.

Joder, nunca me cansaría de escuchar eso.

Desde el momento en que llegaron a Maine y nos sugirieron que nos incorporáramos a *Whitley Industries* porque nos pertenecía al igual que a nuestros hermanastros, me había prometido no defraudarles nunca.

Y no lo había hecho. Hasta ahora.

No entendía qué me había pasado en aquel restaurante. Había perdido la compostura. Y lo más importante... perdido de vista mi objetivo, y eso era inédito para mí. Iba a arreglarlo de una forma u otra. Tenía que pensar en una estrategia mejor.

—Voy a hablar con su padre —dije.

—Creo que es una decisión acertada —respondió Jake.

—Empieza con una disculpa —opinó Leo.

—Por si acaso el hombre quisiera arrancarte los dientes o algo así —añadió Nick.

—No es ese tipo de hombre... se parece más a Papá Noel que a otra cosa —dijo Gabe—. Pero nunca se sabe.

—Maddox le tiró los tejos a su hija —dijo Cade.

—No le tiré exactamente los tejos —afirmé, aunque prefería no entrar en detalles.

—¿Tan rápido te despachó? —preguntó Meredith, que era, en mi opinión, la más graciosa de las mujeres de mis hermanos—. ¿O ni siquiera llegaste a eso?

—Ya habéis opinado lo suficiente, algunos consejos me han servido, pero basta ya de hacer leña del árbol caído. La cagué y voy a arreglar este asunto.

—No seas tan duro contigo —dijo la abuela—. Al final todo saldrá bien.

Guau. No podía creer que no me regañara por haber dicho una palabrota. Y como lo último que quería era que me reprendiera, no iba a buscarle los tres pies al gato.

—Estoy deseando conocer el parque de aventuras —continuó—. Puedo ir contigo cuando vayas a hablar con el señor Hughes. Quiero ver el lugar, y tal vez descubrir por qué su hija no quiere vender.

Fruncí el ceño:

—Vale. Eso podría ayudar.

La empatía no era uno de mis puntos fuertes. Me costaba mucho ponerme en el lugar de los demás, y mucho menos en mi trabajo donde tenía que negociar desde que ponía un pie en la oficina hasta que salía... sería una pesadilla siquiera intentarlo. Además, detrás de cada contrato, no existía un motivo emocional profundo. La gente

solo buscaba dinero, y con el prejuicio de que los Whitley estábamos forrados, se aprovechaban para sacar tajada.

Pero este caso era completamente diferente, y tenía que haber algún motivo más aparte del dinero. Samuel fue sincero con nosotros acerca de la situación financiera de la empresa: el parque de aventuras no generaba muchos ingresos, apenas lo suficiente para pagar sueldos dignos a los empleados y unos exiguos beneficios.

¡Qué cagada! Debería habérmelo tomado con calma e intentado averiguar más sobre Cami. En cambio, fui como un elefante en una cacharrería. Era lógico que me rechazara.

Aun así, no estaba seguro de que la abuela estuviera finalmente dispuesta a hacer el viaje, aunque fueran solo cuarenta minutos en coche.

—No hace falta que vengas, abu —le dije—. Gracias por ofrecerte, pero ya tengo algunas ideas.

—Pero yo tengo trucos que tú no sabes —respondió con una sonrisa.

—Muy bien, entonces. ¿Por qué no?

Si quería ir y le hacía feliz no iba a impedírselo.

Miré al resto de los allí presentes. Natalie y Jake intercambiaban una mirada que no pude descifrar. Meredith estaba claramente conteniendo una carcajada. Cade le estaba dando codazos por debajo de la mesa, pero todo el mundo se daba cuenta. Penny se limitaba a mirar a la abuela con dulzura. Spencer y Gabe se reían sin tapujos. No tenía ni idea de qué les pasaba.

Pero de algo estaba seguro: Jeannie Whitley siempre guardaba un as bajo la manga. Había sido actriz de teatro toda su vida. Una vez me contó que pasaba mucho tiempo intentando ponerse en el lugar del personaje que le tocaba interpretar e imaginar cómo era su vida. Si alguien podía dar lecciones de empatía, esa era mi abu. Me moría de ganas de enseñarle el parque de aventuras.

Jeannie Whitley podría ser exactamente el arma secreta que necesito.

Capítulo Cuatro

Maddox

—Natalie, ¿puedo hablar contigo un momento? —le pregunté el viernes por la mañana.

—Claro. ¿Quieres que vayamos a tu oficina?

—Sí, quiero que me pongas al corriente de los próximos eventos de la empresa.

Natalie empezó a hacerme un resumen antes de que entráramos en la oficina. Era muy buena en su trabajo, y tuve suerte de que estuviera desempleada cuando conoció a Jake. Estaba intentando poner en marcha su negocio de organización de eventos, y mi abu fue su primera clienta: organizó su fiesta de noventa cumpleaños. Pero como no conseguía suficientes clientes para mantenerse ocupada, le ofrecí un puesto, y desde entonces formamos un gran equipo. Era prácticamente mi mano derecha, y ya tenía previsto ascenderla, ya que el hotel requeriría más dedicación por mi parte, y ella asumiría la dirección de la oficina de Boston.

—Vale —dije, mientras ambos nos sentábamos—. ¿Necesitas que esté presente en alguno de estos eventos?

Nos dedicábamos al diseño de espacios de oficina, y los eventos, que formaban parte de nuestra campaña de marketing, eran parte del oficio. Siempre invitábamos a nuestra cartera de clientes, que podían acudir con potenciales socios comerciales.

—Estaría bien. Ya sabes que muchos clientes asisten porque no pueden resistirse a tu encanto y quieren verte a ti.

Aunque lo dijo con humor, era cierto. Sonreí y respondí:

—Haré lo posible por estar. Y esta noche también.

—He visto en tu agenda que tienes una reunión fuera de la oficina.

—He quedado con Samuel Hughes en Essex. La abuela vendrá conmigo.

Al ver que Natalie apretaba los labios, le pregunté con la mirada entornada:

—¿Hay algo que quieras decirme?

—Sí, es mi deber moral. No solo porque eres mi jefe y mi cuñado, sino porque me caes bien. Quiero hacerte una advertencia con respecto a Jeannie.

—¿Una advertencia? Pero si es *mi* abuela.

—Ya. El problema es que nunca te ha tocado ser víctima de sus artimañas de celestina.

Eché la cabeza hacia atrás:

—*No* creo que este sea el caso. La abu quiere ver la propiedad, conocer a Cami y... ¡Mierda! —bufé—. Ese es el propósito de su visita, ¿no?

Natalie se rió:

—Me alegro de que te hayas dado cuenta. Ahora que me has entendido, estarás más receptivo a mis consejos.

—¿Tú cómo te diste cuenta de que intentaba emparejarte con Jake? —pregunté.

—Porque Jeannie no fue precisamente sutil; no paraba de inventar excusas para que pasáramos tiempo juntos, y me hablaba maravillas de él las veinticuatro horas del día. Aunque debo reconocer que su implicación fue crucial... Jake no me convenció la primera vez que lo conocí.

—No me importaría que le hablara bien de mí a Cami. Hasta podría ablandarla para que venda el terreno.

Natalie hizo una mueca de disgusto:

—Oye, Maddox. A menos que estés de acuerdo con los planes de emparejamiento de Jeannie, no la alientes. Lo tomará como una señal de que va por buen camino. —Me miró a los ojos—. A no ser que eso es lo que quieras...

—¿Qué insinuas? —pregunté.

—A ver... ¿por qué coqueteaste con Cami? Tú nunca sueles mezclar los negocios con tu vida personal.

Me aclaré la garganta y respondí:

—Claro que no. —No podía negar que Cami era una mujer extremadamente atractiva, y además, un hueso duro de roer. No me

hubiera importado liarme con ella. Joder, ¡estaba tirando por la borda mis principios morales!—. He metido la pata a fondo, ¡maldita sea!

Natalie suspiró:

—La verdad, me sorprende de ti.

—No coqueteé con Cami para conseguir el acuerdo.

—Entonces... ¿quieres decir que intentaste seducirla porque simplemente te sentiste atraído por ella?

Mis fosas nasales se dilataron. No podía mentir.

Natalie se tapó la boca con una mano, y dijo:

—¡Madre mía! Desde ya te digo que Jeannie se dará cuenta. Da igual lo que hagas o dejes de hacer... lo sabrá.

—Natalie, te agradezco la advertencia. Pero conozco a mi abuela.

Negó con la cabeza con vehemencia:

—Tus hermanos también pensaban que lo tenían todo bajo control... pero no fue así. A ver, al final todo salió bien. Pero quiero que te quedes con esta recomendación: no dejes a Jeannie a solas con Cami.

—Por supuesto que no.

—Segundo, no dejes que "accidentalmente" te organice otra reunión con Cami.

¿Pero qué dice? Soy un hombre que se ocupa de sus propios asuntos, claro que eso no va a suceder.

—¿Y tercero?

—Déjame pensar.

—¿No tienes ninguna otra recomendación?

—Tengo como veinte más, pero estoy pensando en las más importantes para que se te graben. —Natalie alzó las cejas—. Ah, sí, ya sé. Mira, Jeannie tiene dos estrategias: una es hacerse la desentendida, como hizo conmigo y Jake.

—Pero si antes has dicho que no se andaba con sutilezas.

—Así es, pero tampoco reconoció que lo tenía planeado.

—Si tú lo dices... —respondí, aunque no entendía del todo su explicación.

—Pero luego con Cade, e incluso con Colton, fue muy directa. De hecho, les dijo que estaba haciendo de casamentera.

—Vale...

—Además, no dejes que lo diga en voz alta. De lo contrario, las cosas podrían volverse incómodas para Cami y para ti.

Me eché a reír:

—Natalie, no creo que la situación pueda ser más incómoda de lo que ya es.

—Hazme caso: puede ponerse mucho peor.

La miré fijamente:

—¿Y el cuarto punto?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, apartándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Estás inquieta. Y eso no es propio de ti.

—Bueno, no es exactamente una advertencia. Me gustaría que... hagas caso a tu intuición.

—Siempre lo hago.

—Quiero decir, si crees que existe una chispa entre Cami y tú... no la ignores. —Se detuvo un momento para pensar, y agregó—: Perdona, olvida lo que acabo de decir.

Pero no podía.

Me aclaré la garganta:

—Antes que empleada de la empresa, eres de la familia, y puedes decir lo que se te pase por la cabeza. Sabes que no tengo hermanas, y me gusta tener una perspectiva femenina y honesta.

—Siempre puedes contar conmigo para lo que sea —dijo Natalie antes de levantarse—. Mejor me doy prisa, tengo que apagar algunos incendios antes de esta noche. Buena suerte, Maddox... contáis con todo mi apoyo. Estaré pendiente de lo que suceda hoy.

—Natalie, de verdad. No te preocupes por mí. Tengo mucha experiencia con la abu y sé cómo manejarla.

—Ah —dijo con un suspiro—. Yo que tú, no cantaría victoria antes de tiempo.

***

Cuando fui a la casa de mi abuela para recogerla, encontré con que ya me estaba esperando fuera. Salté inmediatamente del coche y le

abrí la puerta. Mi todoterreno tenía un escalón alto, y necesitaba ayuda para subir.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunté.

—No mucho. Tu abuelo está con unos amigos y no quería molestar.

—Pero con todas las habitaciones que tienes en la casa, seguro que tendrías algún sitio donde estar tranquila —dije entre risas.

Sonrió sospechosamente mientras cerraba la puerta y subía al coche.

Cuando arranqué el motor, dijo:

—Es que siempre que vienen amigos a casa, le gusta aparentar que no tiene restricciones con la comida o el alcohol. Y si yo estoy, no puedo evitar regañarlo. Por eso he salido fuera... para que pueda divertirse.

—¿Desde cuándo has bajado la guardia con sus restricciones?

Se aclaró la garganta:

—Desde que viví en carne propia lo que es tener a alguien respirándote en la nuca.

Me eché a reír: la abu tuvo que probar de su propia medicina. Los dos habían padecido problemas de salud, y la órden del médico para mi abuelo había sido clara: no trabajar bajo ningún concepto. Tampoco tenía necesidad; todas las ramas de *Whitley Industries* estaban bajo control. Y prosperando.

—Menos mal que es un viaje corto —dijo la abuela.

—Sí, solo cuarenta minutos —respondí, pensando en que tendría que viajar a Essex varias veces a la semana.

—Me alegro mucho de que Gabe y tú estéis con este emprendimiento. Siempre soñé con ver a mis nietos de ambos lados construir algo juntos.

Sus palabras me pillaron por sorpresa. Normalmente, ella no diferenciaba entre nuestros hermanastros y nosotros. De hecho, la mayoría del tiempo olvidábamos que no habíamos crecido juntos.

Me miró y sonrió:

—Os acercará como hermanos.

—Era una gran oportunidad para montar otro negocio. Con el tiempo, quizá abramos más sucursales.

Mis hermanos y yo éramos precavidos a la hora de expandir el negocio. Nuestro padre tenía por costumbre montar nuevas empresas dentro de *Whitley Industries* solo para alimentar su ego. Estuvo a punto de cargarse toda la compañía por no reparar en si de verdad eran rentables. Por suerte, nosotros hacíamos las cosas de otra manera.

—Bueno... cuéntame más sobre Cami. ¿Qué sabes exactamente de ella?

—Nada —respondí con toda sinceridad.

La abuela se giró hacia mí:

—Eso no puede ser... ¿Cómo pretendes entablar una negociación sin un mínimo de preparación previa?

—Pensé que trataría principalmente con su padre.

—Entonces háblame de él.

—¿Para qué?

—Porque eso nos dará alguna información sobre ella. Muchas personas se resisten a hacer un cambio en su vida por desconocimiento. Y este podría ser el caso de los Hughes.

—El hombre lleva casi cuarenta años al mando del negocio, y quiere un poco de tranquilidad en su vida. El dinero que Gabe y yo le ofrecemos le permitirá una jubilación fantástica.

—¿Y la hija trabaja con él?

—Efectivamente. *—¿Por qué tengo que repetírselo todo? Si ya lo hablamos en la cena del domingo.*

—¿Y qué haría ella si su padre vende el negocio?

Me encogí de hombros:

—Me imagino que buscar otro trabajo. Es licenciada universitaria y tiene conocimientos de gestión administrativa. Estoy seguro de que no tendrá problemas para encontrar otro empleo.

—¿En Essex? —preguntó la abuela con suspicacia.

Empezaba a entender lo que quería decir. La miré de reojo antes de volver a centrarme en la carretera.

—No sabemos si quiere quedarse en Essex —respondí.

—Lo averiguaré. Pero necesito un tiempo a solas con ella... una hora o así.

—Abu, dijiste que querías ayudar. No puedes interrogarla durante *una hora*. —Pensaba que con quince minutos sería más que suficiente.

—No seas tonto. Soy muy buena en lo que hago.

Una alarma sonó en mi mente. *¿Qué fue lo que me advirtió Natalie? ¡Joder! Debería haberle prestado más atención.* Mi abuela podría estar tramando algo.

—¡Abu! Gabe y yo estamos en medio de las negociaciones.

—Que no van a ninguna parte —continuó.

Me aclaré la garganta y repliqué:

—Nos encontramos con un obstáculo temporal.

—Sí, y voy a ayudar a desbloquearlo.

Cogí una botella de agua de la puerta del coche y le di un trago.

—¿Qué te hace pensar que, a diferencia de Gabe y yo, tú tendrás éxito?

—Tal y como yo lo veo, seguro que ya estáis en la lista negra de Cami. Pero no podrá mandar a la mierda a una anciana encantadora como yo, ¿verdad?

Parpadeé atónito. Rara vez oía a la abuela decir palabrotas.

—Madre mía. Si hubieses trabajado con el abuelo, *Whitley Industries* sería imparable.

—Varias veces me pidió que me uniera a él, pero me gustaba mucho la actuación. Era mi vida. A veces me pregunto si todo habría sido distinto si hubiera elegido otra profesión.

—¿Qué quieres decir?

Mi abuela frunció el ceño y respondió.

—Me perdí muchas noches en casa por los ensayos y las obras de teatro. Tu padre estaba solo con tu abuelo, que, como sabes, es un hombre de pocas palabras... quizá le costaba estar presente para su hijo.

Me quedé estupefacto por lo que acababa de decir. ¿Se sentía culpable por no haber estado más pendiente de mi padre? ¿O quizá responsable de sus malas decisiones?

No podía darle la razón: mi padre era lisa y llanamente un imbécil.

—Abu, por favor, no tienes la culpa de nada.

—Es parte de la maternidad. Siempre nos cuestionamos si hicimos bien las cosas.

—Me consta que sí —le aseguré.

—Volvamos al tema de Cami —dijo.

No quería volver a hablar de ella, pero tampoco hablar de mi padre. Entre las dos, Cami era la mejor opción.

—¿A qué se dedica su madre? —preguntó.

Parpadeé:

—No tengo ni idea. Ahora que lo dices, creo que nunca la mencionaron.

—Veamos qué puedo averiguar.

—Bien, ¿qué tal si cambiamos de tema? —sugerí.

Durante el resto del trayecto hablamos de Ben. La abuela estaba encantada de tener un bisnieto. Dos años atrás, cuando empezó todo su plan de emparejar a sus nietos, proclamó a los cuatro vientos que el motivo era que deseaba tener bisnietos. Cuando Ben llegó a nuestras vidas, creí, muy ingenuamente, que abandonaría su proyecto de buscarnos pareja. Pero me demostró que no.

Llegamos a Essex un rato después. Conduje por Main Street y la abuela no dejaba de mirar a su alrededor.

—El pueblo es encantador. ¿Pero por qué elegisteis abrir un hotel aquí?

Respiré hondo. Me encontraba en una situación delicada. La verdad era que acabamos comprando ese terreno porque nuestro padre lo quería, y se lo arrebatamos delante de sus narices.

—Surgió la oportunidad y la aprovechamos —dije, para evitar mentir descaradamente—. La idea original de Gabe era construir algo cerca de Stockbridge.

—¿Te habló de Stockbridge? —preguntó la abuela.

—Sí, donde solía pasar los veranos con su madre.

Por aquel entonces, nuestro padre se escapaba de Boston para pasar más tiempo en Maine de lo habitual. Se quedaba en casa, nos llevaba a pescar o de acampada. Hasta donde yo sabía, nunca hizo algo así con nuestros hermanastros.

Después de conocerlos, me di cuenta de que mi padre se comportaba diferente con ellos. Mi madre creía que en Maine estaba

más relajado. En cambio, en Boston tenía el peso constante de *Whitley Industries* sobre sus hombros. Pero el estrés no era excusa para ser un completo imbécil. Me costaba creer que alguna vez diésemos por buena su historia de que los abuelos le habían cortado el grifo, estando él al frente de la empresa. Según él, lo ignoraban por completo y el abuelo tenía el control absoluto del dinero. Por aquel entonces, las redes sociales no eran populares, y no había tanta información en Internet, ni ningún artículo que mencionara que estaba casado y tenía familia. Yo me enteré porque había rastreado Internet durante meses después de que estallara el escándalo.

—Mira... Hay una posada aquí.

—Sí, hay varias —respondí.

Se giró bruscamente para mirarme:

—¿Y crees que hay turismo suficiente para abrir otro hotel?

—Las cifras lo avalan —dije, poniéndome en modo comercial—. Además, la destilería también será una gran atracción. Hemos hecho los deberes, abu. Se supone que es una apuesta segura.

Así fue como surgió el proyecto: Gabe quería construir otra destilería en la que además pudiera mostrar cada paso del proceso de elaboración a grupos de turistas. Luego se nos ocurrió ofrecer una experiencia inmersiva, de ahí surgió el hotel.

—Vosotros lo sabéis mejor que nadie. Estoy muy orgullosa de todos.

—Gracias.

Al fin y al cabo, estábamos construyendo en las afueras de Essex, ampliando los límites de la pequeña ciudad.

Conduje por la estrecha carretera que llevaba al parque de aventuras, la propiedad que intentábamos comprar, que desembocaba en un parking abarrotado de coches.

—¿Este es el aparcamiento del parque? Eso significa que les va bien.

—No está mal. Pero tampoco es muy rentable.

—Para algunas personas, no todo es el dinero.

—Juro por Dios, que si escucho eso una vez más...

—¡Pero es verdad!

—Venga, vamos.

Ayudé a la abuela a salir del coche, y al bajar, ella dio una vuelta para observar la zona.

—No es solo un parque de aventuras. Es un gran bosque —comentó.

—Así es.

Nos dirigimos al mostrador de la recepción, y al ver a dos hombres, y me dirigí al que parecía más mayor:

—¿Samuel?

—Sí. Tú debes de ser Maddox —dijo sorprendido, alternando la mirada entre la abuela y yo—. Bienvenidos.

Parecía auténtico, lo que me hizo preguntarme qué le habría contado Cami de mí.

—Hola, soy Jeannie Whitley —se presentó la abuela.

—Mi abuela —agregué.

Nos acercamos y Samuel le estrechó la mano a mi abuela.

—No sabía que vendrías acompañado —dijo con el ceño ligeramente fruncido.

—No se lo avisé, pero a ella le apetecía echar un vistazo al parque.

—Ya veo. Maddox, lamento mucho no haber estado en la cena. He oído que no llegaron a ningún acuerdo. —Las comisuras de sus labios se crisparon. ¿Le hacía *gracia*?

—No, no fue una reunión muy productiva. Pero tal vez usted y yo podamos cambiar eso hoy.

Samuel hizo una mueca de disgusto:

—Maddox, siento decirlo, pero olvidé por completo que vendrías hoy. Tengo a mi contable esperándome en la oficina para revisar unos recibos.

Lo estudié detenidamente. Tenía los hombros caídos y los ojos compungidos. No parecía que quisiera librarse de mí.

—No hay problema, ya nos pondremos al día en otro momento. Vendré a Essex muy a menudo.

—Estupendo —respondió, y se volvió para mirar a mi abuela, que observaba la pared detrás del mostrador. Estaba cubierta de fotos de

varios grupos de personas, y Cami aparecía en la mayoría de las imágenes.

—Veo que a su hija le gustan mucho estos árboles, ¿verdad? —preguntó.

Samuel señaló una foto que había más arriba en la pared. Cami estaba de pie frente a un árbol gigantesco con los brazos extendidos para demostrar el enorme diámetro.

—Así es. Ese es su árbol favorito. Y el más antiguo: tiene ciento veinte años.

—¡Venga ya! ¡Existe algo más viejo que yo! —dijo la abuela entre risas—. ¿Puedo verlo?

Samuel sonrió de oreja a oreja:

—¿Sabe qué? Le diré a Cami, que ahora mismo está en la estación once, que se lo enseñe. No está muy lejos del árbol de la foto. Podemos ir andando sin problema.

—No, por favor —dijo la abuela—. Puedo ir por mi cuenta y presentarme a Cami. Maddox, tú tampoco tienes que venir. Estaré bien.

Poco a poco, empecé a darme cuenta de que Natalie no exageraba. En menos de una fracción de segundo, tomé la decisión de no dejarlas a solas:

—Iré contigo.

La abuela entrecerró los ojos, y apostaba a que estaba pensando en la mejor manera de deshacerse de mí. Pero se iba a llevar una sorpresa. Confiaba en ella, de verdad, pero podía ser una bomba de relojería. Lo último que necesitábamos era que las cosas con Cami empeoraran aún más. Tenía que limar asperezas, y no podía permitirme que la abuela la asustara.

—Le he enviado un mensaje a Cami —dijo Samuel, con el teléfono en la mano—. Os está esperando. —Señaló un plato en el mostrador de recepción—: ¿Os apetece bizcocho de plátano? Ella misma lo ha hecho esta mañana.

—¡Me encantaría! —exclamó la abuela, y ambos cogimos inmediatamente un trozo.

El *banana bread* era uno de mis bizcochos favoritos, y ese era el mejor que había probado en mucho tiempo.

—¡Guau! ¡Está delicioso! —exclamó.

Esa vez, me tocó a *mí* entrecerrar los ojos. Parecía estar interpretando, como yo le decía, un "personaje dramático". La abuela era muy dicharachera y un poco exagerada por naturaleza, pero a veces se excedía en su dramatismo.

—Dígaselo. Se pondrá muy contenta. —Me guiñó un ojo—: Tal vez ayude con las negociaciones.

Habría pagado un buen dinero para saber qué le había contado Cami sobre nuestro encuentro.

—Bien, vamos —dije.

Una vez fuera, caminamos en silencio por el estrecho sendero que conducía a las estaciones.

—Creo que está casado —dijo la abuela de sopetón.

—¿Quién? ¿Samuel?

—Sí. Lleva una alianza.

—No me había dado cuenta —dije.

—Lo sé. Por eso tenía que venir y fijarme en todos los detalles.

Tenía la sensación de que también era porque quería salir de casa. Mis hermanos y yo la llevábamos a comer o a cenar una vez a la semana, pero esto era diferente. Tenía un propósito. Una vez me confió que, excepto cuando cuidaba a Ben, ya no sentía que tuviera un propósito en la vida.

Pasamos por dos estaciones con tirolinas y tres carreras de obstáculos.

La estación once ofrecía escalada de árboles. Me tomé un momento para admirar a Cami en cuanto la vi. Llevaba unos vaqueros y una camiseta negra con una rebeca, y aunque lucía muy diferente a la noche del restaurante, estaba buena de cojones. Hablaba con los tres clientes que acababan de bajar del árbol. Se estaban quitando los cascos y los arneses, y tuve que admitir que el recorrido parecía divertido.

Segundos después, me miró de reojo y se fijó en nosotros. Nos dedicó una sonrisa forzada, y supe que era para la abuela. Si me hubiese presentado solo, probablemente me habría lanzado algo a la cabeza.

Se acercó a nosotros con pasos rápidos:

—Maddox —dijo con frialdad—. Y Jeannie Whitley. Mi padre me avisó que vendrían.

—Así es. Este lugar es increíble: es como estar en medio de un bosque —dijo la abuela.

—Mi padre y yo siempre hemos tenido como principio mantenerlo lo más natural posible.

No es que estuviera paranoico, pero estaba seguro de que ese comentario era un dardo para mí.

—Entonces, ¿dónde está ese árbol centenario? —preguntó la abuela.

Cami me miró, entrecerrando los ojos, antes de volver a centrarse en ella.

—Por aquí. Síganme.

La abuela se volvió hacia mí:

—Maddox, cariño, sé que los árboles no son lo tuyo. ¿Por qué no vamos Cami y yo solas? No tardaremos mucho.

Buen intento. Debería haber sabido que no se rendiría.

—Voy contigo —dije, y Cami soltó un suspiro.

No le mires la boca, Maddox. No le mires la boca.

Por supuesto que miré su boca y sus labios carnosos.

¡Céntrate! No puedes mirarla así.

Se dio la vuelta, y nos guió a través de los árboles a un ritmo muy lento. Unos segundos más tarde, me di cuenta de que era por consideración a mi abuela, y eso le hizo ganar puntos extra.

—Cami, dime... ¿cuánto tiempo lleváis tú y tu padre trabajando aquí?

—Mi padre desde muy joven, y yo cuando terminé la universidad.

—¿Y tu madre?

Me di cuenta de que la abuela había metido la pata incluso antes de terminar la frase.

Cami dio un respingo y se quedó *de piedra*. Subió los hombros durante una fracción de segundo, pero enseguida lo disimuló, como si solo estuviera estirando la espalda.

—Mi madre falleció antes de mi graduación.

Sentí el peso de sus palabras en el pecho. Joder... su padre *todavía* llevaba el anillo, después de tantos años.

—Oh, lo siento mucho. No debí hacerte esa pregunta. —La abuela parecía horrorizada.

Le lancé una mirada de advertencia. Ese era el riesgo de curiosear: tropezar con viejas heridas y descubrir que aún no han sanado.

Pero estaba empezando a entender sus motivos; había empezado a trabajar allí poco después de perder a su madre. ¿Fue porque quería o por necesidad? ¿Para ayudar a su padre?

Independientemente del motivo, mi abuela tenía razón. No era por dinero.

Capítulo Cinco

Cami

El camino estaba completamente vacío a medida que nos adentrábamos en el bosque. De niña, mi madre y yo solíamos jugar a las hadas en esa misma zona junto a Miriam, mi mejor amiga desde que teníamos cuatro años. Eramos inseparables hasta que me fui a la universidad en Nueva York y Miriam se quedó en Essex. Ahora era profesora de primaria y tenía un negocio de joyería. Sus creaciones eran muy finas y exclusivas, e intentaba comprarle siempre que mi presupuesto me lo permitía.

—¿Ya no hay estaciones aquí? —preguntó Maddox.

—No —respondí—. Antes teníamos una terminal para trepar árboles, pero se estaban volviendo demasiado frondosos. Y para no tener que talarlos, decidimos terminar el circuito en la estación once.

—Por cierto, cariño, hemos probado el bizcocho de plátano y está delicioso —dijo Jeannie.

—Gracias. —No había nada que me emocionara más que un cumplido sobre mi cocina.

Cuando mi padre me avisó que Maddox se presentó con su abuela, me desconcertó. Pero Jeannie me caía bien. Era una persona cálida y dulce.

Unos segundos después llegamos al árbol que ella quería ver.

—Este lugar es muy tranquilo —comentó en voz baja.

—Lo es —respondí—. Es uno de mis lugares favoritos. A decir verdad, fue un alivio cerrar la estación que teníamos aquí... temía hacerle daño al árbol. A mi padre también le encanta este cedro blanco y estuvo totalmente de acuerdo. Y nos hemos partido el lomo para conservarlo.

—Ahora que lo pienso, esta parte del bosque no se vería afectada por la obra —señaló Maddox.

Me erguí para mirarle. Siempre estaba pensando en los negocios.

—¿Y *cuándo* sería eso exactamente? Es bastante arrogante de su parte teniendo en cuenta que mi padre aún no ha firmado nada.

Sus fosas nasales se ensancharon, lo que me hizo preguntarme si se estaba preparando para discutir. Pues bien, porque yo también lo estaba.

¿Qué pensaba? ¿Que si venía con su abuela lograría doblegarme?

—Era solo una forma de hablar —dijo con firmeza.

—No le hagas caso a mi nieto —intervino Jeannie—. Es un arrogante de manual. Al igual que el resto de mis nietos.

El comentario me hizo sonreír. Ella también lo hizo, aunque a su nieto no le hizo ninguna gracia. Eso, lejos de frenarme, hizo que sonriera aún más.

—Está bien saberlo, Jeannie. ¿Así que viene de familia?

—Por supuesto. Y también son testarudos como mi marido. Cuando se propone algo, no hay quien lo convenza de lo contrario.

—¿Volvemos? —pregunté. La situación era un poco incómoda. No tenía ni idea de por qué querían ver el árbol, o por qué Jeannie Whitley estaba allí—. Tengo que recibir a un grupo en cinco minutos.

En realidad era en diez minutos, pero quería darnos prisa.

Jeannie asintió:

—Sí, sí. Volvamos. No queremos entretenerte.

Caminé al paso de Jeannie. Maddox estaba unos metros por detrás de nosotras, pero sentí como si estuviera justo detrás de mí. Su presencia era abrumadora. Nunca había conocido a nadie como él: rezumaba seguridad incluso sin decir nada.

—¿Qué estudiaste en la universidad? —preguntó Jeannie.

—Filología inglesa —dije, sorprendida por la pregunta.

—¿Querías ser docente?

Abrí los ojos como platos:

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Lo intuí... Todos los que estudian filología les gusta la docencia. ¿Llegaste a dar clases?

—No. Perdí a mi madre poco antes de la graduación... Y mi padre no podía solo con este sitio. —Ni con su pérdida; fue un golpe durísimo para los dos.

—Oh, querida. Debe de haber sido difícil.

Jeannie Whitley era una perfecta desconocida y, sin embargo, le estaba diciendo cosas que no le había contado a nadie en mucho tiempo. Pero me sentía cómoda con ella, como si la conociera desde hacía años.

Al acercarnos a la recepción, dije:

—Jeannie, gracias por venir.

—Gracias por enseñarnos el lugar. No es por presionarte, pero ahora entiendo por qué mis nietos quieren comprarlo. Es increíble.

Le dediqué una sonrisa tensa. Querían derribar la mayor parte del bosque, no conservarlo. Esa era la parte que aún me desconcertaba.

—¿Lista para irnos? —preguntó Maddox a su abuela.

—Primero tengo que ir al baño que vi junto a la recepción —dijo —. Cami, por si no te vuelvo a ver, que tengas un buen día.

Se dio la vuelta y se marchó con una velocidad sorprendente.

Maddox, para mi asombro, se echó a reír.

—¿Qué le hace tanta gracia? —pregunté, con la guardia en alto de nuevo.

Se volvió hacia mí. *Maldita sea, esa sonrisa es deslumbrante.*

—Mi abuela. No deja de sorprenderme.

Me crucé de brazos y le espeté:

—¿Por qué la ha traído exactamente? ¿Pensó que podría hacerme cambiar de opinión?

—Fue ella la que quiso venir. Mejor no le cuento los motivos que mi abuela me dio, porque no creo que fuera del todo sincera.

—¿Qué quiere decir? —pregunté, con el ceño fruncido.

—Nada —respondió, con un ademán como para restarle importancia—. Cami, necesito disculparme por lo ocurrido la otra vez.

—Sí, me parece que es lo que corresponde.

Maddox tenía los ojos chispeantes y la respiración más acelerada de lo normal.

—No hace falta usar ese tono combativo conmigo —dijo.

—¿Ah, no? ¿Qué debo hacer? ¿Echarme a sus brazos? —repliqué.

—Sí, eso estaría mucho mejor.

—¿Lo dice en serio? —pregunté incrédula, soltando las manos.

Tomó aire y miró al suelo, como si luchara por mantener su temperamento bajo control.

—No puedo creerlo —murmuré—. Por cortesía hacia Gabe, no le conté a mi padre lo que pasó entre nosotros en la cena. Pero debo ponerlo al corriente, para que sepa qué clase de persona es usted.

—¿Y qué clase de persona soy exactamente? —preguntó con voz tensa.

—Alguien que está dispuesto a hacer lo que sea con tal de salirse con la suya. ¿Qué pensaba? ¿Utilizar el sexo para conseguir que vendiera la propiedad?

Inclinó la cabeza, atrapándome con la mirada:

—No me atreví a tanto, pero es curioso que usted lo haya considerado. Puede que lo añada a mi lista de estrategias a partir de ahora.

Tragué saliva. Tal vez me había pasado de la raya y le había ofendido, pero, sinceramente, lo único que quería era que él, por muy bueno que estuviese, se marchara de allí.

—No pierda el tiempo, Maddox. Mi padre aún está esperando mi decisión. Y después de que le cuente todo, estoy segura de que estará de acuerdo conmigo.

—¿De verdad quiere impedir que su padre haga un excelente negocio y disfrute de buena jubilación solo porque yo no le caigo bien?

Me estremecí un momento antes de responder:

—Quiero lo mejor para él.

Maddox enderezó los hombros y pareció aún más alto. Luego se abrió el botón superior de la camisa, y acto seguido se arremangó hasta los codos.

—Pues no lo parece. —Sus gestos enérgicos y cargados de ira traicionaron su voz tranquila—. Da la impresión que solo vela por sus propios intereses.

Me mordí el interior de la mejilla y me acerqué, señalándole:

—No sabe lo mucho que se ha esforzado mi padre para montar este lugar, para mantenerlo en funcionamiento a lo largo de los años, a pesar de... —Hice una pausa porque me temblaba la voz—... todo. No quiero que se lo quede alguien como usted.

No parecía tener ningún respeto por nuestro legado ni por hacer lo correcto.

—Así que ese es el motivo —dijo.

—¡Dios, qué conversación más agotadora!

—Lo mismo digo. —Ahora su voz era tensa. Estaba perdiendo la compostura y su autocontrol flaqueaba.

—Deje de intentar venderme la idea de que le está haciendo un favor a mi padre.

—Nadie pagaría el importe que le estamos ofreciendo. La empresa no vale ese dinero: es un parque de aventuras de pueblo que no se puede ampliar ni franquiciar.

—Usted siga insultando el trabajo de toda la vida de mi familia y conseguirá justo lo que quiere —respondí con sarcasmo.

Parpadeó:

—No la estoy insultando, es la verdad. Es solo que no me ando con rodeos.

—Bien, veo que seguimos sin lograr un acuerdo.

—Eso está claro —respondió. Su mirada era dura como el acero, pero luego bajó la mirada hacia mi boca.

Rompí el contacto visual y bajé la vista. Sentí que me ruborizaba a pesar de que era lo último que quería. ¿Por qué tenía tan poco autocontrol con él? ¿Por qué reaccionaba así? No era el primer hombre atractivo con el que me encontraba.

Pero este es demasiado atractivo, me dijo una vocecita.

Eso era cierto. Sin embargo, también era un idiota de cojones.

—Es usted arrogante y despectivo, señor Whitley. Mi padre y yo no hacemos negocios con gente así.

Giré sobre mis talones y me dirigí a la recepción sin esperar su reacción.

Capítulo Seis

Maddox

—Acabo de cruzarme con Cami, y parecía disgustada —dijo la abuela mientras se acercaba a mí.

Respiré hondo para intentar recuperar la calma.

—Cariño, tú también pareces disgustado —agregó, con la cabeza inclinada.

—Venga, volvamos a Boston —dije, manteniendo la voz lo más serena posible. Mi abuela no tenía la culpa de que la simple presencia de Cami me descentrara por completo.

¿Cómo es posible que meta la pata una y otra vez? Ahora sí estaba convencido de que jamás aceptaría un trato.

—¿Qué has hecho? —preguntó la abuela.

Eché la cabeza hacia atrás:

—¿Cómo dices?

—Has vuelto a intimidar a la pobre chica, ¿verdad?

—Abu... —dije en tono comedido.

—¡Madre mía! Sabía que no debía dejaros solos.

—¿Así que no era una trampa? —pregunté.

—No, me estaba por explotar la vejiga. Siento ser tan gráfica, pero tener noventa y dos años no es moco de pavo.

—Debería haber manejado mejor la situación.

—O, deberíamos habernos ido antes, después de que nos contara que se vino a trabajar aquí después de la universidad. Hubiese sido un buen cierre de escena.

—Esto no es una obra de teatro.

—Pues deberías aprender mucho del arte dramático. No puedo creer que no hayamos progresado nada.

—Vámonos de aquí —insistí.

—No, deberías ir tras ella y...

—¡Abu! —exclamé con la suficiente vehemencia como para que no me interrumpiera—. Agradezco tu ayuda, pero no iré tras ella.

Ahora tengo que pensar otra forma de abordar este problema.

—Se marchó enfadada. Eso es malo.

—Soy *muy* consciente de ello —le aseguré.

—¿Y estás completamente seguro de que ir a por ella no mejorará un poco las cosas? —preguntó con la mirada entornada.

—No.

—Menos mal que mañana ves a tus hermanos.

Jugábamos al tenis una vez por semana en una de las pistas de Nick.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Tal vez te hagan entrar en razón.

***

A la mañana siguiente, estaba de mal humor, pero no cancelé el partido de tenis. Sería una buena forma de desahogarme. Antes de irme a la cama había hablado con Gabe para ponerle al día sobre lo ocurrido, y confirmar mi asistencia.

Normalmente jugaba con Leo, Cade y, a veces, Spencer. Nick, que era el dueño del club, tenía responsabilidades que cumplir y no siempre podía apuntarse a los partidos.

Estaba muy orgulloso de él: se ocupó de la rama del *fitness* de *Whitley Industries*, e hizo crecer el negocio a pasos agigantados.

—Hola —saludó Cade con una sonrisa burlona.

—¿Has podido dormir? —añadió Spencer.

Los miré fijamente:

—¿Habéis hablado con Gabe?

—Pues claro —respondió Spencer, que puso los ojos en blanco.

—¿Qué me estoy perdiendo? —preguntó Leo—. Hermano, ¿qué saben ellos que yo no?

—No es mi culpa —respondí con desdén—. Le conté algo a Gabe, y como veo que se lo ha contado primero a Spencer y Cade, deduzco que te considera el último mono.

—Estábamos con él cuando lo llamaste —explicó Spencer.

—Es verdad —añadió Cade—. Somos tan poco importantes como Leo.

Todos nos reímos.

—Y aunque Gabe no tuviese la intención de hacerlo, tenemos formas de coaccionarlo para que nos suelte todo —continuó Cade.

Justo entonces, apareció Gabe.

—Hablando del rey de Roma —dije.

Gabe se volvió hacia Cade y Spencer:

—Venga ya, ¿habéis empezado a hablar de esto sin mí? Os dije que no lo hiciérais.

Lo miré con el ceño fruncido:

—¿Has hablado con ellos antes de hablar *conmigo*?

Resopló y contestó:

—Así es, hermano. Nos has metido en un buen lío.

—Vale... entonces, ¿cuál es vuestro veredicto?

—No debes volver a ver a Cami.

Ladeé una ceja:

—¿Cómo se supone que voy a arreglar las cosas, entonces?

Gabe se encogió de hombros:

—Es que cada vez que intentas arreglarlo, lo empeoras. A este paso, Samuel nos mandará a tomar por culo.

Negué con la cabeza, pasándome una mano por el pelo:

—Eso no va a pasar. Tengo un plan.

—¿Tu plan implica hablar con Cami?

—Sí. Mira, las cosas... —Hice una pausa, buscando las palabras adecuadas—... se han puesto peor.

—No entiendo cómo es posible.

No podía explicarlo. Cada vez que rememoraba nuestro encuentro del día anterior seguía sin poder precisar cómo las cosas habían vuelto a salirse de control. Parte de mi problema era que su belleza lo eclipsaba todo. Perdí el hilo y acabé cabreándola. No eran el tipo de negociaciones a las que estaba acostumbrado. Tendría que calcular cada movimiento de antemano.

—Tengo un plan —dije.

Gabe entrecerró los ojos y asintió:

—Está bien. No perdamos más tiempo del fin de semana con esto. Vamos a soltar el estrés y el lunes veremos qué hacemos.

En ese sentido, Gabe y yo éramos bastante parecidos: el trabajo era una cosa, y el placer, otra. Y no los mezclábamos.

—Un momento —dijo Leo, justo cuando estábamos a punto de volver a nuestros lugares en la pista de tenis—. Sigo sin entender por qué la abu fue contigo. Me imaginé que ella... no sé... haría de las suyas.

Nick ladeó la cabeza. Lo conocía lo bastante como para darme cuenta de que estaba conteniendo un comentario sarcástico.

—A estas alturas, ni yo mismo estoy seguro —admití—. Pero pronto descubriremos su plan.

—Ah, bien. Al menos eres consciente de que *tiene* un plan —comentó Leo.

—A mí no me gustaría que me pillaran con la guardia baja —dijo Nick.

—Vamos, dejemos de quejarnos y empecemos a jugar. Tengo mucha adrenalina que soltar.

Hice equipo con Nick, y Leo con Cade. Gabe se dedicó a mirar desde las gradas y Spencer estuvo en el banquillo hasta que Nick tuvo que volver al trabajo. Aparté el asunto del hotel y de Cami a un segundo plano y me entregué al juego al cien por cien. Ese era mi lema en la vida. Pero incluso con todo ese esfuerzo, Nick y yo íbamos perdiendo.

—Venga, a ver si le das la vuelta —le dijo Nick a Spencer mientras se unía al siguiente juego.

Leo y Cade se rieron.

—Seguro que hoy les damos una paliza —dijo Cade.

—¿Estás insinuando que soy el lastre del equipo? —preguntó Spencer.

—No, pero sabemos que estás agotado.

—Sí, tienes muy mala cara, hermano —agregó Leo—. Incluso peor que Maddox.

Spencer frunció el ceño:

—Tíos, tengo un bebé pequeño, y apenas duermo. Ya lo veréis cuando tengáis hijos.

Leo se encogió:

—Eso no va a pasar, te lo aseguro.

—Lo mismo digo —dijo Nick, que, claramente, nos había oído, a pesar de estar casi al borde de la pista.

Me eché a reír y tres pares de ojos se centraron en mí.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Leo.

—Que la abuela tiene otros planes para todos nosotros.

—No iba a decir nada... —empezó Leo, que se acercó a la red—, pero tienes que hacer un sacrificio por tus hermanos. Creo que tiene los ojos puestos en ti y en Cami.

—Estoy segurísimo de que así es —asentí.

Leo se echó a reír y exclamó:

—¡Nick! ¡Tenías razón! ¡Maddox ya lo sabe! —Su comentario fue tan estridente que los jugadores de las pistas vecinas lo fulminaron con la mirada.

Nick nos dio un pulgar hacia arriba.

—Entonces sabías lo de ayer —le espeté.

Leo negó con la cabeza:

—Solo pequeños fragmentos.

—Veo que mi vida personal es motivo de conversación —dije entre risas.

—Mejor la tuya que la nuestra. Yo estoy muy feliz soltero, pero tengo que asegurarme de que a la abu le llegue el mensaje y le quede bien clarito.

—Bien, ¿quién está listo para el segundo set? —pregunté.

Todos dijeron que sí y tomamos posiciones. Era cierto que Spencer estaba agotado, pero también era mucho más feliz desde que se había convertido en padre y conocido a Penny. Poco tiempo atrás, habría jurado que ninguno de nosotros formaría una familia, y que el legado Whitley moriría con nosotros. No sabía si era una elección consciente, pero a todos nos había afectado mucho el desengaño de nuestro padre.

A pesar de que Spencer se movía a cámara lenta, ganamos el segundo set. Con lo cual, teníamos que jugar un tercer partido para desempatar.

—Me apetece beber algo antes del próximo. Vamos al bar de zumos —dijo Gabe.

—¿Quieres romper nuestra racha de victorias? —pregunté con una risa.

—Quizá, pero también tengo sed.

—A todos nos vendría bien un refresco —dijo Cade, mientras nos dirigíamos al bar.

También servían bebidas alcohólicas, pero era demasiado temprano para eso. Nos sentamos en la barra. El local estaba lleno: gente en las mesas, algunos acomodados en los sillones, y otros, como nosotros, en taburetes.

Mientras pedíamos una variedad de bebidas refrescantes, Spencer resopló al comprobar su teléfono.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Penny acaba de mandarme un mensaje diciendo que Ben ahora le tiene miedo al osito, cuando hasta ayer le gustaba un montón. Joder, ojalá la paternidad viniera con un manual. Sería todo mucho más fácil.

—Pues sí, hermano —respondí.

Si existiera un manual de instrucciones, quizá me plantearía tener una familia. Pero tal y como estaba, la probabilidad de estropear las cosas como mi padre era demasiado grande.

—Tío —dijo Leo seriamente—, si necesitas irte, no te preocupes por el partido. Se supone que esto es para ayudarte a desconectar, no para generarte más ansiedad.

Spencer negó con la cabeza:

—No, está bien. Penny y yo tenemos un acuerdo, y momentos para que cada uno haga cosas por su lado.

—Es una forma muy sana de tomarse descansos —comenté.

—Hay días en los que aún me cuesta creer la suerte que tuve de conocerla, y de que quisiera formar parte de la vida de Ben y la mía —dijo Spencer.

Y no podía estar más de acuerdo con él: Penny era una gran compañera. A decir verdad, todos mis hermanos tuvieron suerte con sus parejas.

Terminamos nuestras bebidas y volvimos a la pista. El lugar se estaba llenando. Nick había tenido la genialidad de crear un

ambiente atractivo que incitara a la gente a pasar horas en el club. Era mucho más que un sitio donde hacer deporte.

El gimnasio fue uno de los proyectos favoritos de mi padre, que montó por capricho y sin un plan claro de rentabilidad. Estaba en ruinas cuando Nick tomó el relevo, pero hizo un trabajo espectacular para levantar el negocio. Lo más destacable era que ofrecía pistas de tenis cubiertas y al aire libre.

—Por cierto —dijo Gabe antes de que empezáramos a jugar de nuevo—, he visto en el calendario que has quedado con el arquitecto el lunes por la mañana en Essex.

—Tenemos que ultimar algunos detalles.

—Te acompañaré.

—¿Estás seguro? Yo puedo encargarme —afirmé.

—No, quiero estar presente en cada paso —dijo.

Mi hermano tenía más trabajo que yo. Hacía poco había abierto un bar junto a su destilería y estaba en pleno auge, lo cual era estupendo. La contracara, claro está, es que le requería mucho tiempo. Le dábamos la lata a nuestros abuelos por no parar quietos, pero nosotros tampoco sabíamos estar sin hacer nada.

Mientras retomábamos el partido, pensé en mi visita con la abuela al parque de aventuras, y en el momento en que Samuel nos dijo cuáles eran los árboles favoritos de Cami. Necesitaba hablar con él para que me contara más cosas.

Al final, pese a no estar del todo concentrado, ganamos el partido.

—Joder, ¡qué buen día! —exclamé, sin ocultar lo más mínimo mi arrogancia.

Spencer sonreía de oreja a oreja:

—Nada como una victoria para levantar el ánimo.

Cade negó con la cabeza:

—Te diría que dejaras de restregárnoslo por la cara, pero la semana que viene seremos nosotros los que nos chuleemos.

Me eché a reír:

—Claro, tú sigue pensando que nos ganarás.

La verdad es que nos divertíamos mucho tirándonos pullas, y competir sanamente unos contra otros nos motivaba a dar lo mejor

de nosotros mismos.

Después de cambiarme y salir del club, volví a pensar en Samuel. Le llamé en cuanto subí al coche, y contestó después de que sonara un par de veces.

—Hola, Maddox.

—Buenos días, Samuel. Espero que mi llamada no lo haya interrumpido.

—No, en absoluto. ¿A qué debo el placer?

Decidí ser completamente honesto:

—Mire, a estas alturas debe haberse enterado que Cami y yo no hemos congeniado bien.

—Era lo que me esperaba, hijo. Mi niña no era partidaria de la venta antes de hablar contigo. Pero resulta que, sobre todo después de tu segunda visita, está aún más empeñada en conservar el parque.

—Quiero ser completamente sincero con usted: he metido la pata hasta el fondo.

Se rió entre dientes:

—Me gusta que lo reconozcas. Me quedé de piedra cuando me contaron que habíais discutido en el restaurante. Y eso que no me enteré por Cami.

¿Cami no se lo contó? Qué raro. Pero Essex era un pueblo pequeño, y era probable que le llegara el rumor.

—Mi hija es una persona muy tranquila. Creo que nunca la he visto pelearse con alguien.

¡Fantástico! Había conseguido cabrearla a diferencia del noventa y nueve por ciento de las personas que ella conocía.

—La abordé con muy poca delicadeza —admití—. Pensé que solo quería más dinero.

—Hijo, te estás equivocando con ella —dijo, cuando me detuve en un semáforo en rojo.

—Me lo imaginaba.

—Cami... —Hizo una pausa—. Tenía otros planes para su vida. Después de que mi esposa falleciera, estuve meses encerrado. Si ella no hubiese tomado las riendas del lugar, habría quebrado en ese mismo momento. El parque representa el trabajo de nuestras vidas,

mi esposa y yo lo heredamos de mis padres. Cami prácticamente dio sus primeros pasos donde está la recepción; pasamos más tiempo allí que en nuestra propia casa. Es un lugar muy importante para los dos, pero creo que lo es más para ella. Mi esposa adoraba esos árboles tanto como mi hija.

—Lo entiendo.

—No creo que te hagas una idea de la importancia que tiene. Mi esposa escribía a menudo en su diario sentada bajo ese gran árbol. Y a veces llevaba a nuestra hija para jugar a las hadas y otras cosas. Incluso en el presente, a Cami le gusta pasar el rato allí sola.

Cuando nos acusó de querer arrasar el parque, pensé que era una simple excusa para discutir. Pero me había equivocado. Cami quería conservar el parque, los árboles y la vegetación en la medida de lo posible. Para ella era pura nostalgia: recuerdos de su infancia y de la pérdida de su madre. No era de extrañar que quisiera aferrarse al terreno con uñas y dientes. Y nosotros teníamos previsto cortar muchos de esos árboles. El arquitecto insistía en que era lo más eficaz, pero ahora que por fin entendía el *quid* de la cuestión, tendría que pensar en otra alternativa.

Estaba a punto de preguntarle a Samuel si tenía algún otro consejo para mí, cuando me percaté que la abuela me estaba llamando al móvil. Tal vez fuera lo mejor, porque no quería presionarlo demasiado, y ya había compartido bastante conmigo.

—Muchas gracias por todo lo que me ha contado, Samuel. Tengo que colgar: mi abuela está llamando.

—Fue un placer conocerla —dijo—. Salúdala de mi parte y dile que puede volver cuando quiera.

—Se lo diré —respondí.

Al colgar la llamada, atendí la llamada de la abuela.

—Hola, cariño —dijo.

—Hola, abu. Siento haberte hecho esperar. Estaba hablando con Samuel.

—¿Para qué?

Decidí confesar una vez más:

—Para que me diera algún consejo sobre Cami, ya que obviamente no estoy dando con la tecla.

—¿Has descubierto algo interesante?

—Sí —dije al llegar a mi casa. Tras bajar del coche, añadí—: Se preocupa mucho por la propiedad y la conservación del bosque.

—Sí, me ha dado la misma impresión. ¿Sabes que no es muy diferente a ti?

Con el ceño fruncido, bordeé la casa y me senté en el jardín.

—¿En qué nos parecemos?

—En que mantener el legado familiar es importante para los dos.

Tragué saliva pero no contesté. La abuela tenía razón.

—Estoy segura de que si dejarais a un lado vuestras diferencias, os llevaríais de maravilla —continuó, con un ligero cambio de voz.

—Sé a dónde quieres llegar con esto, abu. Te pido que no lo hagas —dije entre risas.

—¡Pero si no he dicho nada! —respondió con fingida afrenta—. Bueno, charlaremos un poco más sobre el tema en nuestro almuerzo la próxima semana.

Volví a reír, sabiendo que no iba a darse por vencida. Era algo que teníamos en común: cuando teníamos un objetivo, no parábamos hasta conseguirlo. Y Jeannie Whitley estaba aparentemente decidida a casar a todos sus nietos.

—Estoy deseando verte, hijo mío.

—No vas a tomarte ni un descanso, ¿verdad?

—Es que parece que mis nietos necesitan ayuda, ¿y qué puede hacerme más feliz que daros un consejo? Y un empujón también, si es necesario.

—No hace falta, abu —le aseguré.

Ya estaba fantaseando demasiado con Cami de todos modos. Y tenía que parar si quería cerrar el trato.

Capítulo Siete

Maddox

El lunes por la tarde, me dirigí a Essex, donde me reuniría con Gabe y Leo. Mi teléfono vibró y supuse que era uno de mis hermanos, aunque era extraño porque ya habíamos quedado en vernos.

Eché un vistazo a la pantalla con el ceño fruncido, y se me heló la sangre. Era mi padre. *¿Qué mierda quiere?* La última vez que habíamos hablado fue cuando hice de intermediario entre él y el resto de la familia para comprar sus acciones en *Whitley Industries*.

Aun así, quería contestar. Si buscaba pelea, que así fuera. Activé el manos libres con los dientes apretados.

—Hola, Maddox. Soy papá —dijo.

—Hola —respondí.

—¿Te pillo en buen momento?

—¿Qué quieres? —pregunté. *Nunca es buen momento*—. Estoy de camino a Essex —decidí informarle.

—No me esperaba que os tomárais tan mal que volviera a Boston.

—¿De verdad creíste que, después de todo el daño que hiciste, querríamos verte por aquí otra vez?

Hubo una pausa y contestó:

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Nos llevó años reconstruir *Whitley Industries*, papá. *Años*. Dejaste todo en ruinas.

—Pero ahora os va genial, a juzgar por lo que valían mis acciones. De todos modos, te llamo para darte una buena noticia. Al menos, creo que lo tomarás como algo bueno.

—Te escucho.

—He decidido abrir un hotel aquí en Australia. Me ha quedado muy claro vuestro mensaje.

Exhalé con fuerza. *Menos mal, ¡joder!*

—Me alegro. Te deseo lo mejor.

Y lo decía con toda sinceridad. Esperaba que tuviera éxito y levantara su propio imperio, pero lejos de nosotros.

—Lo mismo para ti y Gabe —dijo.

No dijo nada más y, cuando colgó, me centré en la carretera. No era necesario que me contara sus planes, pero agradecí que lo hiciera. Ni siquiera me había percatado, pero vivía en constante estado de nerviosismo desde que le arrebatamos el terreno, para anticipar su próximo movimiento. Antes era yo quien lo vigilaba, pero ahora era Gabe quien encabezaba la tarea.

Decidí apartar esos pensamientos cuando llegué al pueblo.

Habíamos acordado construir una estructura temporal en el local, donde podríamos reunirnos con el arquitecto y el grupo de construcción para hablar de negocios. De momento, mis hermanos y yo seguíamos debatiendo sobre la zona exterior. Como los planos del hotel ya estaban terminados, la construcción empezaría pronto. Las obras de la destilería empezarían más adelante. Por suerte, yo no tenía nada que ver con eso: era competencia de Gabe.

Pasamos cerca de una hora hablando del paisajismo, antes de que Aiden, el arquitecto, sacara los planos del terreno de Samuel y Cami.

—Obviamente, para llevar adelante todo esto hay que adquirir la propiedad vecina —explicó—. De lo contrario, tendré que descartarlo y empezar de cero.

—Lo conseguiremos —dije con confianza—. Pero tengo una petición. —Lo miré a los ojos, plenamente consciente de que a partir de ese momento, mis hermanos me lo iban a recordar toda la vida —. Quiero que conservemos el terreno de la propiedad vecina tal como está, especialmente los árboles. Ese es uno de los motivos por los que los dueños se resisten a vender... no quieren que arrasemos con todo.

Aiden frunció el ceño y miró su portátil:

—Necesito tiempo para pensarlo. Todo se puede hacer, pero desde ya os digo que eso costará más dinero.

Miré a mis hermanos. Leo frunció el ceño, desconcertado, mientras Gabe me dedicaba una sonrisa bobalicona y decía:

—Ya veo a dónde quieres llegar... y me gusta. —Luego miró a Aiden—: El dinero no es problema.

—¿Me podéis decir qué está pasando aquí? —preguntó Leo.

—Samuel estará más dispuesto a vender si conservamos el entorno natural —contesté.

Leo cambió su expresión confusa casi instantáneamente.

—¿Samuel o Cami? —preguntó con una risa.

—Ambos.

—A ver si lo entiendo... —dijo Aiden—. ¿Quieres conservar el parque de aventuras?

Negué con la cabeza:

—No, no mantendremos las instalaciones del parque, pero me gustaría ser más considerado con el entorno, los árboles y demás. —Estaba seguro de que Cami estaría más dispuesta a considerar la oferta si no arrasábamos todos sus cedros blancos.

A pesar de que no lográbamos ponernos de acuerdo en nada, había algo en ella que me atraía, como el hecho de que quisiera proteger a su padre, e incluso su fuerte conexión con el lugar. Ella y yo éramos similares en algunos aspectos, tal y como había señalado la abuela. Para mí era importante continuar con el legado, y ella quería preservar el de su familia. Cuando se trataba de negocios, era un oportunista despiadado, que solo se atenía a los números. Pero en este caso, tenía que cambiar el enfoque.

—Vaya, vaya —dijo Leo—. Tengo que marcar este día en el calendario.

Gabe silbó:

—Lo mismo digo.

Aiden nos miraba como si hubiéramos perdido la cabeza. Era una posibilidad, pero también tenía un buen presentimiento.

—¿Qué tan rápido puedes elaborar un plano nuevo? —pregunté.

Se quedó pensando:

—A estas alturas, creo que estáis tirando el dinero.

Lo miré fijamente, con una ceja levantada:

—Nosotros somos los clientes, y decidimos cómo gastar nuestro dinero.

—Por supuesto —respondió, levantando la mano en señal de disculpa—. Me pondré con ello ahora mismo.

—Perfecto.

Aiden recogió sus papeles, nos estrechó la mano y prometió que pronto nos presentaría los nuevos planos.

Acto seguido, Gabe también se marchó para regresar a Boston.

—¿Tú ya te vas? —preguntó Leo.

—Antes quiero ir a cenar al pueblo —respondí. Era tarde y tenía hambre.

—Iré contigo. Llevo tiempo con ganas de echar un vistazo a Main Street, y me vendría bien una buena hamburguesa.

—¿Para qué quieres ver el pueblo?

—Para ver si es un potencial destino de vacaciones para mis clientes.

Mi hermano estaba al mando de una de las mayores inmobiliarias del país, pero le gustaba estar en primera línea de combate. Eso era probablemente lo que le llevó al éxito.

—Claro. Vamos.

No me gustó que Aiden no me diera un plazo para los nuevos planos. Los necesitaba rápidamente, al menos los bocetos básicos. Durante la semana tendría que llamarle para presionarle un poco. El tiempo apremiaba, y si podía enseñárselos a Cami, vería que era un trato excelente.

Leo y yo condujimos nuestros respectivos coches y aparcamos junto a Main Street. Sin duda, Essex tenía su encanto. En cuanto salí del coche, me di cuenta de que mi hermano estaba en modo negocios. No paraba de catalogar y observar con ojo inmobiliario todos los edificios, calle arriba y calle abajo, fijándose con atención en la mezcla de estilo federal y colonial.

—Han conservado muy bien los edificios históricos —comentó.

—Pues sí. Venga, entremos a comer algo —dije, mientras apuntaba al cartel donde se leía *Lisa's Burgers.*

—¡Hamburguesas! ¡Genial!

El restaurante se ubicaba en uno de los edificios coloniales y estaba bastante abarrotado. Era evidente que habíamos llegado en el horario más concurrido. Recorrí el local con la mirada en busca de

una mesa libre, hasta que me topé con una pelirroja, sentada sola junto a la ventana, cuyo rostro me resultaba conocido.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Leo.

—Sí, esa es Cami.

Entrecerró los ojos y miró en la dirección que le indiqué:

—Buah, ¡está buenísima! Ahora entiendo que la abu esté tramando juntaros.

—La abu está muy equivocada, pero no tengo el valor para decírselo —respondí—. Venga, vamos a saludarla.

—¿Crees que es buena idea? —preguntó Leo.

—Por supuesto. —Estaba convencido—. El arquitecto dijo que podía cambiar los planos, y no hace falta que los termine para comentárselo a Cami.

—Ya. ¿Estás seguro de que no estás buscando cualquier excusa para hablar con ella?

—No seas gilipollas.

Leo enarcó las cejas y no pude evitar resoplar:

—Madre mía, parece que vas a explotar. Suéltalo ya de una vez.

—Tienes fama de ser un hueso duro de roer en las negociaciones, ¿qué ha pasado?

—Cambio de táctica según sea necesario.

—Sí, pero tu táctica suele ser pasar por encima de tu contrincante. Y ahora le has pedido al arquitecto que modifique los planos.

—¿Has terminado? —pregunté.

—¡Pero qué humor de perros llevas! Sé que he dado en el clavo.

Nos dirigimos directamente hacia ella. Cuando llegamos a su mesa, levantó la vista del menú y sus brillantes ojos verdes se apagaron al verme.

—Hola, soy Leo Whitley —se presentó mi hermano, extendiendo la mano—. Encantado de conocerte, Cami. He oído hablar mucho de ti.

—Ah, vaya, no nos habíamos conocido antes. Supongo que sois hermanos...

—Sí, soy su hermano y el agente inmobiliario que encontró la propiedad.

Cami asintió enérgicamente.

—¿Están ocupados estos asientos? —pregunté, señalando las dos sillas de la mesa.

—No, he venido sola. Estaba a punto de pedir.

—Mi hermano y yo también queremos comer. ¿Podemos sentarnos aquí? —pregunté.

—Perdonadme —interrumpió Leo—, acabo de recibir un mensaje de mi asistente, y tengo que volver a Boston ahora mismo.

¿De verdad? ¿Tan tarde?

Me guiñó un ojo.

Joder. ¡¿Se puede ser más cantoso?!

Se volvió hacia Cami:

—Ha sido un placer conocerte. Pero antes de irme, déjame darte un consejo... o una advertencia, según lo quieras ver. Mi hermano es un cabezón de manual, y el orgullo le puede. Por desgracia, todos los Whitley compartimos esos rasgos.

—Lo sé perfectamente —respondió ella, mirándole estupefacta.

—También es un puñetero tiquismiquis. Lleva años dándome por culo para que le encuentre una casa, y no le gusta ninguna. Y créeme, le muestro solo lo mejor. En fin... todo sea por la familia.

—Leo... —dije en tono de advertencia.

Me miró y levantó una ceja:

—¿Qué? Quizá mi advertencia pueda ayudar en algo.

Cami me miró, pero no detecté animosidad, sino la confusión más absoluta.

Maldita sea, qué preciosa es.

—Pero —continuó Leo como si no se estuviera pasando tres pueblos—, es un tío genial. Doy fe de que así es. Creo que esa era la intención de nuestra abuela cuando vino aquí con él.

—Ya basta —dije.

Las comisuras de los labios de Cami se elevaron. Luego su boca se abrió en la sonrisa más hermosa que había visto. Me quedé tan atrapado en ella que olvidé que estaba regañando a mi hermano.

—Gracias por tu aportación, Leo. Intentaré tenerlo en cuenta —respondió.

—Sí, por favor. Hay días que yo también quiero matarlo, pero luego recuerdo que es mi hermano y no puedo.

—Tomo nota.

—Eso era todo. Nos vemos, hermano. Cami, encantado de conocerte —dijo de nuevo antes de dirigirse hacia la puerta principal.

Aparté una silla y tomé asiento mientras ella miraba cómo mi hermano se marchaba. Luego dirigió su mirada hacia mí, y se humedeció los labios. Tenía que dejar de obsesionarme con su boca.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Mi hermano... intentando ayudar —dije en tono neutro, intentando contener la risa. Leo era muy gracioso, pero a veces podía caer mal.

—Ajá —dijo con indiferencia, echando un vistazo al menú—. Deberíamos pedir antes que ese grupo de ahí —señaló al otro extremo de la sala—, o la comida tardará una eternidad.

—Claro, ¿cuál es la especialidad de *Lisa's Burger*? —pregunté.

—La hamburguesa de la casa es un éxito. También las judías verdes como guarnición.

Eché un vistazo al menú. No me gustaban las judías, pero podía pedir patatas fritas.

Cami saludó a alguien y un camarero se acercó a nuestra mesa.

—Hola, Cami. ¿Qué os pongo? —preguntó, alternando la mirada entre Cami y yo.

—Bart, este es Maddox Whitley.

El hombre frunció ligeramente el ceño:

—Usted debe ser el que quiere construir esa lujosa destilería y el hotel.

—Así es —dije—. Encantado.

Él respondió con un gruñido escueto.

Joder.

—¿Qué les sirvo? —volvió a preguntar.

—Para mí, la hamburguesa de la casa con judías —dijo Cami.

—Para mí, una Coca-Cola, la hamburguesa de la casa y patatas fritas —añadí.

—Muy bien. Vuelvo enseguida. —Giró sobre sus talones y se dirigió a la cocina.

—¿Qué le trae por aquí? —preguntó, una vez que nos quedamos solos.

Me recosté en la silla:

—Cami... ¿podemos volver a tutearnos? —Y al ver que asentía, continué—: Mis hermanos y yo nos hemos reunido con el arquitecto para ultimar los planos del hotel, pero no los de vuestro terreno. Ya había elaborado los planos iniciales, los que le enviamos a tu padre, pero...

Me detuve porque sus hombros se tensaron. Se humedeció los labios y se pasó un mechón de pelo rojo por detrás de la oreja. Me pregunté si tenía por costumbre salir con el pelo mojado por la mañana después de ducharse.

—Le he preguntado al arquitecto si puede modificar los planos para que el jardín del hotel incluya los árboles, es decir, vuestro bosque, tal y como está. No urbanizaríamos esa zona. Me ha dicho que es posible.

Cami parpadeó:

—Pero si ya has pagado por ese primer plano urbanístico...

La miré con atención. Su mirada brilló ligeramente y vi que era una buena noticia.

—Aún estamos a tiempo de hacer todos los cambios que sean necesarios. Incluso después de que consigamos la propiedad...

—*Si* es que la consigues.

Sonreí:

—Tienes razón. *Si* la conseguimos, necesitaremos además la autorización del ayuntamiento y otros trámites burocráticos. En cualquier caso, he encargado al arquitecto que prepare otro plano. ¿Eso podría ser un incentivo para vender?

Cami enarcó una ceja:

—¿Por qué te tomas tantas molestias? Debe costarte una fortuna.

—Porque es importante para mí que este acuerdo se lleve a cabo —respondí.

Había otros motivos realmente profundos, pero no quería detenerme a pensar en ello.

El camarero nos trajo la comida y las bebidas al mismo tiempo.

—Estoy impresionado por la velocidad del servicio —comenté.

Cami asintió:

—Ya te digo. Hemos tenido suerte de hacer el pedido antes que ese grupo.

—No has respondido a mi pregunta.

Levantó la mirada, y al instante me arrepentí de haber sido tan cortante.

Maldita sea, ¿por qué siempre la cago?

—Tendría que hablar con mi padre. Pero sí, uno de los motivos por los que me resisto a vender es por la conservación del terreno.

—Entiendo, pero ¿cuáles son los otros? —pregunté, a pesar de que tenía una idea, por lo que Samuel me había contado.

Tomó un sorbo de refresco, y me miró directamente a los ojos:

—Es una pregunta muy personal.

—Tienes razón —respondí—. Pero sin esa información, no puedo hacer nada al respecto.

Ella se rió:

—No puedes arreglarlo todo, Maddox. Pero me lo pensaré. Que hayas contemplado la posibilidad de cambiar los planos te hace ganar unos cuantos puntos. ¿Tu hermano Leo participará en la gestión con Gabe y contigo?

Negué con la cabeza mientras tragaba un bocado de hamburguesa. Estaba deliciosa. Tenía previsto visitar todos los restaurantes de Main Street antes de inaugurar el hotel para poder dar recomendaciones a los clientes.

Pero me estaba adelantando.

—No, solo nos ayudó a conseguir la propiedad. Hoy me acompañó porque quería echar un vistazo a Essex.

—Mmm... —murmuró, y sus ojos verdes me atrajeron. Esa mujer era irresistible y quería conocerla mejor.

—No me crees —respondí, y conseguí arrancarle una sonrisa.

—Bueno... es que el otro día apareciste de la nada con tu abuela en el parque, y ahora te has encontrado *de casualidad* conmigo

acompañado por tu hermano. Perdóname si pienso que todo es premeditado.

Me guiñó un ojo y esta vez fue Cami quien me arrancó una sonrisa:

—Vale, pondré todas mis cartas sobre la mesa.

Por instinto, me acerqué más, y ella no se apartó.

—La visita con la abuela *fue* premeditada. Ella tenía un plan. Pero hoy ha sido casualidad... Mi hermano y yo solo queríamos comer algo antes de volver a Boston.

Cami esbozó una sonrisa y respondió:

—Vale, te creo. —Acto seguido, apretó los labios—. ¿Pero cuál es el plan de tu abuela?

La miré fijamente, sopesando los pros y los contras de revelarle las tendencias casamenteras de mi abuela. Eso requeriría una historia completa de mi familia y, aun así, era probable que pensara que estábamos como una cabra.

—Antes que nada quiero aclarar que son suposiciones mías, porque ella no me lo ha dicho expresamente. Creo que le gustas mucho.

—Pero si apenas me ha visto una vez —dijo con los ojos llenos de incredulidad.

—Se decide rápido.

—¿Estás muy unido a tu abuela? —Por cómo lo preguntó, estaba claro que era algo importante para ella.

—Sí. Lo creas o no, no soy un ogro. Estoy muy unido a toda mi familia.

Cami sonrió. Confiaba en que esa conversación suavizara las cosas entre nosotros. Y no únicamente en lo relacionado con la propiedad.

—¿Tienes más hermanos además de Gabe y Leo?

—Sí, tengo un montón de hermanos: Nick, Jake, Colton, Cade y Spencer.

—¿Hablas en serio? —La sorpresa en su cara me hizo sonreír de nuevo.

—¿No has buscado en internet a los Whitley? Es una familia bastante grande y con una historia fuera de lo común.

—Ni se me pasó por la cabeza —respondió con el ceño fruncido.

—En resumidas cuentas, somos muchos hermanos y además, están nuestros abuelos. Estamos muy unidos, y somos extremadamente competitivos.

—Ajá. Ya veo que eres de los que solo juegan para ganar, no para divertirse.

Me incliné ligeramente para observarla mejor. La notaba mucho más relajada, pero tampoco podía ser un necio y pensar que había ganado la batalla. Ella dijo que mi idea de conservar el bosque resolvía una parte del problema, así que todavía no podía cantar victoria. Pero haber compartido una cena sin discutir... eso sí era un gran triunfo.

—Depende. Me adapto a la situación.

—¿Qué tan bueno eres con los dardos? —preguntó con una sonrisa.

—Me defiendo. —*¿A dónde quiere llegar con esto?*

Señaló hacia el otro extremo de la sala, donde había varias dianas.

—Cuando terminemos de comer, jugaremos una partida.

—Y si gano —dije con cuidado, sopesando mis palabras—, me dirás cuál es la otra parte del problema que te impide vender tu propiedad.

—Vale. —Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Has aceptado demasiado rápido.

—Llevo cinco años ganando a los dardos. Soy la campeona indiscutible de Essex.

Vaya... no me lo esperaba.

—Reto aceptado.

Hacía años que no jugaba a los dardos, pero sería como montar en bicicleta.

***

Pero resultó que lo hice fatal. Cami era una profesional y tenía una puntería admirable. No podía dejar de mirarla cuando se concentraba en el blanco. Sus curvas eran muy sexys y me volvían

loco. Llevaba una falda corta que se le subía por el muslo cada vez que se inclinaba hacia delante, revelando unos modernos leotardos de lana, pero no me costaba imaginarme su piel desnuda debajo. Se había quitado el jersey y llevaba una camiseta de tirantes que enseñaba su escote cada vez que lanzaba.

El primer vistazo fue sin querer.

Pero el resto fueron completamente adrede.

Era demasiado guapa.

—Maddox, ¿es una mala noche? ¿O sueles presumir de habilidades inexistentes? —bromeó media hora después.

Me gustó su descaro. Cami sabía cómo ponerme en mi lugar.

—Tal vez quería que ganaras. —*Sí, claro.*

Movió la cabeza en señal de incredulidad y acompañó el gesto con un dedo acusador.

—Acabas de admitir que eres competitivo. A mí no me engañas.

No pude evitar reírme:

—Te contaré un secreto: hace tiempo que no juego a los dardos... mínimo ocho años.

—¿Entonces por qué aceptaste?

Me encogí de hombros:

—Porque me pareció divertido.

—Cami, ¿estás practicando para darnos una paliza a todos? —Era la voz de un hombre situado detrás de nosotros.

Su actitud cambió al instante. Se enderezó y echó los hombros hacia atrás como si se preparara para un enfrentamiento, se puso la mano en el estómago y respiró hondo. No sabía quién era ese hombre, pero era evidente que la ponía nerviosa.

—Y tú debes de ser Maddox Whitley —dijo el tipo. Sonrió a Cami antes de darme la mano.

—Lo siento, pero estoy en desventaja. ¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Bill Smith. Trabajo en el ayuntamiento, me encargo de aprobar todos los proyectos nuevos del pueblo, por eso sé quién eres. —Era un hombre peculiar, y me dio mala espina desde el principio. Pero lo peor era el efecto que tenía sobre Cami.

—Encantado de conocerte —respondí. *Nada más lejos de la realidad*.

—Cualquier cosa que necesites, aquí tienes mi tarjeta —dijo, sacando una de su cartera.

Noté que Bill se comía a Cami con la mirada y me entraron ganas de darle un puñetazo en la mandíbula.

Guardé la tarjeta y lo miré fijamente a los ojos como advertencia antes de decirle:

—Gracias.

Volvió a mirar a Cami con una intensidad que hasta me generó incomodidad:

—¿Vas a seguir jugando? Quiero invitarte a una cerveza.

—Gracias —contestó—, pero no me quedaré mucho más. En cuanto venza a Maddox me marcho. Y como puedes ver en el marcador, no tardaré mucho.

No me quedaba la menor duda de que Bill la incomodaba, especialmente cuando él le dedicó una sonrisa cargada de intención. No me hizo ninguna gracia. Era evidente que estaba interesado, pero no iba a dejar que la acosara.

—Bueno, tenemos que volver a nuestro juego —dije.

—Nos vemos, Cami. Encantado de conocerte, Maddox —respondió antes de irse.

Cuando se marchó, cogió otro dardo y ajustó la postura para lanzarlo, pero en lugar de eso volvió a bajar la mano.

—¿Sigue por aquí? —me preguntó.

—No, está en la barra. ¿Qué pasa con él?

—Ya has visto cómo es Bill... —Se notaba que le afectaba de verdad, y eso me removía por dentro. Me daban ganas de protegerla... y hacerlo sería un auténtico privilegio.

—No, no lo conozco y nunca había oído hablar de él. Está claro que no es santo de tu devoción.

Cami se encogió de hombros:

—Bill es un personaje muy conocido en Essex. Su familia se mudó de Nueva York cuando estábamos en el instituto. Tienen muchas propiedades por aquí y su padre era el alcalde. Bill no siguió sus pasos y no se convirtió en alcalde principalmente porque el

pueblo no lo votó, pero tiene mucha influencia en el ayuntamiento. Cualquiera que solicite un permiso necesita su aprobación. Salimos una vez en el instituto y, desde entonces, me ha invitado a salir varias veces, y siempre lo he rechazado. Se ha casado cuatro veces, y todas sus esposas lo dejaron por infiel. Es un tío muy insistente.

—Cami, si te está acosando...

Me cortó antes de que pudiera decir algo más:

—No, no es eso. Pero no estaba de humor para lidiar con él esta noche. —Me miró directamente a los ojos—. Me alegro de que estuvieras aquí.

Me acerqué tanto a ella que pude oler su delicioso perfume floral.

—Yo también me alegro de estar aquí.

Esbozó una sonrisa ganadora y lanzó su dardo.

—Mira... ¡He ganado! —exclamó—. Me he divertido mucho esta noche, Maddox.

—Lo mismo digo.

No conseguí que me contara cuál era el otro motivo por el que se resistía a vender, pero no importaba. Habíamos avanzado muchísimo.

Se puso el jersey y se volvió para mirarme:

—Pero —dijo en tono burlón—, eso no significa que ya me caigas bien.

Me acerqué a ella:

—Buenas noches, Cami. Nos vemos. Las obras del hotel empiezan mañana.

Respiró hondo y sus mejillas enrojecieron. A pesar de lo que había dicho, sabía que le caía bien. De hecho, hasta le gustaba, aunque no iba a reconocerlo, ni siquiera a sí misma.

Pero eso pronto iba a cambiar.

Capítulo Ocho

Cami

A veces olvidaba que Essex era un pueblo pequeño y los rumores corrían como la pólvora. Por suerte, siempre podía contar con mi mejor amiga, Miriam, que se pasó por casa a la hora de comer para recordármelo.

—¡Hola! —saludó, en cuanto le abrí la puerta—. No me quedaré mucho tiempo, Hubs me está esperando. Pero quería dejarte unas galletas. —Compartíamos pasión por la repostería.

—Gracias. ¿Cómo es que no estás en el cole?

—Hoy los niños se van de acampada, y solo he tenido que trabajar medio día.

—¿Y te han sobrado galletas? —pregunté con una ceja levantada.

Sonrió:

—He reservado unas para ti. —Me besó la mejilla y dejó el pequeño táper sobre la encimera—. Necesitamos urgente una noche de chicas —dijo, antes de llevarse las manos a las caderas.

—Claro, cuando quieras.

—¿No has vuelto a quedar con Maddox Whitley? Se rumorea por el pueblo que cenaste con él anoche. Y que le ganaste a los dardos —comentó, inclinando la cabeza con curiosidad.

—Ambas cosas son ciertas.

—Pero te has olvidado de contarme un detalle importantísimo.

La miré de reojo y le di un bocado a una galleta:

—¿Qué detalle?

—Que está más bueno que el pan.

Intenté disimular la expresión. Me había guardado ese detalle cuando le conté cómo fue mi primera cena con él.

—No era un dato relevante.

—¡Ajá! —exclamó—. Pero es guapísimo, ¿verdad?

—Sí.

Lo que podría ser parte del motivo por el que había sido un poco dura con él. No quería que sus encantos me influenciaran, y Maddox Whitley estaba bueno de cojones.

—Menos mal. Por un momento pensé que quizás necesitabas gafas —se rió—. Cuéntame sobre anoche.

—Veo que has venido solo a cotillear —la acusé.

—Bueno, no tendría que hacerlo si me contaras todo sin rodeos.

—Anoche nos encontramos de casualidad.

Dios mío, ¿qué le ha puesto a las galletas que hacen que me vaya de lengua?

—Coincidí con él y su hermano Leo en la hamburguesería —continué—. Una cosa llevó a la otra... y acabé dándole una paliza a los dardos.

—¿Y?

—Y eso es todo.

—Mmm... no pareces tan cabreada como la primera vez que os conocísteis.

Me aclaré la garganta después de comerme otra galleta:

—Puede que le haya juzgado mal, y que no sea tan imbécil como pensaba. Él es... —No completé la frase porque no estaba segura de cómo describir a Maddox.

—¿Un bombón? ¿Un chulo? ¿Un arrogante de manual? ¿Todo lo anterior? —sugirió Miriam.

—Todo eso, sí —asentí con una sonrisa.

Me había divertido mucho la noche anterior, y tenía que admitir que los comentarios de Leo me desarmaron por completo. Además, Maddox se comportó muy diferente a las veces anteriores... y no sabía cómo sentirme al respecto. Había estado relajado, divertido, y nada prepotente. Me preguntaba si ese era el verdadero Maddox.

Además... ¿por qué tenía que estar tan bueno?

Miriam entrecerró los ojos y me señaló:

—Estás ocultando algo. No voy a presionarte...

—¡Gracias a Dios!

—... pero pronto llegaré al fondo del asunto. Ahora tengo que irme. —Me besó la mejilla—. Pero sé buena y cuéntame los cotilleos

a partir de ahora, ¿vale? Me resulta muy raro enterarme cosas de mi mejor amiga por otra persona. Y buena suerte.

—¿Con qué?

—En tu próximo encuentro con el bombonazo.

Me reí, negando con la cabeza.

Cuando se marchó, volví a sentarme en la mesa del comedor. Me encantaba mi casa. Era pequeña y tenía solo dos ambientes: un dormitorio y otro espacio diáfano que abarcaba la cocina, el salón y el comedor. Era muy acogedora.

Aproveché que estaba en casa para trabajar en la página web del parque, mientras mi padre atendía la recepción junto a los empleados del parque. Por la tarde, tenía previsto cambiar dos baldosas del tejado para evitar que se filtrara agua de lluvia justo encima de mi salón. Iba a ser un día muy, muy ajetreado.

Cuando estaba a punto de cerrar el portátil, sonó mi teléfono. Era un número desconocido. Pensé que podía ser alguien para hacer una reserva, pese a que mi número personal no estaba publicado en ningún sitio. Había recibido demasiadas llamadas fraudulentas en el pasado.

—Hola —saludé cuando atendí la llamada.

—Hola, ¿Cami? Soy Jeannie Whitely.

—¡Qué agradable sorpresa!

—Espero no molestarte, querida.

—¿Cómo has conseguido mi número?

—Llamé al número de teléfono de la página del parque, y me atendió ese chico encantador. —Solté una risita. El "chico encantador" tenía cuarenta y cinco años, pero era lógico que a Jeannie le resultase un hombre joven—. Al principio se resistió a darme tu número, pero luego le dije que necesitaba la receta del bizcocho de plátano, y se apiadó de mí.

—Oh. —Ese comentario me hizo mucha ilusión—. Por supuesto. Voy a coger mi cuaderno de cocina.

Tenía todos los cuadernos de mi madre en la estantería excepto el que contenía la receta del pan de plátano, que estaba en la encimera para tenerlo a mano, aunque me sabía las cantidades de memoria.

—¿Tienes cuadernos con recetas de cocina? ¿Los has escrito tú?

—No, eran de mi madre. —Mi voz sonaba melancólica incluso para mis propios oídos.

—Oh, qué dulce eres.

—Solíamos hacer bizcocho de plátano juntas dos veces por semana, y lo llevábamos al parque para los invitados.

—Y tú has mantenido esa tradición —dijo Jeannie.

—Exacto. Bien, aquí está. Voy a leerte los ingredientes y los pasos a seguir.

Durante los minutos siguientes le dicté la receta, repitiendo algunos datos para asegurarme de que Jeannie lo entendía bien.

—Vale, lo tengo todo anotado —dijo.

—¿Vas a hacerlo ahora mismo?

—No, mañana por la mañana para Abe. Maddox me va a llevar a comer dentro de un rato.

—Qué bien. ¿Os veis a menudo?

—Sí, nuestros nietos son muy atentos con nosotros. Nos invitan a comer, y nos llevan de paseo con bastante frecuencia.

—Es un detalle muy bonito de parte de ellos.

—He oído que después de almorzar tiene que ir a Essex a atender unos asuntos.

—Oh —respondí en voz baja. La voz de Miriam sonaba en mi mente: *"Tú próximo encuentro con el bombonazo"*.

—¿Cómo es que no estás en el parque?

—Iré por la tarde. Aunque hoy no podré quedarme mucho tiempo, tengo que reparar unas goteras en el tejado de mi casa.

—Qué valiente eres. Yo no me atrevería a hacerlo sola. —*Más le vale, con la edad que tiene*—. Trato de mantenerme ocupada con cosas de la casa, y cocino mucho, pero me estoy quedando sin recetas. Y no se me da bien Internet, así que gracias por tomarte la molestia de darme la tuya.

—Claro, un placer. Llámame siempre que te quedes sin ideas para cocinar.

—Eres un encanto. Te dejaré seguir con tu día.

—Gracias. Espero que te salga rico el bizcocho, Jeannie.

Después de colgar, cerré el cuaderno y volví a dejarlo en su sitio. Luego eché un vistazo a la estantería y se me ocurrió una idea.

Podría prestarle uno de los cuadernos de cocina de mi madre a Jeannie. Uno en particular estaba lleno de recetas poco convencionales. Pero tendría que encontrar la manera de dárselo.

¡Venga ya, Cami! ¡Es solo una excusa para ver a Maddox!

Capítulo Nueve

Maddox

Ese día tenía una sorpresa para mi abuela.

—¿Adónde vamos? —preguntó, una vez en el coche.

—Te daré una pista: bocadillo de langosta.

La abuela sonrió de oreja a oreja:

—Cómo te gusta complacerme.

La última vez que salimos, mencionó que le apetecía un bocadillo de langosta, así que localicé un restaurante que tenía buenas reseñas.

—El lugar no parece gran cosa, al menos en las fotos, pero es famoso por la comida.

—Ya me conoces. Me importa la calidad de los alimentos, no la estética del local.

Podía dar fe que así era, y en eso, éramos exactamente iguales. Y así fue cómo, mi abuela y yo, descubrimos algunos lugares muy interesantes para comer en Boston. Siempre me aseguraba de que tuvieran asientos cómodos, no podía permitir que mi abuela de noventa y dos años se quedara de pie o sentada en un taburete de bar.

—Oh, ya se me está haciendo la boca agua —comentó cuando llegamos.

Me reí entre dientes:

—Espera a que te abra la puerta del coche.

—Pff —resopló con fastidio, pero por suerte, no intentó abrirla.

La última vez acabó casi de bruces en el suelo. Desde entonces, siempre la ayudaba a salir del coche.

Le di el brazo mientras entrábamos. El restaurante era mucho mejor de lo que esperaba; por las fotos, parecía destartalado, pero mi asistente hizo una pequeña investigación y me aseguró que era de fiar. Supuse que si servía los mejores rollitos de langosta de la ciudad, no podía ser una pocilga.

Un camarero nos llevó a una mesa junto a la ventana. Siempre pedía una mesa con vistas para la abuela, y ese restaurante tenía un bonito jardín trasero.

—Qué buen sitio —comentó mientras nos sentábamos.

—¿Han podido consultar nuestro menú antes de venir? —preguntó el camarero.

Fruncí el ceño. Era una pregunta extraña.

—La mayoría de nuestros clientes —prosiguió sin esperar nuestra respuesta—, vienen aquí solo por los bocadillos de langosta.

La abuela asintió:

—Sí, estamos aquí por lo mismo.

—Tráenos dos para empezar y luego veremos qué más pedimos —añadí.

—Claro —asintió el camarero.

Desapareció sin preguntarnos qué queríamos beber.

—El servicio es un poco particular —comentó mi abuela—. Pero en realidad no importa mientras que la comida sea deliciosa.

—Seguro que sí.

—¿A qué hora tienes que estar en Essex?

—A última hora de la tarde. Tenemos tiempo de sobra.

Quería coger la autovía antes de la hora punta. El equipo ya había empezado la obra esa misma mañana. De momento, hacernos con el terreno del parque de aventuras no influía en la construcción del edificio, ni en la ubicación ni en el tamaño.

La abuela me miró durante unos segundos antes de preguntarme:

—Querido, ¿estás seguro de que no estás abarcando demasiado?

Parpadeé. No esperaba eso de ella.

—¿Por qué lo preguntas?

—Parece que en nuestra familia, sois todos un poco adictos al trabajo.

—No me pongas en el mismo saco que Colton —le remarqué, haciendo referencia a mi hermanastro mayor, un auténtico adicto al trabajo, aunque últimamente estaba mejorando.

Ella negó con la cabeza:

—No, lo de Colton está a otro nivel. Todos vosotros tenéis una iniciativa admirable, pero a veces siento que os exigís demasiado.

Si no te atreves a ir más allá, nunca descubrirás tus verdaderos límites.

—No te preocupes, abuela. Tengo aguante para rato.

¿Iba a estar más ocupado que de costumbre? Claro que sí. Pero no lo cambiaría por nada del mundo.

—Siempre me pregunto qué pensará tu padre de lo lejos que han llegado sus hijos en la vida.

Abrí una servilleta y la puse sobre mi regazo para darme algo que hacer. No quería mirarla a los ojos y mentirle. Después de todo, Gabe y yo éramos los culpables de que nuestro padre no comprase esa propiedad en primer lugar.

—La verdad es que no me interesa. ¿Podemos cambiar de tema?

—Claro. ¿Vas a cenar en Essex también?

—No, en principio, lo único que tengo que hacer es hablar con el jefe de obra acerca de los plazos y demás, y luego vuelvo a Boston.

—He hablado con Cami esta mañana —comentó, cuando llegó el camarero con los bocadillos de langosta.

—Aquí están —dijo en voz alta—. ¿Ya saben si quieren comer algo más?

—No —dijo la abuela con impaciencia, lo que no era propio de ella—. No hemos tenido oportunidad de ver la carta.

Acto seguido, ambos abrimos el menú, y ella lo cerró al cabo de unos segundos.

—En realidad, voy a pedir otro bocadillo.

—Y para mí, un revuelto de langosta —dije.

Cuando se fue el camarero, pensaba que volvería a hablar de Cami, pero ambos nos limitamos a comer.

—¡Está buenísimo! —exclamó—. Buscaré una receta e intentaré prepararlo yo misma.

Como no añadió nada más, le pregunté:

—¿Por qué hablaste con Cami?

—Oh, para pedirle la receta del bizcocho de plátano. Necesitaba tenerla.

Mi abuela era una de las mejores cocineras y reposteras que conocía. Había hecho innumerables bizcochos de plátano en su vida, no necesitaba la receta.

—Me contó que guarda los cuadernos de cocina de su madre —continuó—. Me parece monísima. —Ese dato en particular me conmovió inesperadamente. Cami tenía muchas facetas—. Estaba en su casa, e iba a reparar el tejado ella sola.

Me enderecé:

—¿Sola?

—Qué disparate ¿verdad? Yo jamás me plantearía subir una escalera y mantener el equilibrio en una superficie tan resbaladiza. Espero que no se haga daño.

La abuela se empeñaba en hacer todas las cosas de la casa por su cuenta, pero hasta ella y el abuelo tenían un límite.

No me gustaba que Cami tuviese que hacerlo, los tejados eran peligrosos. ¿Por qué demonios no contrataba a alguien para que lo reparase?

Porque no todos pueden permitírselo, tuve que recordarme a mí mismo. A veces olvidaba que tenía una vida privilegiada y, sin querer, la daba por sentada.

—Pero Cami dice que no tiene ningún problema en hacerlo —añadió con un suspiro.

—Bien por ella —me limité a responder.

La abuela entrecerró un poco los ojos, pero no agregó nada más, y le dio otro bocado al sándwich.

—Siempre pensé que eras el más testarudo de todos tus hermanos —dijo tras un par de bocados.

—¿De verdad? ¿Y por qué? —pregunté entre risas.

—Al principio, era una simple corazonada. Pero me lo has confirmado en reiteradas ocasiones a lo largo de los años. En especial, cuando asumiste la gestión del negocio de diseño de oficinas de tu padre en contra del consejo de todos, incluido el de tu propio abuelo.

Me aclaré la garganta, y elegí cuidadosamente mis palabras:

—Es que le vi potencial. Y con el debido respeto, el abuelo es de la vieja escuela en lo que al diseño se refiere. No se imaginaba que

era un sector tan dinámico.

En su época, a todo el mundo le gustaban los cubículos. Cuando mi padre creó *Whitley Office Spaces*, se limitaron a renovar los espacios de oficina y a hacer más atractivos esos mismos cubículos. En la actualidad, la empresa se dedicaba a convertir espacios diáfanos en oasis donde los trabajadores se encontraran a gusto, colocábamos plantas y estructuras de madera como separadores, entre otras muchas cosas. Estábamos innovando constantemente.

Se inclinó hacia delante y dijo:

—Entre tú y yo, me alegré de que le llevaras la contraria. Mi intuición me decía que tenías razón, pero no tuve el valor de decírselo. No quería que tu abuelo pensara que no estaba de su lado.

La lealtad que se profesaban me seguía impresionando incluso después de tantos años. Eran un frente unido en todos los sentidos, y no podía más que admirarlos. Había días en los que incluso deseaba haberme enterado antes de la doble vida del cabrón de mi padre para haber pasado más tiempo con nuestros abuelos.

Los siguientes platos llegaron igual de rápido. Pero aún no teníamos nada para beber.

—Nos gustaría pedir bebidas también —dije.

—Oh, por supuesto. ¡Se me había olvidado! Lo siento, la comida es lo más importante aquí, y la mayoría de la gente ni siquiera pide algo para beber.

—Me gustaría una copa de vino tinto —dijo la abuela, y tuve que controlar mi expresión facial.

—Agua con gas para mí.

Cuando el camarero se fue, me quedé mirándola.

—¿Qué? —dijo ella—. Me apetece un vino. Sabes que mantengo el alcohol al mínimo en casa. Y el médico no *me* lo prohibió específicamente, a diferencia de tu abuelo.

—No, pero dijeron que debías mantenerte hidratada.

—Y lo hago. Bebo muchos líquidos. ¿Acaso no sabes que el vino cuenta como un líquido?

Me reí, negando con la cabeza:

—Abu, sabes que el alcohol en realidad te deshidrata.

—No estoy tan segura de eso. Venga ya, déjame disfrutar de mi almuerzo.

—Está bien —dije.

Disfrutamos mucho de la comida y, para mi sorpresa, no volvió a hablar de Cami.

***

Cuando dejé a la abuela en su casa, ya iba con retraso. Llamé al jefe de obra y a Aiden para que supieran que estaba de camino.

Conduje hasta Essex a toda velocidad y llegué a tiempo.

—¡Maddox! —exclamó Aiden cuando salí de mi coche—. El resto del equipo ya se ha ido, pero este es Dean, el jefe de obra, y alguien en quien tengo plena confianza.

Le tendí la mano:

—Encantado de conocerte, Dean.

—Lo mismo digo —respondió, y se cogió ambas manos antes de añadir—: Me gustaría revisar las tareas pendientes.

Escuché atentamente mientras enumeraba las tareas y recorríamos el perímetro. Lo memoricé todo para repasarlo más adelante con Gabe; no quería dejar escapar ni un solo detalle.

—Estoy muy entusiasmado con este proyecto —dijo Dean, cuando terminamos la ronda.

—Yo también —contesté.

—Aiden me ha comentado que aún no hay luz verde para la propiedad vecina.

—Así es, pero independientemente de eso, los planes para el hotel son los mismos.

—Muy bien. Nos pondremos en marcha —dijo Dean.

—¿Con qué frecuencia quieres una actualización? —preguntó Aiden.

—Una vez por semana —respondí—. Y si tienes algún tipo de problema o retraso, quiero saberlo en cuanto ocurra.

Dean me miró con el ceño fruncido:

—Tío, la construcción es así... Siempre pasan cosas inesperadas.

—Lo sé. Y quiero estar al tanto en todo momento.

—Vale, cuenta con eso —dijo Dean—. Si no hace falta nada más, me retiro por hoy.

—Me parece bien. —Me volví hacia el arquitecto—: Aiden, ¿cómo van los planos nuevos?

—A paso lento, pero pronto los tendré terminados.

No insistí. Incluso yo sabía que la elaboración de nuevos planos urbanísticos no podían hacerse de un día para otro. Y que Cami ya estuviera al tanto me daba cierta tranquilidad, no hacía falta enseñarle los planos con tanta urgencia.

Después de despedirnos, subí al coche, aún pensando en Cami. Mientras arrancaba el motor, recordé la conversación con la abuela sobre la reparación de su tejado.

En lugar de conducir hasta la autovía, llamé a su padre y le pedí su dirección con el pretexto de querer charlar un poco más sobre la venta. Samuel fue muy amable y nada desconfiado.

Me dirigí directamente a casa de Cami.

Capítulo Diez

Maddox

Cuando llegué a la dirección de Cami, encontré una enorme escalera apoyada contra el tejado, pero no había rastro de ella.

Mierda.

Al salir del coche, inspeccioné el tejado, pero desde abajo no se veía nada. En ese momento, se abrió la puerta principal de la pequeña casa y Cami salió.

—¡Maddox! —exclamó.

Llevaba un cubo que parecía pesadísimo en una mano y una caja de herramientas en la otra.

Acorté al instante la distancia que nos separaba, para liberarla del cubo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—¡Oye! Antes que nada, ¿qué estás haciendo tú aquí?

—He almorzado con mi abuela y me ha contado que ibas a hacer una reparación en el tejado. He venido a Essex, a una reunión con el jefe de obra, y quise pasarme a ver cómo estabas.

—Deberías haber empezado por ahí... Casi me da un infarto al verte en el porche. —Estaba adorable con su mono de trabajo. Y por la cara que puso, supe al instante que lo del bricolaje no iba nada bien—. Pensaba que sería una simple reparación, pero llevo más de una hora, y no logro avanzar. Seguí un tutorial de YouTube, pero creo que el tío está chalado porque nada de lo que indica funciona.

Dejé el cubo en el suelo y cogí la caja de herramientas de sus manos. Se sobresaltó cuando nuestros dedos se rozaron y oí una brusca exhalación. Me gustó que ambos reaccionáramos de la misma forma ante un simple contacto. Dejé la caja de herramientas en el suelo y me enderecé lentamente, pensando qué decir a continuación.

—No puedes reparar el tejado con un vídeo de YouTube.

—Pero así es como hago las cosas: lo busco todo en YouTube, y la mayoría de las veces me hace el apaño. Pero el vídeo no tiene en cuenta que mi casa tiene como mil años y la estructura es un poco diferente. Con poder cubrir un poco las tejas para evitar las goteras me basta.

—Le echaré un vistazo —dije, y ella parpadeó.

—¿Al tejado?

—Sí.

—¿Por qué? —Parecía aturdida.

—Porque sí. Quiero ayudar.

—¿Sabes reparar un tejado?

—Sé hacer reparaciones básicas.

—Muy bien, entonces, adelante.

Miré dentro del cubo:

—¿Por qué tienes tantas cosas aquí?

—Quería llevarme todo lo necesario.

—Como... ¿galletas? —pregunté, al ver un recipiente lleno.

—No te burles.

No era mi intención juzgarla, pero me desconcertó por completo.

—Nunca viene mal una galleta —afirmó Cami a la defensiva.

—Vale, sacaré todo del cubo excepto el sellador y la pistola de relleno. Me impresiona que tengas estas herramientas.

—Lo compré gracias a YouTube —respondió con un aleteo de pestañas.

Miré dentro del cubo más detenidamente:

—Me alegro, no todo está perdido. —También había dos martillos.

—Empieza a tener cada vez mejor pinta, ¿eh? —dijo con una sonrisa.

—Exceptuando las galletas, la mayoría de las cosas servirán.

Se puso la mano en el pecho, cogió el táper, y con teatralidad, dijo:

—No hables así de las galletas. —Acto seguido agregó—: No hace falta subir el cubo por la escalera. Puedo alcanzarte lo que necesites desde aquí. Pensaba llevarlo todo conmigo para no tener que subir y bajar esa escalera cada vez que necesitara algo.

—No, está bien. Me gusta tu sistema. —No me molesté en sacar las cosas, simplemente cogí el cubo y me dirigí al tejado.

—¡Hay tres baldosas defectuosas! —gritó desde abajo.

—Ya las veo. —También inspeccioné cuidadosamente las que estaban a su alrededor—. Y hay dos más que tienen mala pinta. Voy a sellarlas también, a menos que te opongas.

—Por supuesto que no. Tú haz lo que tengas que hacer, que yo me quedo aquí abajo comiendo galletas y mirándote tranquilamente.

Esta mujer es extraordinaria.

Hacía años que no hacía algo así, pero de niño había hecho muchas tareas manuales. Para ser sincero, lo echaba de menos. Estar todo el día metido en una oficina me generaba ansiedad. Y puede que, precisamente por eso, aprovechara la oportunidad para hacer otra cosa, como ir hasta Essex y reunirme con los constructores.

Unos treinta minutos después, volví a bajar por la escalera. Cami había desaparecido hacía un rato.

—¿Has terminado? —preguntó a través de la puerta abierta.

Me asomé al interior, pero no pude ver mucho porque estaba oscuro. La cabaña parecía pequeña, no como esas casas diminutas que salen en la tele, pero aun así era un espacio bastante reducido.

—Sí.

Salió corriendo con una bandeja cargada con *banana bread* y dos tazas de té.

—¿Y esto? —pregunté, mirándola a los ojos.

Me sostuvo la mirada unos segundos, pero luego la apartó. Un rubor se extendió por su rostro. Nunca había visto algo así... Era como si miles de pecas aparecieran de pronto en sus mejillas.

—No tengo nada en la nevera. Esta noche pensaba pedir comida a domicilio, pero siempre tengo bizcocho de plátano. De hecho, lo preparé para mañana.

—Cami, no quiero comerme lo que has cocinado para tus clientes. Estoy bien. Volveré al pueblo a cenar.

Pero en cuanto terminé, quise retirar lo dicho. Quería quedarme allí con ella un rato más.

—Esto será suficiente para que no te mueras de hambre durante el camino —dijo—. Te invitaría a entrar, pero mi casa es un desastre. Una vez por semana hago un buen zafarrancho.

—¿Un qué?

Se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja:

—Un día en el que limpio a fondo y reorganizo toda la casa. Es la única manera de mantener la cabaña en condiciones.

Fue hasta el columpio del porche, colocó la bandeja en medio y nos sentamos a ambos lados.

—Gracias por reparar las tejas.

—De nada.

Ambos bebimos el té y comimos el *banana bread*.

—Pensé que la abuela solo buscaba una excusa para llamarte cuando mencionó que quería la receta del bizcocho, pero ahora creo que la quería de verdad.

Cami se rió:

—¿Por qué crees que se inventaría una excusa para hablar conmigo?

—No te lo voy a decir ahora mismo. Pero tengo una corazonada.

—Me parece muy bonito que la lleves a almorzar —dijo con una sonrisa.

—¿Eso te ha contado?

—Sí.

Al parecer, la intuición no me falló.

Maldita sea, la abu de verdad quiere emparejarme.

—Nuestros abuelos son personas increíbles. Es un honor para mis hermanos y para mí poder cuidar de ellos.

—Si tuviera abuelos, haría lo mismo.

—Mira tú por dónde —comenté—. Al fin estamos de acuerdo en algo.

Al cabo de un rato, preguntó:

—¿Por qué has decidido abrir un hotel en Essex?

Apreté los dientes, exhalé con fuerza, y decidí contarle la verdad:

—Es complicado... pero para resumirlo, diré que es por mi padre.

—¿También está involucrado en *Whitley Industries*?

¿Era posible que no lo supiera? A veces pensaba que todo el país estaba al tanto del escándalo de la familia Whitley.

—Mi padre se fue de Estados Unidos hace mucho tiempo... después de que se descubriera que llevaba una doble vida. Estaba casado con la madre de mis medio hermanos, y mi madre era su amante.

Estaba compartiendo mucho más de lo que ella necesitaba saber, pero, de algún modo, sentía que era lo que tenía que hacer.

—Dios mío. No sé qué decir...

—No teníamos ni idea de que había otra familia.

Se tapó la boca, sorprendida.

—Vivíamos en Maine y mis hermanastros en Boston. La situación fue un caos absoluto.

—Lo siento, no lo sabía. No tenemos que hablar de este tema... solo buscaba algo de qué hablar.

—Está bien —la tranquilicé.

—Entonces, ¿Gabe y Leo son tus otros dos hermanos?

—Gabe es mi medio hermano, en realidad. Nick es mi otro hermano de padre y madre.

—¿Eso significa que tienes buena relación con tus medio hermanos?

—Sí, pero no siempre fue así. Con Gabe establecimos un vínculo muy cercano desde el primer momento, y poco después, con Spencer y Cade. Pero, durante mucho tiempo, las cosas estuvieron tensas con nuestros hermanastros mayores, Colton y Jake.

—Me alegro de que todo vaya mejor ahora —dijo con una sonrisa.

—Gracias. Mi madre está contenta de que nos llevemos bien.

—¿Ella también vive en Boston?

—No, viaja todo el tiempo. Es su pasión.

—¿Y tu padre sigue... viviendo en el extranjero? —preguntó con timidez.

—Sí. Estuvo al mando de *Whitley Industries* hasta que huyó del país, literalmente. Vive en Australia. —Dejé mi plato—. Lo que estoy a punto de decirte ahora tiene que quedar entre nosotros.

—Por supuesto —dijo ella—. Quiero decir... no pensaba contárselo a nadie de todos modos.

—Ni siquiera a tu padre.

—De acuerdo.

—Mi padre pensaba volver a Boston y montar un negocio en esta zona. Quería adquirir la propiedad que terminamos comprando nosotros y construir un hotel. Se lo arrebatamos delante de sus narices.

Sus ojos se abrieron de par en par y se quedó con la boca abierta:

—Lo siento, creo que no estoy entendiendo. ¿No queríais que él volviera?

Entendía que alguien ajeno a la familia se hiciera esa pregunta.

—Cuando mi padre se fue, dejó a *Whitley Industries* al borde del colapso. La mayoría de las empresas estaban en ruinas, ni hablar de obtener beneficios. Pero lo peor fue el daño a la reputación del negocio familiar. No quisimos darle la oportunidad de volver a estropear las cosas. —Dudé y luego añadí—: Tampoco creo que sea bueno para mis abuelos tenerlo de nuevo en sus vidas... ha sido una fuente constante de conflictos.

Cami asintió, sorbiendo de nuevo su té:

—Lo siento. Sigo sin saber qué decir... La situación es muy complicada.

—Lo es. Pero Gabe y yo lo estamos manejando lo mejor posible.

—Vaya... eres muy protector con tu familia. —Su voz denotaba un tono de sorpresa.

—Es mi prioridad número uno.

—Mmm...

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Me pregunto si todo esto no es más que una estrategia para que acepte la venta.

—No lo es —insistí—. No he venido hoy por eso.

—¿En serio? ¿Has venido solo a arreglarme el tejado?

—Sí, era algo peligroso y podías hacerte daño.

—¿Lo dices por experiencia propia? —preguntó.

—Más o menos —admití—. Cuando éramos pequeños, no teníamos mucho dinero, y mi madre intentaba arreglar todo ella sola. Algunas tareas eran más fáciles que otras. A medida que fuimos creciendo, mis hermanos y yo aprendimos de nuestros vecinos, nos ofrecíamos a ayudar y veíamos cómo se arreglaban las cosas de la casa.

Cami frunció el ceño:

—¿Tu padre estaba al mando de *Whitley Industries*, pero pasasteis apuros económicos?

—Éramos la otra familia, ¿recuerdas? Él le contó a mi madre que nuestros abuelos no querían que se casara con ella, y que le habían cortado el grifo.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Qué horror!

—Ya es cosa del pasado. Además, mis hermanos y yo tenemos muchos conocimientos gracias a eso, y creo que es una de las razones por las que Leo se dedicó al sector inmobiliario. No solo vende casas: también las reforma, y hace gran parte del trabajo él mismo. No lo necesita, pero le gusta.

—¿Y todos cuidáis de vuestra abuela?

—Sí —respondí, asintiendo.

—Eso es muy bonito. Por cierto, tengo una idea: Jeannie insinuó que le gustaría probar nuevas recetas. Podría prestarle uno de los cuadernos de mi madre que tiene recetas poco convencionales. —Hizo una pausa antes de añadir—: No sé... me pareció que estaba un poco nerviosa por teléfono.

No podía creer que se hubiera dado cuenta. En realidad, no podía creer que hubiera pensado en la abuela.

—Eso sería genial. Se va a poner muy contenta; siempre está buscando cosas que la mantengan ocupada.

—Perfecto. Deja que te lo traiga antes de que se me olvide.

Me levanté del columpio al mismo tiempo que ella. Entró en casa y regresó unos minutos después, entregándome un cuaderno viejo y gastado.

—Gracias —dije—. Me aseguraré de que lo reciba. Va a ser aún más fan tuya.

—Me cae muy bien tu abuela.

Sonrió y se apartó un mechón de pelo de los ojos pero se le atascó en la comisura de los labios. Intentó apartarlo, con el único efecto de enredarlo más.

—¿Puedo? —pregunté, señalando el mechón de pelo.

Inspiró hondo pero asintió.

Le pasé el mechón por detrás de la oreja y luego deslicé los dedos por su mandíbula.

—Maddox... —susurró—. ¿Por qué estás aquí?

—No lo sé. Quería ayudar con el tejado, pero la verdad es que... *necesitaba* verte. Y era la excusa perfecta.

—¿Por qué?

—No puedo explicarlo. Desde la primera vez que te vi... —Seguía sin poder expresar con palabras lo que me estaba pasando, lo cual no era propio de mí—. No intenté ligar contigo por mujeriego o por idiota —dije, mirándola directamente a los ojos—. O porque sea una forma de conseguir lo que quiero. Fue porque no pude evitarlo.

Se humedeció los labios y la besé.

No fui suave ni me contuve. Joder, cómo necesitaba besarla.

Enredé nuestras lenguas y le acaricié la nuca mientras mantenía la otra mano en su cintura, aunque quería explorar cada curva de su cuerpo. Sabía a bizcocho de plátano. Quería conocerla íntimamente. Al sentir cómo ella reaccionaba a mis caricias, gemí y profundicé aún más el beso.

Se tambaleó hacia atrás y jadeó ligeramente. Cuando recuperé la cordura, abrí los ojos y vi que la había arrinconado contra el columpio.

—¿Te has hecho daño? —pregunté.

—En absoluto. —Se llevó una mano a la boca, tocándose los labios como si no pudiera creérselo. Entonces se sonrojó. Se puso las manos en las mejillas y miró hacia abajo—. Debo estar como un tomate ahora mismo.

Me eché a reír: la descripción no estaba tan desencaminada.

—Joder, tengo aún más ganas de besarte.

—Maddox...

Me aclaré la garganta, desviando la vista hacia el suelo durante unos segundos.

—Vale, esto no está funcionando.

—¿Qué? —preguntó confundida.

—Estoy intentando calmarme. Pero no lo consigo.

—Si te sirve de consuelo, yo estoy igual.

La miré y cogí el cuaderno:

—Creo que la única forma de que consigamos calmarnos es que me vaya.

Se mordió los labios, y asintió:

—Vale.

Volví a acercarme a ella:

—Pero que conste que no quiero irme, y me muero por besarte otra vez.

Parpadeó, bajó las manos a los costados y sus mejillas se tiñeron de un rojo más intenso.

—No tienes pelos en la lengua, ¿eh? —murmuró.

—No.

Esa vez sí di un paso atrás; de lo contrario, corría el riesgo de volver a besarla. Mientras bajaba por el porche, me despedí:

—Gracias por el cuaderno de recetas.

—Gracias por arreglar mi tejado.

Le sostuve la mirada mientras entraba en mi coche:

—Si necesitas que arregle cualquier otra cosa, solo tienes que decírmelo. —Moví las cejas y ella se echó a reír.

—Cuento con ello.

Capítulo Once

Cami

Tuve suerte de que Maddox arreglara el tejado de mi cabaña, porque empezó a llover justo a la mañana siguiente. Al principio fue una lluvia ligera, que afortunadamente, no intimidó a los clientes de *Essex Adventures*, pero era muy probable que el agua se hubiera filtrado entre las tejas de no estar arreglado. Estaba feliz por partida doble: tenía el tejado arreglado, y me había besado con pasión.

No entendía cómo había sucedido. O incluso si había sucedido. Tal vez era una fantasía porque hacía mucho tiempo que no besaba a nadie, y Maddox estaba demasiado bueno.

De hecho, conforme pasaba el día, me aferraba a la idea de que me lo había imaginado. Pero todo cambió por la noche, cuando me metí en la cama y recibí un mensaje de un número desconocido.

Número desconocido: A la abuela le ha encantado tu cuaderno de cocina. Y me ha dado tu número.

Sonreí al instante mientras guardaba el contacto en mi móvil.

Cami: Me alegro. Tengo otros para prestarle.

Maddox: Perfecto. Así tengo otra excusa para pasar por tu casa de nuevo.

Moví los dedos de los pies y decidí seguirle el juego.

Cami: Cuando quieras.

Maddox: ¿Hace falta que repare algo más?

Cami: Puedo inventar algo… si insistes.

Maddox: O puedo ir solamente a verte.

Y a besarme otra vez. Me moría por enviarle ese mensaje, pero me contuve.

Cami: Buenas noches, Maddox.

Maddox: Buenas noches.

***

A la mañana siguiente, me desperté con muchísima energía. Me encantaba octubre y me entristecía que llegara a su fin; era un mes muy ajetreado en Essex. Me gustaba llamarlo el mes de las calabazas o, el mes naranja, no por la fruta, sino porque todo el follaje se teñía de tonos anaranjados. Año tras año, a mediados de octubre, montaban un puesto de calabazas en la plaza del pueblo. Tenía la tradición de ir el segundo sábado del mes, pero ese año no pude aparecer por allí hasta la semana previa a Halloween.

Durante el trayecto recibí un mensaje. No solía mirar el móvil mientras conducía, pero le eché un vistazo por si acaso era mi padre.

Resoplé al ver el remitente.

Bill: He oído que los Whitley están interesados en comprar *Essex Adventures*. Espero que sepas que mi familia sigue interesada.

Su mensaje me enfureció tanto que me puse roja. No podía creer que tuviera la osadía de decir eso, teniendo en cuenta que habían intentado aprovecharse de nosotros justo después de que mi madre falleciera.

Ni siquiera me molesté en contestar. *Que le den.*

Aparté el tema de mi mente, y volví a centrarme en la compra de calabazas.

—Cami, este año has venido más tarde de lo habitual —dijo la señora Hendricks.

Tenía una granja a unos quince minutos de Essex y montaba un puesto de verduras todas las semanas. Pero era en otoño, y precisamente con las calabazas, cuando más vendía.

—Lo sé... y no sabes cuánto lo siento —respondí.

Había colocado las calabazas en filas, y a las más pequeñas le había pintado ojos y sonrisas. Las que estaban decoradas eran un poco más caras, lo cual era justo. Algunas tenían sonrisas espeluznantes, otras divertidas.

A ver... No me gustaba Halloween ni todo el rollo terrorífico, pero sí me gustaban las tonalidades de colores, y mi debilidad eran las calabazas. Lo normal era que comprara entre cinco o seis piezas

para mi casa, y siete u ocho para el parque. Pero ese año no pude resistirme y me llevé veinte en total.

—Madre mía, chica. Se ve que te gustan mucho.

—Este año te han quedado más bonitas que nunca —respondí, y me dedicó una genuina sonrisa.

La señora Hendricks se ocupaba sola del puesto desde que falleció su marido. Había intentado varias veces emparejarla con mi padre, pero tuve que aceptar que cada uno transitaba el duelo como podía. Y tal vez no le interesaba volver a conocer a alguien.

—Buenas tardes. —La voz de Maddox sonó a mis espaldas.

A pesar del viento fresco, me invadió una oleada de calor.

—Buenas —saludó la señora Hendricks—. ¿Ha venido a comprar calabazas? ¿Eres nuevo en Essex?

—No, vengo desde Boston, pero voy a construir un hotel aquí.

—Oh. —Por el brillo de sus ojos entendí que sabía perfectamente quién era él. *Me* guiñó un ojo.

¿Cómo olvidar nuestra confrontación en la primera cena? Todo el pueblo estaba al tanto, estaba segura. *Supongo que era de esperar.*

—Hola, Maddox —saludé.

Echó un vistazo a todas las calabazas que había comprado y puso los ojos como platos:

—¿Vas a llevarte todo eso?

—Sí. ¿Algún problema? —le espeté. Mientras, la señora Hendricks se ausentó un momento para buscar cambio.

—Ninguno, pero me sorprende mucho.

—Algunas son para mi casa y otras para el parque. Y sí, puede que me haya pasado un poco.

Se echó a reír:

—¿Cómo vas a meter todo esto en tu coche?

—Yo me encargo, no te preocupes.

—Te ayudaré —dijo—. Y si quieres, te acompaño al parque para descargarlas.

Mis ojos se abrieron de par en par:

—Vaya... te lo agradezco, pero no hace falta. Los chicos que trabajan en el parque me pueden dar una mano. No quiero que te estropees el traje.

—Eso no es problema.

Se agachó y cogió la calabaza más grande. Después de que la señora Hendricks me diera el cambio, metí varias calabazas pequeñas en una bolsa. Esperé un momento antes de dirigirme al coche para admirar los movimientos del precioso cuerpo de Maddox. Metió una de las calabazas más pesadas en el maletero, antes de volver a buscar otra. Me vino el aroma de su colonia, y recordé al instante nuestro beso.

Tardamos cinco minutos en cargar todo. Mientras tanto, no paraba de contarle con pelos y señales los rincones donde pensaba colocar las calabazas.

Después de cerrar el maletero, me giré para mirarle:

—Gracias por la ayuda, Maddox.

—De nada —respondió con una sonrisa.

—¿Qué?

—Creo que nunca había visto a nadie tan entusiasmado por unas calabazas.

Sonreí con timidez y respondí:

—Es que me encantan los tonos naranjas... me levantan el ánimo. Y como este otoño está siendo más frío de lo habitual, no quiero que falte color en mi casa para sobrellevarlo.

—Eres de lo que no hay.

—Además, creo que traen suerte. —Y en ese instante se me ocurrió una idea. Abrí el baúl y saqué una de las calabazas pequeñas —. Esta es para ti. Para que tengas suerte en tu nuevo negocio.

—Oh. No hace falta, puedo comprar una en el puesto —dijo con una sonrisa.

—Lo sé, pero si alguien te la regala, te traerá más suerte. Al menos, eso es lo que decía mi madre.

Su mirada se enterneció.

—Gracias. ¿Sabes qué otra cosa trae suerte?

—¿Qué?

—Un beso.

Respiré hondo, y lo miré directamente a la boca. Qué ganas tenía. Era irresistible.

¿Por qué le doy tantas vueltas?

Pero entonces la voz de mi padre rompió el momento:

—¡Hola, Cami! Ah, Maddox... no sabía que estabas aquí. Veo que mi hija ya te ha enredado en todo ese rollo de las calabazas.

Maddox se enderezó y lo miró:

—Pues ya ves. —Acto seguido, dio un paso hacia atrás para apartarse de mí y me miró intensamente antes de decir—: Gracias por la calabaza. Que tengas un buen día, Samuel. Y tú, Cami.

—Lo mismo digo —susurré.

Cuando Maddox se fue, me volví hacia mi padre, que me dijo:

—¿Puedo ir contigo al parque? Mi coche se averió esta mañana, y le he tenido que pedir a Mike que me trajera hasta aquí.

—Claro. Vamos.

Me subí al asiento del conductor silbando una canción. *Mmm*... adoraba comprar calabazas; me ponía de muy buen humor, pero tenía que reconocer que ese subidón era por Maddox.

Así que quiere besarme otra vez, ¿eh? Tenía la sensación de que el beso había sido un arrebato, pero ahora pensaba que quizás había algo más. No pude evitar sonreír para mis adentros.

Mi padre bostezó de camino al parque.

—¿Estás cansado? —le pregunté.

—Sí, no dormí muy bien anoche.

—Vaya, lo siento. Oye, ¿quieres parar a tomar un chocolate caliente? El otoño es la época perfecta para algo así.

Negó con la cabeza:

—No, estoy bien. Es solo que hace mucho frío.

—Es verdad —dije con nostalgia. Entonces me invadió una sensación de ansiedad. El frío era sinónimo de menos clientes y más cancelaciones, pero estaba decidida a mantenerme positiva.

—La semana pasada estuve hablando con Carmen —comentó, en referencia a quién había sido la mejor amiga de mi madre—. Y me dio una idea interesante.

—Cuéntame.

—Quiere pasar diciembre y enero en Miami. Ha encontrado una especie de AirBB.

—Airbnb —corregí automáticamente.

—Sí, eso. Pero como el piso es un poco grande para ella, me dijo de ir juntos y compartir los gastos.

Le sonreí:

—Papá, me parece una idea fantástica. Además, ya sabes que diciembre y enero son los meses más tranquilos para nosotros. Puedo ocuparme de todo yo sola.

—¿Estás segura?

—Por supuesto.

—Me lo pensaré. También dijo de hacer un crucero, pero parece que ahora no es la temporada.

—Papá, puedes tomarte vacaciones cuando quieras.

Suspiró:

—Cami, cariño, quiero ser completamente honesto contigo: no quiero tomarme vacaciones... quiero jubilarme. Sé que piensas que estoy considerando seriamente la venta del parque porque los Whitley nos ofrecen una buena cantidad de dinero, pero la verdad es que llevo mucho tiempo pensando en eso. Lo que pasa es que nadie nos había hecho una oferta tan buena hasta ahora.

Fue como si me hubieran tirado un cubo de hielo encima. Dios mío, había sido tan egoísta que solo me limité a considerar la preservación del bosque.

—Nunca me lo habías dicho —dije en voz baja.

—Sé lo mucho que el parque significa para ti. Y nunca tuvimos la oportunidad real de vender, sin contar la ridícula oferta de Bill —explicó, pero intuía que había algo más.

—¿Qué? —pregunté.

—También he pensado en buscar a alguien que compre solamente mi parte.

Respiré hondo. Madre mía, no podía creer mi nivel de egoísmo. Jamás se me había pasado por la cabeza que mi padre quisiera jubilarse.

Me mordí el interior de la mejilla:

—Voy a evaluar mis finanzas y ver si puedo comprar tu parte —respondí, pero en el fondo sabía que era imposible.

—Hija, los dos sabemos que eso no es viable. Y no me sentiría bien aceptando tu dinero.

—Es lo que te corresponde —repliqué.

—Aun así, si pudiera permitírmelo, te lo dejaría todo y me retiraría, pero... bueno, ambos sabemos que esa no es una opción.

Al llegar frente al edificio principal, enderecé los hombros, reduje el paso y dirigí la mirada hacia él:

—Papá, lo siento mucho. —Hice una mueca de pesar—. No era consciente de que realmente querías jubilarte.

—Lo sé, porque siempre lo he dicho en tono de broma. Pero lo cierto es que durante mucho tiempo, ni siquiera creía que fuera posible.

—Tendrás tu jubilación, te lo prometo.

—No tomes ninguna decisión con la que no te sientas a gusto —respondió.

Le sonreí, aunque sentía un nudo en el pecho.

—No te preocupes, todo saldrá bien. Venga, vamos a meter las calabazas —dije mientras salíamos del coche.

Mi cabeza no dejó de darle vueltas al asunto durante el resto del día. Pese a que estaba ocupada con varios grupos en las estaciones de tirolina y escalada de árboles, no podía dejar de pensar en la conversación con mi padre.

Por la tarde, me ocuparía de las calabazas. No me gustaba tallarlas porque se echaban a perder más rápido de lo normal, con lo cual me limitaba a pintarlas, tal como hacía la señora Hendricks. Elegí una para el centro de mesa y le dibujé una sonrisa; la más grande la dejé junto a la puerta de entrada.

Me llevó quince minutos y, cuando terminé, miré el móvil. Había sonado una vez, pero no quise interrumpir la pintura. Tenía un mensaje de Maddox.

Maddox: Qué feliz estabas tallando esa calabaza.

Y me envió una foto en la que aparecía inclinada, con el trasero en alto. No pude evitar reírme.

Cami: ¿Me estás espiando?

Maddox: Para nada. Pero en cuanto te vi en esa postura, no pude resistirme a sacarte una foto.

Me hice un s*elfie* con la calabaza, ambas con una sonrisa, y se la envié a Maddox.

Cami: No la tallé, solo la pinté. ¿Qué te parece?

Respondió inmediatamente.

Maddox: Estás guapísima.

Respiré hondo.

Cami: La calabaza, quiero decir.

Maddox: Muy chula. Yo también voy a hacerle algo parecido a la mía. Me la traje a casa.

Fruncí el ceño, pero dos minutos después me envió una foto. Bufé al ver que le había hecho dos círculos y una sonrisa con un bolígrafo.

Cami: Maddox, eso es un sacrilegio.

Maddox: He hecho lo que he podido. Pero si sabes de alguna decoradora experta en calabazas, dímelo, que me vendría bien tomar unas clases.

Me humedecí los labios y sentí mariposas en la barriga. *Qué persuasivo es.*

Mis dedos empezaron a teclear por sí solos.

Cami: Vale, te enseñaré.

No entendía cómo me había ofrecido a eso, pero no quería cuestionármelo.

Me llamó al segundo siguiente.

—Entonces, ¿cuándo estás libre? —preguntó Maddox, tan pronto como respondí.

Me reí nerviosamente. No esperaba que me llamara para planear una quedada así de rápido.

—Tengo flexibilidad, aunque esta semana, y si el tiempo lo permite, estaremos a tope en el parque. Quizá podamos quedar cuando vengas a Essex.

—Tengo que ir, al menos, dos veces por semana.

—Entonces ya lo iremos viendo.

—Claro. ¿Cómo está tu padre? Lo noté un poco apagado.

Dudaba de hasta dónde contarle.

—Sí, es que no ha dormido bien últimamente. De hecho está considerando tomarse unas vacaciones. —Y luego añadí—: Tenías razón.

—¿Sobre qué exactamente?

—Que quiere jubilarse. Pensaba que solo... ya ni sé lo que pensaba.

—Cami, ¿qué te impide vender? Aparte de que no te caigo en gracia.

Sonreí.

—Aunque creo que eso está cambiando —prosiguió.

Su comentario me hizo reír. *Maddox es tremendo.*

—Es que no sé qué sería de mí... ese es el problema. El parque es mi vida entera. Sería un cambio enorme, pero lo estoy considerando por el bien de mi padre.

Se hizo un breve silencio, y entonces Maddox preguntó:

—¿Has pensado en comprarle su parte?

—Sí, pero es muy complicado. Para que reciba una buena compensación, tendría que pedir un préstamo enorme, y eso me supondría no recibir ganancias durante al menos quince años. Tampoco tendría dinero para reinvertir. Ya hice los cálculos una vez con mi asesor financiero.

Que me preguntara por esa opción, en vez de usar ese instante de debilidad a su favor, me conmovió más de lo que esperaba. ¿Cómo pude haberlo juzgado tan mal a Maddox al principio? Tal vez era la versión que yo había creado en mi cabeza. Realmente no tenía ni idea.

—Tengo que ir a recibir a un grupo.

—Vale, que tengas un buen día, Cami. Y si quieres enviarme más fotos tuyas con las calabazas, serán bienvenidas.

Lo que empezó como una calidez suave, se convirtió en un calor que me recorrió entera.

—Jamás habría imaginado que te interesaran tanto las calabazas —bromeé.

—Las calabazas no. Me interesas tú. Solo tú.

—Gracias por la aclaración. —Me ardían las mejillas.

—Estoy deseando ir a Essex y verte.

—Yo también.

Capítulo Doce

Maddox

La semana siguiente, el tiempo se puso cada vez peor. Era primero de noviembre, pero parecía mediados de diciembre. No auguraba nada bueno para la obra, especialmente con las previsiones de lluvias intensas y riesgo de aguanieve. Ese día en particular, llovía a cántaros.

Me dirigía a Essex cuando Dean, el jefe de la obra, me llamó:

—Maddox, no hace falta que vengas. Ya estamos terminando y a punto de irnos.

—Justo iba a sugerirte que os fuerais a casa —dije—. Dicen que se avecina una fuerte tormenta. Pero no tiene sentido que dé la vuelta ahora, estoy a unos cinco minutos.

—Vale.

—Iré y te ayudaré a sellar todo.

—Ya hemos hecho la mayor parte —respondió.

Al llegar comprobé que así era. Ya habían asegurado todos los equipamientos. Quedaba un solo coche en el lugar, y era de Dean. Ya estaba al volante, pero bajó la ventanilla para hablar conmigo:

—Maddox, no hay mucho que podamos hacer. Volveremos cuando pase la tormenta.

La lluvia era tan intensa que ni siquiera salí del coche.

—Claro, nos reuniremos cuando escampe —acepté.

La lluvia se estaba convirtiendo en una fuerte tormenta. Tenía que salir de Essex antes de que las carreteras se volvieran demasiado peligrosas. Me sorprendería que todo el trabajo de la obra resistiera al temporal.

Encendí la radio: las noticias alertaban a los residentes que se quedaran en sus casas, ya que la tormenta sería mucho peor de lo que habían pronosticado inicialmente.

Esa mañana los meteorólogos no habían previsto que llegara a Essex, pero ahora podían afirmar que recibiría todo el impacto de la

tormenta.

Al pasar por delante del parque de aventuras, intenté ver si Cami seguía allí, pero no se veía un pimiento. La lluvia caía con tanta fuerza que apenas podía ver la carretera mientras conducía hacia la recepción.

En cuanto vi su coche en el aparcamiento, me puse de los nervios.

¡No puede ser! Espero que no esté a la intemperie. Sería una puta locura.

Salí del coche y, de un brinco, subí los tres escalones del porche y me metí dentro.

—¡Está cerrado! —gritó desde el fondo. *Gracias a Dios está aquí* —. Por su seguridad, vuelva a su coche.

—¡Soy yo! —respondí.

—Vaya... pero eso también se aplica a ti —respondió con cierta incomodidad.

—Cami, ¿qué haces aquí? Deberías estar en tu casa.

—Me iré en cuanto solucione esto.

Sin pensarlo, entré por la parte trasera, que daba a una pequeña cocina. La encontré vendándose la mano con urgencia.

—¿Qué ha pasado?

Me miró de reojo y respondió:

—No deberías estar aquí. De verdad, vete a casa. No es seguro.

—Cami —dije, y me puse a su lado—, déjame ayudarte.

—Me he cortado la mano en la tirolina. No es un corte muy profundo, pero no consigo vendármela yo sola.

—Yo me encargo —dije.

Interrumpió el gesto de envolver el vendaje y asintió:

—Gracias.

—¿Te duele? —le pregunté, al ver que temblaba ligeramente.

—Un poco.

Ya había limpiado la herida. Le puse una venda encima de otra, se la até al dorso de la mano, y me aseguré de que no quedara demasiado apretada.

—Te llevaré a tu casa —dije.

Cami levantó la mirada:

—Debería ir en mi coche. Y tú deberías salir de Essex. Dicen que la tormenta va a durar un buen rato.

—No puedes conducir con la mano así. Yo te llevaré.

Se mordió el interior de la mejilla y cerró los ojos:

—Tienes razón, no creo que pueda conducir. Iba a preguntarle a mi padre si podía venir a buscarme, pero...

—Yo te llevaré —repetí.

—Está bien, te lo agradezco. Pero vamos a darnos prisa.

Salimos rápido de la cocina, y en cuanto vi su chaqueta junto a la entrada le pedí que se la pusiera.

—Maddox, no es necesario. ¿Tu coche está...?

—¡Póntela! —insistí, apretando los dientes.

Cami puso los ojos en blanco:

—¿Qué clase de cavernícola eres?

—El peor —respondí, tendiéndole la chaqueta.

Se puso el abrigo, se subió la cremallera, y salimos mientras Cami terminaba de cerrar rápidamente. El viento era aún más fuerte que hacía unos minutos. Iba a ser un caos total.

Nos metimos en el coche y emprendimos el camino. No había forma de que pudiera salir de Essex esa noche. Ni siquiera se veía la carretera.

—Mierda, mierda, mierda —murmuró, aunque apenas podía escucharla por encima de la lluvia que golpeaba contra el coche.

—Gira aquí mismo —dijo al cabo de unos minutos.

Menos mal que Cami estaba para guiarme. La lluvia era fuerte y la niebla muy espesa. Si no conducía a paso de tortuga me arriesgaba a chocar. El trayecto de cinco minutos nos terminó llevando doce, y cuando llegamos a su casa, el locutor de radio insistía en que nadie saliera de su casa.

Cami me miró y dijo:

—Maddox, entra en mi cabaña. Por seguridad, no debes conducir a Boston. ¡Ni siquiera es seguro que conduzcas en Essex!

La miré con cautela antes de decir:

—Iré al *Griswold Inn* a cenar y reservaré una habitación si es necesario.

Negó con la cabeza:

—De ninguna manera. Nos quedaremos en mi cabaña, y quizá en un par de horas haya pasado la peor parte de la tormenta, y puedas conducir hasta el hotel.

—Vale, me quedaré en tu casa.

Al abrir la puerta del coche, el viento casi la arranca de cuajo.

—¡¿Pero qué cojones...?! ¡No abras la puerta! ¡Iré a ayudarte! —exclamé.

—¡Vale!

La cerré con todas mis fuerzas y luego me acerqué a su lado para abrirla con cuidado. No había visto un vendaval así en mi vida. Cami salió y empujó la puerta con las caderas mientras yo presionaba con ambas manos para evitar que se abriera.

—Yo me encargo —insistí, antes de cerrarla de golpe.

Pasó corriendo a mi lado, abrió la puerta de la casa y, una vez dentro, cerró con llave. Su casa olía a pino y naranja, y hacía un calor agradable.

—Joder, menuda tormenta —comentó Cami.

—Ya te digo.

La ayudé a quitarse la chaqueta antes de deshacerme de la mía. Miré a mi alrededor con curiosidad y me di cuenta de lo pequeño pero acogedor que era el lugar.

—Menos mal que te pasaste por el parque —dijo Cami, llevándose un mechón de pelo detrás de cada oreja con una mano.

—¿Cómo está tu herida? —pregunté—. ¿Te duele?

—Un poco —admitió, con la mirada fija en la ventana.

—¿Tienes ibuprofeno?

—Tampoco es para tanto. Si no mejora, me tomaré uno. Ponte cómodo. —Su voz era un poco más aguda que de costumbre.

Nos quitamos los zapatos y me condujo del vestíbulo al salón. Enseguida me di cuenta de dónde provenía el olor a naranjas: había colgado rodajas secas en las ventanas.

Sonrió tímidamente y explicó:

—Me gusta tener esas rodajas colgadas aún después de Halloween. Tienen un color precioso, y en diciembre, las cambio por adornos navideños. Era una tradición que teníamos con mi madre.

—Quedan muy bonitas. No sabía que las naranjas secas conservaran su fragancia.

—La verdad es que no huelen a nada. Tengo un difusor con aceites esenciales, y suelo buscar un aroma cítrico. Bueno... me voy a cambiar de ropa —dijo con nerviosismo. Señaló la ventana y agregó—: Esto se va a poner cada vez peor. Voy a mirar el grupo de Facebook del pueblo, que suele publicar actualizaciones cuando hay mal tiempo.

Se colocó detrás del sofá, y tamborileó con los dedos en el respaldo.

—Cami —le dije, acercándome a ella—, ¿te pone nerviosa que esté aquí?

—Un poco... no sé por qué.

—Entonces me iré. No hace falta que me expliques nada.

—¡No! —exclamó—. A ver, estoy nerviosa, sí... pero en el buen sentido.

—¿Se puede estar nervioso en el buen sentido? —pregunté con el ceño fruncido.

—Claro que sí —respondió con vehemencia.

—Pues no lo sabía.

—Vamos a tomar algo —dijo, indicando con la cabeza hacia la pequeña cocina en el lado derecho de la sala de estar—. Tengo chocolate caliente. O puedo hacer vino caliente. Sí, un vino caliente nos vendrá mejor. Es apropiado para el tiempo que hace, aunque después no podrás conducir.

Hablaba con tono muy acelerado, parecía aún más nerviosa que unos segundos atrás. Se movía inquieta y alternaba la postura entre una pierna y otra.

—No te preocupes, podré conducir el corto trayecto hasta el *Griswold Inn*. Venga, vamos a hacer vino caliente —le animé—. Solo dime cómo se hace y lo prepararé yo.

—¡Ni hablar! —exclamó.

—No puedes hacer nada con la mano fastidiada.

—Tiene razón, jefe. Pero al menos puedo coger el vino —dijo, mientras rebuscaba en la alacena y sacaba una botella. Pensé que era un lugar curioso para guardar botellas—. Aquí tengo canela y

otras especias. —Abrió otro armario y sacó cinco bolsitas distintas—. Y ahí están las ollas. Puedes usar la de color rojo —añadió, señalando un armario bajo la encimera.

Me agaché, cogí la olla roja y me reí entre dientes.

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó.

—Que tienes ollas de todos los colores.

—¿Y qué problema hay?

La miré desde abajo, incorporándome poco a poco:

—No sabía que había ollas de colores. En mi casa son todas de acero inoxidable.

—Jamás me he comprado un juego entero de ollas, las he ido juntando poco a poco. Y nunca fue mi idea acabar con una batería de acero inoxidable. La vida es demasiado corta para unas ollas grises y tristonas.

—Una filosofía de vida... interesante. Ahora cuéntame cómo se hace ese vino.

Se acercó a la pequeña estantería que separaba la cocina del salón y sacó un cuaderno viejo, con las tapas gastadas por el uso.

—Me lo sé de memoria, pero no está de más comprobarlo. —Lo puso en la encimera y abrió una página titulada "Vino caliente".

—¿Era de tu madre?

—Sí, aunque le he añadido mis notas. Voy cambiando la receta cada año.

Miré de reojo la estantería: había varios cuadernos, todos parecidos al que estaba sobre la encimera.

Madre mía, esta mujer es extraordinaria.

—El vino es el primer ingrediente, claro está. Técnicamente podríamos añadir *brandy*, pero no me gusta. Es demasiado fuerte.

—Coincido contigo —respondí.

—Hay que exprimir unas naranjas —dijo, y señaló su cuenco de frutas.

Inmediatamente cogí un cuchillo y una tabla de cortar del fregadero. Corté una naranja por la mitad, y la exprimí sobre la olla.

Cami puso los ojos como platos, y murmuró:

—Qué derroche de testosterona, ¿eh?

—¿Qué? —pregunté, sin poder contener la risa.

Se sonrojó y se humedeció los labios. Joder, era adorable. Nunca la había visto tan nerviosa. Echaba en falta su habitual descaro, pero esa tímida faceta también me gustaba.

—Añade dos ramas de canela, una cucharadita de cardamomo, dos clavos, y un anís estrellado.

Seguí sus instrucciones al pie de la letra.

—Para endulzar, ¿prefieres azúcar o miel? También tengo sacarina.

—¿Qué sueles poner?

—Azúcar —admitió.

—Pues azúcar entonces.

Tras echarle una buena cantidad a la olla, removí el líquido con una cuchara de madera.

—La verdad es que me gusta más la preparación que la bebida en sí. Sobre todo por el delicioso aroma que inunda la cabaña mientras hierve a fuego lento. Suelo preparar vino caliente después de Acción de Gracias, pero con la tormenta que hay está más que justificado.

Al oír una notificación, Cami comprobó su teléfono y resopló:

—Mi amiga Miriam dice que el alcalde ha publicado algo en el grupo de Facebook. Por lo visto, hay alerta roja por la tormenta, y las rachas de viento superan los cien kilómetros por hora.

Maldita sea. No podré salir de Essex esta noche.

Capítulo Trece

Cami

El corazón se me subió a la garganta:

—Es la primera tormenta fuerte del año.

Recibí un mensaje de mi padre unos segundos después.

Papá: ¿Estás en casa? ¿Estás a salvo?

Cami: Sí, estoy bien, y tengo todo bien asegurado. ¿Tú cómo estás?

Papá: No te preocupes por mí. Estoy en casa y tengo comida para varios días.

Miré a Maddox, que también estaba enviando mensajes de texto, probablemente contándole a su familia lo que estaba pasando. Respiré hondo, y me entregué al familiar aroma de la olla hirviendo a fuego lento. No entendía por qué estaba tan nerviosa. A decir verdad... lo sabía... Me inquietaba tener que estar un buen rato encerrada con Maddox en mi casa.

Puede que incluso toda la noche, dijo una vocecita en el fondo de mi cabeza.

Maddox se guardó el teléfono en el bolsillo, y mirándome a los ojos, comentó:

—Bueno... parece que me quedaré aquí un largo rato. Estoy seguro de que en unas horas va a escampar.

Respiré hondo cuando se acercó. Llevaba una camisa elegante y una delgada chaqueta de vestir. ¿No había pasado frío fuera? ¿Por qué no podía llevar un viejo jersey feo? O cualquier cosa que lo hiciera menos irresistible.

—Maddox, sinceramente no creo que sea prudente conducir hasta el *Griswold Inn*. Pero puedes quedarte a dormir en el sofá cama. Mis invitados dicen que es cómodo, aunque, ahora que lo pienso, puede que lo dijeran por compromiso. La verdad es que nunca se ha quedado nadie tan alto como tú —expliqué, al darme cuenta de que quizás no le valía para dormir.

Maddox apoyó una mano en la encimera, y con la otra me tocó la cara:

—Cami, me iré antes de medianoche. No te preocupes. Ahora voy a prepararte la cena.

—¿Qué? —balbuceé.

Se echó a reír:

—Me has oído bien. A ver qué tienes en la nevera. —Se dirigió sin más preámbulo a la cocina y abrió la nevera. Tras echar un vistazo al interior, asintió con aprecio—. ¿Qué me dices de unas brochetas de pollo con patatas asadas?

—Me apunto —respondí con sorpresa.

—¿Por qué tanto alboroto? —preguntó entre risas—. No es un plato complicado.

—Es verdad, pero no puedo imaginarte cocinando con ese traje caro.

—No olvides que de niño las pasamos canutas. Mi madre nos crió prácticamente sola. Mi padre se aparecía solo algunos fines de semana, y ella necesitaba toda la ayuda posible en casa. Al ser el mayor de mis hermanos, me tocaba ayudar con los deberes y la cena.

—Nunca me lo habría imaginado —murmuré, sorprendida de que hablara tan abiertamente de su familia—. ¿Así que tu madre te enseñó esta receta?

Negó con la cabeza:

—No, la encontré en Internet. Pero no cocino muy a menudo. Es un rollo cocinar para uno solo.

—Es verdad. —Estaba revoloteando a su alrededor porque me parecía raro dejarlo solo en la cocina. Pero realmente no podía ayudar con la mano tal como la tenía. No quería mojarme la venda, y cada vez que intentaba flexionar los dedos, el dolor me hacía estremecer, de modo que tampoco podía cortar las verduras—. Hago unos bizcochos enormes y siempre llevo al trabajo para compartir con todos. Sería una locura que me comiera todo eso yo sola. —Hice una pausa antes de añadir—: Maddox, no tienes que tomarte tantas molestias. No hay necesidad de hacer brochetas.

—Me apetece hacer sonreír a una mujer preciosa —dijo mirándome a los ojos.

Contuve el aliento y me sonrojé de nuevo al ver la bandeja de horno ovalada que había rescatado de mi alijo de fuentes de colores.

—De hecho, si me preguntan cómo quiero pasar la peor tormenta del año —continuó—, sería así.

—¿Encerrado en la cabaña más pequeña del mundo? —pregunté entre risas.

—Exacto —respondió, bajando la voz a un registro más grave—. Contigo.

Levanté la vista y vi que me estaba mirando.

—¿Por qué? —susurré.

—Porque me da la oportunidad de estar los dos a solas sin interrupciones ni distracciones. Y llevo semanas queriendo estar así contigo.

—¿Sí?

—Joder, pues claro. Desde aquella noche en el restaurante. —Se dio la vuelta y quedó frente a mí—. Lo único que quería era una excusa para estar a solas contigo.

Sonreí. Ya estaba empezando a derretirme.

—Y el universo conspira para que consigas lo que quieres.

—Puede ser —admitió.

—¿Así que ese es el motivo por el que apareciste en el parque?

Maddox negó con la cabeza y me tocó la cara con el dorso de la mano:

—A decir verdad, cruzaba los dedos para que tu coche no estuviese en el aparcamiento, y que estuvieras a salvo en casa. Pero me alegro mucho de estar aquí.

—Yo también. He tenido suerte —susurré.

—El afortunado soy yo, Cami. El cabrón más afortunado del mundo.

Su mirada se clavó en mis labios. Dejé escapar un suspiro tembloroso y él retrocedió.

—Vamos a encender el horno —dijo.

—Enseguida.

Para mi sorpresa, preparó toda la comida con mucha rapidez. No había mucho que pudiese hacer, además de remover el vino caliente de vez en cuando.

Justo cuando me asomaba a la olla, el teléfono volvió a sonar. Lo comprobé al instante para comprobar si era mi padre o Miriam.

Era un mensaje de Bill.

Bill: Hola. Espero que estés a salvo de la tormenta. No me has dado una respuesta acerca de la venta de la propiedad. Podemos daros un 10% más de lo que os ofrecimos la primera vez.

Puse los ojos en blanco. *¡Pero qué cojones!* Bill era persistente, y aunque deseaba mandarlo a tomar por culo, tenía que contenerme.

Cami: La oferta es demasiado baja, Bill.

Bill: ¿Pero no prefieres que la propiedad termine en manos de un local?

Respiré hondo. Tenía que cortar eso de raíz.

Cami: No a cualquier precio.

Bill: Bueno, eso es lo que vale para nosotros.

—¿Qué pasa? —preguntó Maddox.

Me encogí de hombros y aparté el teléfono:

—Bill se enteró de que quieres comprar *Essex Adventures*. Él... su familia en realidad, nos hicieron una oferta por el terreno justo tras el fallecimiento de mi madre. Nos ofreció una miseria y mi padre se ofendió, con toda la razón del mundo. Especularon con nuestro momento de angustia, y creyeron que venderíamos al primer postor.

—Continúa —dijo, con la mandíbula apretada.

—En fin, dice que siguen interesados y que están dispuestos a pagar un diez por ciento más de la oferta inicial. Menuda broma.

—Ya desconfiaba de él, pero esto es un disparate total.

—Ya te digo. El problema es que no puedo mandarlo a la mierda.

—Yo sí —dijo con una sonrisa.

Me reí, y continué removiendo el vino:

—No te lo aconsejo. Puede retrasar o desaprobar los permisos que necesites para el hotel como represalia.

—No, eso no va a pasar. —Lo dijo tan convencido que estuve tentada de burlarme de él. Entonces recordé que *Whitley Industries*

era una corporación enorme, y que alguien como Bill no podría amedrentarlos—. Si te está molestando, solo tienes que decirlo.

—No quiero hablar más de Bill, ¿vale?

No respondió, pero me mantuvo la mirada.

—En serio —insistí.

—Vale.

Nuestra cena aún estaba en el horno, pero el vino parecía listo, así que serví una taza para cada uno.

—Normalmente lo dejaría más rato a fuego lento, pero tengo muchas ganas de probarlo.

Brindamos y él se llevó su taza azul oscuro a la boca. La mía era verde oscuro con un diseño de hojas. Tampoco tenía tazas a juego.

—Está muy bueno —dijo.

—Y fuerte —respondí—. Y eso que no lleva *brandy*. —Bebí un sorbo con los ojos cerrados, eché la cabeza hacia atrás y sonreí.

—Qué guapa estás cuando sonríes así.

Abrí los ojos y me incorporé. Me estaba clavando la mirada.

—¿En qué estabas pensando? —preguntó.

—En lo mucho que disfruto del otoño, y de las actividades de interior. También del silencio en el parque de aventuras. Y que estoy deseando encender la chimenea.

—Si tienes leña, podemos encender el fuego ahora mismo.

—La verdad es que sí —dije, con una sonrisa de oreja a oreja. Eso sería estupendo y la guinda del pastel de la noche—. La leña está junto a la entrada trasera.Te la enseñaré.

Después de dejar las tazas en la encimera de la cocina, le conduje por un pequeño pasillo hasta la puerta trasera.

—Con esto da para encender la chimenea tres o cuatro veces. Y si hace falta más, tengo en el jardín.

—Pero tienes calefacción, ¿verdad?

Asentí:

—Por supuesto, y un generador. Pero me encanta quedarme embobada mirando las llamas, sobre todo en invierno.

Tenía abrigos de colores y algunas botas junto a la pila. No pude evitar suspirar al verlo con los brazos cargados de leña.

Dejó la pila en el suelo antes de inclinarse a inspeccionar la chimenea.

Me pasé la lengua por los labios al volver a la encimera. Cogí la taza y bebí un sorbo en silencio.

Madre mía. Tengo vino caliente, la cena en el horno y a un tío bueno de cojones encendiendo la chimenea. ¿Qué más se puede pedir?

No podía dejar de mirarle el culo. Desde mi posición tenía una vista perfecta.

Unos minutos más tarde, el fuego estaba encendido.

—Se te da bien —dije.

—El fuego saca a relucir el lado cavernícola que llevamos los hombres. —Ladeó la cabeza, y se centró en mí—. Pareces contenta.

—Así es —le aseguré—. Me lo estoy pasando genial esta noche.

Un rato más tarde, empezamos a poner la mesa. Era redonda y pequeña, y se encontraba arrimada a la pared, porque normalmente comía sola. Maddox era tan alto que temía que no cupiera en la mesa; hacía que todo a su alrededor pareciera del tamaño de un *hobbit*.

Sacó la comida del horno y sirvió los platos a partes iguales. Rellené nuestras copas con vino caliente y nos sentamos frente a frente.

—Me ha quedado mejor de lo que pensaba —dijo Maddox, después de probar el primer bocado.

—Eres todo un profesional.

—Me gusta hacerlo todo perfecto.

Lo miré fijamente. *¿Lo dice en broma?* No, parece que no bromeaba en absoluto.

Tomó otro bocado y entrecerró los ojos, como evaluando su nota final.

—Yo creo que está perfecto. Mucho mejor que lo que suelo cocinar para mí.

—¿Qué dices? Si tu *banana bread* es increíble.

Sonreí:

—Me gusta la repostería, pero soy muy básica para la comida en general.

El viento se hizo aún más fuerte durante la cena y la lluvia se intensificó. Ni loca iba a permitir que saliera de mi cabaña esa noche.

—La receta del vino es muy buena —comentó Maddox, mientras bebíamos nuestra tercera copa. El alcohol me estaba afectando, y ya estaba un poco mareada.

Cuando terminamos de comer, me puse de pie para recoger los platos.

—No, siéntate.

—Pero si tú has cocinado —protesté con un mohín.

—Como vuelvas a poner esa carita de pena... —respondió con un gruñido—. Tu boca se vuelve aún más irresistible que de costumbre.

Hubo un instante de silencio en el que se me cortó la respiración.

¡Dios! ¿Acaba de decir eso de verdad?

Maddox resopló y echó la cabeza hacia atrás:

—Demasiado vino.

—Ajá.

No me moví mientras él cogía los platos.

—Insisto, tú has cocinado —repetí.

—Sí, pero tienes la mano fastidiada. No te paraba de temblar durante la cena.

¿Le había prestado atención a mi mano?

—Es verdad —admití—. Oye, Maddox, por tu seguridad, lo mejor es que te quedes esta noche aquí.

No respondió, se limitó a cargar el lavavajillas y lo puso en marcha antes de darse la vuelta lentamente.

—Cami, ¿estás segura?

Asentí con vehemencia y me puse en pie de un salto, demasiado rápido, de hecho. La cabeza me daba vueltas.

Maddox no tardó un segundo en ponerse a mi lado y rodearme con su fuerte brazo para que no perdiera el equilibrio.

—Madre mía. Tenía ganas de tomar una copa más de vino frente a la chimenea, pero creo que he tenido suficiente. Y puede que no responda de mis actos.

Maddox volvió a gruñir. Sentí su aliento en mi oído:

—Jamás me aprovecharía de ti, Cami. No tienes que preocuparte por eso.

—Eso no me preocupa en absoluto —dije juguetonamente, a pesar de que mi piel se cocía a fuego lento—. Lo que me da miedo es que *yo* me aproveche de *ti*.

Dio un paso atrás, dedicándome una sonrisa socarrona:

—¿Y cuál sería el problema?

Me eché a reír y Maddox negó con la cabeza.

—Ya que hemos tomado la decisión de que no vas a salir con esta tormenta, puedo enseñarte el baño. Por si quieres darte una ducha —ofrecí.

—Buena idea —dijo.

Le enseñé el cuarto de baño, señalando la pila de toallas que había entre el lavabo y la bañera.

—Están todas limpias, coge la que quieras. Voy a preparar el sofá cama.

—No te preocupes —dijo en tono decidido—. Lo haré más tarde. Tú relájate.

—Vale —susurré.

Me sonrió, y sentí un cosquilleo donde no debería haberlo sentido.

Sabía que más tarde tendría que darme una ducha bien fría... procurando no mojar la venda.

Eran apenas las nueve de la noche, pero sabía que no nos quedaríamos despiertos hasta tarde. Había bebido bastante, y si pasaba demasiado tiempo al lado de ese bombonazo... terminaría saltándole encima.

Me muero por tocar y pasar la lengua por todos esos músculos.

La puerta del baño se abrió unos segundos después, y la voz de Maddox resonó por toda la cabaña.

—¿Cami?

—¿Sí? —pregunté, con el corazón en la garganta.

—Necesito algo de la chaqueta de mi traje.

—Te la paso.

El corazón me latía con fuerza mientras recogía su chaqueta en la entrada. Sin pensarlo mucho, me dirigí al baño. La puerta estaba a

medio cerrar.

—Aquí tienes.

Solo apareció un instante, pero fue suficiente para ver que estaba desnudo.

Por el amor de Dios... ¿una toalla no era opción?

Espera... ¡No puede ser!

En mi borrachera, había olvidado por completo que solo tenía toallas de mano en el baño. Las grandes estaban en el armario de mi habitación, junto a la ropa de cama.

—No mires —dijo.

Estoy casi segura de que me sonrojé entera.

—No... no era mi intención. Mierda —dije, dándome la vuelta. Mientras agarraba la chaqueta, nuestros dedos se tocaron. Ya estaba ardiendo—. Olvidé traerte una toalla grande.

—Entonces me has visto —dijo con tono divertido.

—¿Puedes cerrar la puerta, por favor?

—Claro. —Ahora sonaba al borde de la risa.

¿Por qué me hace pasar estos apuros?

Volví al salón, jugueteando con mis pulgares. Sentí que me subía la temperatura corporal cuando oí que se abría la puerta del baño. Maddox fue primero a la entrada, probablemente para colgar la chaqueta, ya que volvió al salón con las manos vacías. Se había quitado la camisa de vestir y llevaba una camiseta blanca, la que debería llevar por debajo. Se había vuelto a poner los pantalones, pero iba descalzo. Al pasarse una mano por el pelo, esparció pequeñas gotas por todo el salón. La camiseta se le subió un poco con el movimiento.

¡Madre del amor hermoso! ¡Qué abdominales! Sus músculos estaban tan bien definidos y la piel tan tersa que se me hizo la boca agua.

—¿Quieres que me la quite? —preguntó.

Me quedé boquiabierta.

—Te he dicho que no miraras...

Parpadeé rápidamente y me reí con nerviosismo.

—Esta noche no tengo el ingenio suficiente para pensar en una respuesta que esté a la altura —admití.

Se acercó a mí, lo cual, definitivamente, no ayudaba. Desde tan cerca, noté cómo la camiseta se le pegaba ligeramente a la piel. Se le marcaban los pezones y las líneas de su abdomen eran aún más visibles.

—¿Quieres irte a dormir ya? —pregunté con voz nerviosa.

—¿Estás cansada? Porque yo no —dijo, y sus ojos brillaban divertidos.

Negué con la cabeza:

—No, normalmente me acuesto un poco más tarde.

—Entonces sentémonos en el sofá un rato más y disfrutemos del fuego. Y de nuestra compañía —añadió.

Tragué con fuerza. Algo sucedió en ese instante que me llenó de energía.

Me senté en el sofá, que siempre había considerado demasiado grande para mi cabaña, pero que en ese momento me pareció hasta pequeño. Podía sentir el calor que irradiaba el cuerpo de Maddox.

—A ver qué hay en la tele —dije, mientras la encendía y mis detectives favoritos iluminaban la pantalla. Estaba lo bastante cerca de mí para que pudiera percibir el aroma del gel de ducha.

—¿Estás cómoda?

—Sí —susurré.

La tensión entre nosotros era palpable. Se me secó la boca, así que me levanté y me serví otro vaso de agua.

—¿Quieres algo de beber? —ofrecí.

—Estoy bien.

Volví a sentarme y seguí bebiendo mientras continuaba el episodio. Maddox enviaba mensajes de texto de vez en cuando.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—Sí, quería saber cómo están mis abuelos y mis hermanos.

—¿La tormenta también ha llegado a Boston?

—No, pero les pedí que estén pendientes de nuestros abuelos, por si acaso.

Ese comentario me tocó el alma. Me encantaba que siempre tuviera presente a su familia.

Cuando lo oí resoplar, no pude evitar preguntarle:

—¿Qué pasa?

—Mi hermano no deja de darme la lata. Quiere saber dónde estoy.

—¿Y por qué no se lo dices?

Maddox me miró. La habitación estaba a oscuras, salvo por la televisión y las luces parpadeantes, pero aun así vi que sus ojos se oscurecían.

—Porque... podría pensar cualquier cosa.

Se alejó para apoyar un codo en el reposabrazos, pero sus ojos seguían clavados en mí.

Miré fijamente la televisión, pero mi respiración se entrecortaba. Me sudaban las palmas de las manos. *Mi cuerpo también está pensando en cualquier cosa.*

Al terminar el primer episodio, bostecé:

—No sé por qué pero estoy muy cansada. Y eso que no es tan tarde —miré el reloj y parpadeé—. Oh. Ya son las diez.

—El tiempo vuela cuando estás en buena compañía, ¿eh? —comentó.

—Te traeré sábanas limpias enseguida —dije con una sonrisa.

—Abriré el sofá mientras tanto.

—Vale.

Mientras iba hacia mi dormitorio, oí el ruido del sofá al desplegarse.

Cogí sábanas de color azul oscuro del armario, volví al salón y me detuve en seco. Durante unos segundos, me limité a admirar a aquel magnífico espécimen de hombre mientras abría el sofá. Me encantaba ver esos músculos hinchados por el esfuerzo, al igual que cuando cargó las calabazas en mi coche. ¿Cómo era posible que estuviera tan bueno?

—Parece que ha quedado bien —dijo, cuando me acerqué con las sábanas.

—¿Seguro que vas a poder dormir bien aquí? —pregunté, mirando el sofá con dudas.

—Claro que sí. No te preocupes por mí.

Al coger las sábanas de mis manos se produjo un breve contacto piel con piel. Apenas pude contener un gemido cuando un rayo de calor me sorprendió por completo. *Y apenas me ha rozado la mano.*

Comprobé la chimenea: estaba casi apagada. Miré a mi alrededor, cambiando el peso de una pierna a la otra:

—¿Necesitas algo más?

Me miró fijamente y sus fosas nasales se dilataron. Dudó antes de decir:

—No, gracias.

Estuvo a punto de decir algo más, no me quedaba ninguna duda; y aunque me moría por saber qué era, no pregunté.

—Vale. Buenas noches, Maddox. Si necesitas algo, llama a la puerta de mi habitación.

—Estaré bien. Buenas noches, Cami.

Caminé despacio hacia mi dormitorio, deseando que cambiara de opinión y se le ocurriera una excusa para que nos quedáramos más tiempo despiertos. Pero no lo hizo.

Y yo tampoco.

Capítulo Catorce

Cami

A la mañana siguiente, me desperté con la tormenta arreciando aún contra mi ventana. No podía creer lo que veían mis ojos. Apenas era noviembre y, sin embargo, había una gruesa capa de nieve cubriendo el suelo. El tiempo estaba descontrolado. La noche anterior temí que la tormenta se convirtiera en huracán, pero al final resultó ser una buena nevada.

Bostecé, dispuesta a seguir durmiendo. Nadie iría al parque con ese tiempo.

Era normal que se produjera un parón en esa época del año. Teníamos muchos clientes que iban a pasear en trineo o a patinar sobre hielo cuando empezaba a nevar y bajaban las temperaturas, pero noviembre era un mes intermedio, al igual que la primera quincena de diciembre. Aún así, en los meses cálidos era, con diferencia, cuando más trabajo teníamos.

Di por hecho que la alerta roja aún no había cesado, y lo mejor sería quedarme en casa. Acababa de volver a apoyar la cabeza en la almohada cuando oí un ruido procedente del salón y me quedé helada. Entonces recordé que...

Oh Dios. Maddox todavía está aquí.

Salté de la cama y salí corriendo por la puerta.

—Buenos días —dije, casi sin aliento, al entrar en el salón.

Se dio la vuelta y me dedicó una tímida sonrisa, que luego se desvaneció. Tragué saliva. Sus ojos estaban fijos en...

Oh, mierda. La tela de mi camisón era muy fina. Me crucé de brazos para disimular mis pechos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, al darme cuenta de que la cabaña estaba inundada de olor a beicon.

—Preparando el desayuno. Espero que no te importe que haya vuelto a revolver tu nevera.

—Para nada —respondí—. Voy a aprovechar para ducharme y vestirme, no tardo nada.

—Tómate tu tiempo. Acabo de empezar. —Señaló con la cabeza hacia la ventana—. A juzgar por el tiempo, hoy tampoco podemos hacer mucho más que quedarnos en casa y tomárnoslo con calma.

Me eché a reír:

—Es verdad. ¿También hace mal tiempo en Boston?

—Sí. He hablado con mis hermanos, que están cuidando de nuestros abuelos. ¿Cómo tienes la mano?

Levanté la mano para ver la venda:

—Mucho mejor. Ya no me duele.

—Yo que tú, me dejaría la venda un tiempo más.

—Sí, seguro —respondí asintiendo enérgicamente.

Solté la mano y él respiró hondo. Maldita sea, la delgada tela no cubría del todo mis pezones. Lo intenté disimular con el camisón mientras me daba la vuelta lentamente y me dirigía al baño.

El agua tardó un poco en calentarse, pero no me importó, porque necesitaba una ducha fría. Después me lavé los dientes, me peiné y me recogí el pelo en un moño. Maldije al darme cuenta de que no había llevado la ropa para vestirme; solo tenía una de mis escuetas toallas y el camisón casi translúcido. No estaba acostumbrada a tener gente en casa, y mucho menos a un acompañante masculino.

La toalla me cubría un poco más que a Maddox, pero no lograba taparme del todo. Si él estaba cerca del cuarto de baño, podría verme. Abrí la puerta con cuidado y me asomé: no estaba a la vista. Corrí hacia el dormitorio y cerré la puerta tras de mí.

Misión cumplida.

Me cambié rápidamente y opté por ponerme lo menos sexy de mi armario: unos pantalones de polar y un jersey de lana.

Cuando volví al salón, Maddox ya había puesto el beicon en los platos y estaba haciendo los huevos fritos. También había cortado un par de tomates.

—¡El desayuno está listo! —exclamó, sirviendo los huevos.

Al notar que estiraba el cuello de un lado al otro, me mordí el interior de la mejilla y comenté:

—No has dormido muy bien, ¿eh?

—A decir verdad, dormí como una marmota. Pero en una mala postura.

Presionó los dedos contra su cuello y apenas pude contener el impulso de darle un masaje. ¿Qué demonios me estaba pasando? Era un peligro estar encerrada con un hombre tan sexy.

La olla con vino caliente seguía sobre la vitrocerámica. Tomé un sorbo mientras poníamos la mesa.

Cuando nos sentamos, cogí el cuenco con tomates cherry y empecé a cortar el beicon.

—Me encanta este desayuno —murmuré. Luego miré hacia la ventana—: No puedo creer que esté nevando. ¿Has mirado el pronóstico del tiempo?

—Sí, la alerta ahora es naranja. Pero dicen que por la tarde bajará a amarillo.

—Así que seguimos atrapados aquí —dije con una sonrisa.

—¿Atrapados? ¿Es así como lo ves? —preguntó y fijó la mirada en mi boca.

—¿Cómo lo llamarías tú?

—Que tenemos la posibilidad de disfrutar el uno del otro sin distracciones.

—Qué bueno eres —dije.

—Lo sé. ¿Qué sueles hacer en días así?

—Mmm... No recuerdo la última vez que tuvimos una tormenta tan fuerte. Pero normalmente, cuando hace mal tiempo, me dedico a ver películas y comer palomitas. Lo llamo "día de pelis".

Maddox silbó:

—Hace años que no hago algo así.

—No lo digas dos veces... tengo preparada una lista con mis películas favoritas para los días en los que apetece estar dentro —dije con una sonrisa.

—Podemos ver alguna.

—Primero me haces el desayuno, y ahora te apuntas a una peli... así da gusto empezar el día.

—Sin duda, ya es uno de mis favoritos —dijo Maddox, sin apartar los ojos de mí.

Bajó la vista, pero al alzarla de nuevo, sus ojos brillaban con un matiz distinto. Por la forma en que me miraba, cualquiera diría que llevaba lencería sexy... y no esos viejos harapos.

—¿De verdad? —desafié.

—Sí. Es... —Hizo un gesto como si estuviese buscando las palabras adecuadas, y luego chasqueó los dedos—... un cambio de ritmo. No suelo tomarme tiempo para...

—¿Disfrutar de la vida? —pregunté.

—Eso sí, pero siempre de forma productiva. Como hacer ejercicio.

—Te guste o no, la vida en un pueblo pequeño te hace ir más despacio.

—¿Siempre has vivido aquí? —preguntó.

—No siempre, fui a la universidad en New York.

—¿Qué te pareció la ciudad?

—Me lo pasé muy bien. Pero cuando estaba a punto de graduarme, y empecé a ver cómo eran los alquileres y los sueldos, me di cuenta de que no me quedaba otra: tenía que irme. Entonces mi madre falleció... y todo cambió.

—¿Qué habrías hecho si no hubieras tenido que venir a ayudar a tu padre?

—Viajar por el mundo —respondí sin dudarlo—. Planeaba enseñar inglés en el extranjero durante varios años, y volver a casa para seguir enseñando. Mi viaje iba a durar dos años y empezaría por Asia: Tailandia, Vietnam y Camboya.

—¿Sigues con ganas de hacer ese viaje?

Me mordí el interior de la mejilla, considerando sus palabras:

—No he pensado en ello últimamente. Pero la verdad es que no me arrepiento de haberme quedado a ayudar a mi padre. Además, me encanta vivir en Essex.

Maddox me dedicó una sonrisa preciosa:

—Entiendo que te guste tanto.

—¿En serio? —pregunté—. ¿Qué ha pasado con lo de "la vida de pueblo es aburrida"?

—Siempre me lo echarás en cara, ¿verdad? —dijo con un deje de fastidio.

—Por supuesto.

—Vaaale... Tenía algunos prejuicios —admitió.

—¿Algunos? —bromeé.

Su sonrisa se hizo aún más amplia:

—Vi el potencial para hacer negocios, no para vivir aquí.

—¿Y eso está cambiando?

—No sé *si* podría vivir aquí. Pero entiendo que a otros les guste.

—Me parece justo —dije, y terminamos el resto del desayuno.

Después de recoger, encendí la televisión, y abrí la aplicación de Amazon Video para ver mi biblioteca. Maddox no había vuelto a cerrar el sofá, pero así estaba perfecto, y sería mucho más cómodo para la maratón de películas.

Clavó la mirada en la pantalla y preguntó:

—Un momento, ¿has comprado todas esas películas?

—Sí, son mis favoritas.

—No puedo creer que compres contenido que puedes ver gratis en plataformas *online*.

Me encogí de hombros:

—¿Por qué no? No me gusta que cambien los títulos cada tanto. Así puedo verlas cuando quiera.

—Es una buena idea —dijo, y volvió a mirar la pantalla—. Veo que te gusta el género fantástico y las comedias románticas.

Su voz sonaba entre horrorizada e incrédula, y apenas pude contener la risa.

Me aclaré la garganta:

—Sí, pero también podemos seguir viendo el programa de detectives de anoche. ¿Qué te gusta ver a ti?

Se rascó la mandíbula y el sonido hizo que me percatara de su incipiente barba. Aún no era visible, pero me moría de ganas de estirar la mano y sentirla en mis dedos.

No, eso no puede pasar.

—Veo muchos partidos de la NBA y series policíacas.

—Ja, me encanta una buena serie policíaca. Pero a veces pueden ser un poco lentas, ¿no crees? La verdad es que si vamos a estar encerrados aquí, me apetece ver una película que me levante el ánimo.

No contestó, pero su mirada me dijo que no creía ni por un segundo que la opción del género fantástico ni la comedia romántica sirvieran para ese propósito.

No pude evitarlo: se me escapó la risa.

—¿Qué es tan gracioso?

—Tu cara. Tu expresión es graciosísima.

Se sentó en el sofá y se acercó a mí:

—Te mostraré algo gracioso.

Me agarró por la axila y empezó a hacerme cosquillas. Me eché a reír a carcajadas. Joder, no me lo veía venir. Apreté los brazos contra el cuerpo para protegerme, pero era inútil: de repente, sentía cosquillas por todas partes.

Me pellizcó la barriga por debajo del jersey y, una vez más, empecé a chillar de risa. Bajé los brazos y me olvidé por completo de apretarlos contra los costados. Sus dedos ascendieron por mi abdomen, provocándome estridentes carcajadas, hasta que el dorso de sus dedos tocaron la parte inferior de mi pecho.

La risa se me ahogó en la garganta, y lo único que logré soltar fue un gemido. Me quedé helada al instante.

Maddox apartó la mano con los ojos muy abiertos. Lo miré fijamente y me humedecí los labios.

—Maddox —susurré.

—Joder, Cami, lo siento. No era mi intención.

—No sabías que no llevaba sujetador —respondí entre nerviosas risas—. Y pensé que este viejo jersey me mantendría a salvo.

—¿No te sientes segura conmigo? —preguntó, alzando una ceja.

Capítulo Quince

Maddox

Joder... eso ha sido como un puñetazo en el estómago.

—No, no me refería a eso —explicó Cami—. Pero antes... cuando llevaba el camisón, me miraste como si...

—Es que estabas sexy de cojones —respondí.

—Por eso me puse el jersey... para no tentarte.

—Cami, quiero dejar algo bien claro: eres demasiado irresistible para mí, te pongas lo que te pongas.

—Maddox... —murmuró.

Se humedeció los labios y ya no pude contenerme más: me incliné y acerqué mi boca a la suya. Cami se entregó al beso, y me aboqué de lleno a besarla y explorarla en profundidad con lentos movimientos de lengua. Sabía a vino caliente; debía de haber bebido un sorbo mientras recogíamos la cocina.

Me perdí tanto en el beso que estuve a punto de olvidarme de todo. Intentaba reprimir mis bajos instintos, pero no lo lograba. En honor a la verdad, llevaba intentándolo desde la noche anterior. Había resistido, pero ya no me quedaban recursos. Deseaba a esa mujer con todo mi ser. No podía ocultarlo, no podía negarlo y tampoco iba a hacerlo.

Me puso los dedos a los lados del cuello antes de introducirlos por debajo de la camiseta para acariciarme los omóplatos. Volví a llevar mi mano bajo su jersey, y me tomé mi tiempo para sentir cómo jadeaba ante mi contacto. Gimió cuando le acaricié el pecho con el pulgar, pero no me bastaba... quería arrancarle más sonidos de placer. No fue hasta que empecé a acariciarle el pezón que empezó a estremecerse. Y aproveche para profundizar aún más el beso y deleitarme ante su salvaje respuesta.

Me desea. Ese pensamiento no hizo más que avivar la llama, y pasé a su otro pecho para acariciarlo con delicadeza mientras enredaba nuestras lenguas.

—Maddox —murmuró, cuando hicimos una pausa para respirar. Entonces volví a capturar su boca.

Cami clavó los talones en el sofá, y *sentí* cómo elevaba sus caderas unos centímetros. Sabía lo que significaba... Quería que la tocara justo donde lo necesitaba. Lo ansiaba. Y yo iba a darle eso que tanto quería. Joder, si *yo mismo* me moría por verla correrse.

Bajé la mano desde el pecho, pasando por su ombligo, hasta deslizarla por debajo de sus pantalones de chándal, pero por encima de sus bragas. Cuando ella abrió las piernas estuve a punto de perder el control. La acaricié con dos dedos y sentí cómo la tela se cubría de humedad con cada movimiento. Al llegar al clítoris, Cami se estremeció y empezó a mecer las caderas con frenesí sobre el sofá. Estaba desesperada por deshacerse de la ropa, no me quedaba la menor duda. Pero quería llevar el placer a lo más alto y excitarla poco a poco.

Pero cuando la sentí gemir contra mi boca tuve que cambiar de plan.

Deslicé la mano bajo sus bragas y toqué su depilado pubis. Un segundo después, tenía mi polla tan dura que hasta me dolía. Como Cami estaba completamente mojada, presioné su clítoris con dos dedos y ella despegó las caderas del sofá.

Aparté mi boca de la suya y bajé por su cuello. Quería explorar su cuerpo, escuchar sus gemidos, y saber qué le gustaba. Le levanté el jersey, dejando al descubierto sus pechos, y ella se lo terminó de quitar de un tirón. *Bien, porque quiero tenerla desnuda.*

Centré mi boca en sus pechos mientras le acariciaba su centro con la mano. Necesitaba abarcar todo su cuerpo, de modo que le bajé los pantalones y las bragas hasta las rodillas, pero no me molesté en quitárselos del todo, sino lo suficiente para que pudiera abrir las piernas. Lamí sus pezones mientras introducía dos dedos en su interior.

—¡Maddox! —exclamó, retorciéndose en el sofá y moviendo las caderas.

Sonreí contra su pecho, sabiendo que si seguía así pronto llegaría al clímax, pero antes quería saborearla. Desplacé la boca más abajo por su cuerpo alternando lentamente el roce de la punta de mi nariz

con húmedos besos. Evité lamerle el clítoris a la primera... preferí seguir penetrándola con mis dedos y excitar la sensible piel de su entrepierna.

Cuando sus jadeos se intensificaron y dejó de susurrar mi nombre para directamente suplicarme, succioné su clítoris. Ella gritó, levantando de nuevo las caderas, y lo acaricié con la punta de la lengua. Sentí cada uno de sus estremecimientos.

Retiré los dedos solo para seguir lamiendo e introducir mi lengua en su coño, rozando su sensible botón con mi pulgar antes de volver a posar mi boca sobre él. Bastó con que le pasara la punta de la lengua y volviera a succionarlo entre mis labios para que se corriera al segundo siguiente, juntando las rodillas y arqueando la columna. Jadeó, gritando mi nombre mientras se aferraba al sofá. Ver cómo se corría y se entregaba al placer fue lo más hermoso que había visto en mi vida.

—No ha hecho falta ni que me quitaras los pantalones, ¿eh? —comentó con una tímida risa.

—No, pero voy a hacerlo ahora mismo —gruñí.

Mientras se los terminaba de quitar, no podía dejar de explorarla. Su piel era increíblemente suave. Me tomé mi tiempo, aunque mi dura polla estaba a punto de explotar. Cuando por fin me desabroché el botón y bajé la cremallera, gemí:

—Joder, sí.

—¿Qué dices? Si aún no te he tocado —protestó, y sentí cómo tiraba de mis pantalones para bajarlos.

Mi visión se desvaneció durante unos segundos. Solo de pensar en su mano alrededor de mi polla era suficiente para hacerme caer en picado.

Como estaba de rodillas, me bajé los pantalones justo por debajo de las nalgas y ella llevó su mano dentro de los bóxers. En cuanto me tocó, estuve a punto de perder el equilibrio que me proporcionaba apoyar el brazo en el sofá. Bombeó mi polla con un ritmo intenso, pero necesitaba estar dentro de ella.

Desde la posición en la que estaba, aún podía explorar el interior de sus muslos con la boca. Pero la fricción me estaba volviendo loco.

—¡Cami! —exclamé, pero mi voz no era más que un gemido.

Me aparté para quedar fuera de su alcance. Al ver que hacía pucheros le pasé el pulgar por el labio inferior y superior antes de bajarme los pantalones por completo. Quería estar completamente desnudo y libre cuando estuviera dentro de ella; ambos lo necesitábamos.

Cogí la cartera de mis vaqueros, saqué un condón y me lo puse. Acto seguido, me coloqué encima de ella y la besé largo y tendido. Mi erección le presionaba y rozaba su entrada, aumentando su excitación. Yo también pendía de un hilo. Su coño estaba tan mojado que me deslizaba sin esfuerzo sobre su piel sensible.

Vi cómo se le erizaba la piel en los brazos, sus piernas empezaban a temblar y las separaba más. Estuve a punto de penetrarla, pero me detuve a tiempo. Tenía el clítoris tan sensible que con un par de caricias lograría correrse.

Con los dientes apretados, me aferré al poco autocontrol que me quedaba. Incliné las caderas lentamente, y froté mi polla contra su entrepierna. Cami estalló por completo, y su orgasmo fue aún más salvaje que el anterior.

Aproveché que Cami aún cabalgaba la ola del clímax, para penetrarla hasta el fondo y empaparme del placer se extendía por todo su cuerpo. Era preciosa y puñeteramente perfecta.

Me puse de rodillas, levanté sus piernas y apoyé sus tobillos en mis hombros. Me incliné hacia delante y ella jadeó, abriendo los ojos. Estar tan enterrado en ella fue tan embriagador que apenas podía respirar.

Cami se humedeció los labios y me miró mientras la embestía con fuerza, observando cómo su hermoso rostro volvía a transformarse. Con la boca entreabierta y los hoyuelos en sus mejillas, cerró los ojos y empezó a jadear. Mis acometidas se volvieron más salvajes y fuertes. Una oleada de placer se gestaba en mi interior, y me arrasaba por todos mis músculos y mi polla. Cada centímetro de mi cuerpo ardía en llamas.

Fue entonces cuando decidí cambiar de posición, para poder acceder a su clítoris. Bajé una de sus piernas, y la sostuve con mi codo. Era un ángulo fantástico porque podía rozarle el pubis con la mano. Lo que no me esperaba era ver la hermosa estampa de Cami,

con su pelo rojo alborotado alrededor de la cara, tocándose sus pechos.

Empecé a tener espasmos. Sabiendo que no me quedaba mucho tiempo hasta sucumbir a mi propio clímax, presioné su clítoris con dos dedos y sus paredes internas se contrajeron con fuerza en torno a mi polla.

Mi visión se desvaneció y me entregué a las intensas e increíbles sensaciones que me embriagaban. No podía sentir otra cosa que orgullo por sus tres orgasmos. *Yo* le había proporcionado una satisfacción inmensa.

Con ese pensamiento, me dejé llevar por completo, persiguiendo mi propia liberación. Lo necesitaba más que mi próximo aliento. Todo mi cuerpo sufrió espasmos, el clímax me arrasó y grité su nombre sin contenerme lo más mínimo. Quería que supiera cuánto me excitaba.

Agarré una de sus manos, y seguí embistiéndola hasta que ya no pude más. Cami tenía la respiración agitada, y estaba recobrando lentamente el sentido, pero yo aún necesitaba más tiempo para recuperarme.

Cuando por fin salí de ella, me senté a un lado y respiré hondo. Cami se recostó en los codos y echó la cabeza hacia atrás. Incapaz de resistirme, me incliné para besarle el cuello.

—Dios mío, no puedo creer que todavía tenga cosquillas —dijo con una pequeña risa.

Me reí contra su piel, luego me incorporé y me deshice del condón.

—¿En serio? Después de tres orgasmos, ¿eso es lo que tienes para decir? —gruñí. Para mi asombro, estiró la mano y se dirigió a mi axila para hacerme cosquillas. Aullé de risa y me caí de culo—. Vale, me ha quedado claro.

Pero no no iba a permitir que se fuera de rositas. Le hice cosquillas en la axila y funcionó al instante: chilló, resopló y se llevó la mano a la boca, cayendo al sofá como si se rindiera.

Se levantó y sonrió:

—Vale, tú ganas. Tanto con los orgasmos como con las cosquillas.

—Así es. Soy el campeón —dije.

Entrecerró los ojos:

—Otra vez chuleando. Pero tienes con qué presumir —sonrió mientras se pasaba una mano por el pelo.

Bajé lentamente del sofá, y me acerqué a ella; me pasó las manos por los hombros y se humedeció los labios.

—No me esperaba nada de esto —murmuró.

Tragué con fuerza, inclinando su barbilla hacia arriba:

—¿Te arrepientes?

—No, ni un poco. En todo caso, estoy orgullosa de que anoche nos comportáramos.

—¿Tienes una idea de lo duro que fue para mí sabiendo que estabas a unos metros de distancia? No pensaba en otra cosa que derribar tu puerta.

—Te habría dejado entrar si hubieras venido a tocar mi puerta.

Me acerqué y empecé a besarla al tiempo que la arrinconaba contra la pared. Se rindió por completo al beso, y al ver que su piel volvía a erizarse, apreté mi cuerpo contra el suyo, deseando abrumar sus sentidos. Cuando gimió contra mi boca, no pude reprimir una sonrisa. Cami empezó a reírse de nuevo, pero aún no había terminado de darle placer. Se me estaba empezando a poner dura y quería que lo supiera. No quería ocultar el efecto que tenía en mí. Era mucho más que un calentón o la simple necesidad de correrme.

Jadeó cuando le rocé el clítoris con la polla. La levanté, la aparté de la pared y froté mi erección contra su centro. Ya estaba completamente empalmado.

Mientras caminaba con ella por el salón, echó la cabeza hacia atrás:

—Ya que hemos profanado el sofá, ¿hacemos lo mismo con alguna otra parte de la cabaña?

—Joder, claro que sí —respondí.

—Es tan pequeña que nunca había reparado en que en realidad hubiera tantos sitios para hacerlo.

—¿Qué tienes en mente?

—El dormitorio.

—Eso no puede faltar —respondí, asintiendo.

—¿Y tú?

—La ducha.

—Es complicado porque es muy pequeña.

—Nos las apañaremos. Y la encimera de la cocina.

Soltó una risita:

—Vale, reto aceptado. Me muero por ver *cómo* lo haces.

La llevé directamente al baño. Era pequeño, *sí*, pero me las arreglaría.

—Tampoco he dicho que lo haríamos en la ducha —dije. Abrí el grifo y me metí bajo el agua, dejando que el chorro me recorriera y se llevara el sudor pegado a la piel—. Primero nos damos un baño, y luego haré que te corras sobre ese lavabo. Créeme, hay espacio de sobra.

Sus ojos se abrieron de par en par:

—Maddox, no es lo que pensaba que tendrías en mente... mira cómo estás —dijo, bajando la mirada a mi erección y apretándola con fuerza.

Gemí, y al ver que el agua estaba agradablemente caliente, la acerqué para que se pusiera bajo el chorro.

—Me muero por tenerte otra vez, Cami. Pero más que hundirme dentro de ti, quiero ver cómo te corres. Eres tan preciosa.

—Maddox, las cosas que dices... No me esperaba nada de esto.

—Yo tampoco —confesé—. Me ha pillado por sorpresa... pero en el mejor de los sentidos. —Y tras una breve pausa, añadí—: Mejor bajo un poco las revoluciones y me espero un rato. No quiero hacerte daño.

—Oh, qué considerado —dijo con una sonrisa de satisfacción.

—Siempre.

Tras cerrar el grifo, cogí una de las toallas pequeñas y empecé a acariciarle la espalda antes de pasar a la parte delantera.

—Me encanta que seas tan atento.

—Y a mí, tener una excusa para tocarte —respondí.

Me cogió de la mano y me llevó al salón:

—Esa capa de nieve nos viene de maravilla para evitar las miradas indiscretas de los vecinos. Un coche estacionado toda la

noche frente a mi casa no pasaría desapercibido... y los vecinos no tardarían en sacar conclusiones.

—¿No sueles traer invitados? —pregunté.

Se dio la vuelta y apoyó las manos en mis hombros:

—¿Te refieres a invitados en general, o a invitados masculinos?

Me aclaré la garganta, pero mi respuesta sonó como un gruñido:

—Ya sabes lo que quiero decir.

—La verdad es que no viene nadie desde que se acabó mi última relación... y de eso ya han pasado cuatro años.

—¿Y qué ha pasado desde entonces? —pregunté.

Se encogió de hombros:

—Un par de citas ocasionales, nada importante. Es muy difícil conocer gente nueva en Essex. —Movió las cejas—. ¿Ves?, tienes eso a tu favor.

—Y mi chulería —dije con una sonrisa.

—Eso también. —Fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua—. ¿Y tú? ¿Has tenido alguna relación seria?

—No. Y claro, eso le basta a mi abuela para pensar que necesita intervenir. Según su criterio, ninguno de nosotros ha tenido una relación seria... así que ha asumido el papel de celestina.

—Estás de broma.

—Para nada.

Soltó una carcajada, y yo terminé riendo también.

El viento empezó a amainar y la lluvia parecía haber cesado.

—¿Crees que la tormenta terminará pronto? —preguntó.

—Eso parece.

—A ver el pronóstico del tiempo... —Cogió su teléfono y pulsó la pantalla—. Sí. En el grupo de Facebook dice que está escampando y que en las próximas horas empezarán a pasar las quitanieves. Así que, por ahora, seguirás atrapado aquí un rato más.

—Tranquila, sé cómo podemos entretenernos —dije, con una sugestiva sonrisa.

Capítulo Dieciséis

Maddox

A primera hora de la tarde, las carreteras estaban lo suficientemente despejadas, así que me volví conduciendo a Boston de inmediato. Mis hermanos habían pasado por casa de nuestros abuelos para comprobar que se encontraban bien, pero decidí ir a verlos antes de llegar a mi casa.

Cuando aparqué frente a su calle, me percaté de que los coches de Leo y Nick estaban allí. Había dado por hecho que ya se habrían marchado. La casa estaba intacta, y salvo por algunos residuos en las calles, parecía que la tormenta no había causado estragos en su barrio. También había un poco de nieve, pero mucho menos que en Essex.

Llamé a la puerta principal y esperé unos segundos, hasta escuchar la voz de Leo:

—Debe ser Maddox. A ver si nos cuenta dónde andaba metido.

Me reí para mis adentros. Mis hermanos no pararon de preguntarme dónde estaba cuando les dije que no podía ir a la casa de nuestros abuelos. Mi excusa fue que estaba en viaje de negocios.

Pero ese tipo de pretextos nunca funcionaron con mi familia. No había forma de que una respuesta vaga o evasiva colara sin más.

La puerta se abrió y Leo me miró de arriba abajo:

—Al menos estás vivo. —No había ni un atisbo de sonrisa en su cara.

Mis hermanos habían sacado conclusiones, pero no las que yo creí.

—Os he dicho que estoy bien.

—¿Tanto te costaba decirnos dónde estabas exactamente?

No me había dado cuenta de que estaban realmente preocupados por mí.

—No me ha pasado nada. Acabo de llegar.

Nick entró en el pasillo de brazos cruzados y le dijo a Leo:

—¿Ves? Te dije que te estabas preocupando por nada.

—¿Qué está pasando ahí? —llamó la abuela desde la sala de estar.

Nick giró la cabeza y contestó:

—Leo pensaba que Maddox no nos quería decir su ubicación, porque estaba en el punto crítico de la tormenta. Pero aquí está, sano y salvo.

—Tenéis una imaginación desbordante —dijo la abuela—. Nos habría avisado si estaba en peligro.

Ni de coña. Pero era una tranquilidad que nuestros abuelos no se hubiesen preocupado innecesariamente.

—Gracias por cuidar de ellos —les dije a mis hermanos, manteniendo la voz neutra mientras entrábamos en el salón.

La casa olía de maravilla, pero no sabía qué había en el horno exactamente.

El abuelo estaba sentado con su tableta, probablemente leyendo el periódico, como de costumbre. Uno de los primeros recuerdos que tenía de él era bebiendo su *brandy* vespertino con el diario. Decía que no le gustaba leerlo a primera hora de la mañana porque se contaminaba el cerebro con información innecesaria, pero al final del día era un entretenimiento. Le pregunté si las noticias del mundo eran relevantes para los negocios, y su respuesta fue: "Sí, pero no tanto como la gente cree".

Si se trataba de un asunto relevante, los directivos se lo hacían saber. Pero la mayoría de las noticias no tenían un impacto directo en el día a día de las empresas. Por eso las consideraba contaminantes.

Me escrutó antes de decir:

—Ya les hemos dicho a tus hermanos que no ha pasado nada. Ni siquiera hubo apagón. De todos modos, siempre estoy pendiente del generador. No tenías que venir a...

—Tonterías, me gusta tener a mis chicos aquí. —La abuela nos sonrió—: Tengo pizza en el horno.

Ese es el aroma que inunda la casa.

La primera vez que fuimos a su casa, años atrás, nos recibió con pizza amasada por ella misma. *"Nadie se pelea cuando hay pizza"*,

fue su explicación.

La abuela tenía razón. No habíamos discutido, pero sí fue muy incómodo. Nuestra madre estaba con nosotros, y fue aún más tenso para ella que para nosotros. Pero hizo de tripas corazón por nosotros, sus hijos.

Toda la vida cargamos con el estigma de no tener familiares más allá de nuestro núcleo. Nuestra madre era hija única y sus padres habían fallecido en un accidente de coche antes de que naciéramos. De modo que cuando se presentó la oportunidad de conocer a nuestros únicos abuelos, no lo dudó.

Sus palabras fueron:

"*No tengo nada de qué avergonzarme, y lo que ha pasado no ha sido culpa mía. Espero no encontrarme con vuestros medio hermanos... ni con su madre. Pero es importante para mí conocer a vuestros abuelos personalmente".*

—Hice la favorita de todos: pizza con *pepperoni* —continuó la abuela.

Leo y Nick intercambiaron miradas, pero ninguno de los dos la reprendió por cocinar. Eso le correspondía a nuestros hermanastros, nosotros tres nos limitábamos a seguirle la corriente. Además, la pizza era una comida relativamente sencilla de hacer.

—Te ayudaremos a llevarla al comedor —dije, y todos nos dirigimos a la cocina. Mientras la abuela sacaba las agarraderas, añadí—: Deja que lo haga yo.

A Nick, Leo y a mí nos gustaba burlarnos de lo protectores que eran con la abuela, pero si intentaba sacar esa bandeja caliente del horno, la broma se acababa.

—Chicos, ¿de verdad? —protestó, pero no se opuso, lo que era señal de que valoraba la ayuda.

Saqué la enorme pizza, y me transportó directamente a aquel día en que los conocimos. Seguía preparando la misma receta.

La puse sobre la encimera, la corté en porciones y las coloqué en un gran plato. La abuela nos tenía prohibido llevar ollas y bandejas de horno a la mesa. *"No es elegante",* era su explicación.

Cuando volvimos al salón, el abuelo dejó la tableta y se acercó a la mesa. Jeannie Whitley tenía razón en muchas cosas, como que a

toda la familia Whitley nos encantaba la pizza.

Tomamos asiento y cada uno cogió un trozo. De repente, noté que la abuela me miraba:

—Maddox querido, ¿puedes ser tan amable de decirnos dónde estabas?

—Pensaba que no te preocupaba —respondí entre risas.

—Pero a tus hermanos sí. Dales el gusto.

Leo y Nick intercambiaron una mirada.

—¿Ese es el único motivo por el que quieres saber dónde estaba? —le pregunté a la abuela riendo.

—Pues no. Sabes que tengo mucho tiempo libre, y solo buscaba una excusa para entretenerme.

—Me quedé atrapado en Essex —dije finalmente.

Leo y Nick parecían decepcionados, pero la abuela se sentó más erguida y comentó:

—Qué mala suerte.

—Sí, fui hasta allí para reunirme con los constructores, pero se marcharon de la obra antes de que llegara. Para entonces la tormenta ya se había desatado, y no había manera de que pudiera volver a Boston.

—¿Te quedaste en el *Griswold Inn*? —preguntó la abuela.

Negué con la cabeza:

—No, encontré un alojamiento de un particular.

—¿Encontraste un Airbnb en el último minuto? —preguntó Leo.

—No, nos está dando largas —intervino Nick, con una sonrisa de suficiencia.

La abuela sonrió:

—Chicos, no tenemos por qué saberlo todo. Vamos, terminemos la pizza.

—Un momento, abu —dijo Leo—. Te veo muy contenta. —Entonces me miró y en cuanto se percató de la situación, se puso blanco. Respiró hondo y comentó—: No puede ser.

—¿Qué pasa? —preguntó Nick.

—Esa cara... Es la misma que pusiste cuando Cade y Meredith empezaron a estar juntos.

—¿De qué estás hablando? —preguntó la abuela, haciéndose la desentendida.

—No se la puedes colar a los chicos —dijo el abuelo con una voz inusualmente burlona—. Ellos no se creerán tu actuación.

Leo me miró:

—Dime que estoy equivocado, tío. Te lo ruego.

Mordí un bocado de pizza para ganar tiempo. Sabía que la abuela querría comprobar si su intuición había acertado, pero no me esperaba que mis hermanos me hicieran una encerrona a la primera de cambio. Me quemé la boca con la pizza, así que deje el trozo en un plato y dije:

—No, no vas mal encaminado.

Leo me sonrió.

La abuela apretó las palmas de las manos y puso la barbilla sobre los dedos:

—Me alegra mucho oír eso. Sabía que Cami era justo lo que necesitabas.

—¡Hostia! —exclamó Leo.

—¡Esa boca, jovencito! —regañó la abuela.

—¿Cami? ¿La del parque de aventuras? —preguntó Nick.

—La misma —respondí.

Me hizo mucha gracia la reacción de mis hermanos: ambos parecían muy ofendidos. A decir verdad, Nick parecía horrorizado.

El abuelo me miró fijamente:

—Hijo, no quiero entrometerme, pero ¿crees que eso es una decisión inteligente? Gabe y tú aún estáis negociando con ella y su padre para que os vendan el terreno. No es una buena idea mezclar los negocios con lo personal.

La decepción que percibí en su voz me caló hondo. Me aclaré la garganta y le aseguré:

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—¿Gabe está al tanto de lo vuestro? —preguntó Leo.

—No. No he hablado de mi vida personal con Gabe ni con nadie.

—Ni falta hace que lo hagas —dijo la abuela—. Tu vida privada solo te concierne a ti.

—Sí, pero en este caso puede afectar directamente el negocio —replicó Leo.

—¡Joder! —exclamé. La abuela se tapó los oídos y levanté las manos en señal de disculpa—. Sabes que no tengo filtro, abu. Lo siento.

—Puede que se lo tengas que comunicar a Gabe —dijo Nick con sarcasmo.

—Tengo intención de hacerlo —expliqué—. ¿Podemos centrarnos en otra cosa?

La abuela sonrió y se volvió hacia Leo y Nick:

—Sí, mi trabajo aquí ha terminado. Ahora puedo centrarme en vosotros dos —dijo.

Si un momento antes pensé que mis hermanos estaban horrorizados, no era nada comparado con las caras que pusieron a continuación.

Estuve a punto de decirle a la abuela que su trabajo estaba lejos de haber terminado, pero daba las gracias porque desviaría su atención de mí. Aunque en verdad, se equivocaba conmigo: no iba a sentar la cabeza. No estaba en mi ADN. Era cierto que Cami y yo habíamos pasado un fin de semana espectacular juntos, y me gustaría repetirlo pronto, pero eso no conduciría a nada a largo plazo. No estaba hecho para eso, y por lo que me dijo Cami, ella tampoco buscaba una relación seria.

Pero no podía decírselo a la abuela. Era de otra generación y el concepto de las relaciones casuales le resultaba extraño. Cada vez que uno de mis hermanos intentaba explicárselo, ella le cerraba la boca replicando que conocía el desenlace. Tenía que reconocer que no se equivocó con mis hermanos, pero no en mi caso.

Apenas pude contener la risa cuando empezó a recitar los nombres de todas las amigas que le había presentado a Leo y Nick.

—¿Vas a arrimar el hombro y ayudarnos en algún momento? —me preguntó Nick con exasperación.

—Ni de coña, voy a disfrutar de todo esto —respondí entre risas.

Después de terminar la pizza, nos quedamos un rato hablando de los daños que había causado la tormenta en los alrededores de

Essex. Cuando Nick anunció que tenía que dirigirse al club para una reunión, Leo y yo decidimos irnos también.

De camino a casa, me llamó mi madre y le contesté enseguida. No solía hablar con ella por teléfono; como viajaba mucho y tenía un huso horario diferente, prefería comunicarse por mensajes de texto.

Me encantaba que pudiera viajar a su antojo. Durante nuestra austera infancia, hizo malabares con dos trabajos y gastando hasta el último céntimo en sus hijos. Ahora nos tocaba a nosotros cuidar de ella. Había viajado dos veces por el mundo y me alegraba mucho por ella. Se merecía disfrutar de la vida aunque eso significara que estuviese lejos. Hacía poco la habíamos visto un par de veces, pero antes de eso nos pasamos un año entero sin verla.

—Hola, mamá.

—Cariño, ¿cómo estás?

—Yendo a casa. Estuve con los abuelos hasta hace un momento. Ha habido una tormenta bastante grande aquí en Boston.

—Lo sé.

Me sorprendió que estuviese al tanto. Tal vez había hablado con Leo o Nick.

—¿Dónde estás ahora exactamente? —pregunté.

—En Bali. Es maravilloso.

—Me alegro, mamá.

—Cuéntame... ¿cómo estás?

—¿Por qué lo preguntas con ese tono?

—Me he enterado que estás viendo a alguien.

—¿Cómo puede ser que te hayas enterado tan rápido?

—Acabo de hablar con Leo... y algo me ha contado.

Me eché a reír:

—Joder, no recordaba que fuese tan cotilla.

—Leo no es ningún cotilla. A decir verdad... creo que nunca había pasado nada lo bastante interesante como para que pudiera cotillear, hasta ahora.

—Mamá —le advertí porque imaginaba adónde iba todo eso—, no quiero que le des más importancia de la que tiene.

—Para nada. Pero es difícil no emocionarse. Me encanta viajar por el mundo, pero si hay algo que haría que me quedara más cerca

de casa, serían los nietos.

Me quedé de piedra. Mi madre jamás había pronunciado esa palabra. Si yo ni siquiera había pensado en casarme, mucho menos en ser padre.

—Te has pasado veinte pueblos.

—Tienes razón. Pero estoy muy emocionada.

—¿Cómo sigue tu itinerario?

—Creo que pasaré un mes entero en Indonesia. Ahora tengo que irme. Mi clase de Pilates empieza pronto.

—Pásatelo bien —dije.

—Tú también.

Después de colgar, no pude contenerme y le envié un mensaje a Leo.

Maddox: Menudo cotilla. ¿Por qué le contaste a mamá lo de Cami?

Leo: Una cosa llevó a la otra, y se me escapó. No fue intencional. Me he burlado de Gabe tantas veces por irse de lengua, y resulta que ahora estoy haciendo lo mismo.

Me reí, pero no contesté. En realidad no estaba enfadado con mi hermano, sino que no me lo esperaba.

Las palabras de mi madre resonaron en mis oídos mientras aparcaba delante de mi casa.

Nietos.

Lo siento, mamá, pero no puede ser. No es para mí.

Por suerte, mi casa no sufrió ningún daño por la tormenta. Los electrodomésticos estaban conectados a una aplicación de mi teléfono, y no marcaba ningún corte de electricidad, lo que significaba que todo debería estar perfectamente.

Una vez dentro, colgué la chaqueta en el perchero que había cerca de la puerta. El sonido resonó por todo el ambiente. Me gustaba mi casa, pero estaba deseando que Leo me encontrara una nueva. La había comprado porque quería mudarme del piso en el que estaba; me disgustaba tener vecinos, siempre había alguien haciendo ruido o montando una fiesta, y yo no era precisamente un tipo conciliador. De modo que cuando Leo me enseñó esa casa

enorme, hice una oferta al instante. Pero no había logrado convertirla en un hogar.

Probablemente porque no pasaba mucho tiempo allí. Cuando no estaba trabajando en la oficina, estaba recorriendo la ciudad o en uno de los gimnasios de Nick. Era como un hotel, a pesar de que llevaba varios años viviendo en ella. Era tan grande que, a pesar de tener un montón de muebles, seguía pareciendo vacía.

Me reí al recordar la cabaña de Cami. Era tan pequeña que siempre estaba a punto de tropezar con algo.

Aún así, disfruté mucho de la estadía. Joder, disfruté de estar con *ella*.

Me serví un vaso de whisky y, tras un sorbo, hice una foto y se la envié a Cami.

Maddox: Prefiero mil veces el vino caliente. Esto parece aburrido en comparación.

Me contestó mientras tomaba el siguiente sorbo, y agregó una foto de la página de su cuaderno de recetas.

Cami: Esta es la receta. Se supone que se puede preparar con lo que cada uno tiene en casa. Incluso si omites algunos ingredientes, te saldrá bien.

Maddox: No era solo el vino… La compañía también fue espectacular.

Cerré los ojos y pude imaginarla sentada con las piernas cruzadas en su sofá, el mando a distancia en una mano y el teléfono en la otra, ruborizándose al leer mis palabras. Mi polla se tensó. Maldita sea, era un disparate que me pusiera así solo de pensar en ella. Habíamos estado todo el día encerrados en aquella pequeña cabaña y, sin embargo, lo único que quería era volver allí y pasar la noche con ella también, y la mañana siguiente. No había tenido suficiente tiempo con ella.

Cami: Me lo pasé muy bien contigo.

Mi polla volvió a reaccionar. Tomé una decisión en una fracción de segundo y la llamé.

—Hola, Maddox.

—Hola, Cami. ¿Qué tal estás? ¿Empezó la tormenta otra vez?

—No, todo está tranquilo. He revisado el exterior y no ha habido daños, gracias a Dios. La lluvia trajo mucho barro, y todavía hay nieve porque las máquinas no llegaron tan cerca de mi casa, pero ya he quitado la mayor parte con la pala.

Dejé el vaso y me puse recto:

—Puedo ir hasta tu casa y darte una mano.

¿Por qué demonios no lo hice antes de irme de Essex?

Hubo una pausa antes de que ella dijera:

—¿Estás dispuesto a conducir cuarenta minutos para palear barro y nieve?

Dicho así, sonaba ridículo.

—¿Por qué? —preguntó ella, con tono escéptico.

Porque quiero estar contigo. Fue lo primero que se me vino a la cabeza, pero no lo dije en voz alta.

—Para que no tengas que hacerlo tú —dije en su lugar.

—De todas formas, ya casi he terminado.

Joder, debería haber contratado a alguien para palear su entrada. ¿Por qué no pensé en ello?

—¿Cómo está tu mano?

—Mucho mejor. Mañana iré a mi médico de cabecera, pero creo que puedo quitarme el vendaje. ¿Qué tal el viaje a Boston? He leído que las carreteras están hechas un desastre.

—Así es, pero no tuve problema. Fui a casa de la abuela para ver cómo estaban.

—¿Y qué tal? —preguntó.

—Bien. Ni siquiera había residuos en las calles de su barrio. Y prácticamente no hay nieve en Boston. ¿Qué vas a hacer esta noche?

—Voy a ir andando a casa de mi padre.

—¿Andando? Cami, eso no es seguro —dije, poniéndome de pie. Al escuchar que ella se reía, pregunté muy serio—: ¿Qué es tan gracioso?

—La tormenta ya ha parado, Maddox. ¿Qué crees que me va a pasar si camino por la nieve?

—Podrías resfriarte.

—Te aseguro que voy bien abrigada.

—Quiero verte. —No quería andarme con rodeos ni inventar excusas. No era ese tipo de hombre.

—¡Vaya! —exclamó, claramente sorprendida.

Me aclaré la garganta:

—No puedo dejar de pensar en el rato que pasamos juntos.

—Bueno, la tormenta fue bastante memorable —bromeó.

—Tú también.

Noté cómo Cami se quedaba sin aliento a través del teléfono.

—¿Tienes planes para mañana por la noche? —continué.

—Lo de siempre, aunque creo que al final quedará en nada porque nos siguen llegando cancelaciones a *Essex Adventures*. Siempre tenemos un parón en esta época del año hasta que hace frío de verdad y nieva lo suficiente para dar inicio a las actividades de invierno. —Hablaba extremadamente rápido, como si estuviera nerviosa.

—Me gustaría invitarte a salir.

—¿Aquí en Essex?

—No, en Boston. Me gustaría reservar un restaurante y recogerte.

—Yo conduciré hasta allí —replicó ella.

—¿Eso es un sí?

—Claro, me encantaría.

—Fantástico. ¿Pero qué tontería es esa del coche? Mandaré a alguien para te recoja.

—No, prefiero ir en mi coche. Así puedo volver por mis propios medios si tengo que salir corriendo.

Me froté los hombros antes de dar otro sorbo:

—¿Te refieres a salir corriendo para escaparte de mí, Cami?

Se rió, pero parecía un poco incómoda:

—Eso ha sonado mal. Claro que no me refiero a eso, pero prefiero ir en mi coche.

—Pero es que si vienes en tu coche, no sería una cita...

—Vaya... ¿es una cita? —preguntó con incredulidad.

—Pues claro —respondí.

—Bueno, aún así iré en mi coche.

—Vale.

—Dime a qué hora y dónde.

—Aún no he hecho la reserva, pero te mandaré un mensaje con el nombre del sitio cuando lo tenga, ¿vale? ¿A las seis te parece bien?

—Prefiero un poco más tarde.

—¿A las siete?

—A las siete está bien.

No me gustaba la idea de que volviera conduciendo después de la cita. Podría hacer que alguien la llevara y condujera su coche al día siguiente. O convencerla de que se quedara a pasar la noche. Pero no iba a insistir en ese momento.

Iba a volver a ver a Cami.

Me muero de ganas.

Capítulo Diecisiete

Cami

A la mañana siguiente, fui a la consulta con mi médico de cabecera, que me confirmó que mi mano estaba curada y que ya no necesitaba el vendaje. Una vez en casa, horneé una tanda de magdalenas y me dirigí a casa de mi padre, decidida a hablar con él.

—Cariño, ¡no hace falta que me consientas tanto! —exclamó, cuando me abrió la puerta y vio las magdalenas.

—Por supuesto que sí. Además, quería hablarte de algo... —empecé, mientras nos sentábamos en la cocina. Su casa era aún más pequeña que la mía, pero él se empeñaba en que no necesitaba más espacio. Yo le había ayudado a decorar cada rincón—. Verás... lo he estado pensando, y quiero que sepas que me parece bien vender la propiedad.

Sus ojos se iluminaron y en el fondo de mi corazón supe que estaba haciendo lo correcto.

—Cariño, no sabes lo feliz que me haces.

—Me alegro. Esta tarde iré a Boston para hablar con Maddox. ¿Crees que podrías estar pendiente del parque por si tenemos alguna reserva?

—Por supuesto. ¿Por qué no te tomas mañana libre también? No creo que haya mucho revuelo. Y si lo hay, yo me encargaré.

—Vale. ¿Y qué tal si cenamos mañana por la noche para ponernos al día de lo que haya hablado con Maddox?

—Estupendo. Te esperaré con impaciencia.

—Muy bien, entonces voy a ocuparme de unos asuntos.

Nos levantamos al mismo tiempo y lo abracé con fuerza.

—Es lo mejor para los dos, pequeña. Ya lo verás.

Sabía que para él tampoco era fácil desprenderse del parque. Ambos estábamos en una encrucijada, pero ya empezaba a ilusionarme con todo lo que podía llegar a hacer con mi vida.

—Me voy a casa. Quiero hacer un balance y una previsión financiera para el próximo periodo.

—¿Estás segura? Eso solo te pondrá de mal humor.

Y llevaba toda la razón. El temporal traía aparejado una disminución considerable de nuestros ingresos.

—Es mejor saber la que se avecina.

Mi padre se encargaba de la contabilidad diaria, pero yo era la que se ocupaba de las proyecciones y de gestionar la tesorería. Formábamos un gran equipo. ¿Cómo irían las cosas cuando ya no trabajara codo con codo con él?

Me subí al coche, preguntándome qué me depararía el futuro. De camino a casa, recibí una llamada de Miriam.

—Hola, Miriam, ¿cómo estás? ¿Cómo has pasado la tormenta?

—Bien, no hubo daños en la casa ni en el colegio. Por cierto, he hecho unas galletas riquísimas. Si estás en casa, me paso un momento a dejártelas.

—Llego en unos minutos. Ya sabes que no me puedo resistir a tus galletas.

Nada más llegar, abrí el portátil y empecé a hacer las previsiones financieras. No auguraban nada bueno.

Miriam llegó unos diez minutos después.

—Conozco esa expresión. ¿Estás haciendo el balance? —dijo en lugar de saludar.

—Sí, dan ganas de llorar.

Miriam me entregó el táper, se apartó la larga melena rubia y con la mirada entornada dijo:

—Tengo que decir que, a diferencia de otras veces, no tienes esa cara de pánico que suelo ver en ti cuando la cosa pinta mal. —Y de repente enarcó ambas cejas con sorpresa—. Has decidido vender, ¿verdad?

—Sí, mi padre quiere jubilarse, y la oferta de Maddox es muy generosa.

—Ajá. Y su polla mágica terminó de convencerte —dijo Miriam, y ambas empezamos a reír.

Por supuesto que mi amiga estaba enterada de todo. En cuanto Maddox salió por la puerta, lo primero que hice fue llamarla para

contarle nuestro encuentro con pelos y señales.

—Para serte sincera... no tocamos el tema de la venta en absoluto —aclaré.

—Claro que no. No ibas a perder tiempo con algo tan aburrido en vez de echar polvo tras polvo —comentó—. Creo que me olvido de algo... Ah, sí, y más polvos.

—Miriam, me haces quedar como una ninfómana —repliqué.

—Para nada, pero llevabas bastante tiempo sin liarte con alguien. Y sé que te hace ilusión volver a verlo —dijo con una sonrisa.

Respiré hondo y cerré el programa de reservas. Era inútil fingir que estaba comprobando las previsiones de la próxima semana. El tiempo era demasiado impredecible. No estaba tan acojonada como de costumbre, pero sabía que la venta tardaría algún tiempo en concretarse, y mientras tanto nos teníamos que ganar la vida. Cruzaba los dedos para que el tiempo estuviera tranquilo.

La miré de reojo y dije:

—No te lo he dicho, pero voy a verlo esta noche.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Adónde vais a ir? ¡Cuéntamelo todo!

—Iremos a cenar a Boston. Dijo que haría una reserva en un restaurante.

—Oh, qué romántico —dijo Miriam—. Entonces vosotros... no sé por qué pero pensé que lo vuestro sería algo de una sola vez.

—Aún así, tenemos cosas pendientes —respondí, alzando las cejas.

—¿De modo que la escapada a Boston es un código para un encuentro sexual?

Me llevé las manos a las mejillas. Estaban ardiendo:

—A cenar. Me ha invitado a una cena.

—Ajá —respondió Miriam. Luego ladeó la cabeza—. Además de su polla mágica, ¿qué más te convenció para vender?

—Mi padre realmente quiere jubilarse. No hay manera de que pueda comprarle su parte —respondí con un suspiro.

—¿De verdad querrías quedarte con el parque?

Dudé un momento antes de contestar:

—Llevo tanto tiempo trabajando allí que no lo sé... —Cogí una de las galletas y le di un bocado—. Nunca imaginé que podría hacer

otra cosa.

—Hubo un tiempo en que querías desplegar tus alas y echar a volar —añadió—. Y me encantaría que lo hicieras. Aunque te eche de menos.

Me encogí de hombros:

—Sinceramente, no sé qué haría de mi vida. Da un poco de miedo, pero también es emocionante.

—Vas a recibir una buena pasta y podrás hacer lo que quieras.

Asentí mientras terminaba de comer la galleta. Cuando murió mi madre, heredé su parte del negocio. Siempre le dije a mi padre que *Essex Adventures* era suyo, pero él no dejaba de decir que nos pertenecía a los dos. Incluso ese día dijo que me tocaría la mitad del dinero de la venta.

—Pienso guardar la mayor parte en una cuenta de ahorros. —Una idea bullía en mi cabeza—. Y podría hacer un viaje. Algo se me ocurrirá.

—Hazlo, y no te olvides de mandarme fotos. Quiero vivirlo contigo, aunque sea desde lejos —respondió sonriendo, mientras se acariciaba la barriga.

Casi se me cae el plato:

—¿Estás embarazada?

—¡Por fin te das cuenta!

—Me has dejado que hablara de Maddox y de...

—¿Su polla mágica?

—Dios mío, déjalo de una vez.

Miriam se rió:

—Ni de coña. Te sonrojas y es divertidísimo.

—¿De cuánto estás?

—De dieciséis semanas.

Eché la cabeza hacia atrás:

—¡¿Qué?! —Pero luego apreté los labios. Estuve a punto de preguntarle por qué no me lo había dicho antes. Al fin y al cabo, yo era su mejor amiga. Pero entonces recordé que las parejas suelen esperar un tiempo prudencial para contarlo—. ¿Cómo no me he dado cuenta?

—No se me nota. Pero el médico dice que está creciendo bien.

—¿Es un niño?

—Sí.

—¡Oh, Miriam, vas a tener un bebé! —Llevaba tiempo buscando quedar embarazada.

Sonrió entre lágrimas:

—Sí. Y estoy deseando enseñarle fotos de las aventuras de la tía Cami.

—Me alegro mucho por ti.

Miriam era como una hermana para mí, y me alegré de verdad por mi mejor amiga, aunque no pude evitar sentir un poco de nostalgia. Cuando estuve a punto de preguntarle si había tenido náuseas, me llegó un mensaje de Maddox.

Maddox: He reservado a las siete en *The Express*.

También me había enviado la dirección.

Cami: Gracias. Seré puntual.

Maddox: ¿Alguna petición especial?

Sonreí y contesté rápidamente.

Cami: Que la comida esté deliciosa.

Maddox: Eso fue lo primero que pensé a la hora de reservar el restaurante.

—¡Madre mía! —exclamó Miriam.

Levanté la vista. Prácticamente había olvidado que estaba allí.

—¿Qué?

—Creo que nunca te había visto sonreír así —respondió.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con el ceño fruncido—. Siempre estoy sonriendo.

—Es verdad, pero tu sonrisa es diferente. —Miró mi teléfono y preguntó—: ¿Quién te está mandando mensajes?

—M-Maddox —tartamudeé por alguna razón.

Miriam se llevó las manos al vientre. Ahora que lo pensaba, se había convertido en un gesto habitual en ella en los últimos meses. ¿Cómo demonios no me había dado cuenta?

—Mmm... qué curioso —dijo.

—¿Qué pasa?

Se encogió de hombros antes de responder:

—Nada. Pensé que las cosas entre vosotros dos eran un poco diferentes.

—¿En qué sentido? —pregunté.

—Pensé que lo vuestro era una especie de *hate sex*. En plan "me sacas de quicio, pero te follaría".

—¡Miriam! —protesté.

—¿Qué? No parabas de decir que era un imbécil. Y de la nada, echasteis un polvo.

—Tampoco fue de la nada. Te he contado que, poco a poco, las cosas fueron evolucionando —le señalé a mi amiga.

—Es verdad, pero no deja de sorprenderme.

—Reservó un sitio llamado *The Express*.

Mi amiga sacó su teléfono y lo buscó en Google. Sus ojos se abrieron de par en par.

Se me revolvió el estómago:

—¿Qué pasa?

—Vas a tener que ponerte tus mejores galas —dijo, girando la pantalla hacia mí.

—Esto no era lo que tenía en mente —murmuré, con la mandíbula desencajada.

El lugar era extremadamente lujoso.

—Tienes unas tres horas para prepararte. Venga, que hay mucho que hacer. No tienes que volver al parque, ¿no?

Abrí el programa de reservas, y señalé la pantalla:

—No hay ninguna excursión.

—Vale, pues cierra el ordenador.

—Pero qué mandona estás hoy —protesté.

—Mandona *y* embarazada, así que te toca complacerme.

Me reí y cerré el portátil:

—No vale usar la excusa del embarazo para salirte con la tuya.

—Claro que sí. No quiero que estés pendiente de los problemas económicos de la empresa y llegues a la cita con cara de pánico.

—No iba a entrar en pánico —repliqué, aunque sin mucha convicción.

—¿No? Estabas a punto de calcular cuánto dinero habéis perdido por la tormenta.

—¿Cómo es posible que me conozcas tan bien? —pregunté.

—Ya ves. Bueno, ¿por qué no empezamos con los preparativos para tu cita?

—¿Quieres ayudarme?

—Claro que sí.

Gracias a Dios. Miriam y yo... A ver, nos parecíamos mucho, pero también éramos muy diferentes. A mí me costaba utilizar otro tipo de vestimenta que no fueran zapatillas, botas, y vaqueros. Ella era profesora de primaria, tenía un estilo muy femenino y muchísimos vestidos. Yo apenas tenía un par.

—Miremos en el armario —sugerí.

Mientras íbamos a mi dormitorio, repasé mentalmente toda mi ropa. Nada estaba a la altura de la cita. Miriam inspeccionó el contenido de mi cómoda sin decir una palabra, y eso me hizo sospechar.

—¿Crees que debería dar una vuelta por *Madam Danvers*? —sugerí.

—Me has leído la mente.

Madam Danvers tenía una gran selección de vestidos de noche. Apenas había ido un par de veces; no tenía vestidos en mi armario porque no asistía a muchas fiestas. En las contadas ocasiones en las que tuve que asistir a eventos, como una boda, solía alquilar un vestido en una de mis tiendas favoritas de Boston. Pero ese día no tenía tiempo.

Fuimos en mi coche a *Madam Danvers*, que, por suerte, estaba abierta. Algunos negocios del pueblo permanecían cerrados a causa de la tormenta, pero la señora Danvers vivía para su tienda. Era la dueña desde hacía cuarenta y cinco años y abría seis días a la semana.

Miriam fue la primera en entrar.

—Hola, cariño —saludó la señora Danvers.

Mi amiga solía ir a menudo por allí y eran muy amables con ella. La propietaria era conocida por su increíble selección y sus inmejorables precios. Recuerdo que en un festival navideño me acerqué a preguntarle cómo se las arreglaba para mantener los precios tan bajos. Me confesó que para ella era importante mantener

la tienda en funcionamiento y tener algo que hacer cada día. No obtenía muchas ganancias.

—¿Qué puedo ofrecerte, querida? —preguntó.

—Estamos buscando un vestido para mi amiga —respondió Miriam, y me señaló con el pulgar.

—Necesito un *outfit* para una cena en un restaurante elegante —dije.

—En Boston. Superpijo —añadió Miriam.

—¿Qué tipo de evento? —preguntó la señora Danvers.

—Una cena romántica.

—Una cena romántica en Boston. ¡Qué bonito! —comentó con una tierna sonrisa.

Madre mía. Acabo de darle materia prima a la fábrica de rumores de Essex. No sabía cuán cotilla era la señora Danvers, pero tarde o temprano, todo salía a la luz en el pueblo.

—¿Tienes un color favorito? —preguntó.

—Cualquiera mientras no sea rojo ni naranja. Por mi pelo.

—Por Dios, niña, no hacía falta que me lo aclararas. Soy una profesional. Llevo haciendo esto desde antes de que tú nacieras —replicó. Parecía ofendida.

Miriam hizo una mueca de incomodidad.

No pretendía caerle mal a la señora Danvers, al menos hasta que me hubiera enseñado un par de vestidos.

—Entonces, sorpréndame. Tráigame lo que considere apropiado para mí.

Su expresión cambió al instante. Sonrió ampliamente y asintió:

—Sé lo que necesitas.

Diez minutos más tarde, me trajo cuatro vestidos y me enseñó el único probador que tenía.

Inspeccioné las opciones con detenimiento. Miriam tenía razón: la señora Danvers era una experta en la materia. Todos los vestidos eran preciosos, de modo que tras comprobar los precios, me probé el más asequible. Me quedaba que ni pintado. Era de seda negra con elegantes tirantes, escote recto, y aunque bastante ajustado a la cintura, era cómodo. Me sentaba de maravilla. La falda era un poco más holgada a partir de la cadera, y llegaba hasta la rodilla. Di una

vuelta y, para mi sorpresa, me percaté de dos delicados bolsillos. La espalda contenía un encaje desde el cuello hasta los hombros. Era un vestido con mucha clase, y a la vez un fondo de armario.

Salí e inmediatamente di una vuelta.

—Sabía que te quedaría fantástico —dijo la señora Danvers, mientras Miriam silbaba.

—Es realmente precioso —comenté—. Me lo llevo.

Miriam se rió:

—¿No quieres probarte los otros?

—No. Tengo claro que este es el vestido ideal para lo que necesito.

—Vale, déjame que lo empaquete. Tu chico se quedará boquiabierto cuando te vea —agregó la señora Danvers.

Casi me atraganto y Miriam se rió. La señora Danvers se limitó a guiñarnos un ojo.

Vaya, no tiene pelos en la lengua. No me lo esperaba.

Me quité el vestido y me explicó cómo plancharlo. Lo empaquetó con mucho cuidado y volvimos a mi casa.

—¿Quieres que te ayude a prepararte? —preguntó Miriam.

—Sí, por favor. Siempre me haces unos peinados estupendos.

—Tienes un pelo increíble, es fácil.

—Sí, pero cada vez que *yo* pruebo un peinado nuevo, termino con un nido de pájaros.

Miriam se rió y me pasó un brazo por los hombros:

—Tranquila, yo me ocupo. Haré lo que sea para que dejes a Maddox boquiabierto... y sin calzoncillos.

Capítulo Dieciocho

Cami

Miriam era una auténtica experta en belleza. En casa no tenía más que un secador y un cepillo, pero ella consiguió que pareciera recién salida de una peluquería. El peinado tenía volumen, pero sin exagerar; logró controlar el encrespamiento.

No dejaba de mirarme por el espejo retrovisor mientras conducía hacia Boston. Había combinado mi vestido nuevo con unos tacones dorados. El trayecto hasta el coche fue toda una odisea, y esperaba que en Boston no hubiese tanto barro.

Tampoco tenía otra opción, mis botas no combinaban con el vestido. Y aunque no estaba acostumbrada a arreglarme tanto, esa noche me importaba más estar guapa que cómoda.

Quiero dejarlo boquiabierto... y sin calzoncillos.

Subí el volumen de la música mientras superaba ligeramente el límite de velocidad. Era un poco rebelde al volante y solía pasar desapercibida.

Hasta ese día.

Llegando a Boston un patrullero me hizo señas, y me puso una multa por exceso de velocidad. Tardó una eternidad en rellenar el papeleo, así que le mandé un mensaje a Maddox para avisarle de mi demora por causa de un inconveniente.

Cami: Me ha parado la policía. Llegaré unos minutos tarde. Lo siento.

Mi teléfono vibró con uno, dos y luego tres mensajes mientras el policía volvía a hablar conmigo:

—Señorita, tenga más cuidado la próxima vez.

—Lo prometo —dije, sonriendo tímidamente.

Asintió y me dejó ir. No quise revisar los mensajes; le daría a la policía otro motivo de detención.

A decir verdad, no sabía desplazarme por Boston. Iba cada pocos meses a hacer alguna compra, pero me limitaba a conducir hasta la

dirección que necesitaba y me volvía a Essex; nunca me había aventurado a ir a restaurantes ni nada por el estilo.

Por suerte, llegué solo cinco minutos tarde a la dirección que Maddox me había dado.

Miré con recelo el edificio que tenía delante: era opulento y debía costar un ojo de la cara. Disponían de un pequeño aparcamiento propio, y mi Ford Focus era con diferencia, el vehículo más básico y desentonaba por completo con los que estaban allí. Aparqué entre un Range Rover y un Mercedes y tuve mucho cuidado al abrir la puerta; lo último que me faltaba era rayar uno de esos coches de lujo. Reparar un arañazo me costaría más caro que mi coche entero.

Pero al menos no había barro. Sonreí feliz mientras me dirigía al restaurante.

—Cami. —La voz de Maddox me envolvió a través del aire nocturno.

Me di la vuelta, sorprendida de encontrarle justo delante de la entrada.

—¡Eh! ¿Me estabas esperando?

—Por supuesto. No iba a entrar sin ti.

Me miró despacio de arriba abajo. Llevaba un abrigo de lana sobre el vestido, de modo que lo único que podía ver eran mis zapatos. Maddox clavó la mirada en mis tacones.

Sí, sí... lo he dejado boquiabierto.

Cuando se acercó a la recepcionista, esta le dijo:

—Buenas noches, señor Whitley. Pasen, por favor. Uno de mis compañeros los acompañará a su mesa.

—Eres tan famoso que hasta sabe quién eres —susurré mientras subíamos los escalones.

—No te creas... le di mi nombre antes de que llegaras —dijo entre risas.

—Oh.

Me sentía como pez fuera del agua. Menos mal que me había comprado un vestido nuevo para la ocasión.

Otra recepcionista nos recibió dentro. Seguí mirando a mi alrededor para empaparme de todo. Antes de ingresar en el gran

salón lleno de mesas, la mujer se detuvo cerca del guardarropa. Con una percha en la mano, dijo:

—Si quiere, puede dejar el abrigo aquí.

—Gracias.

Me desabroché el cinturón y Maddox me ayudó a quitármelo. *¡Madre mía!* Sus ojos estaban tan oscurecidos que parecía que iba a comerme con la mirada. Me di cuenta del cambio en su respiración y de su mandíbula apretada, como si estuviera haciendo un esfuerzo. *¿Se está conteniendo o qué?*

—Por favor, síganme —dijo la mujer, señalando el salón.

—Maddox —dije, al ver que no podía apartar la mirada de mí—. Creo que debemos seguirla.

Sus fosas nasales se dilataron:

—Sí... es verdad —respondió. Y me hizo un gesto con la manos antes de agregar—: Después de ti.

—¿En qué estabas pensando? —susurré hacia atrás.

—Mejor no te lo cuento.

—Quiero saber, por eso te lo pregunto —dije con descaro.

—Cami, si te dijera lo que estoy pensando, no llegaríamos ni a pedir la cena.

Maddox tenía razón. Aunque sentía mucha curiosidad, no insistí. Además, me imaginaba lo que estaría pensando.

El salón principal era espectacular. Nunca había estado en un restaurante con un salón de fiestas tan fastuoso como aquel.

—¿Te gusta el sitio? —preguntó mientras nos sentábamos.

Le sonreí:

—Me encanta. Aunque al principio me intimidó la fachada, es elegante pero sin ser pretencioso.

—Me alegro. Quería traerte a un sitio donde pudiéramos pasarlo bien.

—Gracias —respondí en voz baja.

En la mesa había una botella de agua con gas y otra sin gas. También una cesta con pan, mantequilla y un untable. No había mirado el menú, pero sospechaba que seguiría una línea de cocina francesa.

—Me sorprendió que me llamaras —comenté.

—Necesitaba verte, y siempre sigo mi intuición. —Me miró fijamente y sonreí, cogiendo una rebanada de pan y untándole mantequilla. Estaba un poco nerviosa—. ¿Cómo va todo en Essex?

—Bastante más caótico que aquí —dije entre risas, tras comer un bocado—. Todavía queda mucha aguanieve y barro.

Sus ojos se entristecieron:

—Eso significa que debéis de haber recibido muchas cancelaciones en el parque.

Asentí:

—Sí, pero no quiero hablar de eso esta noche. —Me detuve un segundo para pensar, dejé el pan y llevé los hombros hacia atrás—. A decir verdad, tengo que aprovechar esta ocasión para decirte algo. —Estiré la mano para colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja, pero Miriam me había peinado con tanta profesionalidad que no había mechón que esconder—. He hablado con mi padre, y si tú y Gabe estáis de acuerdo, hemos decidido seguir adelante con la venta.

La postura de Maddox cambió al instante. Alzó ligeramente la barbilla, realzando aún más la forma de sus pómulos.

¿Cómo puede ser tan guapo?

—Cami, ¿estás segura?

—Sí. Seré completamente honesta contigo: Nunca he llevado bien las sorpresas, y cuando mi padre me habló de la venta, me pilló totalmente desprevenida. —Me encogí de hombros—. No lo sé. Supongo que no lo pensé bien.

—Pero ahora sí lo tienes claro —afirmó.

—Sí, creo que es una buena oportunidad. Mi padre está soñando con jubilarse, y yo no puedo comprar su parte. Y para mí supone un mundo de posibilidades. Tendré una buena suma de dinero para hacer lo que quiera.

La expresión de Maddox se iluminó con una encantadora sonrisa:

—Es una noticia fantástica, Cami. Mañana hablaré con Gabe y nos encargaremos de prepararlo todo. Pero esta noche, prefiero hablar de otras cosas.

Incliné la cabeza:

—Vale... ¿y de qué quieres hablar?

—Tenemos cosas más importantes que conversar. Quiero saber muchas cosas de ti. Pero antes que nada... vamos a elegir la comida.

Sonreí:

—Perfecto, porque tengo bastante hambre. Menos mal que nos han dejado una cesta de pan en la mesa.

Como si nos hubiera leído el pensamiento, un camarero se acercó y nos entregó dos menús encuadernados en piel:

—Los especiales del día están escritos a mano en la parte de atrás.

—Gracias. Todo parece delicioso —murmuré, mirando página tras página. Había acertado. *Era* un restaurante de cocina francesa, y tenían platos como *magret* de pato y *cordon bleu*—. Me gusta casi todo lo que hay aquí.

Maddox se rió:

—Entonces pediremos varias cosas para compartir.

—¿Lo dices en serio? —le pregunté, mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Por qué no?

Una vez más, el camarero apareció justo cuando lo necesitábamos. El servicio era excelente.

—¿Están listos para pedir? —preguntó, y ambos asentimos.

Maddox eligió dos platos y yo tres, además de las bebidas. Nos íbamos a dar un buen atracón. Normalmente, habría elegido vino, pero la carta de cócteles tenía tan buena pinta que terminé pidiendo el especial de la casa. Maddox pidió whisky.

Nuestras bebidas llegaron al cabo de unos pocos minutos. La mía era de un azul intenso, casi fosforescente. La miré con desconfianza y vi que Maddox estaba conteniendo la risa.

—Esto no me lo esperaba —dije—. Si lleva frutas del bosque, ¿por qué tiene este color?

—Puedes pedir otra cosa si quieres.

—No, antes voy a probarlo —respondí, y acerqué mi copa a su vaso para brindar—. Esta noche me apetece experimentar cosas nuevas. —Tomé un sorbo—. ¡Qué rico! No sé cómo explicarlo, pero su aspecto no le hace justicia. Está riquísimo.

—Me alegro.

Dio un sorbo a su whisky e inclinó la cabeza como si lo estuviese evaluando.

—Está bueno, pero no es el mejor que he probado.

—¿Sabes mucho de bebidas alcohólicas?

—Bastante. Me metí en ese mundillo por la destilería de Gabe, y después con el bar. Tiene miles de bebidas diferentes, pero bebo whisky sobre todo. Mi hermano es muy bueno en su especialidad.

—Veo que estáis muy unidos —dije, tomando otro sorbo. Me di cuenta de que quizás debería haber esperado a tener más comida en el estómago antes de seguir bebiendo, pero el cóctel estaba increíble—. ¿Tienes negocios con tus otros hermanos?

Maddox negó con la cabeza:

—No. El grupo *Whitley Industries* está muy diversificado y cada sector tiene su propia autonomía. Fue fácil para nosotros hacernos cargo de una empresa por separado.

—¿Cómo fue que te dedicaste a diseñar espacios de oficina?

—Era una empresa recién fundada. Y por eso mismo, tuve mucha libertad para darle la dirección que me apetecía. En cierto modo, ese negocio era una especie de sucursal menor de *Whitley Industries*. Así como el club deportivo.

—¿Y eso por qué? —pregunté.

—Cuando mi padre las fundó, todo el mundo pensaba que estaba delirando. Era habitual que montara empresas por capricho, sin tener en cuenta si era un negocio rentable o no.

—Qué disparate.

—Lo sé. Pero a pesar de todos sus defectos, que son muchos, fue un visionario. En ese momento, lo consideraron una pérdida de tiempo, pero cuando tomé el relevo de la empresa, el diseño de espacios de oficina tuvo una especie de *boom*. Las oficinas han tenido y tienen que adaptarse constantemente a las nuevas tendencias.

—¿Y por qué te has metido en otro proyecto con Gabe? ¿Tenéis tiempo para eso?

Maddox se recostó en su asiento:

—Gabe está hasta arriba de trabajo, y desde que abrió el bar se ha complicado la vida. Ese es uno de los motivos por los que quise entrar en el negocio con él, para poder cargar con la mayor parte del trabajo.

Sus palabras me conmovieron; Maddox era una persona muy considerada.

—Además, me encanta emprender con uno de mis hermanos. Sobre todo porque él es uno de mis medio hermanos.

—No puedo ni imaginar cómo debe ser descubrir que, de repente, tienes cinco hermanos más.

Maddox no dijo nada cuando llegó el camarero con dos platos: *magret* de pato y mejillones al vapor. Nos había avisado que traerían los platos poco a poco, lo cual era estupendo.

—Al principio fue un mazazo —dijo Maddox con la voz entrecortada—, pero después fue muy bonito. Pasamos de estar los tres solos con nuestra madre, y nuestro padre los pocos fines de semana en los que aparecía, a tener una familia grande.

No sabía qué decir. Era una situación delicada.

—Me alegro de que tu familia lograra limar asperezas y ver el lado bueno de las cosas.

—Yo también. Bueno, empecemos a comer mientras está caliente.

Lo primero que probé fue el *magret* de pato, glaseado en compota de manzana y acompañado de puré de patatas.

—Dios mío. Está riquísimo —comenté.

No podíamos parar de mezclar el puré en la salsa porque estaba delicioso.

Maddox asintió:

—Es verdad, está todo muy rico. Voy a apuntarme este sitio para otra vez.

—¿No habías venido antes?

—No.

Me gustó que fuera una experiencia nueva para los dos. Tenía curiosidad por saber más sobre su familia, pero como parecía ser un tema delicado, no quise presionar más.

Cuando el camarero trajo otro plato, me removí en mi asiento.

Maldita sea. No debería haber comprado un vestido tan ceñido. Tenía la barriga tan llena que estaba a punto de explotar.

Cuando el camarero se fue, Maddox preguntó:

—¿Qué pasa?

—Creo que nos hemos pasado con la comida.

Se echó a reír:

—Creo que sí. Pero no hace falta terminar todo el plato.

—Ese es justamente mi problema. No puedo probar solo un bocado... si está bueno, no paro hasta dejar el plato limpio.

—Pues adelante.

Me bebí el resto del cóctel demasiado rápido, pero con tanta comida no se me subía a la cabeza.

—No será fácil conducir en este estado —dije, mordiéndome el interior de la mejilla.

—Ya que lo mencionas —empezó Maddox, y su voz cambió ligeramente—, no vas a conducir de vuelta a Essex esta noche.

—¿Cómo? —pregunté, levantando la vista hacia él—. Si he venido en mi coche.

—Lo sé, pero tengo una propuesta para ti.

Entrecerré los ojos y murmuré para mi adentros:

—Vale, o sea que voy a dejarte boquiabierto... y sin calzoncillos.

—¿Qué?

Jadeé y me llevé una mano a la boca al darme cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—No importa.

Parecía al borde de la risa. Respiró hondo y serenó el rostro:

—Quiero que pases la noche en Boston.

—¿Contigo? —bromeé.

—Por supuesto —respondió con un brillo en su mirada.

—Este fue tu plan desde el principio, ¿no? —pregunté.

Se movió en la silla y sus tobillos tocaron los míos. Una corriente de calor me recorrió el cuerpo, y cuando me alcanzó entre los muslos, tuve que contenerme para no estremecerme en el asiento.

—Sí.

—Tenías plena confianza en que esta cita iría bien, ¿verdad?

Sus ojos volvieron a brillar:

—Claro que sí.

Llegó nuestro último plato principal: salteado de verduras con mantequilla de cacahuete.

—Oh, está realmente increíble —dije.

Estaba tan llena que solo probé un par de bocados. Pero luego pensé: *¿Cómo voy a dejar esta maravilla de mantequilla de cacahuete en el plato?*

—Qué adorable eres, en serio —dijo Maddox, y me di cuenta de que me había estado observando con atención.

—Estoy llena a más no poder, pero esto está tan bueno que no puedo parar.

—Luego te preparo un digestivo —ofreció.

—¿En tu casa? —pregunté, enarcando una ceja.

Capítulo Diecinueve

Maddox

—Cami —dije, apoyando una mano sobre la mesa, que ella cubrió con la suya—. Si mi propuesta te incomoda, puedo pedir que un conductor te lleve a casa, y mañana yo mismo te llevo el coche a tu puerta. No me ofrezco para hacerlo ahora porque he bebido.

Se quedó boquiabierta:

—¿Un conductor?

—Sí, uno de mis hermanos tiene chófer. Y yo no tardaré en contratar a alguien que esté solo a mi disposición. Pero Cal está disponible para toda la familia.

Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que estuviese a gusto. Tendría que habérselo ofrecido antes, porque lo decía en serio. Lo último que quería era que se sintiera presionada.

Se humedeció los labios, y bajó los ojos al plato. Respiré hondo y aparté la mirada. Me sentía tan atraído por ella que me consumía.

—No quiero volver a Essex esta noche. Quiero quedarme contigo.

Joder, sí.

Comimos el último plato con bastante rapidez y acabamos cogiendo un Uber hasta mi casa en vez de llamar a Cal. Dejamos su coche en el aparcamiento del restaurante; lo recogeríamos al día siguiente.

Cami no dejaba de mirar por la ventanilla durante el trayecto:

—Este barrio es espectacular —comentó, cuando estábamos a tan solo unas calles de mi casa.

—¿No habías estado aquí antes?

Se volvió hacia mí y se encogió de hombros:

—Vengo muy poco a Boston. Pero me encantaría conocer la ciudad de la mano de un local, o al menos, de alguien que la conozca bien. —Cuando el coche frenó, señaló la casa—. ¿Esta es tu casa?

Asentí, y su cara se iluminó de inmediato:

—Guau.

—Espera a que te abra la puerta. Hay muchos charcos y la calle está muy resbaladiza.

Ella asintió:

—Gracias.

Le abrí la puerta y la cogí de la mano al salir del Uber. Mientras caminábamos hacia la casa, le rodeé la espalda con el brazo y la apreté contra mí.

—Tu brazo me protege del frío y me ayuda a mantener el equilibrio. Eres todo un caballero —susurró, casi como si lo pensara en voz alta.

Arrugué el ceño y volví la vista al frente. Nunca me había considerado un caballero, aunque, pensándolo bien, tampoco había hecho nada parecido antes... al menos, no con nadie como Cami.

Una vez dentro, contempló la gran sala principal:

—¿Esta es la casa nueva que Leo encontró para ti?

—No, aún no me la ha conseguido.

Cami frunció los labios:

—¿Quieres mudarte de este palacio?

—Sí.

—No entiendo... ¡Pero si es precioso! Tienes muchísimo espacio y todas esas ventanas... debe de ser superluminoso.

—Así es —dije.

La planta baja era un gran espacio diáfano que integraba el salón, el comedor y el bar. La cocina se reducía a una isla sencilla, equipada solo con los electrodomésticos esenciales. Me impactó verla en el salón de mi casa... como si viviera conmigo.

—¿Te apetece una bebida digestiva? —pregunté.

—No, gracias. Estoy bien —respondió—. ¿Dónde puedo dejar mi abrigo?

—Te ayudaré a quitártelo.

Me puse frente a ella y desabroché el cinturón y los botones de su abrigo.

—Estás despampanante esta noche.

—Gracias. Hoy me he comprado este vestido.

—¿Para mí? —pregunté, mientras le quitaba el abrigo de los hombros.

—Sí.

En lugar de colgarlo como tenía pensado, arrojé el chaquetón sobre el sofá y la besé. Joder... me moría de ganas de besarla desde que la vi en la puerta del restaurante.

—Siempre estás preciosa —dije, besándole el cuello—. No sabes todo lo que tengo ganas de hacerte esta noche.

Jadeó cuando le besé el hombro. Deslicé un tirante de su vestido hacia un lado, pero apenas se movió unos centímetros. Pasé la boca lentamente sobre la piel expuesta y le di la vuelta para bajarle la cremallera. Con la otra mano recorrí su columna vertebral. Cuando terminé de bajarla, di un paso atrás para observar su cuerpo. Llevaba un tanga tan diminuto que se le perdía entre las nalgas. *Qué mujer más hermosa.*

Cuando Cami atinó a quitarse el vestido, la detuve:

—No, déjame a mí. Quiero quitarte cada prenda, una por una.

—Vale —dijo en tono jadeante.

Me acerqué de nuevo y le bajé el vestido hasta los codos. Cuando pudo mover los brazos, lo dejé caer por completo. Me quedé sin aliento al descubrir los ligueros y esas medias que se detenían a medio muslo.

—Joder, ¿cómo puedes ser tan sexy?

Ella terminó de desprenderse del vestido, y acto seguido, continuó con las medias.

—No, déjatelas puestas... me excitan. Todo de ti me excita.

Estaba demasiado impaciente. Necesitaba saborearla. Me arrodillé, llevé su mano a mi hombro y tomé una de sus piernas, colocándola sobre el otro.

—Maddox... ¿qué haces? ¡Oh!

Le tembló la voz cuando le aparté las bragas. Le pasé la lengua por su centro y ella emitió un sonido gutural, clavándome las uñas en el hombro.

—¡Maddox!

Qué bien sabe, por Dios.

Le sujeté por el culo, y disfruté de cómo contraía los músculos con cada lametón. Con mi lengua tracé el camino de su entrada hasta el clítoris una y otra vez. Sentí cómo su cuerpo se transformaba, cómo la recorría el placer. Fue entonces cuando hundí mi lengua en su interior, rozando el clítoris con la punta de la nariz. Cami se estremeció con intensidad, sus músculos se tensaron aún más y su respiración se volvió agitada.

Al ver cómo se arqueaba de placer, aparté la boca, introduje dos dedos y me aboqué a lamerle el clítoris. Con los tacones puestos y las medias rozándome el hombro, era la imagen misma de la sensualidad. Sus pechos se movían al ritmo de su cuerpo, mientras se frotaba contra mi lengua. La deseaba con tanta desesperación que me costaba contenerme. Pero iba a aguantar, porque sabía que estaba a punto de correrse.

—¡Maddox! —exclamó, al mismo tiempo que su muslo comenzaba a temblar.

Me bastó un segundo para notar que le costaba mantenerse en pie. Solté su pierna con cuidado y me incorporé.

—Oh. —Su lamento estaba cargado de decepción. Y la entendía.

—Cami. —Mi voz era ronca y muy grave—. Ven, necesitamos cambiar de posición.

La conduje al sofá. Incapaz de soportar un segundo más la tela de los pantalones rozándome la polla, me aflojé el cinturón antes de volver a agacharme frente a ella. La maldita cremallera seguía clavándose en mi erección.

Antes de que me diera cuenta, Cami me bajó los pantalones.

—Ya es hora de que te quites todo esto —dijo, tirando de mis calzoncillos.

Aún no me los había bajado del todo cuando me tocó la polla y me cubrió la corona con la palma de su mano. Su caricia me desarmó por completo.

—Necesito coger el condón —dije.

Cami se mordió el interior de la mejilla y sugirió:

—Creo que podemos prescindir de eso. A ver... ¿estás sano?

—Claro, hace poco me hice un chequeo.

—Pues yo tomo la píldora. Y estoy sana.

Se lamió los labios y siguió bombeando la coronilla con la palma de la mano. La aparté sin previo aviso.

—Ponte a cuatro patas —le pedí.

Casi exploto al verla de rodillas. Estaba irresistible con su turgente y redondeado culo y aquellos tacones. El encaje de sus medias me tenía loco desde hacía rato, y quería que llegara al clímax una vez antes de deslizarme dentro de ella.

Pero ya no podía contenerme. Empecé a acariciarle suavemente el clítoris con la punta de mi polla, y al mismo tiempo, besé su nuca. Estrujaba el reposacabezas del sofá con tanta intensidad que estaba seguro de que dejaría marcas. Me encantaba que dejara huella en mi casa y siguiera sintiendo su presencia después de que se fuera.

Cami empezó a estremecerse; lo sentí bajo mis labios y a través de la mano que había colocado en su cintura. Llegó al clímax más rápido de lo que creía posible. En un momento estaba susurrando mi nombre, suplicando, y rogando por más. Un segundo después, gritó y empezó a balancearse con tanta fuerza que necesité ambas manos para sujetarla.

Me moría de ganas de que terminara de correrse. Cuando supe que estaba lista, la penetré de lleno, y casi pierdo el equilibrio cuando una oleada de placer tan intensa me dejó sin aliento.

Es mía. Ese pensamiento se repetía en mi mente mientras la embestía una y otra vez. No podía controlarme. Su apretado calor me envolvía de una forma increíble.

—¡Joder! —exclamé.

Al ver que a ella aún le temblaban las piernas, quise cambiar de posición. Gracias a los tacones, su cuerpo se arqueaba justo como necesitaba. Le susurré que soltara los reposabrazos y se apoyara en mí.

—¡Maddox! —protestó.

—Yo seré tu punto de apoyo, cariño.

Me puse de rodillas hasta quedar a la altura exacta que quería, y la embestí con ferocidad. Con una mano la sostenía por la cintura. Con la otra, le acariciaba el clítoris.

Sentía su tensión, pero cuando sus músculos internos empezaron a contraerse, supe que no aguantaría mucho más. El clímax

amenazaba con arrasarme, pero me obligué a concentrarme en ella: en su vientre tenso, en su cabeza apoyada contra mi pecho, moviéndose de un lado a otro, como si hubiera perdido por completo el control. Al segundo siguiente explotó, gritó mi nombre, y me arrastró con ella. Fue glorioso.

Al cabo de un rato, nos dirigimos al baño para asearnos. Recién salidos de la ducha, comenzó a bailar frente al lavabo.

—¡Qué energía tienes! —comenté.

Ella asintió:

—Sí, y no entiendo cómo.

—¿Quieres que te prepare la bebida digestiva? —ofrecí.

—Sí, por favor. Y luego... podemos hacer lo que quieras.

Me acerqué a su cuello y le besé el hombro:

—No me lo digas dos veces.

—Me hago responsable de lo que acabo de decir —respondió con una risa.

Me encantó verla así de feliz y relajada.

Cubiertos por unas simples toallas, fuimos al pequeño bar que tenía en el salón. Cuando Cami se sentó sobre la barra, su toalla se desató.

—Ups —dijo, y volvió a cubrirse.

—Te prefiero sin nada.

Cami movió las cejas con picardía y deslizó el pulgar entre sus pechos para soltarse la toalla. Verla desnuda me dejó sin aliento. Una cosa era que la toalla se le cayera por accidente... pero verla descubrirse a propósito era infinitamente más seductor.

Tragué saliva:

—¿Qué quieres beber?

—Sorpréndeme.

Me di la vuelta para ver todas las bebidas que tenía allí:

—¿Te gusta el vodka? Hago un *Moscow Mule* increíble. Saqué la receta del bar de Gabe.

—Claro. ¿Vas a menudo por allí?

—Sí, aunque últimamente he estado demasiado liado como para pasarme. Incluso he echado una mano detrás de la barra cuando le falta personal. Todos los hermanos colaboramos cuando hace falta.

—Vaya, qué bonito debe ser tener el apoyo de toda una familia —murmuró.

—Sí, es genial —dije—. Más aún desde que todos empezamos a llevarnos bien. Antes había tensión, y nos veíamos únicamente en eventos puntuales, como el cumpleaños de la abuela. La relación estaba especialmente cargada entre Jake y Colton. Jake fue quien... nos descubrió, por así decirlo, y se enteró de la existencia de nuestra familia. Colton y él, que son los mayores, creo que fueron los que más lo sufrieron... si es que eso puede medirse.

—¿Qué opinan de que tu padre quisiera volver y montar un negocio aquí?

—No lo saben. Solo Gabe, Leo y Nick están al tanto de eso.

Oí un ruido sordo y acto seguido sentí sus manos sobre mis hombros.

—Vaya... es muy noble de tu parte que quieras proteger a esos hermanos con los que durante años tuviste un vínculo tenso. Qué equivocada estaba contigo.

—¿Sobre qué? —pregunté, y me di la vuelta para entregarle la bebida.

—No solo eres un hombre honrado... eres una gran persona.

—Gracias por ascenderme de categoría.

Sonrió.

—Estoy eufórica esta noche, no puedo evitarlo.

—Y yo encantado de llevarme todo el mérito.

Cami me dio un empujoncito en los hombros de forma juguetona:

—Te lo tienes bien merecido. Además, creo que contarte lo de la venta hizo que mi decisión se sintiera como algo definitivo. Me llevará un tiempo preparar los papeles, y aunque estoy un poco acojonada, también me emociona pensar en qué me deparará el futuro.

Volvió a subirse a la barra del bar. Podría pasarme toda la noche, o todo el fin de semana, viéndola deambular desnuda por mi casa. Estaba hecha para ese lugar. Para mí.

Dio un sorbo al *Moscow Mule* y echó la cabeza hacia atrás:

—Está exquisito.

—¿Tienes alguna idea de lo que quieres hacer cuando hayas vendido el parque?

—Hace muchos años quería dar clases y viajar por el mundo. Es una opción que no descarto.

Sus palabras me pillaron desprevenido.

No puede ser. ¿Se quiere ir? Pero si acabo de encontrarla.

Mi propia reacción me dejó pasmado.

Respiré hondo, cogí su vaso y bebí un trago.

—Oye, no me has preguntado si quería compartirlo —bromeó.

Dejé el vaso sobre la encimera antes de besarla apasionadamente. No iba a perder el tiempo analizando qué me estaba pasando con ella. Devoraría a esa mujer mientras fuera mía.

Capítulo Veinte

Maddox

A la mañana siguiente, me desperté a las siete. Cami dormía acurrucada a mi lado, con las rodillas casi rozándole el mentón. Estuve tentado de darle un beso en el cuello, pero me contuve: no quería despertarla.

Salí en silencio del dormitorio y me dirigí escaleras abajo al gimnasio. Nick estaba indignado de que tanto Gabe como yo hiciéramos ejercicio en nuestras casas. Me decía: "¿Cómo puede ser que entrenes en tu casa cuando tu propio hermano tiene una cadena de gimnasios?".

Iba al club con regularidad, no solo a hacer deporte, sino también para verlo.

Pero también me gustaba tener un gimnasio totalmente equipado en casa. A veces estaba muy agobiado con el trabajo y no quería perder tiempo en la carretera. Y los días que llegaba a mi casa hecho una furia, una carrera en la cinta seguida de un riguroso entrenamiento con pesas era lo que necesitaba para liberar el estrés.

Esa mañana empecé en la cinta de correr, frente a los ventanales con vistas al jardín, aunque rara vez me detenía a admirar el paisaje.

Puse música y empecé a correr. Normalmente, pensaba en asuntos urgentes de trabajo, pero en ese momento, no podía dejar de pensar en Cami y en la espectacular noche que habíamos pasado juntos.

Tras cuarenta minutos de carrera, pasé a las pesas. Cuando estaba terminando la rutina y entrenaba los brazos en la barra que había instalado en el marco de la puerta, un ruido fuerte me sobresaltó, incluso con los cascos puestos.

Me quité los auriculares y enseguida me di cuenta de que el ruido venía de la cocina. Fruncí el ceño y subí rápidamente. Entonces vi que Cami estaba de pie junto a la isla.

—Buenos días —la saludé.

—Hola, guapo —respondió, levantando la vista.

Su mirada bajó lentamente de mi cara a mi pecho desnudo. Nunca me ponía camisetas para entrenar.

—¿Cuándo te has despertado? —pregunté.

—Hace un rato.

—¿Y por qué no has bajado a decirme nada?

—No quería molestarte mientras entrenabas. Ese cuerpo no se consigue solo, ¿no? Además, aproveché para preparar el desayuno.

Me acerqué a la encimera y no podía creer lo que veía: pan tostado con aguacate, rodajas de tomate aderezadas con hierbas aromáticas, queso untable y, para rematar, estaba a punto de freír los huevos.

—No me lo puedo creer —comenté—, ¿Has sacado todo esto de la nevera?

—No, algunas cosas en la despensa —dijo, señalando el armario que hacía de almacén. Luego levantó la vista de golpe—. No era mi intención fisgonear —se apresuró a decir.

Negué con la cabeza:

—No me importa en absoluto. Es más, gracias. ¿Puedo ayudarte en algo?

—¿Podrías darte una ducha antes del desayuno? —preguntó, señalándome con el dedo.

—¿Por qué? ¿No te gusta verme sudado? —respondí, alzando las cejas con una sonrisa.

Me sonrió con descaro, y luego apoyó un dedo en mi clavícula. Lo deslizó lentamente hacia abajo mientras susurraba:

—Al contrario. Me encanta. Pero puede que a tus muebles no tanto.

Me eché a reír y le besé la comisura de los labios:

—Enseguida subo —le aseguré. Entonces sonreí, porque ella bajó aún más el dedo, hasta rozar el borde de mis bóxers.—. Cami... —le advertí.

—Ve a ducharte. Todo este sudor me recuerda a lo de anoche... y es demasiado temprano para tener pensamientos indecentes.

La miré, me aclaré la garganta y le hablé con el tono más serio que pude:

—Nunca es demasiado temprano para pensamientos indecentes.

—Mmm... Ya sé cuáles son tus intenciones —dijo con la mirada entornada.

Sonreí, pero di un paso atrás. *Estaba* demasiado sudado. Una cosa era transpirar en el gimnasio, y otra al tener sexo. Lo segundo era tolerable, pero lo primero no. Así que volví al cuarto de baño del gimnasio, donde solía ducharme después de entrenar. También tenía allí una muda de ropa.

Una vez listo, volví a la cocina. Cami estaba sirviendo los huevos fritos en un plato.

—Llevaré esto a la mesa —dije.

—Gracias. —Ella ya había llevado el resto de las cosas.

—Deberías haberme esperado para poner la mesa entre los dos.

—No pasa nada, esta cocina es una maravilla. Ya no recordaba lo bien que sienta tener espacio para moverse.

Caminó delante de mí, y entonces me di cuenta de que llevaba el vestido de la noche anterior. A plena luz del día, le quedaba aún mejor. Me quedé paralizado mirando su culo redondo y turgente. El contorno de sus nalgas era aún más visible que la noche anterior, y no veía ni rastro de su tanga.

—¿Cami? —dije cuando llegamos a la mesa.

—¿Sí?

—¿Llevas bragas?

Me miró de costado:

—Qué pregunta más rara.

—¿Llevas bragas o no? —insistí.

—No.

Joder, no lleva ropa interior. Me puse detrás de ella, le subí el vestido hasta la cintura y le acaricié las nalgas.

Ella gimió y se apretó contra mis manos.

—Lo siento, tenía que tocar tu culo, no he podido contenerme. —Besé su nuca como llevaba deseando toda la mañana—. Me encanta tu pelo y que siempre tengas el cuello al descubierto.

—Mmm... —murmuró.

Dejé caer su vestido y di un paso atrás.

—¿Ya no vas a acariciarme? —bromeó.

—Es que estoy empezando a tener pensamientos peligrosos.

—Ajá. Como si lo que estabas haciendo no fuera ya bastante peligroso.

—No, eso solo eran preliminares —dije.

Se sonrojó cuando nos sentamos a la mesa. Era la primera vez que desayunaba con alguien a la mañana siguiente en mi casa. No es que fuera un mujeriego empedernido, pero tampoco solía compartir el desayuno después de una noche de sexo. Era algo que dejaba claro de antemano con las mujeres con las que salía. A decir verdad, la mayoría de las veces, ni siquiera llegábamos a pasar la noche juntos.

Pero estaba feliz de tener a Cami en casa. Me había encantado verla en mi cama, pero era aún mejor verla en mi cocina y ahora en la mesa.

Cerró los ojos mientras saboreaba la tostada con aguacate. También le había añadido un poco de queso, que le daba más sabor y una textura cremosa.

—Modestia aparte, me ha quedado delicioso.

—Pues deberías presumir —dije después de masticar un bocado —. Te ha salido de maravilla.

Abrió los ojos y sonrió:

—Gracias. Tengo buena mano para la repostería, pero también me apaño con el desayuno.

Parecía que los dos teníamos mucha hambre, porque comimos a toda velocidad. Una idea me rondaba la cabeza, y después de recoger la mesa, pregunté:

—¿Tienes algún plan para hoy?

—Los fines de semana suelen ser muy ajetreados en el parque. Pero con este tiempo... —dijo se encogió de hombros.

Me acerqué por detrás, rodeé su cintura y acerqué mi boca a su oído:

—Entonces pasa el fin de semana conmigo. Quédate aquí...

Al darse la vuelta, se mordió el labio inferior. ¿Por qué dudaba?

—¿Estás seguro?

—Joder, claro.

—Puedo quedarme todo el día, pero esta noche he quedado a cenar con mi padre.

—Entonces disfrutaremos del día juntos.

—¿No tienes planes con tu familia hoy? ¿Nada de nada?

—Espera, ¡es verdad! Joder. Dame un momento que lo cancelo.

—No, no hagas eso por mí.

La miré fijamente:

—Es solo un partido de tenis con mis hermanos. Se pueden apañar sin mí un fin de semana.

Había semanas en las que jugábamos los domingos, otras los sábados. El partido de esa semana estaba fijado para el sábado.

Envié un mensaje al grupo que tenía con Gabe, Nick y Leo. Teníamos otro con toda la familia, pero no me apetecía que todo el mundo se enterara de qué estaba haciendo.

Maddox: Hoy no podré ir al partido.

Nick respondió inmediatamente.

Nick: ¿Qué dices? Más te vale que tengas una buena excusa. Estaba deseando darte una paliza.

Maddox: Tengo una muy buena excusa.

Nick: Si no me dices exactamente qué es, pensaré que nos estás dejando tirados porque sí.

—Mierda —dije.

—¿Qué pasa?

—Mi hermano intentando hacerme sentir culpable por cancelar.

—Es que *acabas* de avisarle —contraatacó Cami.

Levanté la vista, tratando de evaluar si eso podría ser una excusa para volver a Essex.

—Cami, si no quieres quedarte...

—Me encantaría quedarme... —dijo con énfasis— solo que no quiero interrumpir lo que tengas previsto.

—Como te he dicho, que se las apañen. —Le guiñé un ojo y decidí contarle a Nick lo que estaba pasando. Era la única manera de quitármelo de encima.

Maddox: Estoy con Cami.

Nick: ¡Anda! ¿De verdad? ¿Lo sabe la abuela?

Maddox: No, y te agradecería que mantuvieras la boca cerrada.

Nick: Lo intentaré.

Guardé el teléfono:

—Suficiente distracción por hoy —dije, centrándome en Cami.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó con una enorme sonrisa.

—Vamos a lo importante. —Tracé una línea recta desde el lóbulo de su oreja hasta su cuello con mi boca, y sentí cómo se estremecía —. Ahora sí puedo contarte todas esas ideas peligrosas que tenía antes del desayuno.

Se rió tímidamente y me rodeó el cuello con los brazos:

—Te escucho, aunque ya me lo imagino.

Un gemido gutural resonó en mi pecho:

—Sí, yo también creo que lo sabes. Y más tarde, si quieres, podemos salir a dar una vuelta por la ciudad.

Cami meneó las caderas con intención. Yo me enderecé y la miré.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿Quieres salir a dar un paseo conmigo?

Con el ceño fruncido, respondí:

—Sí, Cami. No te guardo ningún secreto. Además, dijiste que querías explorar Boston de la mano de un lugareño... pues aquí me tienes.

—Me encanta esa idea.

—Ahora que lo pienso, la prometida de Gabe es guía turística, y puede ayudarnos a hacer un recorrido como Dios manda. Voy a enviarle un mensaje.

—¡Vale! —asintió Cami, que parecía impresionada—. Es una idea magnífica.

—Cuando se me mete algo en la cabeza, no paro hasta conseguirlo.

Quería estar con Cami, y que ese día fuera memorable para ella.

—¿Te llevas bien con las parejas de tus hermanos?

—Sí, todas son fantásticas —dije, mientras buscaba el número de Diane—. Mis hermanos son muy afortunados.

Besé el hombro de Cami antes de enviar un mensaje a Diane.

Maddox: Oye, ¿tienes hueco para añadir a dos personas en algún recorrido de hoy?

Me sorprendió que mi cuñada me respondiera enseguida.

Diane: Claro, por supuesto. Tengo un *tour* con atracciones del siglo XIX a partir de las 11. ¿Es para ti?

Dudé. Tenía que tener mucho cuidado con mi respuesta.

Maddox: Para mí y una amiga.

Diane: Ambos sois bienvenidos.

También añadió un emoji sonriente.

Miré a Cami:

—Diane ha dicho que sí.

—¿A qué hora empieza? —preguntó.

—A las once.

—Qué bien —dijo pasándose una mano por el pelo—, porque tengo que comprarme ropa cómoda.

En cuanto lo dijo, me di cuenta de que tenía razón:

—Iremos a unos grandes almacenes. ¿Qué quieres comprar exactamente?

—Vaqueros o algún tipo de pantalón cómodo, un jersey, unas botas o zapatillas.

—Entonces pongámonos en marcha. No tenemos mucho tiempo.

Cami sonreía de oreja a oreja.

—¿Qué? —pregunté.

—Me gusta cómo se está dando todo hoy.

—Sí... a mí también.

Capítulo Veintiuno

Cami

Nos subimos al coche, y empecé a sentirme un poco fuera de lugar. Mi ropa no era adecuada para un sábado por la mañana.

Sí, sí, es un paseo de la vergüenza en toda regla.

Pero por dentro no lo sentía así. Me lo pasaba muy bien con Maddox, y aunque llevaba la ropa de la noche anterior, estaba a gusto con él. Me encantaba la idea de compartir el día en Boston con ese hombre tan interesante. Cuando me invitó a cenar, asumí que acabaríamos en la cama, lo cual no me parecía mal en absoluto. Pero no me esperaba nada de lo que estaba ocurriendo esa mañana.

—¿Adónde vamos?

—¿Te parece bien *Bloomingdale's*?

Ni loca. Sus precios desorbitantes estaban fuera de mi alcance.

—Mmm... prefiero Macy's —contesté.

Él se volvió hacia mí y ofreció:

—En *Bloomingdale's* tengo una *personal shopper* que nos puede ayudar.

Me quedé atónita, y tuve que aclararme la garganta antes de responder:

—Maddox. Yo...

—¿Sí?

—No suelo comprar ahí. No me lo puedo permitir —dije con franqueza. Mi situación económica era muy distinta a la suya.

Maddox me cogió la mano y me apretó los dedos:

—No te preocupes. Lo pagaremos con mi tarjeta.

Me reí con nerviosismo y respondí:

—No, de eso nada.

—Tampoco es para tanto.

Me estaba jugando la dignidad: ¿cómo iba a dejar que alguien me regalara cosas, y encima justo después de haber pasado la noche juntos? Era una situación incómoda.

—No puedo aceptarlo, siempre me he comprado mis propias cosas y quiero que siga siendo así.

Saqué el móvil y busqué la dirección de *Macy's*. Había estado un par de veces, pero no recordaba exactamente dónde estaba.

—Vamos aquí —dije, enseñándole la pantalla.

Levantó la vista del teléfono y me miró. No dijo nada durante unos segundos, pero luego preguntó:

—¿De verdad es tan importante para ti?

—Sí —asentí, y mantuve firme mi decisión.

—Vale, iremos a *Macy's*.

Me quedé con la boca abierta mientras dejaba a un lado el móvil. Esperaba que opusiera más resistencia o, al menos, que intentara salirse con la suya. Me gustó descubrir que, aunque fuera despiadado en los negocios, era muy considerado en sus vínculos personales.

Washington Street estaba más vacía de lo que esperaba. Tras aparcar, caminamos cogidos de la mano. En Boston no había caído, ni de lejos, la misma cantidad de nieve y aguanieve que en los suburbios. Essex estaba diez veces peor. Como hacía un poco más de calor que el día anterior, no me abroché el abrigo.

Sonreí a un transeúnte que se me quedó mirando.

—Debería pegarme un cartel en la frente que diga "¿Qué miras?" —le susurré a Maddox mientras entrábamos en la tienda.

—¿De qué estás hablando?

—Diría que más de uno me está juzgando con la mirada. Pero no siento ni un ápice de vergüenza por la cita de anoche ni por no llevar ropa de recambio. No pienso dejar que nadie me haga sentir incómoda.

—A mí me encanta cómo vas —respondió, pasándome un brazo por la espalda y acercándome inesperadamente a él. Me rozó el labio inferior con el pulgar—. Y ese descaro que te caracteriza.

—Me alegro, porque descaro tengo de sobra. Vamos, quiero elegir algo para ponerme. No me importa el qué dirán, pero no soporto estos zapatos ni un segundo más.

Lo que más me gustaba de *Macy's* era su sección de rebajas: había de todo y siempre encontraba algo que me encantaba. Y ese

día no fue la excepción: conseguí unos vaqueros pitillo oscuros, zapatillas negras y calcetines. Además de un jersey precioso que venía en tres colores para elegir.

—¿Puedo pasar? —preguntó Maddox, mientras me probaba los jerséis.

—El cambiador es bastante pequeño —dije—, pero puedes asomarte.

Me había puesto el de color marrón oscuro, que era diez pavos más barato que los otros dos. Pero no era un color que me sentara bien. Tendría que elegir el negro o el verde oscuro.

Maddox entró y levanté las dos prendas. Al cabo de unos segundos, tragó saliva pero guardó silencio.

¡Ja! Me está mirando las tetas.

—¿Maddox? ¿Cuál te gusta más?

Se aclaró la garganta y respondió:

—El verde oscuro.

Su voz tenía un punto tan insinuante que casi me da la risa.

—Es justo el que pensaba elegir —dije—. Vale, puedes esperar fuera.

—No, quiero mirar. Ponte la ropa.

Ya había pagado los vaqueros y el resto de las prendas, y la dependienta les había quitado las etiquetas.

Me humedecí los labios mientras Maddox se sentaba en el pequeño banco de madera que seguramente era para apoyar los bolsos. Miraba fijamente mi imagen a través del espejo.

Oh, Dios mío. Su mirada me estaba cociendo a fuego lento.

—Por suerte no hay cámaras —dijo, con un gruñido.

—Maddox, nada de sexo aquí —respondí, con la respiración entrecortada.

—Claro que no —replicó, gruñendo aún más fuerte—. El problema no serían las cámaras... sino lo fuerte que te haría gritar.

—¡Madre del amor hermoso! Estamos en un lugar público, compórtate.

Se inclinó hacia delante y me acarició la parte exterior de los muslos con las palmas de las manos:

—Contigo me olvido hasta de respirar.

—Venga, hombre, tenemos que poner una nueva norma: prohibido tocarme mientras me visto.

Maddox se aclaró la garganta y se enderezó:

—Es una regla justa....

Que accediera sin más me indicó que estaba realmente a punto de perder el control de sí mismo.

Terminé de vestirme y salimos del probador. Una dependienta nos miró con desconfianza, y Maddox le respondió alzando una ceja con toda la calma del mundo.

Este hombre debería venir con señal de advertencia.

Llegamos justo a tiempo al recorrido que empezaba en la plaza del ayuntamiento.

Estaba muy emocionada por el *tour*. Mis zapatos y vaqueros nuevos eran cómodos. El día no podía ir mejor. El tiempo también era aceptable. Me pregunté si alguien se habría pasado por *Essex Adventures*, aunque lo dudaba. Hacía demasiado frío y había mucho barro para realizar las actividades de verano, y muy poca nieve para montar en trineo, a pesar de la ventisca.

En cualquier caso, sabía que mi padre y los empleados podrían lidiar con todo.

Cuando salimos del coche, Maddox me cogió la mano y me rozó la palma con el pulgar. Ya había un grupo en el punto de encuentro, y una preciosa chica rubia hablaba con ellos.

—Hoy somos poquitos —escuché que decía mientras nos acercábamos—, así que podremos ir todos juntos sin problema. —Nos sonrió al vernos llegar—. Ahora tenemos dos personas más. —Se acercó a nosotros y dijo—: Buenos días, Maddox.

—Esta es...

—Cami —respondió por él.

Parpadeé y miré a Maddox por el rabillo del ojo. ¿Le había hablado de mí? Por su expresión podía afirmar que estaba tan asombrado como yo.

—Encantada de conocerte, Diane. He oído que eres una de las mejores guías turísticas de Boston.

—Ja, a mi cuñado le gusta hacerme la pelota. Pero prefiero pensar que lo dice porque ofrezco un buen servicio. Bueno,

bienvenidos. Uníos al grupo —nos animó, y retomó su sitio—. Como iba diciendo, además del Sendero de la Libertad, os mostraré pequeñas joyas ocultas que no aparecen en las guías turísticas.

El entusiasmo de Diane era contagioso, y sus historias, fascinantes. No se limitaba a mostrarnos edificios y darnos una breve información general, sino que lo bordaba todo con una historia detallada. También me gustó el grupo que nos había tocado, nadie la interrumpía. Cada vez que alguien hacía una pregunta, era pertinente, y enriquecía aún más la respuesta de Diane. Parecía que Maddox también lo estaba disfrutando.

—Bueno, estamos llegando al final del recorrido —dijo Diane, tres horas después.

Gracias a Dios. Las zapatillas eran cómodas, pero después de caminar tres horas seguidas, mis pies ya estaban protestando.

Al terminar el recorrido, el teléfono de Maddox vibró. Lo cogió, y al ver cómo fruncía el ceño al mirar la pantalla, sentí un nudo en el estómago. Esperaba que no fuera nada grave.

Luego soltó una risita y miró a Diane, que le sonrió. Ella también tenía el móvil en la mano. *¿Se están enviando mensajes entre ellos?*

Diane se volvió hacia el grupo:

—Gracias a todos por vuestro tiempo. Ha sido un *tour* estupendo. Podéis preguntarme lo que queráis, recomendaciones de restaurantes, etcétera. La propina es opcional pero muy bienvenida.

Por suerte, todos dejaron propina por su excelente servicio. Algunos le preguntaron por restaurantes, y otros incluso si valía la pena hacer un recorrido en barco en esa época del año. Diane les recomendó que miraran el pronóstico del tiempo, porque si el día estaba nublado, era muy probable que también hubiera niebla.

Cuando todos se fueron, Diane se acercó a mí:

—¿Qué te ha parecido? Por favor, sé sincera. Aún estoy empezando y cualquier sugerencia me viene bien.

—Pero si Maddox me ha dicho que hace años que trabajas de guía turística.

Ella asintió:

—Es verdad, pero hace solo unos meses que me lo monté por mi cuenta.

—De verdad, ha estado genial. Nunca había hecho un *tour* en Boston, pero sí en Essex, y puedo decir que tú eres la mejor guía con diferencia.

Su sonrisa se iluminó:

—Ya veo por qué le gustas a Maddox. —Acto seguido, se dirigió a él—. ¿Entonces?

—¿Entonces qué? —preguntó Maddox, lanzándome una mirada cómplice.

—¿Qué está pasando aquí? No me estoy enterando de nada —dije, con el ceño fruncido.

Diane se rió:

—Bueno, será mejor que Maddox nos explique, porque yo tampoco estoy segura de lo que está pasando.

—Por lo visto ha llegado a oídos de mi abuela... —dijo, y miró a Diane con ojos entrecerrados— de que estamos juntos en Boston.

—No me mires así. ¡Yo no le he dicho nada! —confesó Diane.

—¿Pero Gabe lo sabe?

—Pues claro —respondió, y en ese momento, comprendió lo que estaba pasando—. Vaya... veo que a mi prometido le cuesta quedarse callado.

—Sí, más aún cuando se trata de la vida personal de sus hermanos, no de la suya propia —aclaró Maddox.

—Okey...¿y? —dije, aún sin entender del todo.

—Y como quien no quiere la cosa, la abuela nos ha invitado a todos a tomar un café en su casa.

—¿Quiénes son "todos"? —pregunté.

—Lo ha puesto por el grupo familiar —aclaró Diane—. Sus palabras textuales fueron "Estáis todos invitados" y "Es vuestra oportunidad para conocer a Cami".

Maddox me miró antes de cogerme la mano y apretarme los dedos:

—No estamos obligados a ir.

—Me cae bien tu abuela —respondí.

—Sí, pero me gustaría avisarte que no solo estarán los abuelos —me advirtió Diane—, sino la mayor parte de la familia. Al parecer, todo el mundo ha modificado sus planes para poder conocerte.

Solté una risa nerviosa:

—Puede que aprovechen la excusa para hacerle una visita a Jeannie.

Maddox se echó a reír:

—Conociendo a mis hermanos, no me extrañaría que vinieran solo para asegurarse de que la abuela mantenga el foco en nosotros dos y les dé un respiro. El resto simplemente se limitará a disfrutar viendo cómo, una vez más, ella tenía razón.

Diane me sonrió:

—Nunca te aburres con los Whitley.

—Ya veo —comenté.

—Es tu decisión, Cami —dijo Maddox.

—Venga, quiero conocer al resto de la familia. —Por dentro, saltaba de alegría por el hecho de que él quisiera presentarme a su familia—. Ya conozco a Gabe, Leo y Jeannie... será pan comido.

—Ojalá —resopló Maddox.

Capítulo Veintidós

Cami

Pero en cuanto los tres entramos en casa de Jeannie, y escuché un sinfín de voces procedentes del salón, me sentí abrumada. No podía creer *la cantidad* de gente que había congregada allí. Sabía que Maddox tenía muchos hermanos, y que muchos de ellos estaban emparejados, pero no era consciente que estarían todos en casa de su abuela.

Jeannie fue la primera en acercarse a nosotros y me saludó con un abrazo:

—Cariño, cuánto me alegro de volver a verte. —Me pilló por sorpresa, pero la abracé de vuelta—. Voy a presentarte a todos —agregó, tras retirarse.

—Ya he conocido a Gabe y a Leo —dije.

—Estos son Jake y Natalie. Cade y Meredith.

Cade estaba sonriendo. Y a juzgar por lo que veía, Jake también luchaba por contener la risa, pero no lo estaba consiguiendo. Natalie lo miró con el ceño fruncido, negando con la cabeza.

—Venga ya, chicos —comentó Meredith.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Fue Maddox quien respondió en vez de ellos:

—Te he dicho que mis hermanos disfrutarían *mucho* con esto.

—Da gusto ver a otro más que muerde el polvo —apuntó Cade.

—¡Cade! Esa no es forma de hablar —le regañó su abuela.

Todo el mundo se echó a reír.

—Estos son Spencer y Penny —continuó Jeannie.

—Y este es Ben —dijo Penny, besando al niño que Spencer tenía en brazos—. Encantada de conocerte, Cami. No les eches cuenta a Cade y a Jake.

—Claro, como si Spencer fuese un santo —interrumpió Cade.

—A decir verdad, Jake es mucho más serio que nosotros —intervino Spencer—, pero está claro que algo le pasa, porque hoy no

puede contenerse. Al menos tenemos a Colton —señaló con el pulgar al hombre que estaba a su lado—, que siempre es correctísimo.

Colton me estrechó la mano:

—Encantado de conocerte, Cami. Espero que esta entusiasta bienvenida a la familia Whitley no te agobie demasiado. Ella es Zoey.

—Encantada de conocerte, Zoey.

—Y yo soy Nick —añadió otro chico, desde el otro lado de la habitación—. Espero que no te hayamos agobiado —comentó.

—Para nada —confesé—. Estoy un poco abrumada, sí, pero no agobiada.

Nick, que parecía cabizbajo, miró a Maddox y le dijo:

—Buena señal. Si ha sobrevivido a los Whitley sin salir corriendo, es que es de armas tomar.

—Totalmente —dijo Maddox con orgullo, cosa que me llegó al corazón.

Se acercó y me pasó un brazo por los hombros:

—Puede que Cami lo esté llevando con dignidad, pero a mí no me engañáis... nos habéis tendido una emboscada.

—¿Qué dices? Solo queríamos compartir un rato todos juntos —dijo Jeannie.

—¿Dónde está el abuelo?

—En su estudio, hablando por teléfono con uno de sus compañeros de pesca. Por lo visto, su amigo se ha roto la cadera recientemente, y Abe se siente obligado a escuchar sus lamentos diarios. —Sacudiendo la cabeza, añadió—. Empatizo con su situación, pero tampoco me gusta que deprima a mi Abe.

La forma como dijo "mi Abe" fue tan dulce y romántica que me conmovió.

—Voy a ver qué está haciendo —comentó.

—No te molestes, abu —dijo Nick con entusiasmo—. Yo voy.

—Jovencito, soy una anciana pero me puedo desplazar solita por mi propia casa.

Nick levantó las manos en defensa propia y respondió:

—Madre mía, qué irritable estás hoy. Y yo que pensaba que la presencia de Cami te tendría de mejor humor.

Jeannie negó con la cabeza antes de salir de la habitación a paso ligero.

Una vez que se fue, Nick preguntó:

—¿Alguien sabe qué la tiene tan malhumorada?

—¡Te he escuchado! —La voz de Jeannie resonó desde el pasillo.

—Mierda —dijo Nick en voz más baja.

—Creo que está molesta con el amigo del abuelo —dijo Cade.

¿O era Spencer? Sí... era Spencer, porque sostenía al adorable niño en brazos. El bebé tenía la mirada puesta en mí.

—Bueno —comenté, encogiéndome de hombros—, a ver si la podemos distraer un poco. Parece que hoy me ha tocado ser el centro de atención.

Maddox me miró, claramente sorprendido:

—Vaya, qué rápido le has cogido el punto.

—Por eso mismo nos pareció que la reunión era una idea estupenda —dijo Gabe.

Maddox se volvió hacia él:

—¿Te *pareció* una idea estupenda? Porque que te hayas ido de lengua no tuvo nada que ver, ¿no?

—Ya, tío. No sé cómo lo hace, pero cada vez que hablo con la abuela, una cosa lleva a la otra, y sin darme cuenta...

—Termina soltándole todo lo que se le pasa por la cabeza —añadió Colton, y todos se echaron a reír.

Meredith y Natalie no dejaban de mirarse con complicidad.

Me encantaba estar con ellos. Era una experiencia nueva, no tenía hermanos, y mi único vínculo familiar era con mi padre.

Miriam era como una hermana, pero me apetecía tener más amigas. Y ellas me parecían increíbles.

Cuando Jeannie volvió, los chicos intentaron bajar el tono de las risas. Detrás de ella venía un señor mayor, que sin dudarlo se acercó a mí:

—Hola Cami, soy Abe Whitley.

—Encantado de conocerlo —lo saludé, mientras me estrechaba la mano.

—Bueno, ya que estamos, pongamos la mesa —dijo Jeannie, y todo el mundo se puso manos a la obra.

Fuimos a la cocina para coger los platos y la comida y llevarla al salón.

¡Madre mía, qué cantidad de comida!

Y yo que pensaba que solo tomaríamos un café.

—Gracias por venir temprano y ayudarme a preparar todo esto —les dijo Jeannie a Colton, Zoey, Jake y Natalie. Cade y Meredith también le hicieron un gesto con la cabeza.

—De nada —respondió Zoey—. El placer es nuestro.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó Maddox, cuando Jeannie volvió a la cocina.

Meredith sonrió:

—¿Recuerdas que a tu abuela le saca de quicio pedir comida a domicilio, contratar un *catering*, y cualquier forma de ayuda?

Maddox asintió antes de mirarme y explicar:

—Es que tenemos que proteger a la abu de sí misma. Cada vez que venimos a visitarla, prepara comida para cien personas, y es demasiado esfuerzo para ella.

Atónita, señalé la mesa y pregunté:

—¿Ella ha preparado todo esto?

—Sí, pero con nuestra ayuda —dijo Natalie.

—Como la abuela no soporta tener a desconocidos en su cocina, cuando nos llegó la invitación, nos ofrecimos a venir un rato antes y cocinar con ella —dijo Jake.

—Nunca se me habría ocurrido —dijo Maddox—. Es una idea brillante.

Me parecía increíble y me llenaba de ternura que se preocuparan tanto por sus abuelos.

—Hemos pasado un buen rato —comentó Zoey, mientras Jake besaba la sien de Natalie.

Cuando Jeannie regresó, comenzamos a servirnos en los platos. La comida estaba deliciosa: había pato asado, salmón, judías negras con setas, arroz y patatas.

Me costaba creer que se hubieran organizado tan bien en tan poco tiempo, pero al fin y al cabo, la unión hace la fuerza. Y ellos eran muchos.

Me acomodé en el hueco que quedaba entre Natalie y Diane.

—¿Tienes que hacer algún recorrido más hoy? —le pregunté a Diane.

—Sí, por la tarde. Es una visita guiada por los lugares más embrujados de la ciudad.

—¡Qué guay! Me encantaría ir, pero le he prometido a mi padre que cenaríamos juntos.

—Vaya... Pues es el recorrido mejor valorado por mis clientes, incluso por aquellos que en un principio no se sienten atraídos por las experiencias paranormales. Seguro que te gustaría.

—Puedo dar fe de ello —dijo Natalie—. Esta semana hice uno de los *tours* embrujados de Diane, cuando Maddox tuvo la amabilidad de dejarme salir temprano de la oficina.

Abrí los ojos con evidente sorpresa:

—No sabía que trabajabas con Maddox.

—Sí, estoy a cargo de la organización de los eventos de la empresa. Es un gran jefe.

—Venga, Natalie, por favor... háblale bien de mí —comentó Maddox, desde el otro extremo de la mesa.

—¿Tú también estarás implicada en el hotel y la destilería? —le pregunté.

Por el rabillo del ojo, vi que Gabe levantaba la vista. Y entonces me di cuenta de que Maddox no debería haberle contado aún mi decisión de vender.

—No lo sé —dijo Natalie.

Maddox interfirió:

—Cuando llegue el momento, veremos cómo organizaremos todo eso. Falta como un año y medio. No tiene sentido hacer planes ahora.

Gabe alternó la mirada entre Maddox y yo, y dijo:

—Tengo que preguntar, ¿hay alguna novedad?

—Sí, he decidido vender el parque —respondí con una sonrisa.

Gabe se levantó de la silla, se acercó a Maddox y le puso una mano en el hombro:

—Hermano, me retracto de todo.

Maddox se giró en su asiento y miró a Gabe con el ceño fruncido:

—Gracias por el voto de confianza. —Luego me miró—: No estaba de acuerdo en que yo tratara contigo. Pensó que lo echaría todo a perder.

—Bueno, al principio estuviste a punto de hacerlo —reconocí.

Todos en la mesa empezaron a reír a carcajadas, Maddox y yo incluidos.

En cuanto nos calmamos, Abe se aclaró la garganta y dijo:

—Pues es una gran noticia. Voy a abrir una de nuestras mejores botellas de champán para celebrarlo.

Diez minutos más tarde, estábamos todos brindando. La alegría se palpaba en el ambiente, y me hizo muy feliz ser parte de eso.

Una vez terminada la comida y recogida la cocina, tomamos asiento en los sillones y en los sofás, pero no por mucho tiempo. Era evidente que tanto Jeannie como Abe estaban agotados. Yo miraba a Ben, con la esperanza de captar su atención. A decir verdad, quería cogerlo un rato, pero no me atrevía a pedírselo. Acababa de conocer a sus padres, y no estaba segura de que quisieran entregar a su hijo a una completa desconocida.

Entonces Ben empezó a lloriquear, y Spencer y Penny dijeron que era hora de su siesta. Lentamente, todo el grupo se dispersó.

Nos marchamos justo después de Zoey y Colton.

Cuando llegamos al coche, le dije a Maddox:

—Tengo mucho que aprender de tu familia... Me gustaría hacer más por mi padre, pero él siempre nota cuando lo intento, y se cierra en banda.

Maddox me miró atentamente, rozándome la mejilla con el dorso de la mano:

—Que te hayas hecho cargo de la gestión del parque tras el fallecimiento de tu madre, ya es muchísimo.

Me mordí el interior de la mejilla:

—Es más o menos lo que habéis hecho vosotros, ¿verdad? Cada uno se hizo cargo de una rama de *Whitley Industries*.

Entrecerró los ojos, mirando a lo lejos e inclinando la cabeza:

—Algo así, pero no es la misma situación. En tu caso, era una necesidad... no tenías otra opción, y era el medio de vida de tu padre. Nosotros *elegimos* hacerlo. El abuelo podría haber vendido la

empresa y ganado mucho dinero, pese a que estuviera en ruinas. Por ejemplo, hasta hace poco, Jake no formaba parte de *Whitley Industries*.

—¿Qué le hizo cambiar de opinión? —pregunté.

Maddox me acarició la mejilla con los dedos, un gesto que me resultó reconfortante. Pero en cuanto me rozó el labio con el pulgar, la sensación de ternura dio paso al deseo.

—Jake se mudó a Boston cuando el abuelo enfermó, y se hizo cargo de *Whitley Advertising*. —Centró su mirada en mis labios—. ¿De verdad tienes que volver a Essex?

El corazón me dio un vuelco. *¿Quiere pasar otra noche conmigo?* Era tentador, pero había quedado con mi padre.

—Sí, le he prometido a mi padre que cenaríamos juntos.

Maddox asintió:

—Vale, te llevaré al restaurante para que recojas tu coche.

—Gracias.

***

Llegamos al restaurante demasiado pronto. Mi coche seguía en el mismo sitio donde lo había aparcado la noche anterior. Por alguna razón, tenía un miedo irracional a que se lo llevara la grúa, porque el cartel indicaba que el *parking* era solo para clientes.

—Menos mal que no se lo han llevado —dije.

—Claro que no. Anoche hablé con el dueño del restaurante y le avisé que hoy lo recogeríamos.

No estaba acostumbrada a que nadie se anticipara a mis necesidades. Siempre había sido yo quien intentaba prever los problemas y resolverlos antes incluso de que surgieran.

—Gracias.

Maddox aparcó y se bajó inmediatamente del coche. Para mi sorpresa, caminó directamente hacia la puerta del conductor de mi coche, y cuando la desbloqueé con el mando, la abrió para mí. No pude evitar sonrojarme. Acto seguido, abrió la puerta trasera de su coche y cogió la bolsa de Macy's donde había guardado el vestido que llevé en la cena.

—Gracias por pasar conmigo toda la noche y todo el día.

—Me convenciste —bromeé, cogiéndole la bolsa.

—Y por aguantar a mi familia.

—¿Estás de broma? No estoy acostumbrada a pasar mi tiempo libre con mucha gente, pero ha sido muy divertido. Miriam y yo somos uña y carne, pero por lo demás, siempre he sido bastante solitaria.

Se inclinó hacia delante, me mordió el lóbulo de la oreja y bajó los labios por mi cuello.

—Maddox, ¿qué estás haciendo?

—Convencerte para conseguir que te quedes otra noche.

Descendió más abajo por mi cuello. Incluso sentí la punta de su lengua en mi piel.

Me enderecé, le puse una mano en el pecho, y tras cerrar los ojos un momento, dije con pesar:

—No te lo tomes personal. Tienes unos dotes de seducción increíbles, pero le he dado mi palabra a mi padre.

Maddox gimió y dio un paso atrás:

—Está bien, entra antes de que cambie de opinión y te lleve a rastras.

No sabes cuánto me gustaría que me llevaras. Pero en lugar de eso, subí a mi coche, preguntándome cuándo volvería a verle.

Capítulo Veintitrés

Cami

De camino a Essex, puse la música a todo volumen y mi lista de reproducción favorita de Spotify. No dejaba de pensar en Maddox y en el futuro. Tenía un buen presentimiento sobre la venta de *Essex Adventures*. Cuanto más lo pensaba, más sentido tenía. Y escuchar a Diane hablar apasionadamente de su emprendimiento de recorridos turísticos me estaba dando ideas.

No estaba obligada a dar clases... ni a viajar. Parecía que eso ya no resonaba conmigo. Essex era mi hogar.

Durante el trayecto, hice un pedido al restaurante de comida china favorito de mi padre: salteado con pechuga de pato para él, y salteado con gambas para mí. Veinte minutos después, recogí el pedido.

Me encantaba la casa de mi padre: era más pequeña que la que tenía cuando aún vivía mi madre. Decidió mudarse tras su fallecimiento, porque se le quedó grande. Aunque fue mucho más que eso; supuso un gran paso para superar el duelo. Cuando se mudó a su nueva casa pudo realmente empezar a sanar.

Abrió la puerta justo cuando aparqué el coche.

—Me muero de hambre. Anda, ¿me has traído el salteado de pato? —preguntó. El olor me había delatado.

—Sí, y está caliente aún, así que podemos comer ya —dije.

Cuando entré, la mesa ya estaba puesta. Tomamos asiento y nos servimos los platos.

—Me crucé con Miriam esta mañana, y me contó que pasaste la noche en Boston —dijo mi padre con una ceja levantada.

Miriam y su bocaza. Tenía previsto contarle ese mismo día lo que estaba pasando entre Maddox y yo.

—Sí. Me reuní con Maddox y le conté mi decisión.

—Me alegro. Yo podré disfrutar de mi jubilación y tú recorrer el mundo como siempre has querido —comentó con una sonrisa.

—A decir verdad... eso ya no es lo que quiero.

—¿En serio? ¿Por qué? Hasta hace un par de años ese era tu sueño.

Hace casi una década, pero no le corregí.

—Los sueños pueden cambiar. En realidad estoy pensando que, con mi parte del dinero, podría montar un negocio aquí en Essex.

Los ojos de mi padre se abrieron de par en par:

—Nada me haría más feliz, hija. ¿Pero es realmente lo que quieres? No tienes que quedarte aquí por tu viejo padre.

—No es por eso. —Aunque, por supuesto, vivir en el mismo pueblo que mi padre era una gran motivación—. Essex es mi hogar.

—¿Y qué es lo que quieres hacer?

Sonreí tímidamente y me explayé:

—Me gustaría abrir una cafetería con bollería casera, y que sea a la vez un lugar de entretenimiento. Con juegos de mesa, una sección de dardos... por supuesto. Estoy pensando en montar un *escape room*, que es un plan excelente cuando hace mal tiempo. Y en verano, que a la gente le gusta estar al aire libre, me tomaría vacaciones.

Mi padre asintió con entusiasmo:

—Ya te imagino en esa cafetería.

—Voy a pensar en un plan de negocio. Todo ha ido muy bien hoy.

—¿Has hablado solo con Maddox o con Gabe también?

—Con Maddox, pero Gabe está al tanto de todo —respondí—. Hay otra cosa de la que quiero hablarte, papá.

—Te escucho.

—Maddox y yo... estamos saliendo. —En cuanto las palabras salieron de mi boca, me di cuenta de que en realidad no sabía muy bien lo que teníamos.

—¡Joder! —exclamó, con el ceño fruncido.

Se me cayó el tenedor del susto.

—¡Papá!

—No puede ser —resopló, con evidente disgusto.

—¿Qué problema hay?

—¿*Así* es como te ha convencido para vender? ¿Realmente quieres hacerlo?

—Pa-papá —tartamudeé. Nunca lo había oído hablar en ese tono.

Mi padre abrió la boca, la volvió a cerrar y al final soltó:

—No me gusta la idea.

—¿Qué? ¿Que me haya decantado por vender?

—No, no me gusta Maddox.

Me quedé observando el plato antes de mirarlo a los ojos y respirar hondo. Necesitaba recomponerme de alguna manera. Su reacción me pilló desprevenida.

—Tú eras el que hablaba maravillas de los hermanos Whitley.

—Sí, pero como *compradores*. Maddox no parece ser el tipo de persona que mantiene una relación seria.

Me mordí el interior de la mejilla, considerando cuidadosamente mis palabras. Tampoco podía contradecirle, pero no sabía cómo explicarle que no me importaba lo más mínimo, porque yo tampoco estaba buscando un compromiso a largo plazo. Era una conversación muy incómoda, aunque no quería eludir el tema ni que él se hiciera una idea equivocada.

—Escucha, papá. Maddox y yo estamos en la misma sintonía.

—Voy a hablar con él.

—Ni se te ocurra.

—Soy tu padre. No puedes decirme qué debo hacer.

—Hasta hoy, jamás tuve motivos para hacerlo —respondí.

—Cariño... no quiero que te haga daño —aclaró mi padre, un poco más calmado.

—Eso no va a pasar. Prométeme que no hablarás con Maddox sobre esto.

No dijo nada, se limitó a comer y masticar con molesta lentitud.

Yo no podía dejar de mirarlo:

—No te vas a librar, papá. Prométemelo.

—Lo siento. Lo estaba pensando y no puedo prometerte nada.

Resoplé. No iba a rendirme, pero sí intentar llegar a un mejor acuerdo.

Me tomé unos minutos para pensar algo. Cuando terminé mi plato chasqueé los dedos: se me había ocurrido una idea genial.

—Está bien, sé que era mucho pedir. Promete que, al menos, serás cortés.

—¿Es él quien te convenció para que te quedaras en Essex?

—¿Qué? No, para nada. Ni siquiera le he contado el proyecto que tengo en mente.

—Vaale... está bien.

Pero era evidente que *no* estaba bien. No podía creer que hubiera reaccionado así. Mi padre tenía un carácter relajado, y me apoyaba en todas las decisiones que tomaba. Hacía mucho tiempo que no le presentaba a nadie y si no le contaba de mi vida romántica era porque no había nada que contar. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Presentarle a todos los chicos con los que había salido en los últimos años? Que tampoco eran muchos. Pero no podía ocultarle lo que estaba pasando entre Maddox y yo. Eso sí estaría mal.

Qué mierda. Tengo que avisar a Maddox.

Cuando terminamos de cenar, volví a mi cabaña y miré el móvil. Miriam me había llamado cinco veces. Le devolví la llamada mientras abría la puerta.

—Por fin. Ya estás en Essex, ¿no?

—Sí. Acabo de terminar de cenar con mi padre, que gracias a ti, se ha enterado de que pasé la noche en Boston.

—Lo siento, no sabía que no se lo habías dicho. ¿Qué tal la fiesta de pijamas? —preguntó.

—Espectacular, pero oye, ¿tienes planes para esta noche?

—A ver... si mi mejor amiga me acepta, iré a su casa con palomitas, a beber vino caliente y cotillear.

—Me parece un plan de sábado fantástico —dije.

—Estupendo. Estaré allí en cinco minutos.

—Oye, pero si tú no puedes beber vino.

—He comprado uno que no tiene alcohol.

—¿Existe el vino sin alcohol? —pregunté, incrédula.

—Sí, pero aún no lo he probado. Si está malo, tendré que conformarme con zumo de arándanos.

—Voy a ir preparando todo. ¿Ya has cenado?

—Sí, mi marido se pasa el día dándome de comer; cree que debo comer por dos.

El marido de Miriam era un encanto. Se había enamorado de ella en el instituto y siempre la trataba como a una reina.

Después de colgar, encendí unas velas aromáticas, con olor a pino. Era una de las cosas que más me *encantaban* de esa época del año. Miré por la ventana y vi que el cielo volvía a estar nublado. No parecía que fuera a llover, pero seguía muy oscuro.

Miriam llegó poco después. No me fiaba mucho del vino tinto sin alcohol, pero tendría que probarlo. Mi amiga metió las palomitas en el microondas mientras yo preparaba la olla con las especias.

—Si quieres, puedes prepararte tu propio vino con alcohol —dijo.

Negué con la cabeza:

—Claro que no, estamos juntas en esto. —En realidad, por el aroma, parecía que saldría bien.

—Bueno, soy toda oídos —dijo Miriam, abriendo la bolsa de palomitas.

Le hice un resumen del fin de semana: cena, desayuno y reunión con la familia.

—¡Madre mía! —comentó—. No me imagino a Maddox rodeado de una gran familia. Me lo hacía un tipo solitario.

—Yo también, pero nada más lejos de la realidad. Por cierto, quiero contarte otra cosa.

Le hablé del proyecto que tenía en mente mientras removía el vino caliente y me atiborraba de palomitas.

—Vaya, ¿cuándo se te ha ocurrido todo eso?

—Creo que desde que mi padre me habló de vender la propiedad. Antes, ni se me había pasado por la cabeza.

—Vuelvo a lo mismo: la polla mágica otra vez, ¿no? —dijo Miriam, cruzándose de brazos.

—¿Qué? —pregunté con una carcajada.

—Te quedas en Essex por él, ¿verdad?

Sacudí la cabeza con vehemencia:

—No. Además, él vive en Boston.

Miriam puso los ojos en blanco:

—Que queda a *solo* cuarenta minutos en coche. La gente que vive en las afueras tarda mucho más para ir al trabajo.

—No me refiero a eso. Tenemos vidas muy diferentes. Ha dado la casualidad de que nos hemos cruzado, y lo cierto es que nos lo estamos pasando pipa —dije con una sonrisa. Miriam movió las cejas —. Pero ni él ni yo nos planteamos tener nada serio ni a largo plazo.

—Mmm.

—¿Piensas que no es así? —pregunté.

—No, no. Es que aún estoy procesando que hayas decidido no viajar por todo el mundo.

—Voy a elaborar un plan de negocio y me dedicaré a hacerlo realidad. Me hace mucha ilusión.

—Me alegro. Bueno, ahora a probar el vino —dijo.

Llené dos tazas de vino caliente sin alcohol. Al beber el primer sorbo, casi lo escupo:

—Joder, está malísimo

—¡Qué asco! —exclamó Miriam—. Tendré que recurrir al zumo de arándanos.

Nos echamos a reír como dos desquiciadas. Me encantaba pasar el rato con mi mejor amiga, y estaba feliz de no tener que renunciar a nuestras quedadas.

Hablamos de Maddox y de mi proyecto hasta que ella empezó a bostezar.

—Creo que es hora de irme —dijo, poniéndose de pie—. Me muero de sueño.

—Conduce con cuidado. Gracias por venir.

La acompañé hasta la puerta y nos abrazamos antes de que se subiera al coche.

Cuando se fue, abrí el portátil. Estaba tan entusiasmada con mi idea que quería empezar a elaborar un plan. En primer lugar, tenía que buscar locales de alquiler. Había visto algunos en Main Street, pero no sabía si seguían disponibles.

Estaba exaltada, probablemente por todo el azúcar y el falso vino caliente. Me quedé despierta hasta tarde, pero al cabo de unas horas tenía un esquema del plan.

Había encontrado un local que parecía ser justo lo que necesitaba. Antes había sido una librería que me encantaba, pero llevaba tres años cerrada, tras la jubilación de la señora Hilly. Lo

malo era que pertenecía a Bill. Preferiría tratar con otro propietario, pero tendría que aguantarme.

Si me quedaba en Essex, no podría evitarlo para siempre. Por desgracia, trabajaba en el ayuntamiento.

***

A la mañana siguiente, me levanté con mucha energía a pesar de haberme acostado tarde. Me dirigí directamente al parque porque teníamos algunas reservas. Debían de haber entrado por la noche, porque la última vez que comprobé el calendario estaba vacío. Incluso teníamos reservas para la semana siguiente. Crucé los dedos para que el tiempo acompañara.

En mi pausa para comer, decidí enviarle un mensaje a Bill, a pesar de que era domingo.

Cami: Hola, Bill. Estoy interesada en tu local de Main Street. ¿Cuándo podría verlo?

Me respondió unas horas más tarde.

Bill: Hola, Cami. Me alegra tener noticias tuyas. No estoy en Essex ahora mismo, pero volveré en dos semanas. Puedo enseñártelo dentro de dos jueves. ¿Te viene bien a las cinco?

Bien. Tenía un buen presentimiento. Las cosas estaban encajando.

Cami: Claro, nos vemos entonces.

Era la primera vez desde la muerte de mi madre que concentraba mis esfuerzos en algo que no fuera el parque. Y era absolutamente emocionante.

Pasé toda la tarde atendiendo a otro grupo. El teléfono sonó varias veces en mi bolsillo, pero ni siquiera tuve tiempo de mirarlo.

El grupo era pequeño y no paraban de quejarse de la humedad.

—Lo sentimos mucho, pero después de la que ha caído, es normal que tarde en secar —expliqué, al menos una docena de veces a los distintos participantes.

Cuando se fueron, me quedé en el edificio principal. Mi teléfono volvió a sonar, y esa vez lo cogí. Al ver que era Maddox me dieron

ganas de saltar de alegría.

Contesté inmediatamente:

—¡Hola!

—Hola, ¿qué tal tu día?

—Ha estado genial. Acabo de terminar unas actividades con un grupo.

—Tengo entendido que tu padre le ha dicho a Gabe que empezara a preparar toda la documentación.

—Mierda —dije, tapándome la boca—. Me olvidé por completo de advertirte.

—¿Advertirme qué? —preguntó con una risita.

—Anoche, cuando estábamos cenando, le conté a mi padre lo nuestro.

—¿Y qué dijo?

Intenté adivinar por su voz si le molestó que se lo dijera, pero no lo conseguí.

—No le ha hecho mucha gracia.

—Imagino que no está precisamente contento, ¿no? —dedujo Maddox.

—Supongo que como todo padre —respondí—. Es muy protector.

—Está bien, Cami. No te preocupes. En cuanto a los documentos, nos llevará unas dos semanas preparar todo, como mucho. Os enviaré un correo a ti y a tu padre en cuanto todo esté listo.

—¡Estupendo! —exclamé—. ¿Cuándo vendrás a Essex?

—Normalmente voy los martes, pero como tengo mucho trabajo con el papeleo del contrato, creo que ya iré la semana que viene.

Hice un mohín, pero no me quejé. Me hacía muy feliz que las cosas estuviesen saliendo tan bien.

Capítulo Veinticuatro

Cami

Aunque dos semanas era mucho tiempo, decidí esperar a Bill y no visitar otros locales comerciales mientras tanto. Essex era un pueblo pequeño y no quería dar una mala impresión, además, tenía muy claro que el local de Bill era el que quería. Por otro lado, estaba muy liada; el tiempo mejoró, y contra todo pronóstico, las reservas se incrementaron. Estaba tan ocupada que apenas tenía tiempo de mirar el móvil, pero lo llevaba encima porque Maddox me llamaba de vez en cuando y quería atenderlo.

Aquel día solo pude revisar el teléfono durante la pausa del almuerzo.

Me puse supercontenta al ver un mensaje suyo.

Maddox: ¿Cómo estás?

Cami: Devorando mi almuerzo en los pocos minutos que tengo. No creerías lo ocupados que estamos esta semana. Tenía ganas de acercarme a la cafetería de la señora Walker, que prepara unas cosas deliciosas, pero no me ha dado el tiempo. ¿Cómo va tu día?

Maddox: Gabe y yo nos pusimos manos a la obra con el contrato.

¡Madre mía, la venta se está concretando! No solo había accedido a hacerlo, sino que ahora lo estaba deseando.

Contemplé la posibilidad de contarle mi idea sobre el nuevo proyecto, pero primero quería ver el local y darle un poco más de forma al negocio.

Cami: ¡Genial!

Cami: Vaya, ya ha llegado el próximo grupo.

Maddox: Dales caña.

Pero estaba hecha polvo. A las tres, no paraba de bostezar y estaba deseando beber un café. Para mi asombro, me encontré a Miriam en la entrada.

—Hola, amiga. No sabía que vendrías...

Sonrió, y me dio una bolsa con bollería de la señora Hendricks:

—No, he venido sin avisar. Toma, tengo algo para ti.

—Acompáñame a la parte de atrás.

—Claro.

—¿Cómo me has leído la mente? —pregunté, una vez que estuvimos en la parte trasera de la recepción—. Me moría por comer algún dulce de la señora Walkers.

—Es una historia graciosa... Fui hasta allí, como todos los días, y me preguntó si iba a verte, porque Maddox Whitley encargó un pedido para ti.

Estaba a punto de abrir mi bolso y me detuve en seco:

—¿En serio?

—Sería incapaz de inventarme algo así.

Sonreí tímidamente mientras mordía el cruasán. *Mmm... relleno de crema pastelera, mi preferido*. La señora Walker era la mejor. Y Maddox también.

Cuando abrí los ojos, Miriam me miraba fijamente:

—Hacía tiempo que no te veía tan feliz.

—Creo que nunca he sido tan feliz.

—No quiero entrometerme en tu vida, pero ¿cuándo voy a conocer a Maddox?

Me humedecí los labios y respondí:

—No lo sé... Viene a Essex de vez en cuando, seguro que habrá ocasión para que lo conozcas.

Miriam suspiró con dramatismo y puso los ojos en blanco:

—Por favor.

—Vale, lo prometo.

—Ah, y por cierto —dijo emocionada—, he oído que Maddox ha arreglado con la señora Walker una entrega diaria para ti. —De repente se quedó callada un segundo, y continuó—: Mierda. Creo que he metido la pata.

—Ya veo —respondí entre risas.

—Se supone que era una sorpresa. ¡Yo y mi bocota! —protestó—. ¿Sigo siendo tu mejor amiga?

—Sabes que sí —respondí con una sonrisa.

—Bueno, la señora Walker te enviará al repartidor todos los días. —Miró la hora—. Maldita sea, se me hace tarde. Hace tiempo que no cotilleamos como Dios manda.

—Siempre eres bienvenida en mi casa.

—¿Y arruinar un momento íntimo? No, gracias.

—Miriam —dije, con las mejillas encendidas sin motivo—, te avisaré si estoy ocupada.

—Pero a juzgar por cómo se maneja Maddox, puede que no tengas tiempo de avisar. ¿Y si te cae de sorpresa?

—Ya veremos.

En cuanto se fue, le envié un mensaje.

Cami: Miriam me ha traído unas cosas riquísimas. Muchas gracias.

Maddox: ¿Miriam? Pensé que tenían un repartidor.

Cami: Así es, pero como ella estaba allí, se ofreció a hacer la entrega.

Me llamó y contesté del tirón:

—Maddox, no tengo mucho tiempo —fue mi forma de saludarlo —. El próximo recorrido sale en cinco minutos.

—Vaya, tienes unos descansos muy cortos.

—Sí, pero no me quiero quejar. Más aún después de la agradable sorpresa que me has dado. Gracias. ¿Cuándo vendrás a Essex?

—Es difícil saberlo. Los constructores se han puesto en marcha de nuevo, pero estoy hasta arriba de trabajo. Esta semana no podré ir... tal vez la próxima.

No podía creer la enorme desilusión que me invadió.

—¿Tal vez?

—¿Quieres que vaya? —Podía oír la sonrisa en su voz.

Me humedecí los labios. ¿Por qué me costaba tanto admitirlo? Lo nuestro era relajado y casual, pero quería ser sincera con él.

—Estaría bien que vinieras.

—Cami, es muy poco probable que vaya, pero lo intentaré. Entre el trabajo y la redacción del contrato, no me queda ni un minuto de tiempo.

Y en ese momento, empecé a perder la cabeza.

¿Y si voy a Boston a verlo?

Ni pensarlo. Eso ya era demasiado, cruzaría por completo la línea de una relación casual.

—Por cierto, creo que Diane tenía ganas de ir a ver el parque —comentó.

—¿En serio?

—Quiere evaluar si puede ofrecer visitas guiadas fuera de Boston. Ya tiene a Salem en su lista, pero quiere ampliar horizontes.

—Dale mi contacto y que me mande un mensaje.

—Vale. Avísame si... es demasiado.

—¿Por qué sería demasiado? —pregunté confundida.

—Porque otros miembros de mi familia dijeron que también querían ir a Essex en cuanto se enteraron de su idea.

Me eché a reír:

—No sería ningún problema. Me lo pasé muy bien con ellos y me encantaría verlos.

Oí que alguien me llamaba.

—Joder, el grupo ha llegado más temprano de lo que esperaba. Avísame si pasas por Essex, ¿vale?

—Claro que sí.

***

Por desgracia, eso no sucedió. El viernes por la mañana, para mi asombro, me di cuenta de que tenía mono de Maddox. ¿Cómo era posible? Nunca me había pasado con nadie.

El viernes por la tarde, Diane por fin me envió un mensaje.

Diane: Si te parece bien, mañana tengo previsto ir al parque. Sé que tienes pensado vender, pero podría enviarte algunos turistas mientras tanto.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. No podía creer que tuviese el detalle de enviarme clientes. ¿Quién hacía algo así?

Cami: Claro, puedes venir cuando quieras. Tengo un par de grupos pequeños para mañana, así que hay sitio para agregar más gente si decides venir.

El sábado por la mañana, Diane me envió un mensaje a las diez mientras yo estaba con un grupo de cinco personas en una de las

tirolinas.

Diane: Ya hemos llegado. Tu padre me ha dicho dónde encontrarte.

Mi estómago dio un vuelco y mi corazón estaba a punto de estallar.

¿Hemos? ¿Estará Maddox con ella? Mmm... ¿acaso me quiere dar una sorpresa?

No me había dicho nada. Y le haría pagar por ello.

Pero resultó que Maddox no vino después de todo.

Mientras el grupo descendía por la tirolina, me fijé en los Whitley. Diane llegó acompañada de Leo, Nick, Penny y Spencer, que sostenía a Ben que dormía plácidamente. Nick, Leo y Diane eran los únicos que llevaban equipo.

—¡Hola! —saludé—. No esperaba que...

—¿A ninguno de nosotros? —preguntó Leo.

—Maddox me dijo que Diane vendría acompañada, pero supuse...

—Que vendría con una persona más a lo sumo —añadió Nick, que adivinó lo que yo iba a decir.

—Algo así —admití.

—Para que lo tengas en cuenta a futuro... hacemos muchas cosas en grupo.

—Somos muy fáciles de convencer —dijo Leo—. Basta con que uno proponga cualquier plan para que todos nos apuntemos.

Diane se rió:

—Chicos, no abruméis a Cami. No han pasado ni cinco minutos.

—Tranquila, estoy bien —respondí, aunque no estaba muy segura. Era hija única y no terminaba de entender la dinámica de una familia tan grande.

—Desde que Maddox y Gabe se fijaron en Essex, me contagiaron el interés —dijo Leo.

—Y ahora me ha corrompido a mí —añadió Diane—. He hecho un recorrido por el pueblo, y la verdad que es precioso.

Miré a Nick:

—¿Y tú también quieres abrir una sucursal del centro deportivo?

—Por ahora, no. Vine porque me pareció un buen plan para el sábado. Y estoy deseando probar la tirolina.

—Cuenta con eso —asentí.

Spencer besó la cabeza de Ben y me dijo:

—Penny y yo nos quedamos en el *Griswold Inn*.

—Es un alojamiento muy bonito —añadió Penny.

—Me encantaría haceros un recorrido por el pueblo, pero hoy y mañana estoy a tope de excursiones. ¿Por qué Gabe no ha venido? —pregunté, mientras buscaba con la mirada al primer grupo a lo lejos. Aún no habían vuelto, pero no me preocupaba. La tirolina era tan larga que llegaba hasta la entrada del parque y se tardaba un buen rato en volver andando hasta la base.

—Están reunidos con el arquitecto y los abogados, redactando el contrato —dijo Spencer.

—Oh.

No recordaba la participación del arquitecto, pero tampoco tenía mucha experiencia en ese tipo de asuntos.

De repente, Ben empezó a quejarse y lloriquear.

—A ver si puedo calmarlo —dijo Penny, besándole la cabeza mientras Spencer se lo pasaba a ella.

—Es un bebé monísimo —comenté.

Empezó a llorar más fuerte, y Penny hizo una mueca:

—Sí, y parece que se quiere ir. —Miró a Spencer y preguntó—: ¿Volvemos al hotel?

—Lamento tener que irnos, Cami. Ha sido un placer volver a verte —dijo Spencer.

—El placer ha sido mío —contesté.

Una vez que se fueron, Diane suspiró:

—Las estrategias de Jeannie nunca dejarán de sorprenderme.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

Al ver que Nick y Leo resoplaron al unísono, alterné la mirada entre ambos con el ceño fruncido.

—Mejor no hablemos de las estrategias de la abu, ¿vale? —pidió Leo.

Diane se rió:

—¿Por qué? Ni siquiera está aquí.

—No, pero existe la posibilidad, que por arte de magia, te escuche decir que ella siempre tiene razón —respondió Nick.

—No me estoy enterando de nada —comenté, aún con el ceño fruncido.

Nick me miró fijamente:

—Es de público conocimiento que nuestra abu quiere emparejar a todos sus nietos.

—Sí... Maddox me lo contó —dije, mientras subíamos por la escalera hacia la tirolina.

—Espero que mi hermano y tú la mantengáis entretenida un buen rato —explicó Leo con total seriedad cuando llegamos a la plataforma—, porque ni Nick ni yo queremos que se entrometa en nuestras vidas.

Me pasé una mano por el pelo:

—No conozco muy bien a vuestra abuela, pero tengo la sensación de que cuando se le mete algo en la cabeza, no hay quien pueda disuadirla.

Diane se echó a reír:

—Coincido plenamente contigo. —Se giró para mirar a los chicos —: Todos vuestros hermanos intentaron plantarle cara, y aun así mordieron el anzuelo y terminaron pescados. Yo ni me molestaría en oponer resistencia.

—Pues nos rebelaremos entonces —dijo Leo.

—Y venceremos —añadió Nick.

Miré a Diane:

—¿Siempre están tan seguros de sí mismos?

—Siempre —recalcó—. Y Gabe también.

—Y Maddox, por si te lo estabas preguntando —dijo Leo.

—No hacía falta, me di cuenta desde el momento en que lo conocí. Aunque al principio no me impresionó mucho esa cualidad en particular —comenté con una sonrisa.

—¡Ja, toma ya! —exclamó Leo triunfante—. Abu *se* equivocó: Maddox no te gustó a la primera.

—Creo que el *modus operandi* de tu abuela es mucho más sutil —apuntó Diane, como si estuvieran debatiendo un tema de actualidad —. Ella elabora un plan a largo plazo y no se detiene con

lo que ocurre en el primer encuentro. Aún así, me parece que tuvo una buena corazonada desde el segundo en que Maddox nos habló de ti.

—¿Qué dijo exactamente? —pregunté, con sincera curiosidad.

—Que en resumidas cuentas... lo mandaste a tomar por culo —respondió Nick mientras se ataba a la tirolina.

—Y a la abuela le sorprendió para bien —dijo Leo.

Diane me sonrió:

—Para ella, Maddox necesitaba a alguien que le hiciera frente. Y si vuestra abuela me lo pregunta, le daré mi más sincera opinión: que vosotros dos necesitáis lo mismo.

—Un momento, ¡¿la abu habla con vosotros de estos temas?! —exclamó Nick.

Leo parecía demasiado aturdido para hablar.

—No —respondió Diane—. Pero, en caso de que pregunte, esa será mi respuesta.

Leo la miró fijamente durante un rato, y luego palmeó el hombro de Nick:

—Tenemos que sobornar mejor a las chicas para que tiren para nuestro lado.

Diane y yo nos echamos a reír. Era una conversación bastante bizarra, pero en el buen sentido.

—Será un placer —dijo Diane.

Leo enarcó una ceja:

—¿Te estás quedando con nosotros? He caído como un tonto —dijo Nick.

—Yo también —confesé.

—Bueno, yo iré primero en la tirolina —declaró Nick.

No necesitó mucha ayuda. Por otra parte, era una actividad que apenas requería explicación. Leo fue el siguiente.

Cuando Diane se acomodó el arnés, dijo:

—Sabes, no estaba bromeando del todo, pero prefiero que Leo y Nick piensen que era cachondeo... no los veo preparados para asumir lo que se les viene.

—Coincido contigo.

—Los chicos creen que Jeannie es la única que tiene intuición en los asuntos amorosos. Pero desde la primera vez que Maddox nos habló de ti, yo también sentí que eras la adecuada para él.

Y tras ese misterioso comentario, se lanzó por la tirolina.

El corazón me estaba por explotar. Todo el mundo se refería a Maddox y a mí como si fuéramos el uno para el otro. Nos lo pasábamos bien juntos, y no quería pensar más allá de eso. Estaba viviendo muchos cambios, como la venta del parque y ver qué hacer con mi vida.

Pero aun así, estar con los Whitley me llenaba de una energía contagiosa.

El resto del primer grupo regresó poco después y pidió repetir en la tirolina. Requerían un poco más de atención que los Whitley, ya que tres de ellos eran menores de edad, y tenía que asegurarle los arneses personalmente. Para cuando la última persona descendió por la línea, los Whitley ya estaban de vuelta arriba.

—Es genial —dijo Nick—. Más que un parque, parece un bosque.

—Por cierto —dijo Leo con indiferencia mientras se acercaban—, se nos olvidó decirte que nuestro hermano te envió un paquete.

—Oh, ¿qué es? ¿Lo habéis traído? —pregunté.

—No. Vimos a un repartidor cuando llegamos al parque —explicó Leo—. ¿Qué puede ser tan importante como para que no se fíe de sus propios hermanos?

—¿Entonces no sabéis lo que es? —insistí.

—No —dijo Nick, riéndose—. Pero tenemos instrucciones estrictas de avisarle que lo has recibido.

—En tal caso... tengo que volver a recepción para verificar las reservas.

Los tres se echaron a reír, sabiendo exactamente lo que pretendía hacer.

—La próxima vez, tendrás que inventarte una excusa más elaborada —comentó Diane entre risas.

—¿Os importa esperar unos minutos mientras abro el paquete? —pregunté.

—Podemos bajar solos —dijo Nick.

—No, está prohibido. —Me mordí el interior de la mejilla—. Me quedaré aquí hasta que hayáis recorrido una distancia y ya no pueda veros. Nuestro punto de encuentro será al final de la línea.

—Mejor *no* se lo contemos a Maddox —dijo Leo, mirando a Nick.

—¿Contarle qué? —pregunté.

—Las ganas que tienes de ver el paquete —respondió Leo.

—Sí, tienes razón. Puede que se le suba a la cabeza —añadió Nick.

No pude evitar reírme:

—Pero se lo merece.

—¿Y qué? No queremos que se le suba a la cabeza —dijo Nick—. Bueno, vamos a bajar. ¿Nos vemos en la recepción? ¿O tenemos que esperar al otro grupo?

—No, ya han terminado. Nos vemos allí en unos minutos —respondí.

Esa vez Diane fue la primera, seguida de Nick y por último, Leo.

Tenía exactamente quince minutos antes de que llegara el siguiente grupo. *Tiempo de sobra.*

Caminé con paso tranquilo por el sendero, aunque en el fondo quería echar a correr. Pero no quería parecer desesperada, y de todos modos, iba a llegar antes que ellos.

Aceleré el paso en los últimos metros y me apresuré escaleras arriba. Mi padre estaba en el mostrador. Me guiñó un ojo y me indicó con la mano la parte trasera de la recepción:

—He dejado allí un paquete para ti.

—Gracias.

Traté de actuar con la mayor indiferencia posible. Me sentía como una adolescente a escondidas de mi padre.

Me dirigí a la parte de atrás y vi una gran bolsa azul sobre nuestra mesita. La caja que había dentro era común y corriente, como cualquier paquete de Amazon. La abrí rápidamente y dentro descubrí una elegante caja atada con un lazo. Pero era imposible ver el contenido sin abrirla del todo. Al principio, intenté deshacer el lazo para mantenerlo intacto, pero se me acabó la paciencia, así que lo arranqué y eché un vistazo al interior de la caja.

Santo cielo.

Maddox me había enviado un conjunto de lencería sexy.

Se me calentó la cara y me ardían las orejas.

Dentro encontré una nota escrita a mano:

"Estoy deseando verte con esto".

Una oleada de alegría y alivio me recorrió por igual. Hasta ese momento, albergaba el temor de que Maddox estuviera evitando venir a Essex porque, tal vez, ya no estuviera interesado. Pero estaba claro que no era así.

Volví a guardar las cajas. No podía sellarla, pero confiaba en que nadie fisgonearía.

Todavía tenía las mejillas encendidas cuando me dirigí a la entrada. Intenté controlar mi expresión al pasar junto a mi padre, pero en cuanto salí al porche y vi a los Whitley allí, encaramados, mi cara estalló en una sonrisa.

—¿Maddox se ha portado bien? —preguntó Nick.

—Muy bien —asentí.

Leo resopló:

—Vaaale... Tendríamos que contárselo.

—Ha sido un placer verte, Cami. Gracias por recibirnos —dijo Diane—. El parque es chulísimo, y sin duda, se lo recomendaré a mis clientes mientras siga abierto.

—Gracias, Diane —respondí de todo corazón.

Los tres comentaron del parque y de lo bien que se lo habían pasado, y luego se marcharon.

Miré el reloj. Aún me quedaban cinco minutos antes del próximo grupo, y quería volver a ver mi increíble conjunto de ropa interior nuevo.

Capítulo Veinticinco

Cami

A las cinco en punto del jueves de la semana siguiente, me encontré con Bill para ver el local.

—Cami, ¡qué alegría verte! —saludó, mientras abría la puerta—. El lugar está en buen estado.

Me tranquilizó verlo en modo profesional, ya que a veces se pasaba de la raya con sus insinuaciones. Estaba segura de que él me consideraba una especie de premio a obtener.

—¿Cómo es que no lo tienes alquilado? —pregunté.

—Creo que es demasiado grande. Cuando cerró la librería, mucha gente me preguntó si podía alquilarles solo una parte. Lo cual no es viable, porque tiene una sola entrada.

Encendí la luz y respiré hondo.

Aún percibía el persistente aroma de los libros en el aire. El local necesitaba una mano de pintura, y el suelo de madera un buen pulido. Si acababa alquilándolo, pediría una evaluación previa a un perito para evitar sorpresas desagradables.

Bill me condujo a la parte de atrás.

—No conocía esta parte —dije.

—Era el almacén de la señorita Hilly.

La zona no tenía ventanas, y estaba empezando a entender por qué le costaba tanto alquilarlo. Pero era perfecto para mi *escape room*.

—Creo que es el local ideal para lo que tengo en mente.

A Bill se le iluminó la cara:

—Pues a mí me encantaría alquilártelo a ti.

—Tengo un proyecto entre manos.

—¿Qué te parece si comemos una hamburguesa en Main Street y me cuentas un poco?

—Claro —respondí—. ¿Por qué no?

Me sentía incómoda con Bill, pero si iba a ser mi arrendador, tenía que llevarme bien con él. Al fin y al cabo, era justo que supiera lo que tenía pensado montar allí. A veces podía ser un poco pesado, aunque tal vez, *por fin*, había captado mis indirectas.

Pero lo más importante era que el local estaba disponible.

Gracias mamá, por seguir cuidando de mí desde el cielo.

Después de salir, cerró rápidamente el local, y nos dirigimos a *Miss Patty's Burgers*. Eran apenas las seis, y no había mucha gente. Respiré hondo para absorber el aroma familiar de las patatas fritas y los panes recién horneados.

Mi teléfono vibró cuando nos sentamos a la mesa. Era un mensaje de Maddox.

Maddox: Tengo el contrato listo. Mis abogados lo enviaron por correo electrónico, pero pensé en ir hasta allí para revisarlos juntos. Con tu padre también, si quieres.

Santo cielo, qué día tan mágico. No se me ocurría otra manera de describirlo.

—Dame un momento, por favor —le dije a Bill—. Necesito contestar este mensaje.

—Claro, tómate tu tiempo. —Tras una breve pausa, añadió—: Voy a aprovechar para hacer el pedido. ¿Qué quieres?

—Una hamburguesa con queso y patatas fritas.

—Vuelvo enseguida.

Me moría de ganas de ver a Maddox y compartir mis planes con él. Tenía una mente brillante para los negocios y deseaba saber su opinión.

Cami: Claro, llámame cuando llegues. Voy a cenar en *Miss Patty's Burgers*.

Unos minutos más tarde, Bill volvió con una hamburguesa con queso para mí y una con beicon para él.

—Bueno, cuéntame qué tienes planeado hacer en el local —dijo tras sentarse.

—Quiero abrir una cafetería donde se puedan jugar juegos de mesa, dardos y billar. Además, vendería repostería casera elaborada por mí. Por otro lado, estoy pensando en montar un *escape room* en la parte trasera.

—Es bastante ambicioso, pero también inteligente. Hacen falta opciones así en el pueblo cuando hace mal tiempo.

—Eso es exactamente lo que pensé.

—Entonces, ¿supongo que has decidido vender a los Whitley?

—Sí —asentí.

—No me lo puedo creer —dijo, negando con la cabeza—: ¿Por qué ni siquiera consideraste mi oferta?

—Tú y yo sabemos que era muy poco dinero, Bill.

—No me gustan los Whitley.

—Son personas muy serias —dije fríamente.

Me molestó que tuviese ese prejuicio basándose en uno o dos encuentros. Quizá fuera una cuestión de ego: no le gustaba la gente que tenía más dinero que él.

—Se creen los dueños del mundo y que pueden solucionarlo todo con dinero. Está claro que ha funcionado —dijo con ironía.

Tenía razón. Bill estaba celoso.

Parpadeé y le pregunté:

—¿De qué estás hablando?

—Hasta donde me contaron, tú no estabas por la labor de vender.

—Pero he cambiado de opinión. Mi padre quiere jubilarse, y yo emprender un nuevo proyecto, ¿cuál es el problema?

Negó con la cabeza:

—Ninguno. Simplemente no me gusta que la gente de fuera venga a Essex y compre nuestras tierras.

—¿Y qué me dices de tu familia que viene de Nueva York? Si no recuerdo mal, cuando se mudaron aquí compraron la mitad del pueblo. —Estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por mantener la calma.

—Es diferente —dijo—. Ahora somos locales.

Me aclaré la garganta antes de darle un bocado a la hamburguesa. Pelearme con mi futuro arrendador era lo peor que podía hacer. Después de unos cuantos bocados, empecé a sentirme mucho mejor. Quizá mi enfado tuviese que ver con el hambre.

—Sabes que piensan derribar la mayoría de los árboles, ¿verdad? —preguntó con tono combativo.

No, mi enfado no tenía que ver con el hambre. El tío me estaba buscando las cosquillas. Sabía que debía ignorarlo, pero no podía dejarlo pasar.

—Han elaborado un nuevo plano y salvarán tantos árboles como sea posible.

—¿De verdad te lo crees?

—¡Claro que sí! —*¡Pero que idiota es!*

Quería terminar la cena lo antes posible. ¿Por qué había aceptado? No recordaba lo prepotente y arrogante que podía llegar a ser Bill. ¿Y qué si me alquilaba el local? Le transfería el dinero a su cuenta todos los meses y listo. No necesitaba ser su amiga.

Me concentré en comer lentamente mi hamburguesa y mis patatas fritas.

Cuando casi había terminado, mi teléfono se iluminó con un mensaje.

Maddox: ¿Sigues en *Miss Patty's*?

Cami: Sí.

No pasaron ni dos minutos cuando vi a Maddox entrar y acercarse a nuestra mesa.

Menos mal. No tenía ningún deseo de continuar a solas con Bill.

—Hola, Cami —saludó con voz tensa, alternando la mirada entre Bill y yo.

—Buenas noches, Maddox Whitley —dijo Bill, poniéndose de pie de un salto—. Encantado de verte de nuevo.

—Lo mismo digo —respondió Maddox, pero sus ojos reflejaban otra cosa.

—Cami me acaba de decir que le has ganado por cansancio, y que venderá el parque.

Maddox entrecerró los ojos:

—No fue así, sino que la consideró una buena oferta.

—Bueno, entre tú y yo, a ella le gusta hacerse la difícil. En mi caso, me ha tomado unos... ocho años para que aceptara cenar conmigo.

Me quedé atónita y me puse de pie. No iba a dejar pasar ese comentario:

—¿Qué demonios?

Maddox bajó la vista a la mesa durante una fracción de segundo, respiró hondo antes de centrar su mirada en mí:

—Ya veo. Bueno, no quiero interrumpiros.

—Bill, no me lo puedo creer. ¡Esta cena ha terminado! —exclamé, tratando de mantener mi ira bajo control. No había necesidad de empezar una pelea en medio del restaurante—. Sinceramente, después de todo esto, no creo que vaya a alquilarte el local.

Bill echó la cabeza hacia atrás, incrédulo. Por otro lado, Maddox dio un paso hacia mí con la intención de tocarme, pero mi lenguaje corporal debió de indicarle que también estaba cabreada con él, así que bajó la mano.

—Dime que no estás saliendo con este arrogante... —empezó Bill, pero Maddox se me adelantó.

—Como vuelvas a insultarme, tendrás que atenerte a las consecuencias.

—Lo que tú digas... No es asunto mío.

—Por eso mismo, no es asunto tuyo. Y estás molestando a Cami. Vete.

—No he terminado mi hamburguesa —contestó.

—Pero yo sí. —Estaba hasta el moño de sus tonterías—. Maddox, quiero irme.

Tragó saliva y retrocedió un paso:

—Después de ti —dijo, señalando la puerta.

Cogí mi abrigo y mi bolso y salimos a toda prisa. Algunos clientes nos estaban mirando, pero no me importaba. Lo único que quería era alejarme de Bill antes de decir o hacer algo de lo que pudiera arrepentirme.

Una vez fuera, empecé a temblar.

—Ponte el abrigo —me ordenó Maddox.

Me volví para mirarle:

—¿A qué viene ese tono?

—Te vas a resfriar, Cami —dijo, con tono de advertencia.

—Me lo voy a poner. Pero no porque tú lo digas. —En realidad, *tenía* frío.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Qué quiso decir con que al final te ganó por cansancio y consiguió que fueras a cenar con él?

Negué con la cabeza:

—Esas fueron sus palabras, pero no es lo que parece.

—¿Estabas cenando con él o no?

—Sí, obviamente —dije, pisando fuerte y cruzándome de brazos —. Pero no era una cita.

—Espero que no —gruñó Maddox—. Joder, espero que no.

—No me gusta el rumbo que está tomando esto o lo que parece que insinuas. No tienes derecho a acusarme de nada y tratarme como si hubiese cometido un delito.

Maddox se pasó una mano por el pelo y dijo:

—No debería haber venido aquí esta noche.

—Sí, tal vez no deberías haberlo hecho. —Tenía que alejarme o terminaríamos peleando. Aún más—. Te agradezco que hayas conducido hasta aquí, pero no creo que ninguno de los dos esté de humor para seguir hablando esta noche.

En cuanto me di la vuelta, sentí la mano de Maddox en mi cintura. Me quedé quieta.

—Dime qué hacías con él.

Lo primero que pensé fue *dejarle claro* que no era asunto suyo, pero su voz había cambiado. Ya no era autoritaria. Era casi una súplica, como si necesitara esa respuesta... y, al mismo tiempo, como si no estuviera preparado para oírla.

Cambié mi postura de una pierna a la otra con nerviosismo:

—Estaba pensando alquilar su local y montar un negocio. Fuimos a verlo y me invitó a comer una hamburguesa para que le contara los detalles del proyecto. —Me di la vuelta lentamente. Los ojos de Maddox estaban fijos en mi cara—. No era una cita, y no sé por qué dijo eso. Quizás para sentirse superior a ti.

—¿Entonces no tienes nada con él? —preguntó.

—No. ¿Por qué es tan difícil de creer?

Lo siguiente que supe fue que Maddox estampó su boca contra la mía en un beso profundo y desesperado. Segundos después, sentí un muro de hormigón a mis espaldas. Profundizó el beso y mantuvo

sus manos en mi cintura. Puse las mías sobre sus hombros, para atraerlo aún más hacia mí.

Maddox gimió, y las reverberaciones recorrieron mi cuerpo, y cuando llegaron a mi entrepierna, apreté los muslos. Se apartó entre jadeos y yo respiré hondo.

—Mía —gruñó—. Solo mía.

—¿Qué?

—Tú... —dijo lentamente—, eres solo mía.

Durante unos segundos no entendía nada, pero entonces sus palabras cobraron sentido y mi cara estalló en una enorme sonrisa.

—¿Es un reclamo?

—Por supuesto que sí. Te estoy reclamando como un maldito neandertal. No puedo evitarlo... Te necesito. —Se acercó de nuevo, y me sostuvo el mentón con ambas manos—. Necesito tener la certeza de que no hay otro hombre en tu vida.

—No hay nadie más que tú —insistí.

—Bien. Muy bien. —Dio un paso atrás—. Vámonos de aquí.

—Sí, vamos a mi casa.

Maddox asintió.

—¿Podemos ir en tu coche? —pregunté—. He venido andando.

—Por supuesto —dijo. Su voz aún sonaba extraña.

Guardó silencio durante el trayecto. Para ser sincera, yo también estaba en ascuas, procesando lo que acababa de ocurrir. No esperaba que reaccionara de ese modo.

Cuando entramos en mi casa, encendí todas las luces, e incluso dos velas.

En el más absoluto silencio, Maddox me quitó el abrigo, me cogió la cara y me puso el pulgar en la comisura de los labios.

—¿Estamos bien? —preguntó.

—Bueno, aún estoy procesando esa reacción cavernícola... y sigo sin entender qué hice para que montaras semejante escena.

Maddox cerró los ojos:

—No has hecho nada malo, Cami. Yo... El tío dijo que... —Negó con la cabeza—. Todo es culpa mía. Solo de recordar su comentario... Dejémoslo así. —Respiró hondo, bajó las manos y dio un paso atrás—: Cuéntame sobre el proyecto.

Entrelacé las manos con fuerza mientras la emoción me recorría por dentro.

—Estaba esperando a esta noche para decírtelo. He decidido quedarme en Essex y usar el dinero de la venta para abrir un nuevo negocio.

Su expresión cambió al instante, y una enorme sonrisa abarcó todo su rostro:

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente en serio.

Tras un breve resumen, le conté lo que tenía en mente mientras encendía mi portátil para leer el contrato.

—Tienes una buena visión para los negocios —dijo—. Y el sector del entretenimiento es una apuesta segura.

—Gracias. Y Bill tenía un local estupendo para lo que tengo planeado, pero me estoy replanteando alquilárselo.

—El tío es un imbécil.

—Sí, un imbécil en toda regla, además de pesado, y esta noche se ha pasado tres pueblos.

—Entonces te quedas en Essex... ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Su polla mágica.

Miriam y su célebre frase que no podía quitarme de la cabeza.

—Me encanta estar aquí y me apetece viajar, pero no como antes cuando quería trabajar en el extranjero. Ahora quiero trabajar *aquí* y viajar por placer.

—Creo que es una idea estupenda.

Capítulo Veintiséis

Maddox

Me acerqué y apoyé el mentón en su hombro para mirar el portátil, pero en cuanto inclinó la cabeza hacia un lado, no pude evitar empezar a besarle el cuello. Su decisión de quedarse me provocó una alegría indescriptible. Cami no se iría a recorrer el mundo. Hasta ese momento, no había sido del todo consciente de que estaba cruzando los dedos para que eso no pasara. Y se había cumplido.

Verla esa noche junto a ese imbécil me puso de los nervios incluso antes de que dijera una palabra. No me gustó nada verlos juntos. *¡Maldita sea, no soporto la idea de verla con alguien que no sea yo!* Y cuando dijo que finalmente la había convencido para salir a cenar, algo se rompió dentro de mí. No podía explicarlo, pero me teletransportó de inmediato a aquella noche en la que escuché una conversación de mi madre con su mejor amiga:

"Lleva todo este tiempo casado con otra mujer en Boston, Leanne".

Cerré los ojos, respiré hondo y hundí la nariz en el pliegue de su cuello. Ella pareció entender que la necesitaba, porque me cogió las manos y las llevó hasta su abdomen. Sentir el ritmo de su respiración me tranquilizó.

—Maddox —susurró mientras empezaba a besar su cuello de nuevo—. ¿Por qué no dejamos el contrato para otro momento?

—¡Sí, por favor! —exclamé—. Es la mejor idea del mundo. Ahora mismo no puedo pensar con claridad.

—¿Y eso? ¿En qué estás pensando?

—En ti, Cami. No dejo de pensar en ti.

Pero era más que eso. Sí, se había adueñado de mi mente, pero también formaba parte de mi cuerpo, como si estuviéramos unidos por lazos invisibles. Era la primera vez que sentía algo así.

Le sujeté la nuca y besé lentamente su piel, de la sien al cuello. Se estremeció al contacto.

—Necesito estar dentro de ti —dije en un gemido.

Pasé los pulgares bajo su jersey, acaricié sus abdominales, y subí la mano hasta llegar al sujetador. Ella refregó las caderas contra mi entrepierna hasta que di un paso atrás, lo suficiente para poder quitarle el jersey por la cabeza. Llevaba un sujetador de encaje negro. Acaricié la tela antes de desabrochárselo. Luego ella se bajó los tirantes por los brazos y lo dejó caer. Besé sus hombros, y descendí por su columna vertebral. Necesitaba hundirme dentro de ella, pero también necesitaba besarla y asegurarme de que estaba preparada para recibirme.

Me agaché y tanteé la parte delantera de sus vaqueros para desabrochar el botón y bajar la cremallera. Ella contrajo el vientre y yo sonreí contra su piel. Estaba lista para más. Le bajé los vaqueros por su hermoso culo, le besé una nalga y luego la otra. Continué deslizándolos lentamente por sus rodillas y tobillos, antes de llegar a los pies y arrojarlos a un lado.

—¿Te he dicho que tu tanga me vuelve loco?

—No, pero a juzgar por tu voz... veo que sí.

La despojé del tanga y besé la base de su espalda. Sin girarla aún, acaricié el interior de sus muslos y pasé dos dedos por su centro. Ya estaba mojada, pero la necesitaba aún más preparada.

—Oh, Maddox. —Su voz temblaba mientras contraía y aflojaba los músculos de las nalgas.

—Agárrate a la mesa —le ordené.

Se inclinó ligeramente hacia delante y apoyó las palmas en la superficie de madera. Introduje con cuidado un dedo en su interior, y con la otra mano, le masajeé el pubis.

—¡Maddox! —exclamó, estremeciéndose de placer.

Empujó el culo hacia atrás y noté que se dejó caer, apoyando los antebrazos en la mesa. *¡Joder!* Me encantó verla en aquella postura tan sugerente.

Empezó a mecer las caderas. Y como era evidente que necesitaba más roce en su entrepierna, retiré el dedo de su apretado calor para centrar toda mi atención en frotarle el clítoris. A medida que me iba incorporando, le di pequeños mordiscos en la espalda. Apoyé mi torso sobre ella, sin dejar de acariciar su centro. Apoyada

ahora sobre sus manos, sus gemidos inundaron la cabaña hasta convertirse en fuertes jadeos. Me moví en sincronía con ella hasta que un espasmo de placer la recorrió, su espalda se curvó y sus piernas comenzaron a temblar.

—Estás a punto de correrte —le susurré al oído.

—Sí, y no me lo esperaba. ¡Oh, Dios mío!

Aumenté la presión sobre su centro, y ella acercó aún más su trasero, justo contra mi polla. Cerré los ojos, y me centré en brindarle placer mientras luchaba por mantener el control.

Cami apoyó la nuca sobre mi hombro, con la boca entreabierta.

Abrí los ojos para contemplar el hermoso espectáculo de su piel enrojecida y sus ojos desenfocados.

Y entonces volvió a inclinarse hacia delante. Me moría de ganas de estar dentro de ella y sentir las contracción de sus paredes internas a mi alrededor. Pero esperaría hasta su siguiente orgasmo para penetrarla a fondo. Este sería solo para ella.

Explotó y se abandonó en mis brazos. Sus gemidos se convirtieron en gritos. Si hubiese algún vecino cerca, sabría exactamente lo que estaba pasando. Y me enorgullecía. Quería que todos supieran que era mía. Yo era el único que podía hacerla llegar al orgasmo de una manera tan salvaje.

—M-Maddox —balbuceó, cuando su cuerpo empezó a relajarse.

Se incorporó un poco y me agarró la polla. Intenté controlar la respiración, inhalando por la nariz; sentir el contacto de su mano con la punta de mi pene fue suficiente para volverme loco.

Me bajé los vaqueros y retrocedí medio paso. Apoyé la palma de la mano en su espalda, la incliné de nuevo hacia delante. Ella volvió a apoyar los antebrazos en la mesa, abriendo aún más las piernas. Quería contemplar esa estampa para siempre.

Me agarré el miembro y lo pasé por su abertura, para impregnarme de su humedad. Cami se frotó contra mí. Estaba suficientemente satisfecho con el orgasmo que le había propiciado, pero lo que más me enorgullecía, era que siguiera desesperada por que me la follara.

Me introduje dentro de ella lentamente. Lo tenía tan apretado que era imposible entrar a la primera. Y entonces se contrajo aún

más.

—Tú tienes el control, Cami. Tómate tu tiempo.

Se limitó a jadear como respuesta, y me sorprendió acogiéndome mucho más rápido de lo que había pensado. La agarré por las caderas con las manos y empecé a embestirla a toda velocidad. Los dos lo necesitábamos.

¡Qué gozada!

No podía dejar de mirar hacia abajo y ver cómo mi polla desaparecía dentro de ella con cada embestida. Su culo era absolutamente irresistible, pero necesitaba penetrarla con más profundidad y sabía que esa posición no me lo permitía.

—Cami —gemí, y ralenticé el ritmo.

Cuando ella llevó sus caderas hacia atrás, en un claro intento de recuperar la cadencia anterior, casi me vuelvo loco. Entonces me aparté y, sujetándola por las caderas, le di la vuelta. El poco autocontrol que me quedaba bastó para apartar su portátil, agarrarla por el culo y colocarla sobre la mesa.

—Maddox —suplicó.

—Necesito penetrarte más profundo —fue lo único que alcancé a decir.

Ella asintió, relamiéndose los labios:

—Sí, sí, por favor. Lo que quieras.

Puse sus tobillos sobre mis hombros, dejando sus rodillas ligeramente flexionadas. Esta vez se apoyó en sus codos. La embestí con salvaje abandono, tal como lo deseaba desde el primer momento. Ella estaba completamente preparada para recibirme.

Para prolongar el placer y evitar que se corriera demasiado pronto, alternaba mis profundas embestidas con caricias en su punto sensible. Me encantaba ver cómo su coño rosado se abría para mí y se tornaba rojo a medida que la penetraba. El sonido de nuestros cuerpos chocando se hizo cada vez más fuerte. Casi pierdo el equilibrio.

Cami flexionó más las rodillas y apoyó los pies sobre mi pecho. Supe que estaba cerca cuando se recostó sobre la mesa. Se pasó las manos por la cintura y los pechos antes de levantar los brazos y aferrarse al borde opuesto de la mesa. Le rocé el clítoris con el

pulgar una... dos veces. A la tercera, gritó y se contrajo sobre mi polla.

Contuve mi orgasmo hasta que el suyo terminara; no quería perderme ni un segundo. Y entonces me aboqué de lleno a mi propia liberación. Me incliné sobre ella y seguí acariciándola hasta que apretó las rodillas, señal de que ya era demasiado.

Después de que el orgasmo me recorriera, seguí embistiéndola lentamente, queriendo prolongar el acto unos segundos más.

Cuando terminamos, la cogí en brazos mientras seguía dentro de ella y la llevé al baño. Estaba tan relajada con la cabeza apoyada sobre mi hombro que parecía a punto de dormirse.

Sentí su sonrisa contra mi bíceps.

—Esta noche ha sido todo lo contrario a cómo la había imaginado —murmuró, mientras entrábamos en la ducha.

Una vez bajo el grifo, le pregunté:

—¿Y cómo la imaginabas?

—Supuse que revisaríamos el contrato... y *ya después de un largo rato,* pasaríamos a lo importante.

—Pues hemos invertido el orden... y podemos retomarlo cuando terminemos con el documentos.

—Eres insaciable, ¿eh?

—No puedo negarlo —respondí con una sonrisa.

Cuando terminamos de ducharnos, volvimos al salón. Ella suspiró:

—No sé si pueda volver a comer en esta mesa después de lo que hemos hecho aquí.

—Conozco la solución a ese problema.

Me miró con los ojos entrecerrados:

—¿Una mesa nueva?

—No. Haré que te corras sobre ella las veces que hagan falta hasta que te parezca normal.

Echó la cabeza hacia atrás, riendo. Amaba su risa. Luego, nos sentamos a la mesa y nos pusimos con el contrato.

—Son treinta y cinco páginas —le dije.

—Está claro que no tiene sentido revisarlo todo ahora. Tu abogado lo hará de todos modos. Mi padre ya se lo ha enviado.

—Veamos el plano para el parque.
—¿Lo tienes listo? —preguntó con ojos curiosos.
Asentí:
—El arquitecto acaba de terminarlo esta semana.

Capítulo Veintisiete

Cami

Maddox se desplazó hacia el Anexo A del contrato, y se aclaró la garganta:

—Aquí está. Este es el nuevo plano del parque.

Me quedé tan atónita que solo alcancé a decir:

—Has numerado a cada uno de los árboles.

—Sí, para dejarlo tal como está ahora. Tenemos previsto utilizar el sendero principal que ya tenéis marcado para que sea una especie de pasarela hacia el bosque. Para conectarlo con el hotel, tendríamos que derribar estos dos árboles —explicó, señalando los árboles dieciséis y dieciocho. Eran dos ejemplares muy antiguos, y por ese motivo no tenían ninguna estación: estaban tan deteriorados que podían derrumbarse en cualquier momento. La tala era inminente.

—Me parece bien. Teníamos que quitarlos de todos modos.

—También quitaremos la valla de vuestra propiedad para que haya una suave transición hacia la destilería y el hotel.

Le escuché con atención, aunque solo una parte de mi mente lograba registrar sus palabras. El corazón me latía tan fuerte que solté un suspiro profundo. No tenía mucha experiencia en contratos de compraventa, pero estaba completamente segura de que el vendedor no estaba obligado en absoluto a incluir un plano. Y, sin embargo, Maddox lo hizo solo para mi tranquilidad.

—Cami, ¿en qué estás pensando?

Me volví hacia él, ladeando la cabeza. Se había vuelto a poner los pantalones, pero tenía el torso completamente descubierto. Estaba irresistible.

—En que, visto lo visto, te mereces una segunda ronda de sexo salvaje.

—¿Estaba a prueba?

Le dediqué una sonrisa seductora:

—No exactamente. —Le acaricié las mejillas con los dedos y me detuve en los hoyuelos de sus mejillas—. Gracias por todo esto... No me lo esperaba. Y no tenías por qué hacerlo.

—No ha sido nada.

—Dudo que Gabe y el arquitecto piensen eso.

Maddox se echó a reír:

—Eres buena, pero te aconsejo que no preguntes. El arquitecto te dirá que soy el cliente más exigente que ha tenido en su vida; y Gabe... que está reventado. Lo bombaredeé tanto con los planos que no le he dejado dormir.

—Ah, por *eso* no respondías a mis mensajes tan rápido como de costumbre.

Se encogió de hombros:

—Sí, tenía un objetivo y quería cumplirlo.

—Podrías haberte tomado una semana más de plazo.

Negó con la cabeza:

—No, cuanto antes se concrete la venta, mejor para todos. Nosotros podemos empezar antes la obra, y tú empezar a trabajar en tu negocio. No tendrás que preocuparte por el tiempo, ni molestarte en montar la pista de hielo.

Amaba a Maddox con todo mi ser, sin dudas ni medias tintas. Se acababa de enterar de mi nuevo proyecto, y su única intención era hacerme sentir segura.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—En lo mal que te juzgué al principio.

—Ya... lamento no poder ayudar en eso. Lo tienes que resolver tú sola.

Le pellizqué el pecho:

—¿De verdad? ¿Tu actitud arrogante no tuvo nada que ver?

Me guiñó un ojo:

—Tú misma lo has dicho, me *juzgaste* mal. Otros me consideran un tío encantador y decidido.

—Claro, por supuesto. Ha sido mi culpa —dije riendo.

Permanecimos sentados en silencio unos instantes, disfrutando de nuestra íntima conexión.

—¿Maddox?

—Sí.

—No sabes cuánto me alegro de que Jeannie te convenciera para ir al parque aquel día.

—¿Y eso? Si me saltaste a la yugular.

—Lo mismo digo. Pero verte con ella me cambió la perspectiva... Me hizo pensar que alguien así de atento con su abuela no podía ser tan idiota.

Maddox frunció el ceño hasta que una sonrisa juguetona se dibujó en su cara y un brillo apareció en sus ojos:

—Apuesto a que ese era su plan.

—¿Por qué sospechas tanto de ella?

—Porque la conozco... Se toma la actuación muy en serio. Siempre piensa en términos teatrales y el flechazo entre los protagonistas de una historia romántica.

Me tapé la boca y me eché a reír. Había olvidado que su abuela había sido una famosa actriz de Boston.

—¿Qué? —preguntó.

—No me puedo creer que acabes de decir "flechazo".

Sacudió la cabeza, haciendo una mueca de disgusto:

—Yo tampoco. Maldita sea, me siento como un anciano con los huevos colgando.

—Si me lo pides muy amablemente, puedo comprobar que eso no es así —respondí con un aleteo de pestañas.

—Eres de lo que no hay. —Me pasó un brazo por los hombros y me besó la sien—. De todos modos, tengo que advertirte sobre algo ...

—¿Sobre qué?

—No me había dado cuenta hasta ahora, pero mi abuela estaba sorprendentemente relajada cuando fuimos a su casa.

—¿Y qué tiene eso de extraño?

Fuimos al sofá y Maddox me subió a su regazo. *Mucho mejor así.*

—Cuando mis hermanos presentaron a sus parejas, decía tan tranquila que eran el uno para el otro... y que ya esperaba un bisnieto.

Casi me caigo de su regazo:

—¿En serio decía eso?

—Sí.

—Bueno... quizá ahora haya aprendido a cortarse un poco.

—No lo creo. Si de algo estoy seguro es que Jeannie Whitley nunca se corta un pelo —agregó con una risa entre dientes.

—Pero a nosotros no nos ha dicho nada similar.

—¡Por eso mismo! Lo que me hace pensar que quizás ya ha terminado su trabajo con nosotros, y se ha puesto de lleno con mis hermanos pequeños.

—No sé qué decir...

—Yo tampoco. No sé si advertirles... lo mismo estoy equivocado.

—Pero pareces convencido de ello.

Se inclinó para besarme la nuca:

—Casi nunca me falla el instinto.

—Otra vez tu arrogancia haciendo acto de presencia.

—Qué bien me conoces, cariño.

Esa vez fui yo quien se inclinó para besarle ambos lados del cuello.

Maddox se enderezó y preguntó:

—¿A qué hora se suele acostar tu padre?

Miré el reloj y respondí:

—Son las ocho... estará despierto un rato más. ¿Por qué?

—¿Crees que querrá revisar el contrato juntos?

—Puedo hacerlo con él mañana. No creo que lo mire antes de que nuestro abogado le dé el visto bueno, pero le encantaría ver el nuevo plano.

—Puedo acompañarte. *Y de paso* asegurarle que estoy cuidando de su hija.

Algo estaba cambiando entre nosotros, pero no podía precisar qué. Sus palabras me hicieron suspirar.

—¿Estás seguro de querer enfrentarte a mi padre esta noche?

—¿Qué tan malo puede ser? —preguntó.

—No lo sé. A decir verdad, no le he presentado a ningún chico desde... —me detuve un momento a pensar—... la universidad.

Maddox parpadeó:

—¿Lo dices en serio?

—No sentía la necesidad de presentar a nadie, y él nunca se ha interesado tampoco. Habrá pensado que cuando la relación fuese lo suficientemente importante, lo haría. —A ver... él ya *conocía* a Maddox, pero por otras circunstancias. Ahora estábamos saliendo, y mi padre no parecía contento con esa situación.

Los ojos de Maddox brillaron mientras me sostenía la cara y me acariciaba la mandíbula con ternura:

—¿Soy lo suficientemente importante para ti, Cami?

—Sí —dije con voz entrecortada—. Lo eres, y lo sabes.

Con las fosas nasales encendidas, bajó la mano a mi cuello.

—Todo está yendo muy rápido.

—Justo estaba pensando lo mismo —asentí.

—Pero me encanta. Independientemente del contrato de compraventa, quería hablar con tu padre sobre lo nuestro.

—No te hacía un tío al que le gustaría ganarse al suegro.

—Yo tampoco, porque es la primera vez que tengo uno.

Un escalofrío me recorrió la espalda. No bromeaba cuando dijo que nunca había tenido una relación seria.

—Pero puedo ponerme en su lugar —continuó—. Sé lo importante que es para mi familia conocer a las parejas de todos. Y quiero que se quede tranquilo conmigo.

Sonreí, meneando un poco las caderas y apretándome contra él:

—Cuando volvamos tendrás una dosis extra de "ya sabes qué". Lo tienes más que merecido.

—No puedo esperar. Pero ahora, vamos a vestirnos.

Me puse de pie de un salto y me puse la misma ropa que antes, salvo un jersey más abrigado, ya que íbamos a salir.

Una vez fuera de mi cabaña sentí un ligero vértigo. Le envié un mensaje a mi padre para preguntarle si podía ir con Maddox a su casa. Me respondió al instante que sí.

Era evidente que mi padre estaba intranquilo, y esperaba que la conversación con Maddox calmara su inquietud.

¿Cómo es posible que Maddox se adelantara a mis necesidades?

Al llegar a su casa, vimos todas las luces encendidas.

—¿Preparado?

—Va a ir todo bien —respondió Maddox, de muy buen humor.

¡Oh, Dios mío! Lo amo.

Capítulo Veintiocho

Cami

Estaba en ascuas, y no tenía idea de qué rumbo tomaría la conversación. Aunque mi padre no estaba tan empecinado en la preservación del parque como yo, estaba segura de que se alegraría mucho al ver los planos nuevos. Sobre todo por salvar el árbol de mi madre.

Pero en cuanto a Maddox y a mí... no estaba tan segura. Cuando le conté lo nuestro, su reacción me dejó tan perpleja que no sabía si ahora entraría en razón o no. Pero Maddox parecía sorprendentemente tranquilo y relajado. Tocamos la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo —contesté en voz alta.

—Y Maddox —añadió él.

Mi padre abrió la puerta inmediatamente y sus ojos fueron directos al brazo de Maddox, que me rodeaba los hombros. Se quedó en silencio un momento, pero luego dijo:

—Pasad... Maddox, no sabía que estabas en Essex.

Era muy consciente de que llevaba años sin presentarle a nadie a mi padre. *¿En qué momento creí que esto era una buena idea? Tendría que haberle presentado antes a unos cuantos tíos de Tinder, así se habría acostumbrado*. Mi padre podía ser muy protector, y temía que Maddox acabara pagando las consecuencias.

—Nos gustaría repasar con usted el contrato y enseñarle el plano del arquitecto, si tiene tiempo, claro —dijo Maddox.

—Sí, por supuesto. Ya se lo reenvié a mi abogado, aunque estaría bien examinarlo con más detalle. Pero antes que nada, hay un asunto más importante.

Algo en el tono de su voz me puso en alerta. Maddox seguía tan relajado que deseaba poder advertirle de alguna forma.

—Tengo entendido que estás saliendo con mi hija. —No era una pregunta, más bien una clara acusación.

—Así es —respondió Maddox.

Casi al mismo tiempo, añadí:

—Papá, estoy aquí, así que, por favor, no te refieras a mí en tercera persona.

Mi padre me miró. A decir verdad, me *fulminó* con la mirada:

—Vale. A ver, por dónde empiezo... Cuando Cami me contó lo vuestro, me sentó como la mierda...

—Papá —dije, llevándome una mano en la frente—. Por favor, para.

Maddox se rió:

—Espera, déjale que termine.

—Es que no creo que salga nada positivo de esta conversación.

—Pensé que eras el tipo de hombre que no se toma en serio a las mujeres. —Entonces sucedió algo muy extraño. Mi padre sonrió y agregó—: Parece que te he juzgado mal, muchacho.

Pero Maddox no dejó pasar la oportunidad de aclararle:

—Pues no se equivocaba, Samuel.

—Entonces, ¡¿qué demonios estás haciendo con mi hija?! —le espetó.

La conversación se estaba intensificando mucho más de lo que había previsto.

—Esto es algo nuevo tanto para su hija como para mí. Nuestra relación es exclusiva, lo que significa que no salimos con otras personas. Me encantaría contarle más cosas, pero lo estamos descubriendo juntos, poco a poco.

¡Una relación exclusiva! Me encantó la idea. La explicación de Maddox sonaba muy convincente, lo que me hizo preguntarme si ya lo tenía pensado antes de llegar allí.

Mi padre frunció el ceño, y yo estaba convencida de que se opondría de alguna manera, pero, para mi sorpresa, asintió y dijo:

—Cada pareja encuentra su camino a su modo. —Su expresión era pensativa, luego su mirada se volvió más severa y agregó—: Pero como me entere que le faltas el respeto...

Maldición, canté victoria antes de tiempo.

—¡Papá! —protesté.

—De una cosa puede estar seguro. Nunca, jamás, le faltaré el respeto a su hija —dijo Maddox con firmeza.

Casi me explota el corazón. Quería saltar sobre él y comérmelo a besos allí mismo, pero tendría que esperar.

La cara de mi padre se iluminó con una sonrisa:

—Eres un buen hombre, Maddox. —Le dio una palmada en el hombro, y siguió—: Venga, vamos a revisar el contrato. Voy a coger una botella de champán.

—Yo voy, papá —le ofrecí.

—No, siéntate. Yo me encargo.

—Traeré las copas.

Mientras iba a la parte trasera de su casa, abrí un armario superior y saqué tres copas. Estaba temblando de emoción.

Detrás de mí, Maddox me rodeó la cintura con un brazo y me acercó la boca a la oreja:

—Relájate, cariño. Todo va bien.

—Lo sé, pero tengo mucha adrenalina. No sé por qué estoy tan nerviosa.

—Prometo ayudarte a liberar toda esa energía cuando estemos en casa —dijo con tono seductor.

Dejé de estar nerviosa, solo para sonrojarme hasta las orejas.

—Maddox —le advertí.

Se rió:

—Lo siento, pero es que no puedo evitarlo. Estás monísima con las mejillas coloradas. Y con ese pelazo rojo y esos ojos verdes... es que eres irresistible.

Abrí la boca pero no dije nada porque mi padre volvió en ese momento. Estaba demasiado concentrado abriendo el champán como para notar lo colorada que estaba. Di un respingo cuando por fin descorchó la botella.

Sirvió las copas hasta arriba, antes de levantarlas y brindar; dedicándome su característica sonrisa que tanto me gustaba:

—¡Por los nuevos comienzos! Y por que, al fin, mi niña trajo a alguien a casa... y yo pude cumplir mi cometido de hacerle sudar un poco.

—¡Papá!

—¿Qué? No me has dado la oportunidad de desempeñarme como suegro en estos años. Ya ni recuerdo cómo debo comportarme.

—Puedo asegurarle que lo está bordando —dijo Maddox.

Todos nos reímos mientras bebíamos un poco de champán. La velada había tomado un rumbo inesperado.

—Antes de empezar con el contrato, voy a por unos troncos —dijo mi padre.

—Yo voy —dijo Maddox—. Dígame dónde encontrarlos.

—Claro, están en el granero. No hay pérdida... Está justo detrás de la casa.

Maddox asintió y se fue por el pasillo que mi padre le indicó.

Cuando nos quedamos solos, no pude evitar decir:

—Papá, te estás portando mucho mejor de lo que pensaba.

Me sonrió, poniéndome una mano en la mejilla como hacía cuando era pequeña:

—Bueno, aún tengo mis reservas, sobre todo después de que me haya confirmado que era, como lo llamábamos en mi época, un donjuán.

Hice una mueca de disgusto, no me sentó bien su comentario.

—Pero es un buen hombre —continuó—. De hecho, eché un vistazo al contrato. No había necesidad de que incluyeran ese plano modificado.

—Lo sé.

—Así que doy por hecho que si alguien está dispuesto a hacer algo así por ti, es porque le importas mucho.

—A mí también me importa de verdad, papá —susurré.

—Me doy cuenta por la forma en que lo miras. Llevo años esperando que me presentes a alguien.

—No pensé que querrías conocer a cada chico con el que he salido.

—Tienes razón —respondió, bebiendo otro trago de champán—. Pero durante mucho tiempo pensé que no querrías tener una relación porque... —suspiró—... me quedé destrozado tras la pérdida de tu madre. Y no creo haber sido un buen ejemplo para ti.

—¿Qué dices?

—Estuviste al pie del cañón y me ayudaste a salir adelante. Pero ese verano escuché una conversación que tenías con Miriam, en la que le decías que no querías enamorarte de nadie por miedo a perder a esa persona.

—¿Yo dije eso? Ni siquiera lo recuerdo.

—Estabas en pleno duelo, y es normal decir cosas así cuando estás sufriendo. Yo, en cambio, me encerré en mí mismo. Como te decía, siempre he tenido la duda de si esa es la razón por la que nunca me has presentado a nadie.

Negué con la cabeza, pero apreté los labios, considerando sus palabras.

—A decir verdad, no lo sé. Pero intuyo que no, al menos de forma consciente. No tenías ni tienes que preocuparte por ser un ejemplo para mí: eres el mejor padre del mundo, y tampoco era una niña cuando mamá murió.

—Los padres tenemos que ser un ejemplo para nuestros hijos durante toda la vida.

—Has sido y eres el mejor padre que podría haber soñado.

Me escocían los ojos. Oí pasos detrás de mí y, cuando Maddox se unió a nosotros, me sequé cuidadosamente las lágrimas con el dorso de la mano.

Mi padre y Maddox se ocuparon de encender la chimenea. Verlos juntos me llenó de felicidad, pero también de tristeza. Nada me habría gustado más que mi madre estuviera allí presente, compartiendo ese momento. Me llevé una mano al pecho: sabía que nos estaba observando y que estaría sonriendo.

Mientras crepitaba el fuego, nos pusimos manos a la obra. El antiguo MacBook de mi padre tardó mil años en arrancar, pero cuando lo conseguimos, repasamos por fin el contrato. Aunque era muy claro, contenía muchos términos jurídicos. Por suerte, nuestro abogado también lo revisaría. Lógicamente, jamás haría una transacción comercial sin su aprobación.

El plan era simple, la venta tendría efecto inmediato y haríamos el traspaso justo antes de Acción de Gracias. La verdad era que la perspectiva me generaba euforia: podría disfrutar de verdad de la Navidad con un montón de dinero en mi cuenta bancaria, y sin la

preocupación por el parón en el parque que el invierno traía aparejado.

Mi padre parecía estar pensando lo mismo, porque sonrió y dijo:

—Voy a comprar un billete de ida a Florida.

Parpadeé:

—¿Por qué un billete de ida?

—Aún no sé si volveré para Año Nuevo.

—Oh, claro, lo mencionaste.

Me ponía algo triste al pensar en pasar la Navidad sin mi padre. Pero parecía tan entusiasmado con su viaje a Miami que no quise decírselo.

—¿Pero estará aquí para Acción de Gracias? —preguntó Maddox, alternando la mirada entre mi padre y yo.

—Por supuesto —respondió él.

—No lo he hablado aún con mis abuelos, pero sé que les encantaría que usted y Cami vinieran a la cena de Acción de Gracias.

Una enorme sonrisa se formó en mi cara y fue imposible de reprimir.

Mi padre me miró durante una fracción de segundo, como buscando confirmación, y luego asintió:

—Me encantaría.

—A mí también —susurré.

Estaba tan conmovida que apenas pude concentrarme en el resto del documento.

Al cabo de dos horas, mi padre dijo:

—Bueno, parece todo muy claro, aun así, quiero que nuestro abogado lo revise antes de firmar.

—Claro —dijo Maddox—. Jamás le aconsejaría firmar un documento antes de consultarlo con su propio abogado. Pero quería que lo viéramos por si tenía dudas.

—Por mi parte, no tengo nada que objetar. Ahora, ¿qué os parece si abrimos otra botella de champán?

—Yo paso, si sigo bebiendo me dolerá la cabeza —le contesté—. El champán siempre me da jaqueca.

Maddox me miró con una sonrisa traviesa. Y elevó las cejas cuando mi padre estaba distraído:

—No quiero correr ese riesgo, claro está —dijo.

Me reí, pero noté que mis mejillas estaban ardiendo. Empezaba a asumir que no podía controlar el rubor cada vez que se trataba de él.

Nos quedamos en casa de mi padre media hora más, hasta que él empezó a bostezar. Lo cual era lógico, ya que solía acostarse muy temprano. Sabíamos que no tenía sentido alargar la noche.

Nos despedimos de él y marchamos al coche. Una vez dentro, comprobé el móvil. Había sonado varias veces, pero lo había ignorado. Tenía un mensaje de Miriam.

Miriam: Oye, tengo galletas recién horneadas. ¿Me paso por tu casa?

Cami: ¡Claro! Gracias.

—Vas a conocer a Miriam esta noche —le avisé a Maddox, mientras conducía el corto trayecto hasta mi cabaña.

—Me encantaría.

—Le he contado mucho sobre ti.

Estaba pletórica tras la increíble noche que habíamos pasado.

Cuando nos bajamos del coche, respiré hondo para disfrutar del aire fresco antes de entrar en casa. Apenas había conseguido descalzarme, cuando oí unos pasos detrás de mí.

Miriam se acercó con una sonrisa, señalando con la cabeza hacia el coche de Maddox.

—No estaré siendo una jodepolvos, ¿verdad? —preguntó.

—Qué fina eres, Miriam. ¿Crees que no me he dado cuenta que *sabías* que Maddox estaba aquí?

—Me llegó el rumor... y como tú no has movido un dedo para presentármelo, decidí tomar cartas en el asunto.

—Tendríamos que presentarle a mi abuela —soltó Maddox, que estaba junto a la puerta, detrás de mí—. Hola, Miriam. Tenía ganas de conocerte —saludó, estrechándole la mano.

Sonrió radiante y me entregó la bolsa de galletas.

—Me consta que eres el responsable de que mi amiga esté con esa sonrisa todo el día.

Maddox me pasó un brazo por los hombros y me besó en la sien:

—Reconozco que soy el culpable.

Sonreí tímidamente, y me acurruqué contra él.

—¿Quieres pasar? —le ofrecí.

—¿Qué? Tía, no hace falta. Solo hay que veros, tortolitos. —Señaló la mano de Maddox sobre mi hombro y se echó a reír—. Quería conocer a Maddox en persona. Y de paso traer galletas.

—Mil gracias —respondí, levantando la bolsa.

—Ha sido un placer conocerte, Maddox. Tenía que ponerle cara al nombre. —Nos guiñó un ojo antes de enviar un beso al aire y bajar las escaleras del porche—. Divertíos.

Nos despedimos con la mano y entramos en casa.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó—. No ha estado ni dos minutos.

—Ha venido, literalmente, a verte la cara.

Maddox me cogió de la mano y me llevó al salón, dejando las galletas sobre la encimera:

—¿Tienes prevista alguna otra interrupción esta noche?

—Diría que no, pero en los pueblos nunca se sabe.

—Entonces será mejor que haga esto antes de que ocurra cualquier cosa.

Se inclinó hacia mí para besarme, y al mismo tiempo, yo me alcé de puntillas para encontrar sus labios.

Capítulo Veintinueve

Maddox

—Tengo que reconocer que tu familia es muy ingeniosa —comentó Cami.

Estábamos todos reunidos en casa de nuestros abuelos para celebrar la cena de Acción de Gracias.

La abuela se había negado rotundamente a contratar un *catering*, y como su cocina no era lo bastante grande como para preparar comida para toda la familia, Jake tuvo otra idea brillante. Organizó que la abuela hiciera el pavo en el horno de su casa, y que todos los demás lleváramos picoteo o algo de guarnición. Ella parecía contenta con la propuesta, aunque inspeccionaba con desconfianza cada bandeja que llegaba a la mesa.

Qué bien huele. Había tantos olores deliciosos flotando en el aire, que ni siquiera podía distinguir de qué plato procedían. Cami y yo habíamos preparado un par de tartas de manzana. A decir verdad, fue ella quién las hizo; yo solo fui su fiel ayudante. Se me daba bien la cocina, pero la repostería no era mi especialidad. Las cocinamos en el horno de su pequeña cabaña, donde, de hecho, pasábamos más tiempo que en mi casa. Tenía que admitir que Essex estaba empezando a atraparme.

—Abu, relájate —dijo Leo, poniéndole una mano en el hombro—. Te prometo que nadie se va a morir de hambre.

Mi abuela lo miró y se dirigió a todos nosotros:

—Ay, espero que no me hayáis malinterpretado. No he querido dar a entender que no me gusta lo que habéis traído. —Se aclaró la garganta antes de añadir—: A decir verdad, quería daros las gracias a todos por el esfuerzo que habéis hecho.

—¡Eso es! —dijo el abuelo, acercándose a ella.

—Reconozco que soy muy cabezota. Y no siempre os lo pongo fácil.

—No podemos enfadarnos contigo por eso, mucho menos juzgarte. Es un gen que nos has transmitido, y "de tal palo, tal astilla" —acotó Nick.

Mi abuela sonrió. Su salón era grande, pero tenía que admitir que estábamos un poco apretados con tanta gente. A excepción de Leo y Nick, todos habíamos ido acompañados por nuestras respectivas parejas.

Ben había empezado a gatear, y era mucho más rápido de lo que hubiera imaginado. Spencer y Penny estaban agotados de perseguirlo, así que Cami y yo nos ofrecimos para cuidar de él y darles un respiro. Pero lo cierto era que no teníamos experiencia, y si dejábamos de mirarlo un instante, ya se las había apañado para recorrer la habitación entera..

—Samuel, gracias por haber venido —le dijo la abuela al padre de Cami.

—Gracias a vosotros por invitarme —respondió. Estuvo un buen rato conversando con el abuelo cuando llegamos, pero en ese momento, Colton estaba acaparando su atención.

—Antes de empezar —anunció el abuelo—, brindemos por estar todos juntos.

Cade abrió una botella y empezó a servir el champán. Cuando todos tuvimos una copa en la mano, el abuelo continuó:

—¡Por los amigos, la familia y el éxito!

—¡Y por más bisnietos! —soltó la abuela.

Todos rieron y Samuel levantó su copa:

—¡Y por la compraventa del terreno!

Mientras brindábamos, miré a Cami, que sonreía de oreja a oreja.

Menos mal. Parecía lisa y llanamente feliz. No había señales de arrepentimiento o pena por haber vendido la propiedad. Por mi parte, jamás lo habría hecho si ese fuera el caso. Cami era muy importante para mí, y nunca haría nada que la hiciera sentir mal.

En ese momento estaba agachada junto a Ben, hasta que Spencer se acercó a ellos para coger a su hijo en brazos.

—Pronto empezará a quejarse —nos explicó Spencer.

Natalie me guiñó un ojo con complicidad, en un momento que Cami no estaba mirando. Sí, lo había clavado.

—Eh, ¿qué fue esa mirada *cómplice*? ¿Qué estáis tramando? —dijo Cami, señalándonos a Natalie y a mí.

Mierda, se ha dado cuenta.

—No, no empecéis con eso —dijo Leo.

—¿Tú sabes lo que está pasando? —preguntó Cami, con el ceño fruncido.

Nick asintió:

—En esta familia, nos basta con mirarnos para saber lo que estamos pensando. Es una habilidad que se adquiere después de algún tiempo. Te ayuda a sobrevivir... y a salir adelante, en realidad.

—No entiendo nada —dijo Cami.

—Vale, te lo explicaremos —dijo Natalie. Parecía que estaba luchando por contener la risa—. Cuando Maddox me contó que Jeannie iría con él a Essex, le advertí que era parte de su plan de emparejaros. Y resulta que tenía razón.

Leo y Nick sonrieron, y la abuela se echó a reír:

—Natalie, tú fuiste la primera. Está claro que me conoces y te das cuenta de mis movimientos. Pero pensaba que ahora estaba siendo más sutil.

—Así es —dijo Leo, como si estuviera analizando un tema serio—. Pero te hemos vuelto a pillar, abu.

—Tranquilos —dijo la abuela, mirando directamente a Nick y Leo —. Seré tan sutil con vosotros que ni siquiera os daréis cuenta.

—Eso es exactamente lo que *nos* preocupa —dijo Nick.

Leo se limitó a negar con la cabeza:

—Abu, ¿qué te hace pensar que queremos seguir los pasos de nuestros hermanos?

—Eso fue lo que todos dijimos. Y sin embargo, míranos —respondí, antes de besarle la mano a Cami, y acercarla a mí.

No me cansaba de ella: ni de su sonrisa, ni de su perfume, ni de sentirla junto a mí. Me encantaba tenerla allí con mi familia. Nunca pensé que podría sentir algo así.

Leo y Nick me miraron como si fuera un traidor.

—Veo que no vamos a ganar esta batalla —dijo Nick.

—Es que no es una batalla —señala Leo.

—Solo opiniones diferentes —acotó la abuela.

—Ya veo. —Leo entrecerró los ojos—. Mejor cambiemos de tema, no me apetece pasarme toda la cena de Acción de Gracias hablando de esto.

El teléfono de Leo sonó. Primero bajó la vista para ver la pantalla, y luego nos miró a Nick y a mí. Eso significaba que nuestra madre estaba llamando.

Se dirigió a todos en la mesa y dijo:

—Tengo que coger esta llamada. Es mi madre. Vuelvo enseguida.

Hubo un pequeño murmullo en la mesa. Colton y Jake bajaron la mirada, pero no dijeron nada.

Eso nunca sería fácil. Había muchos tipos de familia, y la nuestra estaba armada con piezas de distintos puzles.

La abuela tomó asiento. Por otro lado Nick fue tras Leo.

Tuve una idea y miré a Cami:

—¿Qué te parece si vamos juntos a hablar con mi madre?

—¿De verdad? Me encantaría —dijo con una sonrisa.

—Entonces vamos.

Leo pasó junto a nosotros de camino a la cocina, lo que significaba que Nick ya estaba hablando con ella. Al entrar, lo encontramos paseándose por allí, riendo. Al vernos, sonrió y chasqueó los dedos:

—Mamá, tengo una gran sorpresa para ti. —Extendió el teléfono y enfocó la cámara hacia nosotros.

—Hola, mamá —saludé. Cami hizo lo mismo.

—Tu turno —dijo Nick, mientras me entregaba el teléfono—. Por favor, que le quede claro que ni Leo ni yo traeremos novias la próxima cena de Acción de Gracias. Parece que mamá se está contagiando de la abu.

—Te he oído —dijo mi madre.

Me reí entre dientes:

—Mamá, esta es Cami.

—Hola, bonita—saludó.

—¡Hola! —respondió Cami, que se apoyó contra mí.

—Estoy muy contenta de que estés allí con mi hijo y el resto de la familia. Y me alegro de conocerte por fin, aunque sea por videollamada.

—¡Igualmente! ¿Me han contado que estás en Indonesia, verdad? —preguntó Cami.

—Estuve en Indonesia, pero la semana pasada me vine a Sri Lanka, y la verdad que es increíble. He celebrado Acción de Gracias con una cena muy sencilla, aunque tampoco es que me encanten estas tradiciones... ni el pavo, para qué engañarnos. —Mi madre tenía una sonrisa espléndida. Hacía mucho tiempo que no la veía tan bien—. Feliz Acción de Gracias a los dos. ¡Y felicidades por la venta! Me han contado que todo ha salido bien.

—Sí —respondió Cami—, tu hijo supo cómo convencerme.

—Así es mi Maddox —respondió entre risas—. Bueno, no quiero entreteneros más. Volved con la familia.

—Diviértete, mamá —me despedí—. Y avísame cuando pienses volver a Estados Unidos.

—Claro, cariño. Gracias.

Después de colgar, guardé el teléfono de mi hermano en el bolsillo trasero de los vaqueros, y miré a Cami. Para mi asombro, tenía los ojos vidriosos.

—Cariño, ¿qué pasa? —pregunté, ahuecando su cara.

Suspiró:

—Hablar con tu madre me ha recordado a la mía. En estas fechas es cuando más la echo de menos.

Le di un beso en la sien, aspirando el aroma dulce de su champú de fresa. Aunque en el aire se mezclaban mil olores de comida, el suyo lo reconocía sin esfuerzo.

—¿Crees que esta reunión es demasiado para ti? —No lo había considerado antes.

—Un poco, pero en el buen sentido. —Luego se apartó, apoyando ambas manos sobre mis hombros—. Es maravilloso celebrarlo en familia.

—Me alegro. Me lo estoy pasando pipa, pero estoy deseando volver a Essex contigo.

—Mmm, te está atrapando, ¿no? ¿Qué pasó con "no me van los pueblos pequeños"?

Tragué saliva:

—Que tú vives allí. Ese es el principal atractivo.

—No finjas que en el fondo el pueblo te gusta un poco.

—Vaaale... lo admito. Créeme, estoy tan sorprendido como tú. Essex es...

—Acogedor —añadió.

—Exactamente. —Y que estuviera cerca de Boston era un plus.

—Bueno. ¿Entonces nos llevas a mi padre y a mí de vuelta?

Moví las cejas:

—¿Por qué crees que insistí en que no cogieras tu propio coche?

—Mmm... para que no tenga más remedio que invitarte a dormir. Mira que me lo pones complicado.

Le besé el costado del cuello, pero las risas del salón se hicieron presentes.

—Volvamos —dijo.

—Solo quiero unos minutos más a solas contigo —pedí, y rodeé su cintura con mis brazos.

—Me lo estoy pasando muy bien. Y ahora que sé que vas a quedarte en mi casa esta noche, mejor aún. El lunes tendré que ponerme manos a la obra con los permisos y demás asuntos de mi negocio.

Me eché hacia atrás y le levanté la barbilla:

—Puedo ocuparme de todo eso. Y así no tienes que volver a ver a Bill.

—En realidad, no tengo que verle. Él firma los permisos, pero la cita es con su asistente. Creo que en todos los años que llevo tratando con el ayuntamiento, nunca me lo he cruzado en la oficina.

—Mi oferta sigue en pie. Me avisas lo que sea.

—Gracias.

—Muy bien. Volvamos —dije, cogiéndola de la mano y llevándola de vuelta al salón.

Le devolví el teléfono a Leo. Antes de sentarnos, noté que Jake y Colton se reían.

—¿Qué nos hemos perdido? —pregunté.

—Nada. Seguimos siendo el tema principal de conversación —dijo Leo, con tono resignado.

—Sí, ¿nos echas un cable, por favor? —preguntó Nick, con un hilo de esperanza en la voz.

Me reí para mis adentros. Con lo cabrón que era, disfrutaba viendo cómo la abuela les daba por saco con lo de emparejarlos.

—Ni de coña —respondí.

Toda la mesa se echó a reír.

—Nos ha quedado claro —dijo Nick—. Este año nos toca ser los pringados de la cena de Acción de Gracias.

Capítulo Treinta

Cami

Durante las semanas siguientes, busqué con ahínco otro local para mi nuevo negocio. Tenía decidido no establecer el más mínimo vínculo con Bill, ni siquiera como arrendador. Le gustaba sacarme de quicio. A decir verdad, era su *modus operandis* para salirse con la suya.

Cuando le comuniqué que no le alquilaría el local, no lo tomó nada bien. Se lo avisé por email, porque no me apetecía mantener una conversación en persona. Su respuesta fue la que esperaba.

Bill: Cami, estás cometiendo un error. No encontrarás un local mejor que el mío.

Su opinión me la suda. Esa no fue mi respuesta, claramente, porque él trabajaba en el ayuntamiento y tenía que firmar los permisos que yo necesitara para mi futuro negocio. Pero estaba deseando mandarlo a tomar por culo.

Bill tenía razón en una cosa: no encontré un lugar tan bueno como el suyo. Pero el que conseguí estaba muy bien.

Si bien se encontraba a solo dos manzanas de la calle principal, no estaba exactamente en la zona más concurrida del pueblo. Sin embargo, que el alquiler fuese mucho más bajo, ya era un puntazo. Y la guinda del pastel fue que mi nueva arrendadora era mi antigua profesora de literatura.

Gestionamos rápidamente el contrato de alquiler, pero seguía esperando los permisos para empezar la reforma. Se suponía que tendría que haberlos recibido la semana anterior, pero nadie contestó cuando llamé al ayuntamiento, de modo que me presenté personalmente.

Al llegar, me quedé mirando la nieve al bajar del coche y respiré hondo. *Olía* a invierno, aunque aún hacía nada que habíamos pasado Acción de Gracias.

Antes, la perspectiva de un invierno adelantado me habría hecho entrar en pánico, pero ya no. Estaba deseando disfrutar de unas bonitas y agradables Navidades. Desde que firmé la venta, me sentía completamente libre. Era lo que necesitaba desde hacía mucho tiempo, pero no era consciente. La idea de empezar de cero era muy motivadora.

Entré en la cafetería de la señora Walker para comprar mi bebida caliente favorita: moca de chocolate con caramelo. La preparaba ella misma, y en mi humilde opinión, era el mejor café que había probado. No podía entender cómo no era mundialmente famosa por ello.

Me puse en la cola y esperé con paciencia. Cuando nevaba, siempre había gente esperando. Me encantaba ver que el negocio fuera bien.

—Buenos días, Cami —me saludó cuando llegué al mostrador—. ¿Lo de siempre?

—Sí, por favor.

—Aprovecha que hoy estoy inspirada... ¿Te apetece extra de caramelo?

—Confío en ti, así que ponle lo que te parezca.

Todas —absolutamente todas— las bebidas que había probado allí estaban deliciosas y esta vez no iba a ser la excepción. No pude resistirme y le di un sorbo antes de pagar.

—¡Qué bueno! —exclamé.

El día no puede ir mejor, pensé mientras me dirigía al ayuntamiento para verificar la aprobación de mi permiso. Algunos trámites se resolvían más rápido si se acudía personalmente a la oficina correspondiente y ese parecía ser mi caso. No había nadie esperando cuando llegué, así que, con suerte, podría entrar y salir en poco tiempo.

Me dirigí directamente a Greta, que se ocupaba de tramitar los permisos.

—¡Hola, Cami! —saludó.

Fuimos compañeras del instituto, aunque en clases diferentes.

—¡Qué tal, Greta! He venido para ver cómo va mi permiso.

—Lo siento... Me he retrasado un poco. Estuve con gripe la semana pasada.

—Oh. —Hice una mueca. Por eso no había contestado al teléfono —. Lo siento. Debería haber preguntado.

Ella negó con la cabeza:

—No, no te disculpes. Te prometí que te lo entregaría la semana pasada. Haré todo lo posible para tenerlo listo mañana, ¿de acuerdo? Ya está todo aprobado, solo me queda ingresar unos datos al sistema.

—Vale —dije, algo confundida.

Siendo realista, sabía que no llegaría a abrir antes Navidad, y en caso de que pudiera, no tendría más que un espacio vacío que ofrecer. Pero me moría de ganas de empezar a trabajar en mi proyecto de una vez por todas.

—Te llamaré en cuanto lo tenga listo. No hace falta que pierdas el tiempo en venir hasta aquí —dijo Greta.

No podía descifrar si lo decía de verdad, o simplemente no quería que le respirara en la nuca. En cualquier caso, no iba a volver a presentarme allí porque sabía que insistir demasiado podía llegar a ser contraproducente.

—Vale, Greta, que tengas un buen día.

Al darme la vuelta, sentí que había alguien detrás de mí.

—Hola, Cami. —Era la voz de Bill, saliendo de una de las oficinas —. Me pareció escucharte.

—Hola, Bill.

Desvié la mirada. No me había cruzado con él desde que le avisé que, después de todo, no iba a alquilar su local.

—Necesito hablar contigo —dijo—. Y ahora tengo un hueco antes de mi próxima reunión. ¿Puedes venir a mi despacho?

—Si es por el alquiler...

—No, tiene que ver con el parque.

Fruncí el ceño:

—Ya hemos firmado los papeles.

—Lo sé, pero creo que hay algo que deberías saber.

—Está bien —dije, con un nudo en el estómago.

Me enseñó su despacho: era mucho más pequeño de lo que había imaginado y estaba muy cargado. Había documentos por todas partes y su escritorio estaba prácticamente cubierto de papeles.

Dios mío, parece que aquí no han entrado en la era digital.

—Toma asiento —ofreció señalando la silla frente a la suya.

—Prefiero quedarme de pie. ¿Llevará mucho tiempo?

—No, pero puede que quieras sentarte de todos modos.

Empecé a sudar y me senté. Le observé atentamente y bebí un sorbo de mi taza.

Clavó sus ojos en mí antes de decir:

—Lo que voy a decirte tiene que quedar entre nosotros.

—¿Por qué?

—Es confidencial, y no debería contártelo.

—¿Entonces por qué lo haces?

—Porque sé lo que el parque significa para ti.

Tragué con fuerza, con la garganta contraída:

—¿Qué ocurre?

—Depositaste tu confianza en la gente equivocada.

—Otra vez con esa mierda no, Bill. —Me puse de pie—. Sé que no te gusta Maddox, pero estoy con él y tienes que respetarme.

—Tienes razón, no me gustan ni él ni su hermano. Se creen superiores solo por tener dinero.

—Son personas honestas y con los pies en la tierra. He conocido a toda la familia y puedo dar fe de que así es.

—¡Ja! Lamento decepcionarte, pero son cualquier cosa menos honestas. ¿No dijiste que Maddox Whitley te prometió que no talaría tus preciosos árboles?

—Sí, y he visto los planos.

—Entonces te sorprenderá saber que presentaron otros diferentes, independientemente de lo que hayas visto.

—Eso es imposible. Estaba anexado al contrato que firmé.

—Ellos pueden decir que has visto mal el anexo o recurrir a cualquier otro atajo legal —respondió con una sonrisa de satisfacción.

Negué con la cabeza:

—Lo siento, pero no te creo. Sé que todo esto es porque ellos no te caen bien.

—¿Me estás llamando mentiroso? Nos conocemos de toda la vida.

Respiré lentamente por la nariz, intentando mantener la calma.

—Yo no he dicho eso, pero confío en Maddox —le contesté.

Cogió una de las carpetas y sacó unos documentos. Los puso delante de mí, mostrándome el plano del parque.

No era el que Maddox y yo revisamos. Sino el que mi padre me enseñó meses atrás, y que yo había rechazado. Se me formó un nudo en la garganta.

—¡Lo sabía! —dijo Bill triunfante—. Esto no es lo que habéis acordado, ¿verdad?

Lo miré con desconcierto. Bill me desagradaba profundamente, y no me fiaba de él. *¿Pero cómo ha conseguido esos documentos?*

Agarré la taza con más fuerza; estaba temblando y no quería que lo notara.

—Tenías razón —fue mi respuesta—. No deberías haberme enseñado esto. Es confidencial, después de todo.

Su sonrisa cayó de inmediato y sus ojos se volvieron fríos:

—Cami, considéralo un gesto de lealtad de un viejo amigo.

—Nunca hemos sido amigos —respondí, negando con la cabeza.

—No, tienes razón —dijo—. Sabes que siempre he querido otra cosa contigo. Y con el tiempo, te ganaré por cansancio.

No podía creer que volviera con eso. Nunca me había interesado por él, jamás me interesaría, y su insistencia se estaba volviendo espeluznante.

—Está claro que no puedes confiar en ese Whitley. Es una víbora.

—Te agradecería que no vuelvas a referirte a Maddox de ese modo.

—Tienes las pruebas irrefutables de que te ha mentido en la cara y aún así lo defiendes.

Sus palabras me atravesaron como un puñal. Maddox insistió tanto en hacer esos cambios y preservar el legado de mi madre, que no entendía qué había ocurrido. Él nunca haría algo así. No me

mentiría. Tenía que haber un error... o no habían tenido tiempo de presentar los nuevos planos al ayuntamiento.

—Mi relación con Maddox no es de tu incumbencia —dije—. Me voy, que tengas un buen día, Bill.

Salí de su despacho antes de que pudiera añadir nada más. Pasé rápido junto a Greta, que me preguntó algo, pero iba tan deprisa que ni siquiera la escuché. Necesitaba aire fresco.

Una vez fuera, solté el aire de golpe y respiré hondo por la boca. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás. Los copos de nieve caían sobre mi piel. Conseguí calmarme un poco, aunque la imagen del plano seguía dando vueltas en mi cabeza, burlándose de mí.

Abrí los ojos y me dirigí directamente al coche. Seguía temblando. Además de cabreada, tenía frío. Llegué a mi casa, encendí la calefacción y me envolví con mis brazos. Quise llamar a Maddox, pero decidí no hacerlo. Necesitaba hablar con él cara a cara.

Me había dicho que pasaría el día en su despacho, de modo que fui directamente hasta allí. En Boston estaba nevando aún con más intensidad, pero por suerte las máquinas estaban en marcha, y se podía circular por las calles.

No fue hasta que entré en la ciudad que me di cuenta de que no tenía idea dónde se ubicaba su oficina.

Me mordí el interior de la mejilla y decidí enviarle un mensaje a Natalie.

Cami: Hola, soy Cami. Quiero sorprender a Maddox en la oficina. ¿Puedes darme la dirección?

Respondió unos minutos después.

Natalie: Claro, aquí tienes.

Introduje la dirección en el GPS y me dirigí directamente allí.

Boston estaba decorada por todo lo alto con motivos navideños, totalmente cambiada a la última vez que la visité.

Mi mente iba a mil, pero no podía descifrar qué tramaba Bill. Para cuando llegué a la dirección que Natalie me había indicado, estaba frenética, y tuve que dar tres vueltas a la calle para encontrar aparcamiento. Entré prácticamente corriendo al edificio, tal como ella me indicó, subí a la planta superior.

—Hola —me saludó Natalie cuando salí del ascensor. Llevaba el abrigo puesto y el portátil en la mano.

—¿Ya te vas? —pregunté, luego miré a mi alrededor, y me di cuenta que no había nadie en la oficina—. ¿Dónde está todo el mundo? —Supuse que a esa hora estaría lleno de gente.

—Tenemos un gran evento dentro de una hora. Todo el mundo está ya allí. Me quedé aquí para esperarte.

—Oh. ¿Dónde está Maddox?

Señaló una puerta al fondo de la zona principal:

—En esa sala de reuniones. Ha estado todo el día al teléfono, normalmente se encierra en una de las salas para hablar. Ni se imagina que estás aquí, así que se llevará una sorpresa. Que tengas una fantástica noche.

Me sonrojé al darme cuenta del doble sentido de sus palabras.

Oh, Natalie, si supieras.

Cuando se marchó, me dirigí directamente a la puerta que había señalado. La voz de Maddox retumbaba dentro. Llamé con un tono bajo y la abrí para que supiera que estaba allí.

Al principio no se fijó en mí. Tenía el ceño fruncido, miraba a lo lejos y hablaba por los auriculares. Pero entonces me miró; su rostro se transformó al instante y me dedicó una gran sonrisa. Mi corazón empezó a latir más deprisa.

Le saludé con la mano y le dije:

—Esperaré aquí.

Negó con la cabeza:

—Rob, mejor lo dejamos para mañana, ¿vale? Bien, gracias. Sí. Eso es exactamente lo que haremos —dijo, antes de quitarse los auriculares—. ¡Qué sorpresa! —exclamó con una sonrisa, pero luego frunció el ceño—. ¿O me dijiste que vendrías y lo he olvidado?

Negué con la cabeza:

—No, le pedí la dirección a Natalie.

—Ahora entiendo su sonrisa de antes. —Caminó hacia mí—. ¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

Entré en la oficina, me quité el bolso del hombro y me desabroché el abrigo. Hacía calor.

—Cariño, me estás asustando. Dime qué está pasando.

Me humedecí los labios y me crucé de brazos antes de empezar:

—He ido al ayuntamiento por el permiso para montar mi negocio.

—Si te están dando largas, ya sabes que puedo darte una mano. Mis abogados pueden encargarse, y no tendrás que perder el tiempo con esos gilipollas.

Sus palabras fueron como un cálido abrazo.

—No es eso. Se ha demorado un poco, sí, pero la chica me prometió que esta semana tendría todo listo —respondí—. Pero me topé con Bill y me hizo pasar a su oficina.

Maddox entrecerró los ojos:

—Ese cabrón no te deja en paz. Yo me encargaré de él.

—Me enseñó los planos de tu hotel... —dije, y las palabras se me atascaron en la garganta.

Maddox echó la cabeza hacia atrás:

—¿Y eso? ¿Qué pinta Bill en todo este asunto?

—Creo que está tramando algo. Me mostró los planos originales que le enviaste a mi padre hace varios meses... los que me negaba a aceptar porque se suponía que arrasaríais con todo.

—Eso es imposible —dijo, negando con la cabeza.

—Los vi con mis propios ojos.

—Me consta que esos no fueron los que se presentaron —afirmó.

—Sé lo que vi —repliqué—. Y me imagino que debe haber una explicación.

Maddox se metió las manos en los bolsillos:

—La explicación es que no es puede ser... Tal vez ese imbécil trató de engañarte de alguna manera.

—También lo pensé. Pero como he dicho, he visto los planos originales, y eran los mismos que le enviaste a mi padre en su día.

Sacó las manos de los bolsillos y me miró fijamente:

—¿Crees que te estoy mintiendo? —Su voz se tornó fría. Nunca lo había oído así.

—No, claro que no. —*¿Cómo se le ocurre?*—. Pero creo que Bill está tramando algo... De algún modo, se hizo con esos planos, y tenemos que averiguar cómo.

—Llamaré a Gabe y moveré todos los hilos necesarios.

Maddox llamó a su hermano, y lo puso en el altavoz. Me hizo un gesto para que me sentara, pero negué con la cabeza. No podía. Estaba demasiado nerviosa.

—Hola —respondió Gabe con voz serena.

—Te he puesto en altavoz. Estoy con Cami.

—Hola, Cami. ¿En qué os puedo ayudar?

—Tenemos un problema con los documentos que presentamos al ayuntamiento de Essex.

—¿Qué tipo de problema?

Maddox me miró:

—Cami, ¿por qué no le cuentas lo que pasó?

Intenté hacerlo de la forma más sucinta posible, sin que la emoción se apoderara de mi voz. Pero tenía miedo. ¿Y si era demasiado tarde para modificar los planos y ya no había marcha atrás?

—Es una cagada. Te puedo asegurar que presentamos los planos que estaban en el anexo del contrato. ¿Cómo hicieron para conseguir los antiguos? —preguntó Gabe.

—Tendríamos que hablar con quienes se encargaron de la gestión —dijo Maddox. Asintiendo, agregó en voz baja—: Nuestro equipo jurídico.

—Entonces añadiré a Paul a la conversación —avisó Gabe.

Unos segundos más tarde, una tercera persona se unió a nosotros.

—Paul —dijo Maddox sin más dilación—, ¿tú te encargaste personalmente de enviar los documentos del hotel y la destilería al ayuntamiento de Essex?

—¿De qué va esto? —preguntó Paul.

Me mordí el interior de la mejilla, mirando a Maddox.

—¿Sí o no?

—Sí, yo preparé toda la documentación.

—¿Pero la enviaste tú? —preguntó Maddox.

—Por supuesto que no.

—¿Y por qué coño no la enviaste tú?

—Para eso tengo un asistente. Soy el socio del bufete, Maddox, y no hago ese tipo de tareas.

—Pues tu asistente debe haberla cagado, lo que significa que es responsabilidad tuya —dijo Maddox—, porque al concejo del ayuntamiento le han llegado los planos equivocados. ¿Está tu asistente ahí?

—Sí, voy a buscarlo.

Qué desesperante. Me crucé de brazos y me sujeté con fuerza la cintura.

—Aquí está —dijo Paul, unos instantes después.

—Buenas tardes, señor Whitley —saludó suavemente el asistente.

—Tanto Gabe como yo estamos muy cabreados.

—Entiendo —dijo, y le temblaba la voz—. La semana pasada envié toda la documentación al ayuntamiento de Essex. Dos días después, me di cuenta de que cometí el error de enviar los planos antiguos. —Hizo una breve pausa y se me escapó un suspiro—. Pero lo rectifiqué en ese mismo momento, y envié los correctos. Los llamé por teléfono y hablé con un hombre llamado Bill, para explicarle lo sucedido. Fue muy comprensivo y me aseguró que había recibido los planos nuevos.

Fruncí el ceño:

—Un momento... ¿Has hablado con Bill?

—Perdone, ¿pero quién ha hecho esa pregunta? —preguntó.

—La anterior propietaria del parque. Está aquí conmigo —dijo Maddox.

—Sí, se llama Bill —respondió el asistente.

—¿Cuándo hablaste con él? —pregunté.

—El jueves pasado.

Entrecerré los ojos. Maddox me miraba con el ceño fruncido.

—Gracias —dijo Gabe.

—Todo aclarado. Puedes irte —dijo Paul, presumiblemente al asistente—. Pues sí, cometió un error —señaló Paul.

—Paul, ¿cuándo aprenderás a asumir los errores de tus empleados? En última instancia, tú respondes por ellos —dijo Gabe.

Tras una pausa, Paul dijo:

—Lo arreglaré y llegaré al fondo del asunto.

—El fondo del asunto es Bill —dijo Maddox.

—Me encargaré de solucionar todo.

—¡Más te vale que lo hagas, y rápido! —ladró Maddox.

Después de que Paul colgara, Gabe exclamó:

—¡Misterio resuelto! ¿Necesitas algo más?

—No, estamos bien —dijo Maddox, y la llamada se cortó. Luego se centró en mí—. Cami, no te preocupes por nada. Seguiremos adelante con los planes que acordamos. Nunca te mentiríamos.

—Ya lo sé. No había dudado de vosotros.

Se paró frente a mí, y la rabia que emanaba era palpable:

—¿Me lo prometes?

—¡Por supuesto! Por eso he venido hasta aquí. Estaba segura de que Bill tramaba algo, pero temía que no hubiese marcha atrás con los planos o algo así.

Sus fosas nasales se ensancharon:

—Me alegro, porque no soy un mentiroso. Y jamás he sido tan sincero con nadie como contigo.

—Lo sé.

—A veces, excesivamente sincero.

—Maddox, lo sé —repetí.

—Pase lo que pase, nunca dudes de lo que siento por ti. De lo mucho que me importas.

—No tengo ninguna duda. Te lo juro.

Me cogió la cara con las manos y acarició mis labios:

—Joder, ¿eres consciente de lo mucho que te amo? Estaba dispuesto a detener la obra por ti si hacía falta. Necesito saber que me amas con el mismo compromiso: sin dudas, sin reparos e incondicionalmente.

¡No puedo creer lo afortunada que soy de tenerlo en mi vida! Entendía sus miedos y estaba decidida a demostrarle que conmigo no tenía nada que temer.

—Sí, te amo —confesé—. Con toda mi alma, Maddox.

Me besó ferozmente, inmovilizándome contra la puerta del despacho, y le devolví el beso con la misma intensidad. Necesitaba liberar toda la tensión que se había acumulado en mi interior, y sentir su boca en la mía era la mejor sensación del mundo.

Dios, cómo necesitaba ese beso. Lo necesitaba a *él*.

—Te amo —me susurró de nuevo al oído—. Muchísimo. Pero si dudas de mí, lo nuestro no va a funcionar.

Noté cómo se me encogía el pecho.

—No dudo de ti —le prometí.

—Vale, porque haría lo que fuera *por ti.* Tú y yo contra todo, contra el mundo entero si hiciera falta... Pero tenemos que estar juntos en esto, ser un equipo. Sin secretos. Sin dudas.

—Sin secretos. Sin dudas —acepté.

Un equipo, pensé con una sonrisa.

Su mirada se enterneció y volvió a besarme. Me levantó y me apoyó contra la puerta, en una posición abiertamente erótica. Luego me apartó para llevarme hasta su escritorio, profundizando aún más el beso. Separé las piernas y se posicionó entre mis muslos, de modo que podía sentir su erección a través de los vaqueros. Lo acaricié y gimió contra mi boca. Todo mi cuerpo reaccionó. El calor me recorrió como un reguero de pólvora, por cada célula de mi ser. Estaba tan desesperada que rompí el beso para mordisquearle el cuello, y empecé a quitarle la camisa. Tras desabrochar los primeros tres botones, me detuve:

—Dios mío, estamos en tu oficina.

—No hay nadie aquí. —Su voz ronca era apenas audible.

—¿Estás seguro?

—Joder, sí, estoy seguro. Quiero hacerte mía aquí y ahora.

Miré los papeles que tenía sobre la mesa:

—Deberíamos apartar todas esas cosas.

Dio un paso atrás y de un manotazo empujó todos los papeles al suelo.

—Genial —dije con una sonrisa.

Volvió a colocarse entre mis piernas. Tenía el vestido subido casi hasta el culo, y me lo terminó de quitar por encima de la cabeza. Fue entonces cuando recordé que llevaba medias de lana.

—Tendré que sacármelas —dije.

—Yo me encargo.

Me hizo levantar las caderas y, con calma, fue bajándome las medias hasta deslizarlas por completo.

—Quítate el sujetador —me ordenó.

Ladeé la cabeza juguetonamente:

—Pensé que me lo ibas a quitar tú.

—Cami... —Su voz era ronca e irresistiblemente seductora.

Perdí el sentido durante unos segundos, hasta que me llevé la mano a la espalda, me desabroché el sujetador y lo dejé caer al suelo, sobre sus papeles.

Su sonrisa y sus ojos brillantes eran arrolladoramente sexys. Parecía desearme más que nunca.

—Túmbate boca arriba, con las manos sobre la cabeza —pidió.

No pude hacer otra cosa que obedecer su erótica indicación.

Tampoco pude pensar en nada cuando vi que se dirigía hacia el otro lado del escritorio con mis medias en la mano. Acto seguido, las utilizó para atarme las muñecas.

Santo cielo. Nunca había estado tan excitada en mi vida.

—¡Maddox! —exclamé.

—Llevo mucho tiempo queriendo hacer esto.

Volvió a ponerse delante de mí. Flexioné las piernas y apoyé los pies en el borde del escritorio. Aún llevaba las bragas puestas. Acarició mi centro con los dedos y me estremecí, cerrando los ojos.

—Así es exactamente como te he visualizado tantas veces: desnuda en mi oficina. No tienes idea de cuántas veces he soñado con esto. Quería buscar cualquier excusa para pedirte que vinieras solo para follarte aquí mismo, en esta misma mesa de reuniones.

Ese comentario bastó para que me empapara las bragas. Al abrir los ojos, vi satisfacción en los suyos.

—Puedo hacer que te mojes sin siquiera tocarte.

—Me *estás* tocando —murmuré.

Me apartó las bragas y me rodeó el clítoris. Apreté las rodillas por instinto, pero él volvió a separarme los muslos con los codos.

—No. Te quedarás así. Abierta para mí. Disfruta de todo el placer que quiero darte.

Se inclinó para besarme primero un pecho, luego el otro. Por instinto, quise bajar los brazos y pasarle las manos por el pelo. Pero las tenía atadas, y apenas podía moverlas.

Me pasó dos dedos por mi entrada y luego por el clítoris, mientras su boca hacía estragos en mis pezones. Cada centímetro de

mi cuerpo ardía. Mi deseo era insaciable.

Una oleada de placer me recorrió sin previo aviso. En un segundo me frotaba contra su mano y al siguiente mi visión se desvanecía.

Nunca me había corrido así de rápido. Mis pies se deslizaron fuera de la mesa, pero él los atrapó a tiempo, y los colocó encima de sus hombros. Durante mi orgasmo, sentí su boca en mi entrepierna. Presionó su lengua contra mi botón sensible e introdujo dos dedos en mi apretado calor. Nunca había sentido nada semejante. Apenas había terminado de alcanzar el clímax cuando me invadió otra oleada de placer. Elevé las caderas en la mesa y volví a mover las manos con la intención de acariciarme los pechos con los pulgares. Necesitaba más fricción, pero no podía hacerlo.

—Eres jodidamente preciosa —dijo Maddox.

A través de una nebulosa, le vi quitarse el cinturón y desabrocharse los pantalones, liberando su erección.

Me lamí los labios. Quise apoyarme sobre mis codos para verlo mejor, pero tampoco podía. Jadeé al sentir su polla rozando mi clítoris, y un segundo después, me penetró. Estaba tan mojada que lo acogí por completo a la primera.

—¡Joder, qué gozada! —exclamó—. Eres mía. —Se retiró solo para volver a embestirme—. Haría cualquier cosa por ti, Cami.

Al retroceder lentamente y volver a penetrarme con más fuerza, hizo que me quedara sin aliento. Mis músculos internos se tensaron. Ya estaba de nuevo al límite.

—Confío en ti, Maddox. Puedes hacer conmigo lo que quieras.

—Joder, Cami —gruñó, aumentando el ritmo de sus embestidas.

No podía apoyarme con las manos, pero sí con los talones. Separé aún más los muslos y levanté el culo lo suficiente para poder moverme hacia delante y hacia atrás. Maddox era todo para mí, y quería entregarme por completo a él.

Al ver que él estaba al límite y que su cuerpo empezaba a estremecerse, me entregué al siguiente clímax. No entendía cómo era capaz de correrme otra vez, pero la sensación me sacudió y me deleité con cada segundo de placer.

Sus gritos llenaron la oficina. ¿O eran mis gritos? No, éramos los dos. No nos contuvimos, ni siquiera intentamos silenciarnos ni

queríamos ocultarlo.

Y ese fue el momento más increíble de mi vida.

Capítulo Treinta y Uno

Maddox

Dos semanas después

—Despierta, dormilona —le dije—. Es la mañana de Navidad.

Cami dormía boca abajo y, a pesar de que llevaba unos minutos besándole la espalda no había abierto los ojos. Pero bastó que mencionara la Navidad para que los abriera de golpe.

—¿Te estabas haciendo la dormida?

—No. —Se sentó lentamente, frotándose los ojos—. Creí que estaba soñando que un tío buenorro me despertaba con besos.

—Más te vale que ese tío buenorro se parezca a mí —repliqué con un gruñido.

Se detuvo a medio bostezar, sonriendo perezosamente:

—Eres de lo que no hay.

—Lo digo en serio.

—Estaba de espaldas... ¿cómo iba a saberlo?

Gruñí de nuevo. Cami se inclinó hacia mí y me besó el cuello.

—Claro que eras tú, tonto. Eres el único. Siempre.

Eso espero. Cami será siempre mía.

—Mejor nos damos prisa. Tenemos que estar en casa de Cade y Meredith en una hora.

—No necesito mucho tiempo para prepararme.

Le di un beso en la frente y me levanté de la cama:

—Te espero abajo.

—Vale.

Me detuve en la puerta, viéndola salir de la cama y dirigirse a la ducha. Despertarme junto a ella el día de Navidad fue una de las cosas más bonitas que me habían pasado en la vida. Lo sentía tan natural, como si estuviésemos destinados el uno al otro.

Al bajar las escaleras, revisé mis correos electrónicos como de costumbre. Siendo la *mañana* de Navidad, no esperaba recibir correos de trabajo, pero para mi sorpresa, tenía uno de mi abogado.

Me había empeñado en que el gilipollas de Bill no se saliera con la suya, y mi equipo descubrió muchos trapos sucios sobre él. El trabajo había merecido la pena.

Me preparé otro café mientras esperaba a Cami, sonriendo sin motivo mientras contemplaba la casa. Era el primer año que estaba decorada con motivos navideños.

Lógicamente, fue iniciativa de Cami, pero aun así, no podía quitarme la sensación de que mi casa era una especie de hotel. Tenía un plan al respecto, pero antes quería hablarlo con mi chica.

Fiel a su palabra, Cami bajó media hora después.

—Estás muy bonita —comenté con una sonrisa.

—Quería ponerme algo navideño. —Llevaba un vestido rojo y medias negras.

Le tendí el abrigo.

—No lo necesito —dijo ella, haciendo un ademán—. Si vamos en coche.

—Cami, hace mucho frío afuera. No quiero que te pongas mala.

Entrecerró los ojos y abrió la boca, claramente con ganas de plantarme cara. Entonces se dio cuenta de que no iba a ceder.

—Vaaale... tienes razón. —Deslizó sus brazos dentro del abrigo, antes de darse la vuelta—. No olvidemos los regalos.

—Imposible olvidarlos, cariño.

—¿Estás insinuando algo?

—Para nada.

Teníamos como mil bolsas.

Cuando me preguntó qué le iba a regalar a mi familia por Navidad, le dije que normalmente les compraba tarjetas regalo de *Bloomingdale's*. Se quedó de piedra y me preguntó si ella se podía encargar de los regalos, a lo cual accedí pensando que simplemente compraría una caja de bombones o un pequeño detalle para agregar a las tarjetas regalo. Pero no, mi chica fue más allá. No tenía ni idea de lo que había en cada bolsa.

El viaje a casa de Cade y Meredith no duró mucho.

—Me sorprende que Jeannie aceptara celebrar la Navidad fuera de su casa.

—Fue una guerra, pero al final la abu tuvo que aceptar que, como había sido la anfitriona de Acción de Gracias, ahora le tocaba a otra persona.

Habían invitado a toda la familia. Solo faltaría Samuel, que estaba de vacaciones en Florida.

—La casa es preciosa —comentó Cami cuando llegamos.

Por los coches que estaban aparcados, supe que gran parte de la pandilla ya había llegado.

—Sí, ¿qué es lo que más te gusta de la casa? —Quería tomar nota para el plan que tenía en mente.

—Es moderna pero acogedora, al menos desde fuera.

—También lo es por dentro —comenté, mientras caminábamos hacia la puerta principal.

—Me gustan mucho los ventanales. Es una de las razones por las que me encanta tu casa.

—¿Pero la casa de Cade y Meredith te gusta más que la mía?

—Esta es más acogedora.

—Tienes razón.

La puerta se abrió antes de que llamáramos al timbre.

—¡Bienvenidos! —exclamó Meredith, que sonreía de oreja a oreja y la mirada desenfocada.

Cade estaba a su lado:

—Cariño, tranquila, ¿vale? No deberías haber empezado con el vino caliente por la mañana.

—Tenía que probarlo para saber si estaba bien especiado. Y como estaba tan bueno, me bebí una taza entera... sin haber desayunado. Imaginaos.

Cami estaba claramente conteniendo una carcajada, pero yo no pude ocultarla.

Meredith me fulminó con la mirada y luego señaló las bolsas:

—¿Y esos regalos? —preguntó.

—Son para todos.

Ella silbó:

—Guau. Este año no tocan las tarjetas regalo por lo que parece, ¿verdad?

—Gracias a Cami, no —respondí.

Tenía la intención de llevar mi mano a la parte baja de su espalda, pero de algún modo, terminé acariciándole el culo. Cami me miró y vi cómo se ruborizaba.

Cuando entramos en la casa, oí las voces de Nick y Leo, así como las de mis abuelos. Ben se estaba riendo, lo que significaba que Penny y Spencer también estaban allí.

—Qué rico huele —dijo Cami.

—La carne está en el horno. Y también tenemos un montón de entrantes hasta que llegue la hora del almuerzo —explicó Meredith.

Dejamos los abrigos en el armario del recibidor y entramos con todos los regalos. Había un pequeño árbol en una esquina de la habitación con varias bolsas. Intenté recordar las Navidades anteriores. *¿Era el único que caía con tarjetas regalo?* Ni siquiera me acordaba. De alguna manera, ignoraba esos detalles hasta que Cami se convirtió en una parte fundamental de mi vida.

Mientras acomodábamos las bolsas en el suelo, Cami aprovechó y husmeó en las otras.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

—Cotillear los regalos de los demás —dijo.

No podía creer lo adorable que era, y que además... fuera mía. La agarré de la cintura por detrás, besándole la mejilla:

—No te haces una idea de lo mucho que te amo.

Respiró hondo antes de darse la vuelta, y murmurar contra mi boca:

—Yo también te amo.

—Hola, tortolitos —dijo Leo, acercándose a nosotros—. ¿Qué tal la vida entre Essex y Boston?

—Nos apañamos bien —dijo Cami. Aún estaba reformando el local donde abriría su negocio— Ahora mismo tengo flexibilidad de horarios, pero cuando abra la cafetería, tendré que estar en Essex todas las mañanas. La verdad es que no me entusiasma que llegue el momento de despertarme sola en mi casa.

—Eso no será un problema cuando nos mudemos... —se me escapó, y luego bufé.

La boca de Cami se curvó en una sonrisa:

—¿Cómo?

—Mierda. Quería escoger un momento mejor para darte la noticia.

—¡Que me lo hayas dicho en Navidad es el mejor regalo del mundo! —exclamó.

Miré a Leo, que simplemente se rió:

—Ya conoces a mi hermano. Es muy exigente consigo mismo.

—Tú no pareces sorprendido —comenté.

—Me di cuenta de que estabas perdido en el momento en que le pediste a Aiden que cambiara los planos para preservar el bosque.

—¿En serio? —preguntó Cami, y acurrucó su suave cuerpo contra mí—. ¿No sería una estrategia para conseguir la venta?

Leo resopló:

—Para nada. Mi hermano no negocia: derriba a sus contrincantes.

Tanto Cami como yo nos echamos a reír.

—En fin, no me ofrezco a ayudarte a buscar casa, porque está claro que llevo años sin conseguirlo.

—Has fallado en Boston. Tal vez en Essex tengas mejor suerte.

Leo abrió los ojos de par en par.

Cami se enderezó y me miró:

—¿Qué? ¿Quieres mudarte a Essex?

—¿Por qué no? Es lo más lógico.

—Joder, nunca pensé que accederías a vivir en un pueblo —dijo Leo—. Aunque, de hecho, tengo algunas propiedades en mente que podrían gustarte.

—¿Qué es lo que he oído? ¿Leo te va a ayudar a encontrar una casa en Essex? —preguntó la abuela, acercándose a nosotros. El abuelo estaba a su lado.

—Así es —dije, y vi que Cami me miraba con ternura—. Ahora entiendo que te guste vivir allí. Los dos estamos muy a gusto, y no está lejos de Boston.

Mis abuelos nos dedicaron una auténtica sonrisa:

—Me alegro mucho de veros tan contentos —dijo la abuela.

—Nosotros también —respondí, y besé la mano de Cami.

No solo estaba contento, estaba eufórico. Nunca había imaginado que la vida en pareja podía llegar a ser tan satisfactoria. Mi madre

vivía siempre angustiada esperando que mi padre apareciera por Maine, lo que ocurría solo unas pocas veces al año. Después de la separación, oí una conversación con su mejor amiga: "Jamás pensé que lo diría... pero prefiero estar sola". Y había estado soltera desde entonces.

En ese momento se encontraba en Dubai. En cuanto a mi padre, cumplió su palabra y no había causado más problemas. Mi contacto en Australia me informó que había recibido el permiso para abrir su nuevo hotel, de modo que no esperaba sobresaltos de su parte.

El sonido de la puerta resonó en toda la casa.

—Dios mío, ¡¿somos los últimos en llegar?! —exclamó Natalie.

—Tranquila —dijo Jake—. Colton será el último. Dijo que está en camino.

—Gabe tampoco ha llegado todavía —comenté en voz alta.

—Ahora sí —contestó Jake.

Más voces aparecieron por el pasillo. Oí la de Colton, de modo que toda la pandilla había llegado.

—Vamos al comedor —dijo Cade—. Podemos empezar con los aperitivos.

—Huelo a carne asada —comentó Gabe.

—Ese es el plato principal —advirtió Meredith, y yo apenas pude contener la risa.

—Ajá —dijo Gabe.

—Y no, no tienes permitido hacer un control de calidad como el año pasado.

Y empecé a reírme a carcajadas.

—¿Qué pasó el año pasado? —preguntó Cami.

—Gabe acabó comiéndose gran parte del rosbif. La abuela se puso furiosa —expliqué mientras el grupo se dirigía al comedor. Solo quedábamos Cami y yo junto al árbol de Navidad.

Me miró fijamente:

—No sabía que querías mudarte a Essex.

—Bueno, como he dicho —expliqué, mientras quitaba la mano de su cintura para acariciarle la cara—, quería decírtelo en un contexto más apropiado.

—¿Te refieres a algo más romántico? —preguntó.

—Sería lo ideal.

Cami se puso de puntillas y me rodeó el cuello con los brazos:

—Para mí, no hay nada más romántico que pasar la Navidad juntos. Me encanta que quieras compartir cada parte de tu vida conmigo.

—Así es —admití. Más de lo que nunca había creído posible. Y planeaba compartir mucho más con ella.

Tenía otro as en la manga, pero quería que se distrajera, o me arriesgaba a estropear la sorpresa una vez más. No quería quedarme mucho tiempo a solas con Cami, por miedo a perder la compostura.

—Vamos a la mesa antes de que Gabe se coma todos los aperitivos y nos quedemos sin nada.

—Los Whitley competís hasta por la comida, ¿no? —preguntó entre risas.

—No podrías habernos definido mejor.

Capítulo Treinta y Dos

Cami

Un mes después

—¡Cómo me gustan las mañanas soleadas de invierno! —exclamé, mientras tomaba aire fresco con los ojos cerrados. Maddox y yo estábamos tomando un café en el porche. Lo escuché reírse, y al abrir los ojos, vi que me estaba apuntando con el móvil—. ¿Qué estás haciendo?

—Quiero hacerte una foto para inmortalizar este momento. Me encanta verte así de contenta.

—Es que estoy muy feliz.

De repente, un sonido ensordecedor retumbó en el aire y ambos estallamos en carcajadas.

—Vaya, qué poco ha durado la tranquilidad.

Leo nos había enseñado las pocas casas a la venta disponibles en Essex, pero ninguna se ajustaba a lo que buscábamos. De modo que cuando encontró un precioso terreno no muy lejos de mi cabaña, Maddox y yo decidimos comprarlo y construir nuestra propia casa.

No veíamos la hora de que estuviera lista. No solo para mudarnos, sino porque el ruido de la obra del hotel y la destilería era *insoportable*.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —le pregunté.

—¿Qué tal si damos un paseo por el parque? —sugirió con una sospechosa sonrisa.

—¿Ya se puede ir? —dije muy ilusionada.

—Sí, lo he comprobado con el jefe de obra. La nieve se ha derretido; no hay hielo y es seguro.

Se había prohibido el acceso al parque para pavimentar los senderos y hacer las reparaciones pertinentes para el hotel. No había vuelto a ir desde antes de Navidad, y lo echaba mucho de menos.

—De habérmelo dicho antes, no hubiese perdido el tiempo tomando café. Venga, vámonos —dije, poniéndome en pie de un salto.

—Cariño, ¿qué tal si te cambias primero? —sugirió Maddox, entre risas.

Bajé la mirada: tenía razón. Parece que aún seguía dormida, porque llevaba puestas las pantuflas y mi ropa de entrenamiento. Maddox ya estaba vestido con unos vaqueros y un jersey.

—Tú estás estupendo.

—¿Estupendo? —dijo con una sonrisa.

—Es lo primero que se me ha venido a la mente.

—Vamos, preciosa. Ve a cambiarte.

—¡Sí, sí... ya voy! —respondí, y entré a la casa.

Me vestí a toda velocidad, y me puse un jersey grueso. No teníamos demasiado tiempo, pues a las diez tenía que abrir la cafetería, y los sábados solían ser muy concurridos.

Habían pasado dos semanas desde la apertura y estaba muy contenta por cómo iba mi nuevo negocio. Mucha gente del pueblo acudió a la inauguración, y todos los comerciantes locales prometieron enviarme clientes. Pensé que intentaban ser amables, pero lo cierto era que no paraba de recibir turistas y lugareños a partes iguales. Uno de los motivos que probablemente alentase a los locales a visitar mi negocio, fue que, aún sin decirlo, estaban contentos de que Bill se hubiera marchado de Essex. Gracias a mí, pero sobre todo, gracias a Maddox, que *sabía* lo que hacía.

Bill estaba tan arraigado a la historia del pueblo que nunca pensé que se iría... pero lo hizo. En cuanto Maddox comenzó el procedimiento judicial, muchas mentiras de Bill salieron a la luz. Fue como ver un castillo de naipes desmoronándose, y su reputación no tenía respaldo alguno.

Cuando el alcalde lo despidió, Bill amenazó con poner a la venta todas sus propiedades para aumentar la oferta y perjudicar el precio del mercado inmobiliario en Essex. El alcalde lo despidió igualmente, y Maddox se hizo con todos los bienes de Bill. Poco después, decidió mudarse a otro lugar, y nadie lo lamentó. Le pregunté a Maddox qué pensaba hacer con todas esas propiedades, y su respuesta fue que

mantendría los alquileres tal como estaban, tanto de las viviendas particulares, como de los locales comerciales. Y con respecto a los edificios que estaban vacíos, Gabe y él ya estaban haciendo planes.

Sus palabras textuales fueron: "Fue un precio pequeño a pagar con tal de librarnos de esa lacra".

Salí a la calle abrigada como un muñeco de nieve. El frío me había calado los huesos incluso antes de salir. Debería haberle hecho caso a Maddox y haberme abrigado antes de salir al porche a tomar café.

Maddox estaba al teléfono:

—No, ¡por el amor de Dios! Ella no sospecha nada.

—¿Sospechar qué? —pregunté, con el ceño fruncido.

Giró la cabeza para verme y bufó:

—Está bien. Hablaremos más tarde, pesado —dijo, y colgó el teléfono.

—¿Qué es lo que se supone que no sospecho? —insistí, acercándome más a él.

—No sabes si me refería a ti.

—Es verdad, pero estoy segura que sí.

Maddox me besó la sien:

—No tienes que saberlo todo, mi amor.

Lo rodeé con mis brazos y me contoneé contra su cuerpo. Me encantaba que me llamara de ese modo. Levanté la mirada, le besé la barbilla, y descendí por su cuello hasta llegar a su nuez.

—Cami.... sé lo que estás haciendo —dijo, casi con un gemido.

—¿Ah, sí? —pregunté, con voz seductora.

—¿En serio, cariño? Es obvio. Y que sepas que es un golpe bajo.

—No existe ninguna regla que me impida seducir a mi novio para conseguir lo que quiero.

Se rió:

—Es verdad, pero deberíamos establecer un horario. —Me cogió de la mano y añadió—: Venga, vamos a dar un paseo. No quiero que la obra se detenga demasiado, y después tienes que ir a la cafetería.

—Es verdad —asentí, mientras entrábamos en el coche.

No entendí qué quiso decir con "que la obra se detenga", pero no le hice mucho caso. Llevaba meses deseando dar un paseo por el

parque, y no quería poner ninguna pega.

Mantuve la nariz pegada a la ventanilla mientras Maddox conducía, y sonreí cuando llegamos a la puerta. El edificio que albergaba la recepción de *Essex Adventures* seguía en pie. Aún no lo habían derribado. El coche se detuvo y bajé a toda prisa.

—¡Despacio! —avisó Maddox, saliendo también del coche—. Fíjate bien por dónde pisas. Han estado asfaltando, pero todavía no han terminado del todo.

—Si quieres, puedes darme tu brazo —dije, moviendo las cejas—. Ya sabes... para ayudarme a mantener el equilibrio.

—Iba a hacerlo de todos modos —respondió, acercándose a mí.

Me ofreció su brazo. *Ufff... yo quería recorrerlo con las manos, no ir colgada como una abuelita*.

Intenté acariciarlo torpemente con la otra mano, y Maddox me miró con seriedad mientras empezábamos a recorrer el serpenteante sendero:

—Cami, sé cuál es tu objetivo, pero no es el momento ni el lugar.

Sí, me había propuesto seducirlo, pero tenía razón, y tuve que aceptar la derrota.

Olvidé por completo mi plan mientras caminábamos por el sendero. Algunas áreas tenían adoquines, pero la mayor parte estaban cubiertas de unas tarimas de madera provisionales. Cuando llegamos al lugar donde solía estar la primera tirolina, solté un enorme suspiro. Habían desmontado todas las estaciones. Fue una de las primeras cosas que hicieron.

—No puedo creerlo. Es como si nunca hubiesen existido.

Maddox se colocó a mi espalda, me rodeó la cintura con un brazo y me besó el pliegue del cuello.

—¿Cómo te sientes?

—Un poco nostálgica.

Me bajó la cremallera del abrigo, llevó una mano dentro y me estremecí cuando empezó a trazar círculos sobre mi vientre. Pero cuando pasó los dedos por debajo del jersey, para rozarme la piel desnuda, una inesperada ola de calor me hizo soltar un gemido.

—¡Maddox! —lo reprendí.

Acercó sus labios a mi oreja y mordisqueó el lóbulo.

—¿Esto es una venganza por lo de antes? —pregunté.

—No, es que no he podido evitarlo.

Acto seguido, quitó la mano, y volvió a subir la cremallera de mi abrigo.

Hice un mohín, y me giré para mirarlo:

—Me ha encantado.

—Venga, tenemos que seguir el recorrido.

Me sorprendió que nos dejaran entrar al parque. Había varias máquinas a ambos lados del sendero; sin embargo, caminamos con cuidado hasta llegar a mi árbol.

—Está más bonito de lo que recordaba.

—Me encanta verte feliz.

Levanté la vista hacia la majestuosa copa y suspiré.

Maddox me susurró al oído:

—Te amo, Cami. Con toda mi alma. —Su voz sonaba distinta a la de hacía unos minutos... Era ronca y llena de emoción.

Me giré despacio y sonreí, apartándome unos mechones rebeldes de la cara. Entonces me tomó las manos, y sentí cómo tiraba suavemente de una de ellas hacia abajo.

No, no me está tirando de la mano... Se está arrodillando en una sola pierna.

Abrí la boca para preguntarle si estaba perdiendo el equilibrio, pero entonces me di cuenta de que se trataba de algo totalmente distinto.

—Cami —murmuró, y aunque era solo una palabra de dos sílabas, percibí en su voz aún más emoción que antes.

Me besó las manos y respiró hondo antes de apoyarlas en sus mejillas. Luego se irguió y me miró:

—Eres la perfección hecha persona.

Tomó mis manos con una de las suyas y llevó la otra al bolsillo de su abrigo.

No podía creer lo que estaba pasando. Era como estar dentro de una película, como si aquello le estuviera sucediendo a otra persona.

Cuando sacó la mano del bolsillo y abrió una cajita de terciopelo, sentí que el corazón me iba a estallar. Frente a mí brillaba el anillo

más bonito del mundo... y sabía exactamente quién lo había diseñado.

Miriam lo sabe. Pensaba que era imposible amarlo aún más, pero sí, mi amor por Maddox no dejaba de crecer. Él sabía lo mucho que eso significaba para mi mejor amiga.

—Cami —empezó Maddox—, te amo, y desde que te conocí, mi vida ha sido increíble.

—¿A pesar de que te lo puse difícil cuando nos conocimos? —repuse.

—Tal vez por eso. Aunque no era consciente, tú eres exactamente lo que necesitaba. Estamos hechos el uno para el otro, Cami. Quiero pedirte que seas mi esposa en este preciso lugar, rodeados de este bosque que tanto significa para ti. Prometo preservarlo para nosotros y nuestros futuros hijos.

Le apreté la mano mientras mis ojos se llenaban de lágrimas.

—Quiero que construyamos un hogar, y que estemos juntos para siempre. ¿Quieres casarte conmigo? —preguntó con los ojos vidriosos.

—¡Claro que sí! Me casaría en este mismo momento si quisieras.

—Cariño, no me tientes —dijo, mientras me ponía el anillo—. Tu padre no me lo perdonaría: te quiere llevar al altar.

—¿Se lo has dicho a mi padre? —susurré.

—Sí. Y me ha dado algo para ti.

Metió la mano en el otro bolsillo y sacó una cajita. Maddox se levantó antes de abrirla. Era una preciosa cadena de plata, con un dije de mariposa con pequeñas piedras rojas.

Maddox se aclaró la garganta:

—Me contó que lo compró para regalárselo a tu madre para su vigésimo quinto aniversario. —Mis lágrimas empezaron a caer a borbotones—. Y ahora quiere que lo tengas tú.

Levanté la vista, Maddox me cogió la cara, y se inclinó para besarme la comisura de los labios.

—Gracias —murmuré—, por amarme tal como soy. —Me aceptaba con todas mis particularidades—. Juntos somos más fuertes.

—Invencibles —respondió—. ¿Quieres que te ponga el colgante?

Asentí y me di la vuelta, apartando mi cabello largo. Mientras caía sobre mi hombro, me sorprendí pensando en lo bien que me sentiría volver a cortarlo en un *bob* elegante.

Maddox me besó la nuca, haciéndome estremecer, y me abrochó la cadena de plata que sujetaba el colgante. Aunque mi madre no llegó a ver el collar, me hizo sentir muy conectada a ella. Siempre supe que velaba por mí desde el cielo, pero nunca había estado tan segura como en ese momento. ¿Cómo explicar, si no, la suerte de haber conocido a un hombre así de increíble?

Me dio la vuelta y selló su boca sobre la mía, besándome con pasión. Reí cuando me levantó del suelo, arqueando la espalda hasta quedar levemente por encima de él. Me dejó de nuevo en el suelo sin apartar sus labios de los míos... el beso fue tan profundo que un gemido se me escapó, y él contestó con un gruñido bajo, cargado de deseo.

—Mmm... —murmuré. Pero un sonido rompió el momento—. ¿Qué ha sido eso?

Maddox se echó hacia atrás, resoplando:

—Los obreros. Maldita sea. ¿Qué hora es?

—Las diez menos diez. Oh, ya entiendo... les pediste que hoy empezaran más tarde. A eso te referías.

Maddox asintió.

—Bueno —proseguí, cogiéndole de la mano para volver al sendero—, existe la posibilidad de volver a la recepción y continuar lo que empezamos junto al árbol. Puedes seducirme tú o puedo seducirte yo. No tengo ninguna preferencia. O hacer las dos cosas.

Maddox se rió, pero de repente se puso serio, y me pasó un brazo alrededor de mis hombros:

—Estás olvidando un detalle.

—La cafetería —bufé.

—Aunque tengo una solución para eso —dijo—. Miriam se ofreció para abrir hoy y quedarse todo el tiempo que sea necesario.

No pude evitar sonrojarme: Miriam sabría exactamente lo que estábamos haciendo mientras estuviera allí atendiendo.

—¿Has hablado con ella esta mañana?

—Sí, ha sido mi cómplice.

—Has planeado cada detalle —dije con una sonrisa.

Maddox miró a lo lejos con el ceño fruncido:

—Debería haberles pedido que vinieran más tarde. Así podríamos empezar con nuestro plan erótico aquí y ahora —me gruñó al oído.

Sus palabras me hicieron estremecer, pero le di un codazo:

—Basta, espera a que lleguemos a la recepción. Si sigues diciendo esas cosas, no responderé de mis actos.

Miré el sendero: los empleados estaban bastante lejos, de modo que aproveché para tocarle la entrepierna por encima de los vaqueros.

—¡Cami! —gruñó.

Tenía razón, no era lo más atinado.

—Contén esos jadeos un poco más... Pero cuando lleguemos, quiero oír cada sonido, cada gemido que escape de tu garganta.

Epílogo

Cami

Dos meses después

—¡Ya estamos abiertos! —exclamé, al dar la vuelta al cartel de la puerta principal de *Cami's Corner*. Aún no había llegado nadie, salvo Maddox, pero me apetecía decirlo en voz alta.

Instantes después, dejé la puerta abierta porque hacía un día agradablemente cálido de abril.

—Huele a primavera —dije.

Maddox se rió y lo miré de reojo. Estaba en la barra, preparando café para los dos. Todos los fines de semana desde que había abierto *Cami's Corner*, me acompañaba sin excepción, al menos por las mañanas. Ese día en particular, iba a delegar la atención en Marjorie, mi mano derecha, que llegaría en cualquier momento. Era un gran día: Gabe y Maddox inauguraban el hotel y toda la familia se reuniría al completo para un *brunch*. Aún no podía creer que hubiera tenido el detalle de abrir la cafetería conmigo esa mañana.

Levantó las dos tazas de café y dijo:

—Está listo, como a ti te gusta.

Con una sonrisa, me apresuré a la barra y me puse a su lado. Cogí ambas tazas y las dejé sobre el mostrador, antes de cogerle las manos y colocarlas intencionalmente en la parte baja de mi espalda. No llegaba a tocarme el culo... pero Maddox se daría cuenta de lo que pretendía.

Quería que mi chico me tocara.

Apreté mi boca contra la suya y lo sentí sonreír justo cuando sus manos se deslizaban hacia abajo por mis nalgas. *Sí, misión cumplida.*

Amaba a Maddox con locura, y no había mejor forma de empezar el día. Daba igual cuántas veces lo besara, siempre sentía mariposas en el estómago y un cosquilleo por todo el cuerpo.

—Hoy te has levantado con ganas, ¿eh? —murmuró, cuando rompimos el contacto.

—Parece que sí —respondí, tomando un sorbo de café—. Me pregunto por qué, pero no le des demasiada importancia. Quería empezar bien el día.

Maddox se echó a reír:

—Tus deseos son órdenes para mí.

—Me alegro de saberlo —respondí, y después de otro sorbo me puse en modo trabajo—. Voy a la cocina para comprobar las empanadas.

—Claro. Me quedaré aquí por si viene alguien.

La verdad era que la mayoría de los clientes no solían aparecer muy temprano los fines de semana, pero nunca se sabía.

Estaba feliz con mi vida. Mi negocio iba mucho mejor de lo que había imaginado. Y el *escape room* era un éxito rotundo. Cambiaba la temática con regularidad para que los clientes volvieran.

Las secciones de billar y dardos también eran muy populares durante el invierno. La parte delantera era como una librería y cafetería, aunque en realidad no vendía libros. Sin buscarlo, se fue formando una especie de biblioteca para los clientes.

Al principio, la gente venía a tomar café y comer mis pasteles. Algunos traían libros. La señora Hendricks fue la primera que me preguntó si podía dejar allí su libro para no tener que llevarlo en su bolso. Le dije que sí, por supuesto. De paso, me comentó que si a otras personas les apetecía leer su libro en la cafetería, eran más que bienvenidas. Y como en todo pueblo pequeño, se corrió la voz, y cuando quise darme cuenta, estaba amurando unas estanterías repletas de libros.

La decoración del local era en tonos crema y naranja, con toques en madera. Si tuviera que describir *Cami's Corner* con una palabra, sería *acogedora.*

En la parte de atrás había una pequeña cocina, especialmente diseñada para que no ocupara demasiado espacio. Además, tenía que reconocer que me sentía más a gusto en las cocinas pequeñas. Había llevado los libros de recetas de mi madre y tenían su propia estantería entre el horno y el fregadero. Aunque seguía haciendo mi

banana bread a diario —era un imprescindible para los clientes—, me propuse probar recetas de los libros de mi madre cada dos días. Me hacía feliz y me hacía sentir más cerca de ella.

Había horneado las empanadas la noche anterior en mi casa porque ese día no quería levantarme al amanecer, de modo que solo le hacía falta darle un golpe de calor. Saqué las bandejas del horno y dejé que se enfriaran sobre la encimera. Estaba segura de que para cuando llegaran los clientes, estarían en su punto.

No pude evitar echar un vistazo a mi anillo: me quedaba perfecto. Cada vez que recordaba la pedida de mano, me emocionaba. Había sido el lugar y el momento perfecto.

Como no tenía nada más que hacer, volví a la barra, y me detuve a pocos metros detrás de Maddox para admirarlo de arriba abajo.

Sí, es mío. Pasaría el resto de mi vida a su lado, y eso me hacía muy feliz. Caminé sigilosamente, pero, por supuesto, se dio cuenta.

—Maldita sea, quería pillarte por sorpresa —dije, antes de llevar mis manos a sus hombros—. Estás un poco tenso.

Le masajeé los hombros, Maddox echó la cabeza hacia atrás, y respiró aliviado. Me encantaba cuidar de él.

—Siempre me ayudas a relajarme.

—Es mi deber —respondí, y me puse de puntillas para acercar mi boca a su oído—, y un placer. Oye... ¿no quieres ir yendo al hotel? —le pregunté—. Yo me quedaré a esperar a Marjorie.

—No pasa nada, tenemos tiempo de sobra y además, está todo listo. Si voy ahora, lo único que conseguiré es estresar a los empleados.

Intenté no reírme, pero no lo conseguí.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, dándose la vuelta.

—Nada.

—¿Cómo que nada? Si te estás riendo.

—Creo que tus empleados estarán felices de que te mantengas al margen. Has estado bastante intenso con ellos últimamente.

—¿Alguien se ha quejado? —preguntó con tono desafiante.

Hice una mueca de disgusto. *No debería haber dicho eso.*

—No importa.

—Cami...

—Vale, ha sido Gabe —admití, con un suspiro.

—¿Mi propio hermano se está quejando de mí? —preguntó con los ojos como platos.

—Bueno, no se ha quejado exactamente... solo ha dicho que estás más intenso que de costumbre. Nada importante, y está muy contento de que puedas estar presente hoy en el *brunch.*

—Ya veo. ¿Así que has hecho un trato con mi hermano para mantenerme alejado de los empleados?

—No, lo único que le he prometido es que haría lo que estuviera en mi mano por mantenerte relajado.

—Se me ocurren un par de ideas para que cumplas esa promesa —dijo, moviendo las cejas.

Puse los ojos en blanco. *Claro... ¿cómo no lo vi venir?*

—No, solo recibirás otro beso.

Pero no pude dárselo porque Marjorie entró corriendo en la cafetería.

—Dios mío, siento mucho llegar tarde. —Se detuvo en seco y sentí que me ponía roja como un tomate.

—No te preocupes. Y buenos días —respondí—. Traje las empanadas de casa. Acabo de calentarlas aquí.

Sonrió, y se apresuró a la cocina:

—Estupendo. Me encargaré de preparar todo.

Marjorie tenía apenas diecinueve años y era un poco tímida, pero parecía disfrutar del trabajo.

Maddox miró en dirección a la cocina, y al comprobar que ella se había alejado lo suficiente, me besó la frente y dijo:

—Creo que la hemos espantando.

—Puede ser.

—¿Lista para irnos? —preguntó.

Aún teníamos que pasar por la cabaña para cambiarnos e ir al hotel. El *brunch* empezaba en dos horas.

—Claro —dije, y me volví hacia la cocina para llamar a Marjorie.

—¿Sí? —preguntó ella.

—Nos vamos. Llámame si necesitas algo.

—Lo haré. —Pero nunca llamaba. Se las apañaba sola estupendamente.

De camino a la cabaña, comprobé si tenía algún mensaje de mi padre, pero no había ninguno. Estaba disfrutando de la vida, viajando solo por todo Estados Unidos. Había copiado la idea de la madre de Maddox.

Hacía unos meses que ella nos había visitado, y se había quedado dos noches en Essex. Salimos a cenar los tres con mi padre, y después de escuchar sus historias sobre viajes en solitario, él reservó un viaje al Gran Cañón. La experiencia le gustó tanto que decidió ir a San Francisco. Tenía previsto volver la próxima semana.

Una vez en casa, me dirigí directamente al dormitorio. Me encantaba mi cabaña pero era muy pequeña para dos personas, y estaba deseando mudarme a la nueva casa.

—Enseguida salgo —le dije a Maddox.

Ya teníamos preparada la ropa que queríamos ponernos. Él había llevado la suya al salón y yo dejado mi conjunto sobre la cama. Lo único que tenía que hacer era ponerme mi precioso vestido rosa que me llegaba hasta los tobillos, con un profundo escote en V. No era un vestido de fiesta propiamente dicho, pero era perfecto para un almuerzo elegante en el nuevo hotel de los Whitley.

Miriam me ayudó a elegirlo en la tienda de la señora Danvers. Mi amiga estaba en la recta final del embarazo, y yo contaba los minutos para tener en brazos al pequeño bebé.

Después de ponerme el vestido, me miré en el espejo y toqué el colgante de mi madre. Lo llevaba puesto casi todo el tiempo. Me puse una chaqueta de lana y un abrigo ligero antes de dirigirme al salón.

Casi se me cortó la respiración al ver a Maddox con su traje nuevo.

—Madre mía... estás buenísimo. Has llevado la sensualidad a otro nivel —declaré.

Maddox esbozó una ligera sonrisa:

—Estás empezando a darme ideas —dijo, acercándose lentamente a mí.

Me cogió las manos y me hizo girar una vez por la habitación antes de acercarme a él. Levanté la cabeza y rozó sus labios con los míos.

—Te amo. Y estoy muy orgulloso de lo que tenemos.

—Yo también.

Algunos días me costaba creer lo felices que éramos, que nos apoyáramos mutuamente en nuestros proyectos, y de vivir cada día con amor y respeto mutuo.

Me estrechó contra su pecho, bajando los dedos desde la mandíbula hasta el cuello. Luego sonrió.

—¿Qué?

—Quiero quitarte este vestido. O inmovilizarte contra esta puerta —gruñó.

—¿Qué te detiene? —pregunté, contoneando las caderas.

—Parte de mi familia ha llegado al hotel. Gabe me acaba de enviar un mensaje.

—¿Qué hora es? Te juro que me he dado prisa.

Maddox se rió:

—Tranqui, son ellos que han llegado antes. Pero aún así deberíamos irnos.

—Tienes razón. Estoy muy emocionada por el evento.

—Yo también.

***

El Hotel Essex era una belleza. Su moderna estructura contaba con un vestíbulo enorme, construido casi por completo de mármol, madera y piedra caliza. El uso de materiales naturales daba la sensación de estar al aire libre.

—Dios mío, qué tarde hemos llegado —murmuré.

Gabe y Diane charlaban con Abe y Jeannie, que estaban sentados en unos sofás de cuero marrón junto a la ventana. Me di cuenta de que Spencer y Penny estaban allí cuando vi a Ben corriendo por el vestíbulo.

—Vaya, ¡qué rápido es! —exclamé.

—Cada día gana más velocidad —añadió Maddox. Spencer no se separaba ni un segundo de él, de modo que no me preocupé demasiado.

—Hola a todos. Perdón por no haber llegado a tiempo para recibiros —dijo Maddox.

Gabe se rió:

—No te preocupes, hermano. Por eso vine temprano. Sabía que parte de la pandilla no aguantaría hasta las once para llegar al hotel. —Se volvió para mirar al grupo—: Podemos entrar en la sala del *brunch*. Los camareros aún tienen que preparar algunas cosas, pero ya tienen listos unos aperitivos.

—Vale —dije, justo cuando Jeannie y Abe se levantaban del sofá.

Unas cuantas voces se escucharon desde la zona de entrada. Jake, Colton y Cade llegaron con sus respectivas parejas, y Nick también. Solo faltaba Leo.

Tras saludar a los recién llegados, Gabe nos hizo pasar al restaurante. No era muy grande, pero tenía espacio de sobra para los huéspedes del hotel y otros clientes. Lo había visto cuando aún estaba en obras, de modo que era la primera vez que veía el resultado final, y era absolutamente precioso. A diferencia del vestíbulo, las paredes eran de piedra caliza, y tenía muchos detalles en madera. El personal ya había puesto algunos recipientes para mantener la comida caliente, pero aún quedaban muchos por colocar.

—Chicos, ¡el hotel es absolutamente precioso! —exclamó Jeannie.

Tanto Gabe como Maddox parecían muy orgullosos, y se lo merecían. Era un proyecto ambicioso y se habían partido el lomo.

—Gracias, abu —dijo Maddox.

—¿Alguien sabe qué pasa con Leo? —pregunté.

Nick se aclaró la garganta:

—Está de camino, y por cierto, tengo que contaros algo.

—¿Qué pasa? —preguntó Maddox, con una ceja levantada.

—Nada grave. Solo que vendrá acompañado por Tory.

—¡¿Qué?! —preguntaron todos a la vez.

—¿Pero Tory no se acaba de casar? —preguntó Jeannie.

—Canceló la boda un día antes al descubrir que su ex la engañaba —explicó Nick.

Me quedé de piedra y me llevé una mano a la boca:

—Dios mío. ¡Pobre mujer!

No sabía quién era Tory exactamente, y aunque tendría que preguntarle a Maddox más tarde, no pude evitar empatizar con ella.

—Desde entonces Leo la ha acogido bajo su ala —dijo Nick.

—¿Y eso qué significa? —respondió Jeannie—. ¿Tory se está alojando en el hotel? ¿O está viviendo con Leo?

—Se está quedando en casa de Leo —respondió Nick—. Cree que a ella le vendrá bien venir hoy aquí para distraerse un poco.

—Por supuesto —dijo Gabe—. Cuantos más, mejor.

—No hagáis demasiadas preguntas sobre qué hace aquí, cuánto tiempo se quedará ni nada de eso —advirtió Nick.

Jake y Colton entrecerraron los ojos. Cade abrió la boca para oponerse, pero Spencer lo fulminó con la mirada, y decidió no decir nada.

—Mensaje recibido —dijo Gabe.

—Genial. —Nick dio una palmada—. Ahora, a desayunar.

—No tan rápido, jovencito —dijo Jeannie, caminando a su lado.

Nick buscó ayuda con la mirada, pero todos nos hicimos los desentendidos y nos dirigimos a los calientaplatos.

—¿Quién es Tory? —le pregunté a Maddox, mientras íbamos a la estación de huevos. Tenían tortillas francesas ya preparadas, pero se podía pedir que la hicieran al momento.

—Es la mejor amiga de Leo. Para mí, él lleva años enamorado de ella.

—¿No te parece raro que no te avisara que la iba a traer?

Maddox arrugó el ceño:

—Sí, me hace sospechar... no tiene ningún sentido que me lo oculte. ¿Y por qué Nick estaba al tanto y yo no?

—Por cierto, tu abuela sigue interrogando a Nick.

—Sí, es probable que quiera sonsacarle más información. ¿Adivina quién tiene la teoría de que Leo estaba enamorado de Tory?

—¿Crees que será el puntapié inicial para sus artimañas casamenteras?

—Podrías apostar que sí con los ojos cerrados. —Maddox sonrió satisfecho, y yo no pude evitar reír mientras me servía una tortilla

francesa.

Poco después, percibí cierto jaleo en la puerta del restaurante, y acto seguido, Leo entró con una rubia absolutamente despampanante. La mitad de los Whitley fueron a la entrada a saludarlos.

—Venga —dijo Maddox—, vamos antes de que empiecen a abalanzarse sobre mi hermano.

—¿Y nosotros qué hacemos? —pregunté—. ¿Nos ponemos de su lado o en el bando contrario?

Maddox se rió entre dientes, y me besó en la frente:

—Joder, no puedes ser más perfecta para mí, y cada día que pasa, te amo más. Eres Whitley hasta la médula. —Y tras una breve pausa, añadió—: Aún no tengo claro cómo posicionarme con respecto a Leo, pero de algo estoy seguro: será muy divertido.

Dejamos los platos en la mesa más cercana y nos dirigimos a la entrada. Tal vez estuviese influenciada por lo que Maddox acababa de contarme, pero me pareció que por la forma en que Leo miraba a Tory, quería algo más que una amistad con ella. Aunque quizás me estaba imaginando cosas.

El tiempo dirá.

Este es el final de la historia de Maddox. La serie continúa con la historia de Leo.

Suscríbete a mi boletín para recibir un libro mío gratis y para recibir noticias sobre nuevos libros y ventas.

Lista de Libros:

Los Hermanos Whitley

Los Hermanos Maxwell

La Familia Bennett

La Familia Connor

Solteros Muy Irresistibles

Contacto de la Autora

Suscríbete a mi boletín aquí

Únete alGrupo de Lectores de Layla